

RUP

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, NOVIEMBRE DE 2019

129
Arké

APU
Asociación Psicoanalítica
del Uruguay

IUPP
Instituto Universitario
de Postgrado en Psicoanálisis

RUP | 129

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

APU

Asociación Psicoanalítica
del Uruguay

IUPP

Instituto Universitario
de Postgrado en Psicoanálisis

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© NOVIEMBRE DE 2019, APU

Director de Publicaciones

MAGDALENA FILGUEIRA

Secretario de Redacción

CORINA NIN

Comité de Redacción

CLAUDIO DANZA

MARIANA MANTINIÁN

GABRIELA PORRAS

BEATRIZ SILVA

SOLEDAD SOSA

COLABORA: PATRICIA FRANCIA

Lectores externos

JULIA ALONSO (Asociación

Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARINA ALTMANN (Asociación

Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

JOSÉ ASSANDRI (Ecole lacanienne de psychanalyse, Uruguay)

ANA BALKANY HOFFMAN (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

BERNARDI RICARDO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CARLOS BARREDO (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

EURÍDICE DE MELLO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

LUIS CAMPALANS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JORGE CANTEROS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

JUAN CARLOS CAPO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ELINA CARRIL (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

ALCEU ROBERTO CASSEU (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

ROOSEVELT CASSORLA (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)

CLAUDIA CERONI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

VERÓNICA CORREA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA MARÍA

CHABALGOITY (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS CORREA (Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, Uruguay)

NANCY DELPRÉSTITO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Alegre, Brasil)

ABEL FAINSTEIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

SILVIA FLECHNER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GLADYS FRANCO (Asociación Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

ALEJANDRO

GARBARINO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CAROLINA GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LUIS GRIECO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MÓNICA HAMRA (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

SILVANA HERNÁNDEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARIANO

HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)

MARTA LABRAGA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

SERGIO LEWKOWICZ (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)

AMELIA MAS (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

NATALIA MIRZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ALBERTO MORENO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

PATRICIA NATALEVICH (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

CLARA NEMAS (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

ZULI O'NEILL (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GONZALO PERCOVICH (Ecole lacanienne de psychanalyse, Uruguay)

MARTHA PERRONI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

LEONARDO PESKIN (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

RUBÉN QUEFFER (Ecole lacanienne de psychanalyse, Uruguay)

ANA ROZENBAUM (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

GRISELDA REBELLA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DAMIÁN SCHROEDER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

GUSTAVO SOGLIANO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DIEGO SPEYER (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

DIANA SZABÓ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

ANA MA. RUMI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

JOSÉ SAHOVALER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

SILVIA SAPRIZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MARCELO TOYOS (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

CLARA URIARTE (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

NADAL VALLESPIR (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

BERTA VARELA (Psicología Médica, Uruguay)

OLGA VARELA (Asociación Psicoanalítica Mexicana, México)

LAURA VERÍSSIMO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)

MONICA VORCHHEIMER (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)

ANALÍA WALD (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)

SILVIA WAJNBUCH (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

FELISA WIDDER (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)

Comisión de Indización

ANA DE BARBIERI

SILVINA GÓMEZ PLATERO

MARTA DÍAZ

STELLA PÉREZ

ROSA PICCARDO

AURORA POITO

PATRICIA FRANCIA

Corrección

CARLOS EZQUERRA

Traducciones

ELENA ERRANDONEA

GABRIELA LEVY

PEDRO MORENO

ADRIANA PONSONI

GABRIELA PORRAS

Corresponsales en el exterior

GUILLERMO BODNER (Barcelona)

ESPERANZA PÉREZ

DE PLÁ (Ciudad de México)

Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay

Canelones 1571 / Casilla de correo 813 / CP 11200 / Mvd-Uy /
Teléfono: 2410 7418 / e-mail: revistauruguayapsi@gmail.com
www.apuguay.org

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

ISSN 0484-8268 / Depósito legal 357 193-2018
ISSN 1688-7247 (en línea)
Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

Ilustración de portada

Fotografía: MANUEL GAYOSO

Maqueta, diseño y armado

JOSÉ DE LOS SANTOS dellosantos. ja@gmail.com.uy

Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

Tabla de contenidos

EDITORIAL

Arké <i>Magdalena Filgueira</i>	9
--	---

TEMÁTICA

Coreo-grafías inconscientes <i>Javier García Castiñeiras</i>	13
Lo primitivo: un comienzo que nunca termina <i>Marcelo Viñar</i>	30
Los arcontes del archivo <i>Juan Carlos Capo</i>	39
Las bibliotecas entre libros y archivos <i>Lisa Block de Behar</i>	62
Resignificación y trascendencia del archivo para el psicoanalista <i>Marcela Bouteiller</i>	85
Lacan y el grupo analítico: usos y destinos del goce de la exclusión <i>Alberto C. Cabral</i>	98
Espectros de palabra <i>Natalia Mirza</i>	112
La rima íntima <i>Néstor Marcelo Toyos</i>	120

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

Los siguientes cuatro artículos componen textos generados por el grupo de investigación «Formación de la clínica psicoanalítica del Uruguay» (FCPU) de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República, coordinado por el Prof. Agdo. Dr. Guillermo Milán. La Asociación Psicoanalítica del Uruguay tiene un convenio vigente de trabajo sostenido con el grupo FCPU.

«Un caso de mutismo» (1925): cura, palabra, poder <i>Guillermo Milán, Fernando García Press</i>	139
Entre «magos, persas y poetas»: la biblioteca psicoanalítica del Dr. Valentín Pérez Pastorini <i>María Gabriela Donya, Mariana Florio Cutinella</i>	165
Klein con Lacan: un estudio de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay y sus efectos en las prácticas clínicas (1964-1982) <i>Gonzalo Grau</i>	190
La inscripción de las ideas freudianas en el ámbito psiquiátrico del Uruguay (1899-1940) y su relación con el problema de la transferencia <i>Marcelo Gambini</i>	215

POLEMOS



Sobre el valor del enfoque laciano para la práctica analítica Bruce Fink.....	239
Comentario al texto de Bruce Fink Ricardo Bernardi, Beatriz de León	269
Comentario al texto de Bruce Fink <i>Alberto Moreno</i>	282

CONVERSACIÓN EN LA REVISTA



- Con Carina Blixen
*Claudio Danza, Magdalena Filgueira,
Mariana Mantiñán, Corina Nin, Beatriz Silva* 303

DE UNO Y OTRO



- Marcas en gigantes
Richard A. Fariña 325
- Del signo y el forense: fascinación, decepción y síntesis
Hugo Rodríguez 329
- ¿Qué es el scriptor?
Phillipe Willemart..... 332

RESEÑAS



- Momentos y documentos relevantes para un «Arké»
del Centro de Intercambio Pola Hoffnung de la Asociación
Psicoanalítica del Uruguay
Hebert Tenembaun, Magdalena Filgueira 341

A LA MEMORIA



- Francisco Ameglio «Pancho». Evocación y despedida
Cristina López de Caiafa 351
- Los orígenes de la alegría y de la pasión
para el funcionamiento de la psique humana
Martine Benchimol 354
- Semblanza de Francisco «Pancho» Ameglio
Elena Errandonea 357



Semblanza de un amigo de otras tiendas

Pablo Gelsi 359

NORMAS DE PUBLICACIÓN 361

TABLE OF CONTENTS 362

Editorial

La Comisión de Publicaciones da entrada a través de su portada a una nueva *Revista Uruguaya de Psicoanálisis: ARKÉ*, que recoge aguas de una doble vertiente, por un lado, aquella afluencia que proviene de las concepciones en torno a lo arcaico, su inscripción y sus efectos en el funcionamiento del psiquismo, de su vinculación con nociones psicopatológicas, y con respecto a su incidencia en cada psicoanálisis, desde Freud en adelante.

El otro caudal proviene del concepto de archivo, como registro, inscripción, hospitalidad y resguardo de documentos originales, que pueden relacionarse con la fundación de una institución, o con papeles y variados objetos pertenecientes a personas que sobresalen, fundamental acervo de artistas en alguno de sus canales de expresividad.

Ambas vertientes se encuentran abiertas a nuevas concepciones, y *Arké* recoge varios textos que las proponen. Es una invitación también a pensar, cuánto y cómo el psicoanálisis trabaja con ambas, desde la teoría reabriendo las nociones y desde los archivos a partir del acto que los funda, en su apertura a ser visitados, ofrecidos a su lectura, para que en el mejor de los casos digan, hablen, cuenten y produzcan algo inédito, algo nuevo, algo diferente, que reconduzca las aguas siempre aquiescentes de la repetición.

La Asociación Psicoanalítica se encuentra desde hace unos años en ese camino, el de ir conformando un acervo documental, con un sesgo histórico, para poder preservarlo, y a la vez ofrecerlo y propender el curso de investigaciones. La actual Comisión de Publicaciones, se ha propuesto avanzar hasta tocar una cierta orilla, la de fundar el Archivo Histórico Documental de la Asociación.

Invocamos a que ello sea, cual caudal originario, aquel que se vierte a través de la roca dura, que se abre desde el centro ganando la superficie terrenal para poder ser, con el concurso de manos humanas, convertido en fuente. Que así sea. ♦

Mi propósito es contar la historia de la APU tratando de ser lo más detallista posible, con la finalidad de entregarla para el archivo de la misma, por si alguien en algún momento tuviera interés en conocerla.

Fueron dos cosas las que impulsaron a escribirla: una frase de alguien: «la historia la escriben los vivos» y, por otro lado, el hecho de que se me pidió más de una vez que la redactara.

MERCEDES FREIRE DE GARBARINO

Editorial de la RUP, «Interpretación»

MAGDALENA FILGUEIRA

Directora de la Comisión de Publicaciones de APU



TEMÁTICA

Coreo-grafías inconscientes



JAVIER GARCÍA CASTIÑEIRAS¹

INTRODUCCIÓN

Corresponde pensar la aventura del psicoanálisis como modelo y como investigación, en las fronteras de un territorio apenas conocido. Tránsito por pretilos, malabarismos de ideas, pero sobre todo, tolerancia de incertidumbres.

Hablar de «origen» hace suponer un reencuentro con algo real, primero y generador de una secuencia determinada, he aquí la mayor trampa. En sus antípodas podríamos ver la invención de una fantasía de origen. Pero en gran medida parece que esta tendencia lleva a la necesidad de organizar un fenómeno que queremos estudiar. Situar los personajes o los elementos en juego, nombrarlos, darles una cierta relación y sistema de intercambios, lo que podríamos ver como rasgos de su estructura. Podemos hablar en cierto sentido de la creación de mitos de origen, como los abordaron Mircea Eliade o Claude Lévi-Strauss.

Necesariamente en estas aventuras también recurrimos a «ideas abstractas que se recogieron de alguna parte» (Freud, 1992, p.113), con la dificultad que conlleva su articulación al Corpus teórico del psicoanálisis, cuando esto es posible.

Trabajo teórico, sin duda, y en esa zona de la teoría donde «perder pie», el contacto con la práctica, con algo de lo real de la experiencia, es un riesgo permanente. Hacia la filosofía, hacia una hermenéutica sin límites ni

1 Psicoanalista. Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. jgarciacast@gmail.com

anclajes, hacia la biología o hacia la lingüística; tendencia racionalizadora espontánea del yo. Es en la práctica donde los confines de lo pensable nos enrostran nuestra precariedad y nos desafían. Trabajo que deja siempre un resto, «ombligo» de todo análisis como de toda teorización.

Es una forma de empezar hablando de trampas y límites del pensamiento al mismo tiempo que de lo inevitable de disponer de una batería instrumental teórica que nos acompañe pues, la experiencia, no es sin ideas.

Un paciente que llevaba ya algunos años de análisis seguía soñando con una imagen que se repetía dentro de sus sueños: una ola. Aquella ola devino multiplicidad de asociaciones que le permitieron recorrer fantasías y recuerdos de la infancia hasta ese momento inexplorados. La ola fue a veces mamá que lo tapaba, lo bañaba, lo tocaba, con quien jugar, digamos una pequeña ola y, por otro lado, una gran terrible formación de agua que lo amenazaba o directamente lo asfixiaba y ponía en riesgo. La ola aparecía como un deseo muy fuerte y peligroso que venía de afuera o que lo veía venir desde afuera. Otras, un perfil de ola que le evocaba el trazo de la primera letra de su nombre y del nombre de su padre. Un signo, o mejor, un significante a partir del cual se fueron abriendo múltiples derivas de relatos nuevos. Los sueños ya no eran necesariamente de angustia, pero con frecuencia siguieron teniendo, en alguna parte, una ola. Lo cierto y efectivo fue que a partir de ella habían surgido muchos relatos fuertes que armaban experiencias afectivas con otros, lo que dio muestras de efectividad en relación a la angustia que lo paralizaba en su vida y al acotamiento de disponibilidad de historias afectivas y efectivas de su infancia. Pero especialmente se trató de un trazo que, en su carácter misterioso, más que develar secretos encerrados abría a nuevas cadenas discursivas que fueron armando historias subjetivas. Aunque en el comienzo de la búsqueda, es cierto que, la esperanza era encontrar lo real de ese rasgo, la verdad que encerraba en su misterio.

Otro paciente soñaba en una época de su análisis, un sueño, supuestamente siempre el mismo, que no podía recordar. Para su exhaustivo memorial de sueños este se había convertido en una verdadera incógnita. Afanado en no dejarlo escapar había transformado su mesa de luz en un pequeño escritorio donde cuaderno y lápiz estaban a la espera de ese instante entre sueño y vigilia donde el sueño se insinuaba. Llegado el momento escribió sin despertarse totalmente, mientras el sueño continuaba. Al despertar

encontró una gran mancha negra de palabras escritas unas sobre otras y garabatos imposibles de descifrar. Se empezaba a ver que no era preciso ir hacia allí —al encuentro— sino hablar desde allí. Es cuando los analistas reconocemos que mucho más importante que un ¿por qué? es un ¿cómo?

Un proyecto de hacer del olvido recuerdo, de lo ajeno lo propio, de lo desconocido lo conocido; ¿quién puede resistirse a semejante anhelo, renovado en cada paciente que inicia un análisis? El fundador de este entusiasta emprendimiento no fue indiferente a los límites de lo cognoscible: el «ombligo» del sueño, lo no reconocido (Unerkannt), el recordar en análisis y su trastabillar, el signo perceptivo y la representación-cosa que no pueden acceder ellos mismos a la conciencia, la pulsión de muerte sin representante, el enigma femenino, para citar algunos ejemplos.

Es un tema teórico, sin duda, y remite a los confines del modelo psicoanalítico. Empero, es la práctica de la experiencia inconsciente la que nos golpea con el coto del conocimiento.

S. Leclair en los seminarios que realizó en Montevideo en 1972 (Leclair, 2012) advertía sobre los riesgos de construir una ideología, que es la forma más universal de negación de la castración. Freud también lo hizo respecto a una *Weltanschauung* —cosmovisión—. Un analista que sabe qué es el psicoanálisis, si esto es posible, digamos entonces: que ha tenido su experiencia analítica y ha quedado advertido, no correría el riesgo de dejarse capturar en un sistema de ideas. Pero ¿es acaso posible no correr este riesgo, no caer en esas trampas? ¿Quién está a salvo del miedo a tolerar la angustia que implica sostener y acompañar incertidumbres cuando hay personas, vidas en juego? Pero es cierto, si estamos advertidos, el recurso a las teorías nos exige como condición saber en todo momento que un sistema de ideas nos puede servir también y con frecuencia, para renegar la castración.

LENGUAJE Y ESCRITURA

Si no fuéramos seres de lenguaje, eso que define al hombre, no estaríamos planteándonos preguntas como estas, en este caso sobre el psiquismo. Tampoco lo estaríamos si el lenguaje lo dispusiéramos enteramente desde nuestro nacimiento y se impusiera como una máquina descifradora y

comunicadora. La «pre maturación» y el «desamparo» (Hilflosigkeit) no son solo ni principalmente biológicos. La «indefensión» no es solo motriz, incapaces de resolver solos nuestras necesidades. Se trata de estar en un mundo de lenguaje y de deseo sin disponer todavía de ellos. Es cierto, no es posible hablar de un «tiempo» de existencia humana previa al lenguaje y al deseo. El lenguaje está en la cultura y en sus representantes más cercanos, la pareja parental, los otros auxiliares, desde donde somos deseados, hablados e historiados. Todo esto a la vez, en experiencias eróticas de cuerpos que se rozan y tocan con la piel, los sonidos, palabras y miradas. Cuerpos danzantes en movimientos que arman guiones, relatos con palabras, sonidos y gestos. Transmisión de historias no declaradas, como matrices de sentido que esperarán nuevas palabras. Se trata, para decirlo de un modo rápido, de que somos «escritos», «afectados», sin saberlo y que toda posibilidad de hablar sobre ello solo es posible a posteriori. Más aun, este hablar, cuando es posible, no agota las huellas de esas experiencias, no las recubre enteramente.

¿Por qué hablar aquí de escritura? Es claro que no se trata del registro del lápiz en el papel. Pero el concepto de escritura cuando pensamos su relación con los disciplinamientos humanos, en especial eróticos, con la entrada del acto (motriz) en los códigos, hacer del movimiento disciplinado un registro gráfico, por ejemplo, entonces podemos pensar también en cómo el cuerpo erótico que escribe se construye en esas escrituras y en otras. En la relación del bebé con sus padres y otros cercanos se escribe dinámicamente una experiencia de movimientos, miradas, sostenes, pellizcos, gestos, gritos, sonrisas, risas, sustancias, olores, en escenas que recorren o escriben una *coreografía*, que ya tenía sus pautas, pero requería poder escribirse como experiencia. En este sentido metafórico o de significado ampliado es que hablo de «escritura» y de «coreografía».

ESCRITURA COREOGRÁFICA ERÓGENA INCONSCIENTE

Las cuatro palabras articulan una idea, un concepto. Podría no ser preciso hablar del carácter metafórico en el uso de «escritura» y «coreografía», pues en nuestra disciplina tenemos abundantes metáforas de uso en la teoría. Pero no solo en el psicoanálisis, todas las ciencias se manejan con el uso de

metáforas que, al trasladar ciertas nociones de un ámbito a otro, descartan algunos significados literales, enfatizan otros y ayudan a construir teorías eficaces. Digo, entonces, que no se trata de un criterio de metáfora literaria, o donde predomine la búsqueda estética, didáctica o retórica (aunque no las excluyan), sino de analogías que nos pueden permitir captar estructuras, procedimientos y funciones que, de otro modo, resultan ensombrecidos. Es decir, se puede tratar de metáforas que abren al conocimiento, permiten pensar diferente y que podrían llevar el nombre de epistémicas.

Nosotros estamos acostumbrados a ubicar la escritura como uso del lápiz en el papel a través de signos alfabéticos. Claramente otras culturas no lo ven, así como tampoco los investigadores históricos y antropólogos. Hablar de una escritura psíquica tiene además el agravante de que el psiquismo es una construcción abstracta, no situable, ni materializable. Sin embargo, esta construcción teórica abstracta trata de representar y explicar fenómenos de la experiencia humana como el conocimiento, las conductas, la sexualidad y los afectos —podríamos seguir enumerando— que tienen su consistencia material. Las ideas y los conceptos no son materia, pero los significantes sí y la excitación pulsional unida a ellos también. Esta «yunta» entre excitación y «signo» delimita una zona epistémica específica del psicoanálisis, siempre en malestar.

Otra dificultad con la escritura es la tendencia a verla o concebirla como algo estático, a diferencia por ejemplo del discurso. Empero, cada vez más el arte nos enrostra con formas de producción gráfica transitorias y, en especial la danza, con las escrituras móviles que los cuerpos y objetos realizan en el espacio. Podríamos ejemplificarlo también con perspectivas de la arquitectura y el arte urbanos. Pero, nada menor en estas épocas y en otras, las acciones sobre los cuerpos. Algunas son escrituras fijas, otras móviles y transitorias. El peinado, los maquillajes y el vestido son ejemplos de ellas.

Trato de situar entonces un escenario de materialidades significantes, corporales y erógenas, porque se escriben sobre las superficies y en especial bordes del cuerpo, en rasgos que tienen carácter sígnico y proceden de una experiencia erógena de placeres y goces.

No se trata obviamente de una escritura gráfica sobre un papel, ni sobre la piel, tampoco de signos alfabéticos, pero sí de una danza de gestos y roces

gozosos que ayudan a armar el cuerpo del bebé y que funciona de matriz de otras formas posteriores de lenguaje. Posiblemente si disponemos de la idea *derrideana* de *archi-escritura* no nos sorprenda tanto esta propuesta.

Respecto al uso de la palabra «coreografía» se lo debo a Aída Miraldi, una querida analista muy lectora, en especial de literatura y arte, que cuando intercambié con ella estas ideas, hablando de «danza», me transmitió las dificultades intrínsecas a las coreografías, en ser escritas para ser transmitidas y que, lo habitual era que los coreógrafos participaran directamente con sus cuerpos en esa transmisión. Me pareció un rasgo, una característica que me interesaba destacar en mi concepto, pues es imposible transmitirle a un bebé ese guion escénico del cual la misma madre y padre son desconocedores en gran parte, y que solo en una experiencia inédita y gozosa se podía hacer. Enfatizando esta analogía es que tomé la palabra «coreo-grafía». En realidad, no cambia el sentido de la palabra danza; es la escritura de la danza, a la vez su interpretación, su representación, su creación. Al mismo tiempo, la idea de que la danza se escribe en el espacio escénico, recortándolo, ordenándolo, trazando con los cuerpos en movimiento líneas que se arman y des-arman impactando al observador. Me permitió representarme que los cuerpos erógenos escriben y se escriben a la vez, lo cual es solidario de una idea de construcción de los cuerpos erógenos.

INSCRIPCIONES

Sobre estas huellas inaugurales nos interrogaremos, con las salvedades, cuidados y riesgos que hemos anticipado. Sobre el acto de inscripción en el «*infans*» (niño anterior a la adquisición del lenguaje pero bañado en lenguaje).

El *infans* no es una pizarra virgen sobre la que los acontecimientos dejan su marca. La pulsión del bebé, el deseo de los otros significativos, el lenguaje, la historia, la cultura, tienen una relación especialmente intrincada. Los conceptos de «pulsión», «representante-representación», «experiencia primaria de satisfacción», «realización alucinatoria de deseo», «acción específica», «fantasías originarias», «identificación primaria», hablan de una mayor complejidad en la que Freud pudo introducirse para pensar

ese intrincamiento entre la pulsión, los significantes, las imágenes y el ser deseados, entre otras cosas. ¿Qué se inscribe? Es una pregunta compleja que cuando menos queda abierta. ¿Cómo se inscribe? y ¿dónde se inscribe? no le van a la zaga. Ensayaré un recorrido que abra esta zona teórica para poder trabajarla.

¿QUÉ SE INSCRIBE?

El concepto de «regresión» incorporado por S. Freud (Laplanche y Pontalis, 1996) para explicar una dinámica del aparato psíquico en movimientos tópicos, libidinales y formales siempre mezclados, nos permite pensar el funcionamiento psíquico, así como las distintas organizaciones psicopatológicas. Pero crea también no pocas ilusiones y complicaciones. Hay allí siempre una ilusión de retorno a un lugar o tiempo anterior, de reencuentro con el niño que fuimos y con nuestros orígenes, es decir, como dije al principio, de encuentro real y determinante.

Estas ilusiones son acompañadas por la idea de que en esa «vuelta a los orígenes» nos vamos a encontrar con lo más importante a la vez que simple y elemental. Lo más importante es a la vez lo primero y lo que está en el origen. Viaje de regreso que sostiene la ilusión de encontrar un momento pre-cultural, de «animal humano», de cuerpo biológico en bruto, para captar el instante en que la primera partícula elemental de la cultura se incorpora. En la comparación entre el niño y los pueblos llamados primitivos es inadecuado pensar que comparten algo simple en su estructura, o en que quedan fuera de la cultura. Justamente se trata de lo contrario, pues son organizaciones estructuralmente complejas.

La estratificación arqueológica que Freud describe en su carta del 6 de diciembre de 1896, como metáfora de su aparato psíquico y de la memoria, da razón de hallazgos superpuestos de distintas civilizaciones, donde los estratos más antiguos son también poseedores de gran complejidad.

Lo arcaico, en este sentido, no es un mundo caótico ni elemental, lo cual es preciso tener en cuenta para no correr el riesgo de cometer el mismo error u horror que los conquistadores con las culturas nativas.

Lo que se inscribe no es carente de organización interna. Es mi propósito sostener que es justamente su organización lo que se inscribe.

La inscripción libidinal de las experiencias arcaicas requieren de los otros, el «ajeno» que Freud incluye necesario para el cumplimiento de la «acción específica». Esos otros están atravesados por el lenguaje, la historia, las reglas de intercambio y otros elementos de la cultura, Es decir, por el «Otro». Los acontecimientos son actos impregnados del deseo de los padres. No es pensable, por esta razón, como la imprenta estampa un papel en blanco, sino como una danza donde participan todos estos protagonistas en coreo-grafías que se van armando sin saberlo. Esta coreo-grafía constituye una parte esencial del registro (b). Podemos decir que hay allí un acto inconsciente de creación coreo-gráfica, re-creación de formas que provienen de la historia inconsciente de los padres. (c)

El concepto freudiano de «fantasía originaria», en tanto guión escénico, está implicado en lo que designo como coreo-grafía. Pero esta metáfora apunta a abarcar la importancia de los cuerpos (erógenos) en juego, sus movimientos, gestos, contactos, separaciones, miradas, sostén, desencuentros, olores, placer y dolor. Experiencia sensible de transmisión que, al igual que en la danza, no puede ser mediatizada por la palabra escrita ni oída, no puede ser explicada sino solo vivida, experimentada con el otro. Los conceptos de experiencia y de acontecimiento pueden aproximarnos a la forma de transmisión que allí ocurre.

¿CÓMO SE INSCRIBE?

En Freud tenemos dos grandes modelos. Situémoslos: el de la carta a Fliess del 6 de diciembre de 1896 (carta 52 de la versión censurada y 112 de la completa) y el de «Lo inconsciente» de 1915.

En la carta a Fliess de 1896, Freud llama «Signos perceptivos» a estas inscripciones inaugurales y los define como una «primera escritura» (léase bien: «escritura»), imposibilitada de devenir consciente y ordenada por relaciones de simultaneidad.

J. Lacan en su Seminario 11 (Los cuatro...) dice que en esta carta cuando Freud designa un momento en el cual los signos perceptivos están constituidos en la simultaneidad, no se trata de otra cosa que de la sincronía significativa. Descubrimiento que Freud, sin saberlo, lo hace cincuenta años antes que los lingüistas (Lacan, 1986, p.54).

Cuando nos referimos a «significante» en momentos del «infans», que no dispone de lenguaje verbal, se nos hace necesario discernir este concepto del que introdujera F. de Saussure como la parte sensible del signo, imagen acústica de la palabra que está arbitraria pero necesariamente unida a un concepto. La unión a un concepto, la remisión a la palabra y su estructura son los cuestionamientos que introduce la lectura psicoanalítica al concepto «significante».

La unión del significante al concepto tal como la concibe De Saussure (1985) es modificada por J. Lacan al plantear la supremacía del significante sobre el significado. La cadena de significantes para Lacan es autónoma de los significados y estos se generan en un movimiento *après-coup* que detiene el deslizamiento indefinido de la significación (puntada) (d). Lo «escrito» no es el significado sino la estructura significante.

El envío a la palabra ya fue cuestionado por S. Freud en un trabajo de 1913 (S. Freud, *El interés por el psicoanálisis*) donde dice que transgrede el significado usual de los términos cuando postula el interés del psicoanálisis para el investigador de la lengua, pues no entiende por lenguaje solo la expresión de pensamientos en palabras «sino también el lenguaje de los gestos y cualquier otro modo de expresar una actividad anímica, por ejemplo, la escritura» (Freud, 1991a, p.179). Respecto al lenguaje de los sueños, «sistema expresivo arcaico» donde predominan las imágenes visuales, dice que le parece más adecuado compararlo con un sistema de escritura (jeroglífico; palabras no representadas por signos alfabéticos ni fonéticos) que con una lengua (Freud, 1991a, p. 179).

En 1915, en el trabajo «Lo inconsciente», Freud abandona la idea de los registros simultáneos y transcripciones de 1896 y aparecen los conceptos de «representación-cosa» y «representación-palabra», tomados con modificaciones del viejo trabajo de «Las afasias» de 1891. El *Icc* contiene las representaciones-cosa que son las «investiduras de objeto primeras y genuinas» (Freud, 1992). La representación-cosa misma no accede a la conciencia al igual que el signo perceptivo.

No es posible trasladar el modelo de signo saussureano al representacional freudiano ni viceversa, sin hacer una reducción y deformación de ambos. Podemos sí preguntarnos acerca de algún aspecto conceptual parcial dentro de cada modelo.

Freud sitúa a la representación-palabra en el *Prcc.-Cc* y esta queda caracterizada fundamentalmente por ser imagen acústica de palabra (también motriz, etc.) (e). Será necesario considerar otras materialidades del significante, gráficos (escritura), icónicos (imágenes), gestuales, entre otros, para acercarnos más a la idea freudiana de representación-cosa. Abrimos pues interrogantes sobre lo peculiar del funcionamiento y de la estructura de estos significantes no fónicos.

Recordemos que Freud trabaja ejemplos en torno al lenguaje en las psicosis para llegar a los conceptos de representación-cosa y palabra. En ellos destaca que en las psicosis la representación-palabra aparece divorciada de su representación-cosa correspondiente. Las palabras son usadas prescindiendo de su relación a la cosa que designan (f). ¿No queda aquí implicada la función referencial en relación al concepto de representación-cosa? Para Freud la significación no es solo consecuencia de la relación de las palabras entre sí, la relación de un significante fónico a otro significante fónico. Es precisa la unión a la imagen de cosa que le corresponde (g). Esto supone la relación del signo con la cosa que designa, su referente (D'Ors, 2009). Pero la disponibilidad del referente a través de una representación, ¿no implica disponer de un orden que nos permita organizar la realidad en su representación? ¿No es este orden el que está alterado en las psicosis, lo que implica una alteración también del juicio de realidad? Esta vertiente descentra la importancia del referente y la representación para poner el acento en la estructura simbólica de la inscripción significativa.

La función referencial es en muchos casos inseparable del sentido (sentido de lo sensible y no de lo inteligible), lo que nos plantea el problema del sentido en relación a la representación-objeto, resultante de la unión de la representación-cosa y palabra con una *sobre-investidura* que caracterizan al proceso secundario. En el modelo freudiano puede entenderse que la representación-cosa introduce un sentido (sensible, sensorial), mientras que las representaciones-palabra en su concatenación, relación de un significante fónico a otro permitirían efectos de sentido inteligible (h). Lo sensorial y lo inteligible remiten al significante y al significado respectivamente en el signo de De Saussure. Al mismo tiempo, la estructura del significante tiene importantes coincidencias con las leyes freudianas del «proceso primario»: sincronía y atemporalidad, metáfora y condensación,

metonimia y desplazamiento. Todo esto hace pensar que la barra del signo se corresponde con la represión quedando el significante y su estructura en el inconsciente.

La noción freudiana de representación-palabra Prcc-Cc también tiene similitudes con la definición saussureana de significante verbal, por lo que los dos modelos no son superponibles, sino trabajables en su confrontación.

Volviendo al signo perceptivo del modelo de 1896, G. Koolhaas (1987) en su texto, *El inconsciente: inscripción, texto y archivo*, destaca que el vocablo «signo» debe ser entendido aquí como engrama, ya que Freud habla de inscripción. «La transcripción de la engramación por Wahrnehmungszeichen (signos de percepción) en la engramación por Sprachzeichen (signos de lenguaje) —sigue diciendo— implica el paso de un lugar sin tiempo —ordenación por simultaneidad— a un lugar con tiempo —ordenación cronológico—».

El «infans» no cuenta con la transcripción de signo perceptivo a signo de lenguaje. Cuenta con inscripciones, significantes que Koolhaas, siguiendo a J. Derrida, propone como «significantes gráficos» (escritura). «Este significante gráfico —la huella— es lógicamente anterior al significante fónico. Los significantes fónicos son los fonemas. El niño adquiere un sistema de fonemas al aprender la lengua de su entorno. [...] Por la engramación de los significantes fónicos, comienza el niño a estar en el mundo al habitar el lenguaje...» (Koolhaas, 1987 p.272).

J. Derrida (1971) rescata a la «escritura» de su subordinación a una escritura fonética, alfabética. El privilegio histórico que ha tenido el significante fónico sobre el gráfico no ha permitido comprender todo lo que la escritura desborda a la escritura fonética. La escritura, para J. Derrida, no es una consecuencia de la lengua sino que fundamenta la posibilidad de la lengua misma, en la medida que todo signo sería impensable sin una institución durable: la huella. La gramatología queda así conducida al principio mismo de la lingüística, reformando el concepto de escritura en una «archi-escritura» («grama» o «diferencia»).

En el psicoanálisis francés contemporáneo no lacaniano, pero con importantes influencias de las enseñanzas de J. Lacan, ha aparecido la necesidad de manejar la noción de significantes no lingüísticos. Podemos citar como ejemplos las nociones de «significante de demarcación

(enigmático)» de G. Rosolato (i), «significantes formales» de D. Anzieu (j), «significante enigmático» de J. Laplanche (k), «pictograma» de P. Aulagnier (l). Estos conceptos presentan zonas comunes, otras complementarias, así como diferencias. Pero en todos los casos está planteado el problema de la inscripción arcaica. Desarrollos que se distancian de la concepción lacaniana del inconsciente e intentan introducir estos conceptos dentro del modelo freudiano, a grandes rasgos. La diferencia con J. Lacan no es en algunos casos menor y ha disparado una interminable discusión sobre la concepción del inconsciente. El problema planteado no es la materialidad del significante inconsciente (verbales, imágenes, gestos, etc.) sino la estructura lingüística o no lingüística del mismo.

Como corolario podríamos decir que en psicoanálisis, la noción de «inscripción significativa», es de mayor consenso que las derivaciones teóricas que de allí parten sobre la concepción del inconsciente.

¿DONDE SE INSCRIBE?

Referiré a la implantación de los significantes en el *infans*.

Ninguna línea de desarrollo teórico en el psicoanálisis ha dejado de ver la jerarquía del cuerpo en la fundación del psiquismo. Solo que dar por sobreentendido el cuerpo produce en realidad malentendidos.

El cuerpo se hace; es una construcción múltiple y para el psicoanálisis se trata de un armado entre lo erógeno de lo real de la pulsión parcial (reitz) y el significante. Es algo que nos cuesta tener presente. El costo está en que no disponemos más que de imágenes organizadas, urdidas en un simbólico. Si cuerpo hay uno, ese no es concebible sino por múltiples versiones, construcciones, siempre parciales, representables y con tramas ordenativas diversas. Los cuerpos de la medicina (anatomía, fisiología, semiología), los cuerpos de las religiones, de los ritos, de la literatura, la semiótica, la antropología, entre muchos otros y el cuerpo erógeno del psicoanálisis, donde la experiencia libidinal del deseo y la identificación va construyendo y construyéndose encarnada.

Cuerpo que ya está escrito con rasgos al nacimiento (no hay cuerpo virgen de inscripciones) y que se sigue escribiendo en lo que llamo metafóricamente una coreo-grafía. Marcas que deja esa danza cuerpo a cuerpo

con la madre, donde intervienen diversas materialidades significantes (imagen, gesto, postura, tacto, sonido, olor, etc...), en la construcción de una trama, que es ella misma, precisamente, la inscripción psíquica.

Los conceptos: «pulsión», «zona erógena», «narcisismo» e «identificación», dan cuenta para Freud de la importancia del cuerpo erógeno, que es superficie y agujero, en la base de la estructuración del psiquismo.

Que el cuerpo es afectado por el significante y el deseo no debe sugerirnos una preexistencia de ese cuerpo. Es en la afectación del significante y el deseo donde se arma el cuerpo erógeno. Huella y pulsión encarnadas van construyendo una topo-grafía, «escritura» (no fonética) que se constituye en lo inaugural del psiquismo, en la fijación de la pulsión a un representante: una *urverdrängung* (represión originaria). Es de esta forma como prefiero entender el concepto de represión originaria, en la fijación de la pulsión al representante, en el momento o acto donde un significante toma el lugar del *reitz* pulsional y lo representa y, al mismo tiempo, acto donde la fijación liga la pulsión limitando la pulsión de muerte y el masoquismo primario en favor de Eros.

Esta escritura primera (Wahrnehmungszeichen) que ubico como **reprimido originario**, no es palabra perdida por olvido que pueda ser re-enccontrada. Entiendo a este reprimido originario como una «grafía» no fonética (a-fónica), sensible y con investidura pulsional, que conforma una trama o coreo-grafía.

La inscripción es la disponibilidad, siempre actual, de un origen que nos es inaccesible. Entre el acontecimiento supuesto y su inscripción hay un límite infranqueable. Ni en el concepto de «signo perceptivo», ni en el de «representación cosa» hay una correspondencia directa con el acontecimiento. La inscripción no es una fotografía, ni un identikit, sino trazos que guardan un orden especial de registro cuyas características están en discusión. Marca, imposible de decirse totalmente y que, en el mejor de los casos, no cesa de generar discursos y significaciones que no la pueden recubrir(m) pero que la hacen eficaz para la vida.

Lo arcaico solo es construible *après-coup* (Green, 1986) y en estas construcciones lo real del origen queda constituido a la zaga de su inserción discursiva (Szpilka, 1976). No implica una fantasía retrospectiva como la propuesta por K. Jung y discutida por Freud en «Lobos». El *après-coup*

freudiano requiere de la huella de origen, de su inscripción, para que haya un efecto de sentido efectivo a posteriori. Este es el punto o nudo donde la experiencia como acontecimiento, la inscripción y la significación, producen un efecto simbólico eficaz.

Lo originario parece solo poder ser captado en su dimensión de mito. Mito es realidad psíquica efectiva, complejo de Edipo, teorías sexuales infantiles, realidad del síntoma, construcciones en análisis y su eficacia simbólica. Posibilidad en análisis de que las palabras no se las lleve el viento. Eficacia en el contexto del encuadre y la transferencia. Actualidad donde lo arcaico itera. Huellas que insisten en cada sueño —como los ya citados en el inicio—, en cada sesión, gesto, silencio y grito, para *perlaborarse* (Durcharbeitung), —empezar a decir algo como un balbuceo— desde ese límite entre la luz y la sombra donde lo desconocido insinúa confesarse. Farfullando, tartamudeando, en el traspíe de lo que no puede decirse totalmente. ♦

RESUMEN

Este texto propone ideas sobre la condición del psiquismo humano entre lo real de la pulsión parcial y el significante. Propone el concepto de «coreografía inconsciente»: en la relación del bebé con sus padres se escribe dinámicamente una experiencia de movimientos. Esta «yunta» entre excitación y «signo» delimita la zona epistémica específica del psicoanálisis, siempre en malestar. Como en la danza, los cuerpos erógenos escriben y se escriben a la vez, lo cual es solidario de esta idea de construcción.

Esos otros están atravesados por el lenguaje, la historia, las reglas de intercambio y otros elementos de la cultura, Es decir, por el «Otro». Los acontecimientos son actos impregnados del deseo de los padres, un acto inconsciente de creación coreo-gráfica, re-creación. Es decir, de formas que provienen de la historia inconsciente de los padres.

Pulsión que va construyendo con marcas una topo-grafía, «escritura», a partir de la *urverdrängung* (represión originaria) como la fijación de la pulsión al representante, en el momento o acto donde un significante toma el lugar del *reitz* pulsional y lo representa y, al mismo tiempo, limitando la pulsión de muerte y el masoquismo primario en favor de Eros.

Escritura primera (*Wahrnehmungszeichen*) como **reprimido originario** que no es palabra perdida por olvido que pueda ser reencontrada.

Descriptor: LO ARCAICO / LO ORIGINARIO / SIGNIFICANTE / REPRESENTACIÓN PALABRA / REPRESENTACIÓN COSA / HUELLA MNÉMICA / INSCRIPCIÓN

ABSTRACT

This text offers ideas on the psychic human condition between the real aspect of the partial drive and the significant. It is proposed the term «unconscious coreo-graphy»: the set of dynamic movements existing between the baby and the parents. This amalgam between excitement and sign delimitates the epistemic zone specific of the psychoanalysis, consistently in tension. Just as in dance, the erogenous bodies both write and are written at the same time, which aids to this idea of building.

The «other» is intercrossed by language and the laws under an exchange; that is to say, by the Other. The events are acts impregnated in the parents' longings, an unconscious act of coreo-graphic creation, that is to say, a re-creation or forms where the unconscious history of the parents is originated.

The drive builds an intertwined writing starting from the *urverdrängung* or originated repression, — which is the fixation of the drive linked to a representative— in the act where a significant takes the place of the driving *reitz*. This is framed by the driving death and masochism on favor of Eros. This originated repression, it is not a lost word forgotten that can be rejoined.

Keywords: THE ARCHAIC / SIGNIFIED / WORD PRESENTATION / THING PRESENTATION / MEMORY TRACE / INSCRIPTION

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzieu, D. (1990). *Las envolturas psíquicas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Derrida, J. (1971). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Derrida, J. (1980). Freud y la escena de la escritura. En *Suplementos de las Notas*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- De Saussure, F. (1985). *Curso de lingüística general*. Barcelona Planeta-Agostini.
- D'Ors, A. (2009). El problema del sentido de las «expresiones de concepto». A propósito de un inédito de Gottlob Frege. *Thémata. Revista de Filosofía*. Número 41, p.269.
- Ducrot, O; Todorov, T. (1980). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Madrid: Siglo XXI.
- Freud, S. (1991a). *Obras completas: Tomo XIII. Tótem y tabú y otras obras (1913-1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1991b). *Obras completas: Tomo IV. Conferencias de introducción al psicoanálisis (Partes I y II) (1915-1916)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992). *Obras completas: Tomo XIV. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1994). *Cartas a W. Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (1986). A posteriori, lo arcaico. *Revista de Psicoanálisis, APA*, tomo XLIII, N. 4.
- Green, A. (1995). *El lenguaje en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Koolhaas, G. (1987). El inconsciente: inscripción, texto y archivo. En Ed. APU. *El cuerpo, el lenguaje, el inconsciente. Tomo II*. Montevideo: Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis.

- Lacan, J. (1982). *Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lacan, J. (1986). *El seminario: Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J., Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Leclaire, S. (2012). *Seminarios en Montevideo, 1972*. Montevideo: Ed. BUP, APU.
- Love, P. (1964). *Terminología de la danza moderna*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rosolato, G. (1981). *La relación de desconocido*. Barcelona: Petrel.
- Szpilka, J. (1976). Arqueología o mitología en el pensamiento psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP), APU, N 55.

Lo primitivo: un comienzo que nunca termina



MARCELO VIÑAR¹

«Yo llegué al mundo cuando la película ya estaba empezada», protestaba Mafalda de Quino, frente a un mundo tan complejo que la acorralaba en la perplejidad. Lo mismo ha ocurrido desde el hombre primitivo hasta la actualidad. Es este estado de ánimo que nos empuja a esa actitud «interrogativa y autoteorizante» que ha puesto de relieve Jean Laplanche, es cuando estamos atónitos, que ese posicionamiento adquiere plena vigencia. Buscar un comienzo: ¿de qué?, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿quién?, ¿el sujeto?, ¿la vida?, ¿el universo?



Arché o Arké no figura en el diccionario de la RAE (18ª. edición) ni en la Enciclopedia Universalis de Francia (1968) donde se reemplaza por mentalidad arcaica y el texto comienza por declarar la dificultad para localizar una definición precisa y se derrama en explicaciones alusivas o elusivas sobre diversos territorios de lo antiguo, primitivo, etc. Esta imprecisión revela una cualidad insistente del pensamiento humano, su carácter recursivo (entre la mimesis y la creación) que nos empuja, irresistiblemente, a la búsqueda de un pasado precursor y —si es posible—, fundador. Los seres humanos somos transitorios o efímeros, pero somos eslabones de

1 Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

una cadena interminable en constante mutación. Definir un punto de partida, marca los itinerarios a recorrer y aquellos que se excluyen, parece ser una necesidad lógica más que un evento puntual realmente acontecido. Creo que Freud, por un problema de las necesidades de su construcción teórica, distingue lo arcaico (Ur), el estado primordial (Urzustand), de lo primitivo... El primero nunca fue observado mientras el segundo se ha podido ver en algunas tribus (Gil, 2001).



Lo cierto es que un día —en un tiempo interior que siempre habitamos— nos dimos cuenta de que estábamos vivos, porque sentimos placer o dolor y así descubrimos el afecto y el sentimiento de mismidad.

En ese momento no dudamos de la armoniosa coincidencia entre el mundo percibido y nuestra mente percibiéndolo y así accedimos al primer universo del sentido. Ese tiempo mítico tiene una fecha y una edad imprecisa, o estalla en momentos distintos. Pero tenemos la certeza de que ocurre porque cuando falta o queda tenue, dará lugar a una defensa autista o a la personalidad difusa que sugiere el falso self de Winnicott.

Freud argumentó el complejo de Edipo como referente fundamental; en una época en que la monocausalidad era criterio de cientificidad y exigía una causa prínceps. Hoy día, sin renunciar a la referencia edípica, me gustaría añadir los imaginarios colectivos diversos, propios de cada lengua y cultura (Castoriadis, 2013), yo no sería el mismo si hubiera nacido en India o en Groenlandia, antes o después.

Dar cabida a la multiplicidad de factores interactuantes es imprescindible para algunos y pecado para otros, que temen perder la especificidad del psicoanálisis.

Para acortar la distancia entre ficción y realidad hoy es necesario rediscutir estos conceptos.

Para Edgar Morin es necesario restablecer los puentes (o pasarelas) entre la ciencia y el ciudadano. La herencia freudiana no es una Biblia, es el constante cabalgar por las tierras ignotas que nos brinda cada tiempo y cultura. ¡Y vaya si el siglo XX no ha traído hondos cambios y nuevos desafíos!

Aunque aquella congruencia entre la cosa y el intelecto fue fugaz y pronto fracasa, Ortega y Gasset (1981) la considera como una experiencia radical, porque es el tronco común del cual se parte para marcar sus insuficiencias y construir un sujeto crítico, pensante, atento, al que lo obvio le resulte fuente de las mayores cegueras. El sujeto escindido, o descentrado de la experiencia freudiana, que acepta su incompletud.

En verdad, ese momento de descubrimiento no es en soledad sino inducido o impuesto por el relato del entorno familiar, que nos asigna un número de cualidades identitarias (transparentes o enigmáticos): le llamamos Prioridad del Otro.

En esa fuente de amores, seducciones y complicidades también ocurre una encarnizada batalla, con algunos «No», como precoces gritos emancipatorios. Dice Silvia Bleichmar en *La subjetividad en riesgo* (2005) ... las crías de seres humanos están destinadas a humanizarse en la cultura. Esto... «Marca un punto insoslayable de su constitución: la presencia del semejante es inherente a su organización misma... la recibimos junto con la leche— el odio y el amor...».

A este zócalo identitario fundacional de la mente humana, construido de «evidencias» y «sospechas» podemos tildarlo de Arché de nuestra condición de sujetos hablantes, pero precedido por un largo y sustantivo tiempo infans empapado de experiencias preverbales intensas, enigmáticas y decisivas. Cuando nos preguntamos quiénes somos y de dónde venimos ya mucha agua ha corrido bajo el puente y modelado nuestras aristas distintivas. Antaño hablábamos de Sujeto con una pretensión de permanencia de la idea. Hoy el vértigo de los cambios es tan veloz que nos obliga a pensar en el ritmo y la dirección de los cambios; y hablamos de procesos de subjetivación y de des-subjetivación, por modificación de escenarios endógenos, intrapsíquicos o cambios inesperados en un mundo en convulsión.



Freud marcaba tres niveles en la actividad del pensar: el pensamiento animista, el religioso y el racional o científico. El más primitivo —el animista— propio del niño, del salvaje y del neurótico, está construido o poblado por certezas absolutas. No existe solo en los comienzos de la vida, sino que es-

tablece una tensión permanente con el pensamiento consciente y ordinario que habitamos y nos habita en la edad adulta. El lapsus, el acto fallido y el escenario onírico fueron las «pruebas» de su persistencia que promueven la afirmación freudiana de que las experiencias primitivas son imperecederas. Algunos tics y sueños diurnos también amplían el territorio de su vigencia; eso hondo y abismal, indefinible pero que nos hace distinto de los demás.

A diferencia de los animales que solo viven un presente perpetuo (situacional y adaptativo), los humanos poseemos la capacidad de mentalizar un tríptico donde la actualidad se ve escindida o interrumpida por pensamientos que invocan un pasado y proyectan un futuro. Nuestro tiempo interior es un tríptico de evocaciones y anhelos.

Para el lingüista Noam Chomsky y el antropólogo Jean Pierre Vernant (2004) esta capacidad recursiva del pensamiento es exclusiva y definitoria de la especie humana. El fonema es la base material que nos permite construir un pensamiento simbólico: podemos invocar objetos en ausencia de su percepción actual e incluso crear palabras, conceptos y realidades que no existen en el mundo de la naturaleza. Esto define la arista más relevante de nuestra especie: la de ser seres hablantes. Allí reside nuestra gloria y nuestra penuria.

Pero este viaje infinito a un pasado precursor no debe olvidar la consigna que nos legó Miguel de Unamuno: debemos ser más padres de nuestro futuro que hijos de nuestro pasado; toda memoria encierra un proyecto.



Inmersos en la revolución digital, nuestra relación con la lengua está cambiando de manera acelerada. La interacción entre acto y palabra, que regulando los dilemas de una subjetividad contemporánea, me sugieren un declive de las prohibiciones y una facilitación del pasaje al acto. En vez de ser sujeto —sometido o rebelde— a un orden que lo trasciende, el sujeto posmoderno —dice Barrán— le da «primicia al deseo de ser lo que quiere ser». El equilibrio entre los tiempos transitivos y los tiempos reflexivos que ofrecían los escenarios de la modernidad sólida, han sido reemplazados por un empuje a llevar al acto los impulsos que propician el deleite inmediato.

Me permití este paseo, en apariencia distante de la clínica psicoanalítica, para poner en evidencia que los enigmas del origen —la Arché— no es privativa de nuestra disciplina sino compartida con antropólogos y astrofísicos. Ayer miraba en *National Geographic* un documental donde se explicaban las conjeturas sobre el origen de la vida: polvo de estrellas, hoy llamados carbono y nitrógeno, el H₂O, como ingredientes infaltables y la energía de miles de rayos eléctricos en la atmósfera, para activar los ingredientes Arché del universo... ¿de la vida?, ¿de la humanidad?

Es incómodo situarse como un eslaboncito insignificante de esa inmensidad inabarcable. Tomemos la tajada que nos toca: abrumado, y para salir del aturdimiento, sigo el consejo de Z. Bauman: cuando la realidad del problema es inabarcable hay que acotar su complejidad a la escala de nuestra arista de comprensión.



Como siempre he tenido dificultad en tomar como punto de partida la noción de Represión Primaria, prefiero fijar la Arché en la prematuralidad al nacer y la indefensión y dependencia extrema que son su consecuencia. Del claustro intrauterino, donde la temperatura es constante y la alimentación permanente, a un mundo desconocido y traumático, donde alterna el bienestar y el terror. En ese Arché se construye el objeto auxiliador y el persecutorio en esa antinomia de creatividad y destructividad que durará toda la vida con múltiples figuraciones y realidades.

La inmadurez del neonato humano es asombrosa: mientras otros mamíferos disponen en pocos días de sus comportamientos definitivos, el ser humano demora años en adquirir —de manera lenta y gradual— aquellas que caracterizan la especificidad de nuestra especie. Trocando el defecto en virtud, la presencia y la palabra del semejante, es determinante en la construcción de la mismidad. Acercarse a definir que es intrapsíquico y qué interpersonal, sigue siendo un desafío y un trabajo en curso a trabajar en la interdisciplina.

El progreso civilizatorio y el retroceso a la barbarie que es tan fácil de consignar en la historia de la humanidad (Todorow, 1989) también puede observarse en la alternancia de creatividad y destructividad que observa-

mos en cualquier proceso psicoanalítico. Estamos en deuda con ahondar más en la interdisciplina sobre las interacciones entre lo individual y lo colectivo, como se influyen recíprocamente.

Arché es hoy también consignar que la dicotomía entre principio de placer y principio de realidad, o procesos primarios y secundarios que fueron una de nuestras brújulas exclusivas para navegar en nuestro oficio durante el siglo XX, resultan hoy insuficientes. Que el racionalismo puro del Siglo de las Luces contra el oscurantismo religioso vuelve a estar cuestionado de otra manera. El poder mediático parece poseer una acción sugestiva análoga a los profetas de los tiempos bíblicos; como así el crecimiento de las religiones sincréticas. Nos informan que hay bombas atómicas para destruir varias tierras, que el cambio climático, el agotamiento del agua y de los combustibles fósiles tendrán consecuencias catastróficas y seguimos alegremente sin tomar medidas. El ciudadano común difícilmente puede discernir si se trata de un delirio apocalíptico o una tragedia en curso. En ese mundo simbólico la noción de realidad, de ficción, de fantasía, de neutralidad, debe ser reinterrogada. ¿Qué efecto tendrá ese mundo televisivo en la estructuración psíquica de las nuevas generaciones?

Apoyado en la revolución digital y en la expansión exponencial de los medios de difusión, el volumen de los estímulos preceptivos excede, desborda, nuestra capacidad de procesarlos. La sobreestimulación disminuye nuestra capacidad de percepción y comprensión. Hay consenso de que la velocidad de los acontecimientos excede nuestra capacidad de metabolizarlos. «Una noticia, un minuto», dice el locutor para pasar de la guerra monstruosa al cosmético, de la tragedia a la publicidad más pueril. Existe consenso en que ese acontecer vertiginoso incide en nuestro funcionamiento mental. El problema es saber cuánto y cómo y de qué manera incide en el diálogo analítico.

Si nos guiamos por nuestra consulta, la queja tradicional centrada en el conflicto psíquico es reemplazada con frecuencia creciente, por el pasaje al cuerpo o al acto con un empobrecimiento o declive del trabajo verbal que lo problematiza. En lengua freudiana, declive de la perlaboración.

Si bien nuestro universo de casos es pequeño, desde la atalaya del consultorio puede constatarse un cambio de estilo en el pedido de análisis. Los neuróticos de antaño solían traer habitualmente una minuciosa narrativa

de síntomas, inhibiciones o malestares donde veíamos claves del conflicto psíquico, sus ansiedades y defensas, lo que configuraba nuestro territorio de trabajo, creando la figura del sujeto del supuesto saber.

Green designa aquella perspectiva como el paradigma de la cura clásica. Hoy el encuentro terapéutico está desencadenado porque el implicado o su entorno consignan un trastorno en el cuerpo y/o en la conducta y sus consecuencias, auto o hetero destructivas, que vienen acompañadas de un declive de la posición interrogadora y autoteorizante que nos brindaba el neurótico. En vez de pensar por sí mismo, brota la exigencia imperativa de que el terapeuta tenga una respuesta pronta y certera. Las estrategias para cambiar una postura catártica en otra reflexiva no son sencillas. Pero hay más y es más complejo. Los *milennials* que han transitado su primera infancia en la civilización de la imagen y de lo efímero tienen otros códigos de comunicación para establecer diálogos y lazos sociales.

Dicho esquemáticamente y como pregunta a explorar: hasta la revolución digital explorar la sintonía o la otredad con el otro concernían a los interlocutores. En las religiones sincréticas y las tribus urbanas, los códigos parecen definidos de antemano y marcan una frontera rígida entre el nosotros y los otros, que anula o apaga la diversidad y la opacidad del otro. Un régimen binario sustituye los claroscuros de lo inesperado a descubrir.

Lo que precede posiciona al analista como etnólogo; debe comprender una cultura extraña para intervenir. Si esta exigencia no se lleva a cabo, la cura —como ocurre a menudo— se volverá una yuxtaposición de monólogos o un diálogo de sordos.

La revolución digital y la mutación civilizatoria que estamos transitando, nos incita, nos exige, a buscar un nuevo Arché. Volver a Freud en su condición de explorador de tierras incógnitas sin olvidar la freudología de la modernidad sólida, pero sin quedar atrapado y desconocer lo inédito. ♦

RESUMEN

Mito del acceso a una realidad originaria y fundadora; punto de partida del itinerario de una búsqueda. Un biólogo situaría el origen de la vida en la penetración del espermatozoide en el óvulo; un psicoanalista lo haría en el relato del anhelo de una pareja humana para procrear.

Arké no es entonces un hecho material localizable en una cronología histórica, sino una opción del investigador.

Los supuestos básicos del descubrimiento freudiano no son hoy los mismos que en el tiempo del fundador; revolución digital y vértigo civilizatorio mediante.

Buscar la Arké para discernir las fronteras entre realidad y fantasía, o entre público y privado, son aristas a interrogar para entender los lazos sociales del siglo XXI.

Descriptor: LO ARCAICO / SUBJETIVACIÓN / LENGUAJE / PENSAMIENTO / CULTURA / TIEMPO / COMUNICACIÓN

ABSTRACT

The myth of access to an originating and founding reality; point of departure in the itinerary of a search. A biologist would place the origin of life as the penetration of a sperm into the egg; a psychoanalyst would place it in the telling of a human couple of their desire to procreate. Arké is not therefore a material event traceable through an historical chronology, but rather an option of the investigator. The basic premises of Freudian discovery are not the same today as they were in the times of their founder; due to a digital revolution and a civilizing vertigo. To search for the Arké to perceive the boundaries between reality and fantasy, or between public and private, are aspects to question in order to understand the social links of the 21st Century.

Keywords: THE ARCHAIC / SUBJECTIVATION / LANGUAGE / THOUGHT / CULTURE / TIME / COMMUNICATION

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castoriadis, C. (2013). *La Institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Chamayou, G. (2004). *Las cacerías del hombre*. Montevideo: Trilce.
- Gil, D. (2001). *Errancias*. Montevideo: Trilce.
- Ortega y Gasset, J. (1981). *La historia como sistema*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- Revault D'Allones, M. (2010). *Lo que el hombre hace al hombre. Ensayo sobre el mal político*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Todorow, T. (1989). *Nous et les autres*. Paris: Editions du Seuil.
- Vernant, J.P.(2004). *La traversée des frontières*. París: Editions du Seuil.

Los arcontes del archivo



JUAN C. CAPO¹

Obertura. El artículo acepta el desafío de RUP a escribir sobre *arkhé* (origen, inicio) y las líneas que siguen procuran responder. Se toma como guía el libro de Jacques Derrida, *Mal de archivo, una impresión freudiana*.

La nueva *tékhne*. En la contratapa, se recogen datos útiles de los ejes que presta Derrida, con una concepción del archivo, a la luz de una realidad tecnológica, que las nuevas técnicas de archivación (correo electrónico, CD ROM, y otros) comportan de modo cristalino.

Diálogo con el psicoanálisis. Esa interlocución recoge un substrato de modelos, imágenes y metáforas, relacionadas con la impresión, la huella, la imprenta, la impronta, la escritura, utilizadas por Freud para exponer su teoría, y que supusieron, para Derrida, una revolución en la técnica del archivo, en el archivo de la técnica. De ahí extrae Derrida, lo que se puede considerar uno de los principales ejes epistémicos de su libro.

Es que un cierto *mal radical* parece estar en obra ya desde siempre, en la tarea de lugar, donde se alojarán los archivos, derivando de esa compilación una suerte de articulación que los une.

Los modos de recordar, memorizar, monumentalizar, han de consignar en lugar exterior, el tiempo empleado en pasar revista a lo que da base «al tiempo perdido».

La palabra archivo. Prosigue Derrida (1994): «No comencemos por el comienzo, ni siquiera por el archivo. Pero sí «por la palabra archivo [...]» (p.9).

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@netgate.com.uy

«*Arkhé*», nombra a la vez el *comienzo* y el *mandato*. Esto conjuga aparentemente dos principios en uno, el principio según la naturaleza o la historia, *allí donde* las cosas *comienzan* —principio físico, histórico, u ontológico— pero también el principio según la ley, *allí donde* los hombres y los dioses *mandan*, *allí donde* se ejerce la autoridad, el orden social, *en ese lugar* desde el cual el *orden* es comprendido como principio nomológico. Es decir, un logos de la ley que el archivo sustenta.

«**Un concepto así no es fácil de archivar**». Derrida usa expresiones que remiten a un abanico de muchas radiaciones: «Una serie de divergencias no dejará de dividir cada átomo de nuestros léxicos», o esta otra: una cadena de oposiciones tardías y problemáticas entre la *physis* (naturaleza) y sus otras resultantes: *thésis*, *tékhne*, *nómos*, (tesis, técnica, mandato legal) que también cargan el archivo.

Los arcontes, los que mandan. [...] el sentido de «archivo», deriva del *arkeion* griego: casa, residencia de los *arcontes*, los que representan el derecho de representar la ley. Es en su casa, en ese *lugar*, donde se depositan los archivos o documentos. Los arcontes no solo aseguran la seguridad física como depósito, y también como soporte. Esto insta una competencia y un derecho hermenéutico (de interpretación) sobre los archivos. Así, la ley, y la singularidad del acontecimiento que nace, digamos, se sostienen en el *privilegio*. El privilegio del cruce del lugar y la ley, del soporte y el mandato. Un algo visible-invisible tiene lugar, [...] «Razones de *topo-nomología*, y desde ahí, dimensión patriárquica».

Lugar y ley de lo arcóntico. [...] en el psicoanálisis freudiano, es donde se intentará repensar el lugar y la ley según las cuales se instituye este principio arcóntico [negritas agregadas]. Un principio imbuido de autoridad, títulos y genealogía. De ahí dimana el derecho, la legalidad y la dependencia a que ello da lugar.

En todas partes (lo secreto y lo heterogéneo, que supone el archivo) pueden amenazar la *consignación*. Ello puede dar lugar a riesgos, tanto para el archivo, como para la institución que guarda el archivo, los archivos.

La alteración del orden. Una ciencia del archivo incluye la ley y el derecho que la autoriza. Ese derecho supone límites que tienen una historia, historia deconstruible, (la «deconstrucción» es pieza fuerte del discurso derridiano), y a esa deconstrucción no habrá sido ajeno el psicoanálisis.

Esa tarea en curso, concierne, como siempre, a la institución de límites *declarados* infranqueables, ya se trate del derecho de las familias o del Estado, de las relaciones entre lo secreto y lo no-secreto, o, lo que no es lo mismo, entre lo público y lo privado; de los derechos de propiedad o de acceso, de publicación o reproducción, clasificación y puesta *en orden*.

[...] **La heterogénea materialidad. El abordaje de una obra crucial: el Moisés.** En las obras llamadas *teóricas*, ¿qué es digno de ese nombre y qué no lo es? ¿Se debe confiar en lo que dice Freud a este respecto para clasificar sus obras? ¿Se debe creer en su palabra cuando, por ejemplo, presenta su *Moisés... como una novela histórica?* [negritas agregadas].

El acecho de los accidentes. En todos estos casos, los límites, las fronteras y las distinciones habrán sido sacudidas por **seísmos** (catástrofes: así se trate de terremoto, inundación o tsunami, en sentido figural), que no dejan al abrigo ningún concepto clasificador, ni puesta en obra alguna de archivo, que alteran la *impresión* dejada por la *firma freudiana* sobre su propio archivo, y también inversamente de rebote, sobre la historiografía.

La historia en la formación de un concepto, la historia de la formación de un *concepto en general*. Derrida dice: «digamos por el momento *firma freudiana*».

La firma freudiana y el escenario de la excavación arqueológica. No por casualidad el hilo freudiano privilegia las figuras de la impronta y de la imprenta, y también el escenario de la excavación arqueológica.

¿De qué trata este discurso? El mismo trata sobre el almacenamiento de las «impresiones» y el cifrado de ellas. Inevitablemente, habrán de topar con tópicos freudianos insoslayables: la censura, la represión, la supresión. En tal caso, también el archivo podrá ser guardado, con represión y todo incluido.

«El orden ya no está asegurado».

Una gran «cuestión judía» atraviesa el psicoanálisis. Se basa para ello Derrida, (y se empeña) en seguir el trayecto del discurso del historiador americano del judaísmo, Yosef Habib Yerushalmi, acerca de dos libros suyos: *Zakhor, Jewish History and Jewish Memory* y *Freud's Moses, Judaism Terminable and Interminable*.

Derrida se pregunta si se sigue considerando el psicoanálisis una «ciencia judía», como se ha dicho con frecuencia para echárselo en cara, antes,

durante y después del nazismo. No se responderá a estas cuestiones mientras no se haya definido, «suponiendo que ello sea cognoscible», advierte Yerushalmi, lo que quiere decir «judío» y lo que quiere decir «ciencia».

«**El Libro**» «Como archi-archivo, la Biblia, aquella que su padre obsequiara a Freud, habría sido «El libro». Él quedaría «en reserva», junto al archi-patriarca del psicoanálisis: el padre del padre. El padre de Freud. Habría permanecido allí en el Arca de la alianza. *Arca* esta vez en latín (*ark* en inglés), es el cofre, el «arca en madera de acacia» que guarda las Tablas de piedra; pero *arca* se dice también del armario, el ataúd, la celda de la prisión o la cisterna, el depósito» (Derrida, 1994, p.31).

El Mal de archivo evoca a un síntoma, a un sufrimiento, a una pasión. «Con Freud, sin Freud, a veces contra Freud. El archivo del mal también arruina, deporta, arrastra... Así él también incluye, abarca, en su heterogeneidad, ordenada al infinito, el mal radical, en su «principio de archivo» [...].

EXERGO

Adelanto. Violencia. «El exergo juega con la cita», con estas palabras el texto, (la paráfrasis del texto) circunvala con una elipse, muchas elipsis. «Acumula por adelantado un capital y prepara la plusvalía de un archivo» [...]. Se contenta con nombrar el problema; dice del asunto; establece una función instituyente y conservadora: violencia de un poder, que, con ellos, diría Walter Benjamin (1991), establece y conserva el derecho (p.15).

Ambigüedades del archivo. «Hete aquí la violencia del archivo como *violencia archivadora*. Otras consecuencias: *archivo instituyente y conservador*. *Archivo revolucionario y tradicional*. Es *eco-nómico*: ahorra más de un modo no natural, es decir, haciendo la ley (*nómos*) o haciéndola respetar». «Tiene fuerza de ley, la de la casa, como lugar, domicilio, familia, linaje o institución».

Dos lugares de inscripción. «Ahora bien, estas citas conciernen a —y quizá se vinculan secretamente entre ellas— dos lugares de *inscripción: la imprenta y la circuncisión*».

Lugares: impronta y castración. El primero de estos exergos sería el más tipográfico, más adecuado a su concepto, una impresión que se

vincula al *afuera*, a un soporte externo, adelante de «la pizarra mágica». Pero el segundo exergo, que Derrida prontamente denomina «signo de la alianza», remite a una *marca íntima, en pleno cuerpo*, llamado *propio*. Entonces, ¿dónde comienza el *afuera* para éste? «Esta cuestión es la cuestión del archivo», concluye Derrida. «Sin duda, no hay otra», remata Derrida, dejándonos en el suspenso de quedar, temporariamente, en ayunas.

El malestar que trae la cultura. Al inicio del capítulo VI de *El malestar en la cultura*, Freud (1979a) vacila en lo que va a decir, se pregunta por haber hecho tanto gasto en papel, en tinta, para instalar al fin, una máquina de impresión, donde se imprime algo que ya todo el mundo sabía, pero esta *impresión* que se abre camino, conduce a otra lógica, a otra retórica, basada en un tiempo verbal distinto, *un tiempo futuro anterior* [cursivas agregadas]. Consiste en la permuta de una hipótesis vacilante por una tesis que empieza a caminar. Le habrá hecho falta inventar una proposición inaugural, algo nuevo, *una mutación, un corte*. (Ello nos pone, lectores, en la pista de la *escisión*, de la *spaltung*, de la *división*). Consiste en nada más y nada menos que, en la «modificación de la doctrina psicoanalítica de las pulsiones» (p.17).

La introducción de la pulsión de muerte. Enseguida Freud hace la proposición sosteniendo que esta ficción, es «una ficción irresistible, a saber, la posibilidad de una perversión radical, justamente, *una diabólica pulsión de muerte, de agresión o de destrucción; por tanto una pulsión de pérdida* [negritas agregadas]».

La continuación del capítulo recordará que diez años antes en *Más allá del principio del placer* (1979b), Freud había introducido «esta pulsión de destrucción en la economía o más bien en la aneconomía psíquica, en la parte maldita de este gasto a pura pérdida (p.18)». Eso puede destruir, por adelantado, su propio archivo. Y lo hará desde una vocación silenciosa. Derrida podrá decir: «El archivo trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo.»

«La inagotable existencia de un Mal que parece contradecir la existencia de Dios». «No sin disgusto, señala Freud, que se nos recuerde la innegable existencia de un mal que parece contradecir la soberana bondad de Dios. Pero si este Diablo —otro nombre para la pulsión de tres nombres— parece entonces, a los ojos de los cristianos, inconciliable con Dios, resulta que también puede disculpar a Dios y resultará el mal por el mal, el

mal diabólico, puede también servir de excusa, ya que le es *exterior*, *ángel anárquico y disidente*, en rebelión contra Él, del mismo modo que el Judío puede jugar un papel análogo de alivio, o de descongestión económica que le asigna el mundo del ideal ario». «Dicho de otro modo, la destrucción radical puede aun ser *reinvertida* en otra lógica diferente, en el inagotable recurso *economista* de un archivo que capitaliza todo, incluso lo que lo arruina, o cuestiona su poder: la destrucción infinita puede ser reinvertida en una teodicea, el Diabolo puede también *justificar* —y ése sería el destino del Judío— el ideal ario». El antisemitismo se hacía presente.

[...] **La máquina-herramienta como para representar afuera la memoria como archivación interna.** «Limitándonos a esta paradójica archivación del archivo freudiano, deberíamos asimismo prestar atención a una fecha. Pensemos en el modelo técnico de la máquina-herramienta destinada a *representar afuera* la memoria como archivación interna, a saber, el *Bloc mágico*. Este modelo fue asimismo descrito, analizado, presentado, después de *Más allá del principio del placer*, libro donde Freud confesara hacer de «abogado del diablo». La descripción comporta varias alusiones a lo que en el funcionamiento del *Bloc mágico* está condicionado por la descripción anterior en *Más allá...*, de la estructura del aparato psíquico (p.21).

Derrida (1994) prosigue: «Sin recordar aquí las cuestiones que planteaba entonces (especialmente acerca del “concepto freudiano de huella hereditaria”), me permito citar una observación solamente. Ella podría por anticipado diseñar el horizonte acerca hacia el cual me gustaría avanzar un poco más y de otro modo esta noche» (p.21).

«Para representar el funcionamiento del aparato psíquico en un modelo técnico *exterior*, no disponía Freud entonces de los recursos que hoy día nos aseguran las máquinas archivadoras con las que apenas se podía soñar en el primer cuarto del pasado siglo. ¿Cambian algo estas máquinas? ¿Afectan simultáneamente al discurso de Freud?».

La representación herida de muerte. En 1966, en largo discurso, Derrida decía lo siguiente: «[...] Lejos de que la máquina sea una pura ausencia de espontaneidad, su *semejanza* con el aparato psíquico, su existencia y su necesidad dan testimonio de la finitud así suplida de la espontaneidad mnémica. La máquina —y, por tanto, la representación— es la muerte y

la finitud *en* lo psíquico. Freud no se sigue preguntando por la posibilidad de esta máquina, que en el mundo al menos ha comenzado a *asemejarse* a la memoria y que se le asemeja cada vez más y cada vez mejor. Mucho mejor que este inocente bloc mágico» (p.22).

Cuestiones que trae el porvenir. Del *porvenir*, si lo hay; del porvenir del psicoanálisis en su relación con el porvenir de la ciencia. «Como tecnociencia, la ciencia no puede más que consistir, en su movimiento mismo, en una transformación de las técnicas de archivación, de impresión, de inscripción, de reproducción, de formalización, de cifrado y traducción de marcas». «Por tanto, las cuestiones son al menos de *dos órdenes*,

1. Unas atañen a la *exposición teórica* del psicoanálisis. Concernirían a *suobjeto* y en particular a lo que se ha puesto en juego en los modelos de representación del aparato psíquico como aparato de percepción, de impresión, de registro, de distribución tópica de los lugares de inscripción, de cifrado, de represión, de desplazamiento, de condensación. Nombraríamos así, por supuesto, otros tantos lugares de lectura y de interpretación».

«[...] si *por lo esencial, y de otro modo que en los detalles extrínsecos*, la estructura del aparato psíquico, ese sistema a la vez mnémico e hipomnémico que quería describir Freud con el «bloc mágico», ¿resiste o no a la evolución de la tecnociencia del archivo? ¿Estaría el aparato psíquico *mejor representado* o bien *afectado de otra forma* por tantos dispositivos técnicos [...]: micro-informatización, electronización, computarización, etc.?».

«Estas dos hipótesis son irreductibles la una a la otra. Puesto que si las conmociones en curso afectaran las estructuras mismas del aparato psíquico, por ejemplo, en su arquitectura espacial y en su economía de la velocidad, en su tratamiento del espaciamento y de la temporalización, ya no se trataría de un simple progreso continuo en la representación, en el valor *representativo* del modelo, sino de una lógica absolutamente distinta» (p.23).

2. Derrida insiste sobre las técnicas de archivación que el seísmo tecnológico moderno trajo: interrogantes que lo interrogan, lo detienen,

lo fascinan. Quizá se desvíe, quizá incurra en un malentendido epistémico. (Ver más adelante). Que Freud escribía teoría, documentaba casos, historiales, problemas, cuestiones prácticas y teóricas, consejos, correspondencia con colegas, con amigos, con personas de inesperada procedencia, de lejanos rincones del mundo, en tiempos en que no se disponía de tarjetas magnéticas, computadoras, celulares, E.MAIL, CD ROM, FAX, eso no se puede desmentir.

Un acento, un énfasis, que despierta interrogantes. «Me habría gustado consagrar toda mi conferencia a esta ciencia-ficción retrospectiva» (Derrida). «Me habría gustado imaginar la escena de ese otro archivo tras el seísmo y tras los *après-coups* de sus *aftershocks*. Como no puedo hacerlo, [...] me atengo a una observación de principio: ese seísmo archivador no habría limitado sus efectos al *registro secundario*, a la impresión y a la conservación de la historia del psicoanálisis. Habría transformado esa historia de arriba abajo y en el *adentro* [cursivas agregadas] más inicial de su producción, en sus *acontecimientos* mismos [Acá me parece que Derrida relativiza un motor como la castración, *acontecimiento de muy adentro*, registro que atraviesa la historia del psicoanálisis, y lo trasmuta en un efecto resultante, más visible, más nítido, (...) no solo iluminado por un progreso técnico]. Derrida continúa, dado que estamos en esa detención: «...la estructura técnica del archivo *archivante* determina asimismo la estructura del contenido *archivable* en su surgir mismo y en su relación con el porvenir». «[...] Ello significa que *en el pasado*, el psicoanálisis (no más que otras cosas), no habría sido lo que fue si el *e-mail*, por ejemplo, hubiera existido. Y *en el porvenir* no será ya lo que Freud y otros psicoanalistas han anticipado, desde que el *e-mail*, por ejemplo, se ha hecho posible» (p.24). La técnica del correo le merece una detención, la instantaneidad del *e-mail*, hace que Derrida haga otras cogitaciones. La correspondencia manuscrita y los escritos analíticos del siglo XX, en sus inicios. Las consecuencias jurídicas y políticas resultantes de la instantaneidad del mail electrónico actual, que muchos no lo usan, no lo leen «por envejecido», en aquel tiempo entusiasmaba a J.D. (Derrida y sus testimonios alborozados ante la técnica en el año 1994, pero la técnica y la historia, han merecido desde el psicoanálisis sus cautelas, sus reservas).

«¡Ah, la excavación arqueológica!» Freud acompaña con gusto al joven arqueólogo Norbert Hanold, personaje de ficción del novelista W. Jensen, que habrá de merecer que nos detengamos pronto, en aquella Pompeya, cercana ciudad sepultada en ceniza, donde Derrida se retiraba a escribir.

«[...] Por el momento, dejemos estas cuestiones en suspenso», sostiene Derrida, sustrayéndose de estas excursiones para pasar al

PREÁMBULO

«El sudor que rezuma cercar un nuevo objeto epistémico».

[...] 1. «La primera inscripción sería *escritural* o *tipográfica*: la de una inscripción (*Niederschrift*, escribe Freud, a lo ancho y largo de su obra), que deja una marca en la superficie o en el espesor de un soporte.

«¿Se puede pensar un archivo sin fundamento, sin substancia, sin soporte?»

[...] Esta tópica no tiene nada que ver por el momento, provisionalmente, con un punto de vista anatómico sobre localizaciones cerebrales.

2. Derrida gira como brújula, apunta al concepto, sostiene que no lo puede sostener, sin orientarse hacia la palabra «impresión», que tiene para Freud, nociones (Derrida no usa estos términos), como las de «representaciones intuitivas», o «vistas del espíritu», en criticable traducción francesa, aclara J.D.

La impresentabilidad de un nuevo concepto.

Derrida opone aquí el rigor del *concepto*, a lo vagoroso o a la imprecisión relativa, abierta, quizá indeterminable de la palabra *noción*. Y «Archivo» es solamente una *noción*, una impresión asociada a una palabra y para la cual ni Freud ni nosotros tenemos ningún concepto.» «Figura móvil», «Esquema» o «Proceso infinito o indefinido». Aunque, oh sorpresa, Derrida avanza un poco más: la considera como un pre-concepto, como posibilidad que traerá el porvenir. Esta sería una

de las tesis aquí presentadas: hay razones esenciales por las cuales un concepto en formación permanece siempre inadecuado a lo que debería ser; dividido, desunido, entre dos fuerzas. Dis-juntamiento que tendría una relación necesaria con la estructura de la archivación... el concepto de archivo no puede no guardar en él, como todo concepto, un peso de impensado. ¿O puede?

3. «**Impresión freudiana**» «[...] Quiero hablar de la *impresión dejada* por Freud, por el acontecimiento que carga este apellido, la *impresión* casi inolvidable e irrecusable, tan innegable incluso, que Sigmund Freud le habrá *hecho* a cualquiera que, después hable *de él* o *le hable*, y deba, por tanto, aceptándolo o no, sabiéndolo o no, dejarse marcar así: en su cultura, en su disciplina, sea la que sea, en particular la filosofía, la medicina, la psiquiatría y más precisamente aquí, ya que debemos hablar de memoria y de archivo, la historia de los textos y de los discursos, la teoría política, la historia del derecho, la historia de las ideas o de la cultura, la historia de la religión y la religión misma, la historia de las instituciones y de las ciencias, en particular la historia de ese proyecto institucional y científico que se llama el psicoanálisis» (p.39).

PRÓLOGO

Las dificultades para ubicar el vocablo «archivo»: entre noción y concepto[...]. «Disponer de un concepto, tener una seguridad al respecto, es suponer una herencia cerrada y la garantía sellada, en cierto modo, por esta herencia. Tanto la palabra como la noción de archivo parecen, en primer lugar, ciertamente, señalar hacia el pasado, remitir a los indicios de la memoria consignada, recordar la fidelidad a la tradición. **Ahora bien, si hemos intentado subrayar este pasado desde el inicio de estas cuestiones, es también para señalar las vías de una problemática distinta** [negritas agregadas]. Al igual o más que una cosa del pasado, antes que ella incluso, el archivo debería *poner en tela de juicio* el porvenir, la venida del porvenir.

«[...] Es, pues, una cuestión del porvenir, la cuestión del porvenir mismo, la cuestión de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana. Si queremos saber lo que el archivo habrá querido decir, no

lo sabremos más que en el tiempo por venir. Quizá. No mañana, sino en el tiempo por venir, pronto o quizá nunca».

Acerca de ir más allá de si el psicoanálisis es una ciencia judía. Derrida escribe morosa, larga, admirativamente, sobre libros citados más arriba, de Yerushalmi, sobre lo que este historiador bíblico «monologaba» con Freud, en el libro de aquel, en pos de refrendar con la ficcional respuesta del «espectro de Freud» la confirmación de que, efectivamente, el psicoanálisis es una ciencia judía. ¿El fantasma de Freud asiente? El fantasma no responde, lo que no quiere decir que dé asentimiento alguno a las presiones de Yerushalmi, que es todo un historiador. No obstante ello, Yerushalmi insiste [...] todo el libro de Yerushalmi gira alrededor de un libro de Freud que este último había querido en un principio presentar como una *ficción*, *Der Mann Moses, ein historischer Roman*, apuntando hacia **un nuevo concepto de la verdad**, a saber, bajo el nombre de «verdad histórica», «una verdad que la historiografía y quizá la filosofía tienen cierta dificultad en pensar».

La circuncisión como marca y/o como signo distintivo de la alianza. Derrida, también Yerushalmi, insisten en la palabra «circuncisión». Derrida demora en ampliar al sentido de castración que Freud le asignaba a la circuncisión, si bien Freud, en el libro sobre Moisés, nombra otros archivos, otras exterioridades: que los egipcios también se circuncidaban, que esa marca constituía «un fósil conductor», para interrogar la memoria (nota 9, p.50). «Desde un punto de vista más estructural, agrega Derrida, la circuncisión sería el sustituto simbólico de la castración del hijo por el padre primitivo».

Pocas páginas más adelante, Derrida enmarca la circuncisión en los siguientes términos: Decimos a propósito «algo como una circuncisión» para designar el lugar de este problema, un lugar él mismo problemático, entre la figurabilidad y la literalidad. ¿Podemos quedarnos satisfechos con los numerosos enunciados de Freud sobre la circuncisión, relacionada siempre y a toda costa con la castración o la amenaza de castración?

Un dilema: efecto de suspensión: ¿enfocar hacia el pasado, enfocar hacia el porvenir? En cuanto a las razones que vinculan a Freud con el pasado, las que sí lo harían están expuestas en el caso de *El hombre de las ratas*, en el sentido «del progreso de la ciencia y la razón, con el advenimiento del patriarcado».

Las tres equivocaciones de Freud. Él lo hace tres veces, apoyándose en el pensador y humorista Lichtenberg, (célebre por sus sentencias y sus aforismos) y cuyo respaldo Freud busca. «Se equivoca al afirmar que no puede haber dudas en cuanto a la identidad de la madre, desde el momento en que esta identificación dependería del testimonio de los sentidos; la identidad del padre quedaría siempre en duda, ya que dependería, ella sola, de una inferencia racional, como esa *legal fiction* de la que habla Stephen en el *Ulysses* de Joyce. Ahora bien, hoy día, mejor que nunca, aunque no sea más que por la posibilidad de las madres de alquiler, de las maternidades protéticas, de los bancos de esperma y de todas las inseminaciones artificiales, tal y como nos lo asegura ya y asegurará aún más en el porvenir, la tecnociencia bio-genética, se sabe que la maternidad es tan inferida, construida e interpretada como la paternidad. Como la ley paterna. En verdad, siempre ha sido así, para la una y para la otra. Freud se equivoca por segunda vez al creer con Lichtenberg que la paternidad, y *ella sola*, es tan incierta como la cuestión de saber si la luna está habitada: se sabe hoy día, con absoluta certeza objetiva, que la luna está desierta, e, inversamente, es más fácil ver y tocar el suelo de este astro que la identidad cierta de una madre. Se equivoca por tercera vez al extraer de todos estos errores, ilusiones o fantasías, una conclusión *falo-logocéntrica*: en razón de este presunto recurso a la razón en la asignación de paternidad, más allá *del* «testimonio de los sentidos», el paso al patriarcado habría marcado el triunfo civilizador de la razón sobre la sensibilidad, de la ciencia, sobre la percepción.

Con Nietzsche. Pensadores del porvenir. «Dudando que Anna/Antígona haya hablado, de Londres a Jerusalén, en su propio nombre, esperando visiblemente que haya hablado en el nombre del padre, de su padre muerto, [...] pues bien, quizá se inscriba ahí, (quizá, digo bien *quizá*), como si firmara ahí con su nombre, una discreta pero imborrable virilidad: *no-sotros* los padres, nosotros los arcontes, nosotros los patriarcas guardianes del archivo y de la ley. Digo *quizá*, porque todas estas cuestiones permanecen tan suspendidas como el porvenir... «[...] Insisto sobre esta modalidad esencial del *quizá*, como estoy tentado siempre de hacerlo», remata su discurso Derrida. Y prosigue: «Me parece irreductible. Nietzsche pretendía reconocer a los pensadores del porvenir por el coraje de decir *quizá*».

Fraternal. Judaísmo. Cristianismo. Fratricidio. «Puesto que Yerushalmi plantea al profesor Freud una notable cuestión sobre la identidad de la madre, en su esquema edípico, una identidad quizá no sensible, quizá sustraída al testimonio de los sentidos, como la *legal fiction* del padre y más aún que ésta, ya que esta vez la mujer sería la ley misma:

[...] la Torah, la doctrina, la revelación, la Torah que, en hebreo, es de género femenino y que el Midrash se complace en comparar con una novia. Es por su posesión por lo que el cristianismo, el hijo menor, vino a desafiar, no tanto a Dios Padre como al hijo primogénito, al judaísmo. Calificar ese enfrentamiento de «rivalidad fraternal», me parece bastante débil. Psicológicamente (y, por desgracia, históricamente), sería más justo hablar de «lucha fraticida»

En la página 57 de *Mal de archivo*, nota 15, se lee: Yerushalmi, consagrando [...] páginas a esta cuestión del fraticidio, adelanta la hipótesis, según la cual la figura de Caín es tan potente como la de Edipo».

Selbstdarstellung. Llegando a este punto, a riesgo de fatigar más aún al lector. del inventario de este «dossier» sobre la Arkhé, este fragmento confesional de Freud, que sufrió «inexplicables omisiones», traducciones discutibles, hasta quedar impreso así, tardíamente, en las ediciones de Amorrortu, tomo XX, p.1, bajo el título «Presentación autobiográfica», reza: «El hecho de que me sumergiera demasiado pronto, apenas acabado el aprendizaje de la lectura, en el estudio de la historia bíblica, determinó de un modo duradero, como me di cuenta mucho más tarde, la orientación de mis intereses». Al parecer, la última frase no apareció sino diez años después. Freud la añadió un año más tarde, en 1935, un año después de haber terminado la primera versión manuscrita del *Moisés*.

«[...] las deformaciones de un texto comparable con asesinatos». **Tardía introducción a la cuestión del archivo.** Dice Derrida: «se puede incluir esta pequeña observación filológica en el pequeño dossier que Freud mismo instruye en el capítulo sexto de la segunda parte de su *Moisés*, a lo largo de esas páginas tan ricas sobre la archivación, la tradición oral y la tradición escrita, la exégesis bíblica, la historiografía y todas las deformaciones de un texto comparable con asesinatos. Ello surgiendo en una noción de «obediencia retardada», que afectó a varios, empezando por el propio Freud, quien tardíamente reconoce su metida de pata.

La verdad de la verdad. Ese tardío descubrimiento hace más entendible lo que se lee en *Tótem...* acerca de «verdad material» y «verdad histórica», los tropiezos con la verdad, la juntura de la verdad con la ficción. Derrida resume (y vuelve al libro de Yerushalmi); ...esta juntura entre la verdad y la ficción, este juego, este lujo, asegura, me parece la unidad de este libro en tanto articula juntos cuatro artículos de historiador que se quieren subordinar a las normas tradicionales de la cientificidad y un último capítulo de **monólogo ficticio con un espectro** que al menos aparentemente, no responde. Pero el último capítulo, el más ficticio, ciertamente no es el menos verdadero. A su modo, aun si no la dice, *hace* la verdad, en el sentido en que Agustín podía decirlo de la confesión. Nos inspira otra cosa sobre la verdad de la verdad, sobre la historia de la verdad, así como sobre la verdad de la diferencia enigmática que Freud ha querido señalar entre «verdad material» y «verdad histórica». **No imagino una introducción mejor a la cuestión del archivo hoy que aquello que propiamente pone en juego esta vertiginosa diferencia** [negritas agregadas].

«El [padre] muerto se hizo más fuerte {de lo que lo había sido mientras vivía} [...] en virtud de una situación psíquica que nos es familiar en psicoanálisis, “la obediencia debida”».

Al escribir *Moisés y la religión monoteísta*, no solo obedece finalmente a su padre y vuelve a sumergirse en el estudio intensivo de la Biblia, sino que, gracias a la interpretación que de ella da, llega a preservar su independencia respecto a su padre. Rechaza la «verdad material» del relato bíblico, más se alegra de descubrir ahí mismo una «verdad histórica». Ver nota 28 en página 57 de **Malestar**.

Elogio de (a) Lou Andreas-Salomé. Yerushalmi elogia a la analista, antes de citarla. Lo que ella dijo fue: haber leído en el *Moisés* ...una nueva forma del «retorno de lo reprimido», esta vez no bajo la forma de «fantasmas surgidos del pasado», sino de lo que se podría llamar un «triunfo de la vida». «La supervivencia ya no significa la muerte y el retorno del espectro, sino el sobrevivir de un exceso de vida que resiste al aniquilamiento» (p.67).

Donde los historiadores no se atreven. Hasta allí llegó el historiador Yerushalmi. Derrida sostiene que, al fin, el historiador se dirige a Freud con un respeto filial. Se «vuelve a sumergir a su vez en el «estudio intensivo de la Biblia.»». «Preserva su independencia». «Imitando un parricidio

doblemente ficticio, «discute ásperamente con un maestro cuyas reglas y premisas psicoanalíticas acepta». Se identifica con él interiorizándolo como un fantasma que habla en él, antes que él». «Ahora bien, este fantasma, no lo olvidemos, es un experto en fantasmas». «El experto ... llegó incluso a subrayar un día que lo más interesante en la represión es lo que no se llega a reprimir». «El fantasma hace así la ley, incluso cuando se le replica.» Como el padre de Hamlet tras de su yelmo, y en virtud de su *efecto de visera*, el espectro ve sin ser visto. Así restablece la heteronomía. La heteronomía de una ley de venganza que el fantasma exige. «Freud en confidencia más o menos tardía admite su impregnación por la cultura bíblica». «Y Yerushalmi se la aplica ahora a si mismo para descubrir su propia inversión (¿inmersión?) en este archivo de Freud que se ha convertido para él, en una Biblia, *una Biblia espectral*»

Conclusiones de Derrida: «Freud no responderá nunca más porque es un fantasma, por lo tanto, un muerto. No responderá nunca más porque es el fantasma de un analista y quizá porque el analista debe retirarse hacia esa posición espectral, el lugar del muerto, dejando de hablar, hace hablar; no respondiendo nunca más que para callarse, no callando más que para dejar hablar al paciente, el tiempo de transferir, de interpretar, de trabajar» (p.70). «[...] sabemos en todo caso que una respuesta espectral (así pues, instruida por una *tékne* e inscrita en un archivo) es siempre posible». «No habría ni historia, ni tradición, ni cultura, sin esta posibilidad». El archivo no se debe tomar en términos de absoluto. «Nunca se lo podrá objetivar sin resto». «El archivero produce archivo, y es por esto por lo que el archivo no se cierra jamás».

TESIS

Viena, 6 de diciembre de 1896

[...] Acabo de adornar mi despacho con vaciados de estatuas florentinas. Para mí ha supuesto un relajamiento enorme. ¡Hago propósito de volverme rico para volver a hacer este viaje y sueño con un congreso en tierra italiana! (Nápoles, Pompeya).

Sigm.

«Un joven arqueólogo, Norbert Hanold ha descubierto en una colección de antigüedades, en Roma, un bajorrelieve que le ha agradado tanto que está feliz por haber obtenido de él un excelente vaciado que puede colgar en su gabinete de estudio.»

«Hace ya mucho tiempo que me he acostumbrado a estas muertas». («La Gradiva», de W. Jensen. 1906-1907)

Los dos (o tres) exergos de este capítulo se constituyen en referencias imprescindibles. La noción arqueológica, tan unida al psicoanálisis, y esa debilidad por esas excavaciones y estatuillas que le proporcionaron tal felicidad a Freud, no necesita de mayor énfasis. En carta de 6 de diciembre de 1896 a su amigo Wilhelm Fliess, Freud define las «relaciones de estratificación topográfica, arqueológica o de archivo entre varios tipos de «registro», o escritos («tres y probablemente más», piensa entonces). Esta carta, también adelanta, a veces en detalle, la «Nota sobre el bloc mágico».

Los dos copetes siguientes proceden de la novela, la *Gradiva* de W. Jensen (1906-1907), cimientos para un trabajo excepcional de Freud sobre el delirio y el sueño.

Derrida comienza este capítulo escribiendo sobre «la posibilidad de una recapitulación, que se acerque lo más posible a la noción de cabeza, del principio, del *arkhé*, o del archivo» (p.91). En otras palabras, escribe, «lo *Uno se guarda de lo otro* y lo *Uno se hace violencia*». Subyace aquí, conjetura Derrida, la cuestión del porvenir del espectro o del espectro del porvenir, mejor aún: del porvenir *como espectro*. Derrida se lanza y escribe esto:

Las tesis freudianas están resquebrajadas, divididas, son contradictorias, como los conceptos, comenzando por el de archivo. «Todo concepto freudiano funciona así, dislocándose siempre, porque nunca nace uno consigo mismo. La estructura del archivo es *espectral*. Lo es *a priori*: ni presente ni ausente «en carne y hueso», ni visible, ni invisible, huella que remite siempre a otro, con cuya mirada no podríamos cruzar la nuestra, ni aún con la visera del padre de Hamlet. Luego, el motivo espectral pone en escena esta fisión diseminante de la que hacen gala desde el principio, tanto el principio arcóntico, como el concepto de archivo y aun como el concepto a secas.

«...deseo de archivo». «Freud, lo sabemos, ha hecho todo lo posible para no soslayar la experiencia del asedio, la espectralidad, los fantasmas, los (re) aparecidos. Ha intentado dar cuenta de ello con coraje, de la forma más científica, crítica y positiva posible. Y, por eso mismo, ha intentado, también, conjurarlos. Su positivismo puesto al servicio de un asedio declarado y de un miedo inconfesado.... deseo de archivo, lo más cerca posible de una imposible arqueología de esa nostalgia, de ese deseo doloroso de un retorno al origen auténtico y singular, y de un retorno que se cuida de dar cuenta incluso del retorno de sí mismo. Este ejemplo me trae muy cerca de Nápoles y de Pompeya, del paisaje de *Gradiva*, donde escribí estas páginas hace unos diez días... (Derrida).

La *Gradiva* de Jensen. «En ella, Freud confiesa su propio asedio. Se resiste a él sin resistirse a él. Se divide a sí mismo, por así decirlo, en el momento en que quiere dar cuenta de la última evolución de la locura (Wahn) del joven Norbert Hanold, quien representa la locura de otro en tanto que personaje de ficción. El joven arqueólogo cree dar cuenta de una conversación diaria sostenida con su «espectro de mediodía», *la Gradiva*., estando ella, sin embargo, sepultada desde la catástrofe del año 79. *Monologa con el fantasma de Gradiva* durante una hora, luego ésta vuelve a su tumba, y Hanold, el arqueólogo, se queda solo. Pero queda engañado, alucinado...

Freud, en tanto, había planteado el problema del fantasma. Y del fantasma en literatura. El «personaje» no es el único que sufre de un malestar o de una «tensión». Ante «la aparición de *Gradiva*», se preguntan primero los lectores, *quién es*, ya que la hemos visto *primo*, bajo la forma de una estatua de piedra, *secondo*, de una imagen fantasmagórica. La duda no oscila simplemente entre el fantasma y la realidad, la realidad efectiva. Freud habla, poniéndolo entre comillas, de un «fantasma real». «¿Es esto una alucinación de nuestro héroe hechizado por su delirio, un fantasma “real” o una persona en carne y hueso?». Para hacerse estas preguntas, señala Freud, no se tiene necesidad de creer en los (re) aparecidos. La cuestión y la «tensión» que ella engendra son hasta tal punto inevitables que Jensen, el autor de lo que él mismo llama una «ficción fantástica», no nos ha explicado todavía si quería dejarnos en nuestro mundo prosaico o si quería «conducirnos a otro mundo, un mundo fantástico donde los espíritus y los espectros adquieren valor de realidad». Estamos dispues-

tos a «seguir» al autor de ficción, «como en el ejemplo de Hamlet, de Macbeth».

Fantasmas a mediodía. «Inédita hora de los espectros». Gradiva, «el espectro del mediodía», surge en una experiencia de *lectura*, pero también para Hanold, para el héroe de la novela, en una experiencia, cuya *lengua*, incluso la multiplicidad de lenguas, no podría ser abstraída para dejar desnuda la pura percepción, ni siquiera una alucinación puramente perceptiva. Hanold se dirige a Gradiva primero en lengua griega, para ver si la experiencia espectral ha conservado el lugar de hablar. Sin respuesta, se dirige a ella seguidamente, en latín. Ella sonrío y le pide: «Si quiere usted hablar conmigo, debe hacerlo en alemán». Un fantasma puede ser entonces sensible al idioma. Acogedor a este, alérgico a aquel otro. Uno no se dirige a él en cualquier lengua. Ley de la economía, [...] ley de la transacción de signos y de valores, pero también de cierta familiaridad. «El asedio supone lugares, una habitación, y siempre alguna casa asediada por un encantamiento».

¿Qué pasa con la verdad? Derrida conviene que él, como Freud, cree en algo así como una *parte* de la verdad. «En el análisis, en el examen psicoanalítico, la inverosimilitud de este delirio, al menos [...] en su mayor parte, parece disiparse» (p.94). «[...] ¿Por qué esta insistencia en la partición, en el pedazo?, ¿y qué tendría que ver esta partición con la verdad?». «[...] *hay una verdad del delirio, de la locura, del asedio*». «La verdad es espectral».

«Con el arte de administrar el *suspense*, como un narrador o como el autor de una ficción, Freud nos relata, entonces, a su vez, una historia. Pero como si fuera la historia de otro, un caso...».

«El discurso de Freud sobre el archivo, y he aquí la tesis de las tesis, parece, pues, dividido. [...] Por ello, decimos, [...] *mal de archivo*». Se deben poder encontrar huellas de esta contradicción en toda la obra de Freud. Tal contradicción no es negativa, escinde y condiciona la formación misma del concepto de archivo y del concepto en general, allí donde estos portan la contradicción.

[...]

Un oscurantismo epistémico. «Nada es menos seguro, nada está menos claro hoy en día que la palabra archivo. Y no sólo a causa de esos dos órdenes de *arkhé* que distinguimos al comienzo. Nada es más turbio ni más perturbador que el concepto archivado en la palabra archivo. Lo

que, en cambio, es más probable y más claro es que por algo está metido el psicoanálisis en este turbio asunto».

«[...] Lo turbio del archivo se debe a un mal de archivo. Nos puede el (mal de) archivo. (*Nous sommes en mal d'archive*). Escuchando el idioma francés, y en él, el atributo «mal de», que nos pueda el (*mal de*) archivo puede significar otra cosa que padecer un mal, una perturbación o lo que el nombre «mal» pudiera nombrar. Es arder de pasión. No tener descanso, interminablemente buscar el archivo allí donde se nos hurta. Es correr detrás de él allí donde, incluso si hay demasiados, algo en él se anarquiza. Es lanzarse hacia él con un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico, un deseo irreprimible de retorno al origen, una morriña, una nostalgia de retorno al lugar más arcaico del comienzo absoluto. [...] es que en el momento en que el psicoanálisis formaliza las condiciones del mal de archivo y del archivo mismo, repite aquello mismo a lo que resiste o aquello de lo que hace su objeto. Sobrepuja. Estas serían las *tres más una* tesis (o prótesis, por tanto). Tres de ellas tratan del concepto de archivo, esta del concepto del concepto.

1ª. Primera tesis y primera sobrepuja

«[...] Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte... (material o virtual) que, en lo que ya es un espaciamento psíquico, no se reduce a la memoria... En fin, el archivo psíquico no corresponde ni a la *mnéme* ni a la *anamnesis*. (El tiempo que consagra Freud a este largo viaje en un campo de excavaciones dice algo también acerca de un goce)». *Saxa loquuntur!* («¡Hablan las piedras!»)

2ª. Tesis y segunda sobrepuja

«Freud pretende no creer en la muerte ni, sobre todo, en la existencia virtual del espacio espectral que sin embargo toma en cuenta».

3ª- Tesis y tercera sobrepuja

«Lo arcóntico es en el mejor de los casos, la toma de poder del archivo por los hermanos. La igualdad y la libertad de los hermanos. Una cierta idea, vivaz aún, de la democracia.»

POST-SCRIPTUM

«Por suerte escribí estas últimas palabras al borde del Vesubio, muy cerca de Pompeya, hace menos de ocho días.»

«¿Quién, me digo esta vez, quién mejor que la *Gradiva* de Jensen y de Freud, podría ilustrar esta sobrepuja en el mal de archivo? Ilustrarla allí donde ya no le pertenece a Freud ni a este concepto de archivo, allí donde ella marca en su estructura misma, la formación de todo concepto, ¿la historia misma de la concepción?»

«Cuando quiere explicar el asedio del arqueólogo por una lógica de la represión [...] Freud pretende aún descubrir un origen más originario que el del espectro. Y en la sobrepuja, quiere ser un archivero más arqueólogo que el arqueólogo. Y, por supuesto, más cerca de la causa última, mejor etiólogo que su novelista. Quiere exhumar una *impresión*, quiere exhibir una *impronta* más arcaica que aquélla alrededor de la cual se afanan los otros arqueólogos de todas las clases, los de la literatura y los de la ciencia objetiva clásica, una impronta singular cada vez, una impresión que casi no sea ya un archivo, sino que casi se confunda con la presión del paso que deja su marca aun viva sobre un soporte, una superficie, un lugar de origen. [...] Un archivo que se confundiría en suma con el *arkhé*, con el origen del que sin embargo no es más que el *típo*, el *típos*, la letra o el carácter iterable...allí donde ¡el paso de Gradiva habla por sí misma!».

Hanold, a su vez, padece del mal de archivo. Ha agotado la ciencia de la arqueología, hartó de su ciencia y de su competencia. Su deseo impaciente se alza contra la positividad de su ciencia y su competitividad, como ante la muerte. Harto de esta intuición arqueológica sin vida. Y en el momento en que Pompeya vuelve a la vida, cuando los muertos se despiertan, Hanold comprende. Porque ha atravesado Roma y Nápoles. Comienza a *saber* de su «pulsión» o «impulsión íntima». [...] Se recuerda que ha venido para reencontrar sus huellas, las huellas del paso de Gradiva, Ha venido a buscar sus huellas en sentido literal. Sueña con hacerla revivir. Sueña más bien con revivir él mismo. Pero revivir al otro. Revivir la impresión singular que el paso de Gradiva ha dejado en la ceniza. La huella ya no se distinguiría de su soporte. La memoria fiel de una sin-

gularidad así no puede más que entregarse al espectro. Pero del secreto mismo no puede haber archivo.

El secreto es la ceniza misma del archivo. ♦

Nápoles, 22-28 de mayo de 1994

RESUMEN

El autor del artículo enfoca la noción de «Mal de archivo. Una impresión freudiana». Este es el título del libro de Jacques Derrida, pensador y filósofo, influido por el psicoanálisis, a través de los trabajos freudianos. En ellos, destaca el papel relevante de la carta fechada el 6 de diciembre de 1896, dirigida por Freud a su amigo Wilhelm Fliess, carta donde Derrida asimila su escritura a una excavación arqueológica, hecha de signos de percepción, escrituras de la memoria, y la inclusión de una nueva lógica, hecha de contenidos inconscientes, y donde la circuncisión, ampliada como castración, se constituye como eje estructural. Otro punto a destacar es la moción de destrucción, agresividad y muerte, que rige en el archivo. Mal de archivo. Estas mociones se conjugan con la represión, denegación, supresión, pulsión de muerte, agresión y aún la destrucción del archivo. El libro de Derrida se divide en capítulos: Exergo, prolegómeno, prólogo, tesis y post-scriptum. El archivo es un lugar de albergue, de consignación, pero también de mandato, y de pertenencia institucional. Con él se plantea la invención de que el archivo se abra más al porvenir, que no al pasado. Derrida crea la noción de espectro, estrechamente vinculada al fantasma freudiano. Finalmente, el *Arké*, (origen, lo primero), y de allí, la presencia de los arcontes, que son los guardianes del archivo y sus intérpretes. Ellos mandan, guardianes del arca, templo o institución, y un *espectral mesianismo* emerge vinculado al inconsciente.

Descriptor: PSIQUIATRÍA / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / TRANSFERENCIA / PUBLICACIÓN / INVESTIGACIÓN / VÍNCULO TERAPÉUTICO / ENFERMEDAD MENTAL

ABSTRACT

The author of the article focuses on the notion of “File of evil. A Freudian impression”. This is the title of Jacques Derrida’s book, thinker and philosopher, influenced by psychoanalysis, and Freud’s Works. In them, he highlights the letter to his friend Fliess, dated December 6, 1896, where Freud describes his writing, settling in a stratification, which Derrida assimilates to an archaeological excavation. In them, verbal layers, signs of perception, works of memory enduring of verbalizing and the inclusion of an unprecedented, unconscious logic, where the circumcision, with the sense of castration stands out. Another point is the destructive motions of archive. Hence the name of file of evil. These motions are conjugated with the repression, denial, death drives, aggression and even the destruction of the file.

Derrida’s book is divided in chapters: EXERGO PREAMBULO, PROLOGUE, THESIS and POST SCRIPTUM. The file should also be considered as a place of belonging, but also of mandate, duty and belonging. It matters more what comes from the future than from the past.

Derrida creates the notion of spectrum, related to that of ghost. Ultimately the *ARKHÉ* appears, (origin, first), the archons, guardians of the ark, temple or institution and a spectral messianism emerge, related to the unconscious.

Keywords: PSYCHIATRY / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / TRANSFERENCE / PUBLICATION / RESEARCH / THERAPEUTIC BOND / MENTAL ILLNESS

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benjamin, W. (1991). *Iluminaciones IV*. Taurus: Humanidades.
- Derrida, J. (1994). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Freud, S. (1979a). *Obras completas: Vol. XXI. (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). *Obras completas: Vol. XVIII. (1920-1922)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979c). *Obras completas: Vol. XX. (1925-1926)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979d). *Obras completas: Vol. XIX. (1923-1925)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980a). *Obras completas: Vol. XII. (1913-1914)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980b). *Obras completas: Vol. II. (1893-1895)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1981a). *Obras completas: Vol. III (1893-1899)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1981b). *Obras completas: Vol. IX. (1906-1908)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1982). *Obras completas: Vol. XXIII. (1937-1939)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1994). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Nietzsche, F. (1999). *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- San Agustín. (1997). *Confesiones*. Barcelona: Alianza.

Las bibliotecas entre libros y archivos



LISA BLOCK DE BEHAR¹

LIBROS SOBRE LIBROS

No sorprende que los libros refieran a otros libros, más aún, sería muy extraño que no aludieran a alguna publicación literaria precedente, contemporánea o de todos los tiempos. No es muy frecuente, en cambio, que los libros aludan a bibliotecas, aunque difícilmente los libros existan solos, salvo en las trilladas presunciones del *aislamiento* supuesto de quien se vea obligado a elegir únicamente uno.

Sin embargo, un libro podría existir en soledad en circunstancias particulares, por ejemplo, en el marco de una severa ortodoxia que privilegiara la lectura excluyente de la Biblia, y asegurara el ejemplar único que guarda el claustro o la celda destinada «al religioso o religiosa en su convento»². También suele encontrarse una Biblia solitaria en la habitación de hoteles —en países anglosajones, sobre todo de tradición protestante—, a disposición del eventual huésped dispuesto a leerla. De lo contrario, los libros existen reunidos sobre una mesa de trabajo o de descanso, ordenados en anaqueles, dispuestos en estanterías de diversa forma y dimensión, protegidos tras los cristales de un mueble de maderas bien lustradas, expuestos en vitrinas o en armarios.

1 Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la Republica. lisabehar@netgate.com.uy

2 Diccionario de la Real Academia Española.

No habría que ignorar la digresión que sugiere *armarios*. Por su denominación o por el uso que se le dio en otros tiempos, uno supone que el armario era un mueble donde se guardaban las armas, que inducen a asociar armas y letras, un tópico que reivindicaban no solo las guerreras y letradas divinidades nórdicas, o la proclama pronunciada por Don Quijote en su contradictorio y muy celebrado «Curioso discurso de las armas y las letras». En realidad, más allá de esos antecedentes, ambas, armas y letras, han sabido evocar el plomo del origen, un pesado metal en las imprentas y en las fraguas, donde se forjan signos y sueños, huellas de un pasado en común y aún latente.

Cuando de libros, archivos y bibliotecas se trata, sería difícil no empezar por *arkhē* «government» literally «beginning, origin, first place»³ o, mencionando la Biblia, no solo porque en su origen el nombre designa un conjunto de libros sino por ser la referencia ineludible cuando se abordan estos temas. Incluso sería ocioso decir que la Biblia está presente desde el comienzo, y en eso estamos.

Para ilustrar sin desacralizar la vigencia de esa presencia inicial, recordaría que al ingresar a la *Beinecke Rare Book Library* de la Universidad de Yale se advierte, en primer lugar, un espléndido ejemplar de la Biblia de Gutenberg, abierto de par en par, emplazado en el interior de una gran vitrina a través de cuyos gruesos cristales se ven, numerosos, los añosos libros que la prestigiosa biblioteca atesora.

Iluminado, ambivalente, como si estuviera en un altar semisecular, ese ejemplar monumental de la Biblia, se expone en esa o en otras bibliotecas desde siglos atrás, siempre vigente. Por un lado, sus reflejos reverberan en todos los libros que se vislumbran a través de los cristales, pero ese ejemplar está y no está entre ellos. Esos mismos cristales separan su sagrada solemnidad de la secularidad de los otros volúmenes generando un espacio distinto, distinguido. Un libro *santo*, en efecto, «separado» (que traduce una de las significativas acepciones del hebreo *kadosh*) en virtud de la relevancia que insinúa cierto apartamiento: la recogida soledad con que su cultural condición lo distingue. Así ubicado, pone en

evidencia una suerte de transtextualidad intemporal, una puesta en escena de las variaciones teóricas que no desconocen la deseada transparencia entre textos que, como en este caso, entre reflexiones y reflejos, lo releva como el Libro por excelencia, por antonomasia, como su nombre griego y en plural lo registra, más allá de su estatuto canónico.

Allí, en la penumbra de la sala, protegido por paredes invisibles, un libro irradia hacia los demás libros. Semejante a las especulaciones que proponía Anselm Kiefer en la exposición que anuncia precisamente «La alquimia del libro»,⁴ donde exhibía sus obras a través de cristales que dejaban ver, semejantes a fantasmagóricas figuras de la transparencia, fragmentos de la era industrial, restos de máquinas viejas, pedazos de metales herrumbrados, fotografías, cintas de películas en pedazos, piezas de plomo, restos de aviones o de tanques. Un «mundo saturnino» resume una historia trágica y misteriosa que muestra los vestigios melancólicos de su fantasía, esas estelas que, como en un memorial, recuerdan atrocidades, rostros que se pierden en el agua, semejantes a los que las vitrinas y vidrieras suelen exhibir y confundir.

Entre otros artistas, Kiefer no pasa por alto estos cambios y realiza dos exposiciones contemporáneas sobre «el peso de los libros»: una en la *Biblioteca nacional de Francia*, otra en el *Centro Georges Pompidou*. Ambas ocurren precisamente en medio de una multiplicación de debates sobre las trasmutaciones de la materia que constituye el libro, cuando se vislumbra, en su evolución, el advenimiento de una inminente panacea universal que la incontenible avalancha de la digitalización y sus maravillas promete y promueve. Las bibliotecas están atravesando, en efecto, la etapa de una inesperada metamorfosis, su conversión digital, uno de sus avatares, no el último, pero el más reciente, feliz y conflictivo al mismo tiempo, el más radical, el que más las preserva y posterga.

En Biblos, una remota ciudad de Medio Oriente, tal vez la más antigua, era abundante el cultivo del papiro en el que también habrían sido inscritas las primeras versiones de las Sagradas Escrituras. Aunque parcial, discutible y hasta lamentable, la definición del *Diccionario de la Real*

4 Centre Georges Pompidou, París. Desde el 16 de diciembre 2015 hasta el 18 de abril de 2016.

Academia Española, reconoce el origen del significado de *Biblia*: del gr. «βιβλία, literalmente «[los] libros: Libro sagrado del cristianismo, que comprende el antiguo y el Nuevo Testamento»

¿Solo del cristianismo? De criterio lexicográfico impugnable y de oficios no muy santos, la omisión no se redime por conceder una entrada aparte a *Torá*.

UNA PLURALIDAD SEMÁNTICA

Son varias las acepciones a las que *biblioteca* remite. Si es necesario, ante discrepancias o dilemas, se habla de «por lo menos dos». Además de esas bibliotecas a las que se recurre en busca de dos o más argumentos, para contraponerlos o confirmarlos, la misma palabra sirve para designar una institución tradicional y prestigiosa a la que se confía la adquisición de libros, de periódicos, la verificación de documentos y archivos para su ordenada conservación y prudente circulación de acuerdo con las normas institucionales establecidas.

Biblioteca designa, además, tanto el mueble como el inmueble, sin que importen los materiales con que fueron construidos ni la ubicación que ocupen en sus respectivos emplazamientos. Más allá de hacer referencia a las instituciones, al local y a sus instalaciones, al objeto público y privado, *biblioteca* denomina, en términos editoriales, una colección de libros y archivos reunidos bajo un mismo rótulo y procedencia, una serie de publicaciones que se ajustan a un mismo criterio y propósito intelectual, literario, artístico, científico, comercial. Por ejemplo, en 1931, un joven editor independiente, Jacques Schiffrin, creó *La Pléiade* en la muy conocida y productiva editorial Gallimard. En 1940, destituido por Gastón Gallimard, que aplicó sin dudas ni dilación las leyes antijudías impuestas por los nazis, Schiffrin se vio obligado a dejar su puesto y partir, exiliado, rumbo a Estados Unidos. En Nueva York, entre otros prestigiosos exiliados (Claude Lévi-Strauss, Max Ernst, Marc Chagall, Marcel Duchamp, André Breton, y muchos más) siguió creando colecciones, definiendo contratos editoriales, por ejemplo, con la editorial SUR de Victoria Ocampo, entre otras iniciativas. En extremo prestigiosa, la *Bibliothèque de la Pléiade* todavía existe con activa y venerada circulación, sin que se recuerden ni los

objetivos que fundaron la colección, ni a su inventor, ni las oprobiosas circunstancias de su apartamiento.

Otra invención, más allegada a nuestras peripecias, tuvo lugar en 1974 en Venezuela. Un decreto presidencial hizo realidad la iniciativa de Ángel Rama y de José Ramón Medina, formalizando la bienvenida existencia de la *Biblioteca Ayacucho*, una hasta ahora inigualada colección, representativa del pensamiento, la imaginación y la historia de América Latina, atenta al valor patrimonial de obras y autores desde los tiempos prehispánicos hasta la azarosa actualidad. Definida inicialmente en los mejores términos por sus fundadores, la editorial ha publicado a centenares de autores emblemáticos de América Latina, «desde nuestras raíces indígenas hasta los fundamentos ideológicos y artísticos contemporáneos de Nuestra América», al margen de diferentes intereses personales y de fluctuantes decisiones oficiales.

Además de estos usos más o menos figurados, en su sentido más restringido y literal, *biblioteca* designa la institución que se dedica a reunir toda la variedad de publicaciones y escritos: folletos, periódicos, mapas, monedas, medallas, imágenes, grabados, manuscritos, correspondencia, documentos y archivos diversos. Pero la biblioteca y el concepto de archivo con el que se confunde en la más vigente actualidad se remonta a un pasado que no siempre se tiene presente.

Además, no sería tal sin la colección de libros y archivos que la definen. Dada esa condición necesaria habría sido más conveniente, o más convencional, comenzar por el principio y, si el origen los implica a ambos (comienzo o principio), no debería asombrar que una vez más se recurra a la precisión de las etimologías para confirmar que la verdad y el origen se confunden en una misma indagación verbal y arqueológica.

DE LA VERDAD DE LOS LIBROS Y DE LA ÍNDOLE NATURAL DE SU ORIGEN

Si se opta, entonces, por las indagaciones de carácter etimológico, se desearía que el pasado de *libro* coincidiera con el pasado de *libre*, de *libertad*.

En verdad, el origen de *libro*, ajeno al de *libertad*, es igualmente interesante porque entabla, como otras obras pertenecientes a las bellas artes y buenos oficios, una relación *natural* entre la *naturaleza*, que existe según

sus propias leyes, y la creación de los humanos, que existe como una «interpretación hermética del Mundo» (Kiefer 2015, 3).

Aun cuando ya no se escriba sobre la superficie del *liber, libri*, como se denomina en latín la fina película que se desprende de la parte interior de la corteza del árbol, un tecnicismo botánico que dio origen a *libro*, en español o, con distintos antecedentes, al inglés *library*. Una publicación en nuestra lengua, y una colección en la otra, la *raíz* (valga el campo metafórico compartido) remite a ese pasado vegetal común. Es lógico, o por lo menos previsible, que un deslizamiento retórico similar al latín se haya registrado en inglés antiguo, aunque el sustrato hubiera partido ya no de una parte del árbol sino de un tipo de árbol: ingl. *beech*, esp. «haya», que derivó en *boc*, inglés *book*, *Buch* en alemán y términos afines en otras lenguas anglosajonas. No se apartan de ese mismo campo metafórico *florilegios* y *antologías* que, según se presume, son publicaciones que seleccionan y coleccionan lo mejor de una producción poética o literaria en general.

¿Por qué esta insistente apelación a antecedentes botánicos? Más allá de obsesiones etimológicas y coincidencias de una historia verbal que cruza distintas culturas consolidando un imaginario común, estas aventuras en tierras de Crátulo (Genette, 1976), que el famoso personaje de Platón habría celebrado, convergen atravesando tiempos y temporales en imágenes que revelan la destrucción, el sacrilegio, libros de devoción ultrajados, en llamas, la profanación de escrituras borradas por el fuego, versículos y comentarios que no lograron proteger las envejecidas encuadernaciones de cubiertas cuarteadas, poco aptas para guardar, en un estragado palimpsesto, trazos desleídos de épocas remotas.

Un fotógrafo, Yuri Dojc, recorre las heridas ruinas de la cultura judía depredada en Eslovaquia, imágenes reunidas en *Last Folio* (Dojc & Krausova, 2011). Notables, sus fotografías logran transformar la crueldad en belleza, la atrocidad en una metáfora visual y botánica que estremece. De los libros restan solo algunos rastros en reliquias verbales y venerables. Sin comentarios, la palabra destrozada deviene pura imagen, son gritos de bibliotecas devastadas, de libros sagrados que, fracturados, parecen crujir, desintegrándose al roce de la mirada, huellas escriturales de una destrucción impía, despiadada, sacrílega. Dando abrigo a una esperanza, revelan, sin embargo, la índole primera, natural, vegetal, del papel. La

razón etimológica y la metamorfosis padecida por la violencia coinciden en un encuentro que no la redime, pero confirma esa índole primordial.

Revelan la fiel fe de lecturas y oficios olvidados, penosamente ignorados, delatando el ultraje sacrílego del que fueran víctimas: «Ningún paisaje, ningún lugar, ninguna persona puede considerarse inocente. Todos culpables» (Kiefer, 2015, p.3). Esta sentencia, que condena una época entera, una sociedad entera, por el crimen imperdonable, es la cita de un monólogo del film, *Hitler, un film d'Allemagne* (1977) de Hans-Jürgen Syberberg.

La visión fotográfica rescata en la catástrofe la prédica del origen. Las páginas desgarradas vuelven a la naturaleza de la que partieron, previa a las palabras, ecos de letanías, de cánticos memorizados, la santidad hecha trizas. Una exhibición de volúmenes quemados, hojas de libros deshechos, hojas sueltas, secas, muertas. Son desechos de libros recuperados por la magia fotográfica de una circularidad estética que parece superar la muerte. Los rollos de la Torá arrasados retornan a su principio botánico desafiando el desastre, sin resignarse a consentir las brutalidades de la violencia nazi.

Dolorosa, se constata la predicción de Heinrich Heine: «Esto fue solo el preludio. Cuando se empieza por quemar los libros se termina por quemar también a las personas» [*Das war ein Vorspiel nur, dortwomann Bücher verbrennt, verbrenntman auch am Ende Menschen*]. La sentencia está grabada en una lápida oscura, a ras del suelo, casi inadvertida, adyacente a *Die Bibliothek* (1995), emplazada en la Bebelplatz, un memorial bajo tierra. Similar a «los lugares de la memoria», evoca, reducida, disimulada, desde otro espacio, interior, anterior, escondido a medias, el sitio mismo donde unos 20.000 libros, considerados obras de autores degenerados, fueron quemados el 10 de mayo de 1933, en una horrenda hoguera atizada por estudiantes de la Universidad de Humboldt, fascinados por odios que los discursos de Goebbels enardecían. La aniquilación y el fuego, allí en la mítica y transitada avenida de los tilos, *Unter den Linden*, frente a la Universidad, sus estudiantes participaron en un auto de fe que anticipó el aniquilamiento mayor.

Poco tiempo después, decía François Rastier: «Llama la atención una primera alegación del rector Heidegger que habría debido prohibir la quema de libros. Al contrario, invocó el fuego purificador durante “el auto de

fe simbólico” de libros (*symbolischer Verbrennungsakt von Schmutz-und Schundliteratur*) del 24 de junio de 1933, donde pronuncia su *Feuerspruch*, que comienza así: «Llama, anúncianos, ilumínanos el camino *desde donde no existe regreso*» [traducción propia] (Rastier, 2016, pp.121-138).

A esta altura tal vez demolida, la estantería subterránea de la *Bibliothek* de Misha Ullman, de compartimentos vacíos, apilados, despojados, podría haber contenido libros, espectros de personas en agonía, cajones de libros abandonados o de cadáveres desaparecidos.

En medio de la plaza, al pasar, alguien advierte la fosa, se detiene al borde de la superficie transparente de esa capa gruesa de vidrio o acrílico. Circunspecto, mira hacia abajo. Otros caminantes se acercan, se reúnen en silencio, desconcertados miran pero no hay nada, solo estanterías. ¿Veinte mil libros quemados en una noche? ¿No advirtieron los estudiantes universitarios su abominable complicidad? ¿Se encontrará aún *Die Bibliotheken* su sitio, en el centro de Berlín, o se habrá dado por terminada la incuria de los buldózeres municipales, la destrucción iniciada por quienes los precedieron? Inquieta la inminencia de una desaparición trágica de esa y otras bibliotecas de las que la conocida novela *Fahrenheit 451* (Bradbury, 1953), publicada en la temprana segunda posguerra, no sería ni ficción, ni distopía, sino una versión verosímil de las destrucciones que los totalitarismos del siglo XX perpetraron contra archivo y bibliotecas.

Bibliotecas depredadas, despojos de publicaciones amontonadas que el plomo fundido no distingue. *Shevirat Ha'kelim*, como prefirió denominar Anselm Kiefer, en hebreo, a sus bibliotecas, a esas vasijas quebradas, invocando la fórmula literal de una antigua creencia cabalística. Exhibidas en varios museos de arte contemporáneo y en las más prestigiosas galerías del mundo, esas vasijas quebradas o quemadas monumentalizan, tenebrosas, la obsesión del artista alemán: la inmolación de la cultura, la destrucción de bibliotecas enteras arrasadas como pueblos aniquilados. ¿Cómo podría pretender la historia asumir la ausencia de multitudes incontables de personas asesinadas si las víctimas desaparecieron, por obra de crímenes sin registros ni testigos? ¿Cómo representar la ausencia? ¿Cómo superar la aporía de la representación? ¿Cómo rescatar de las hogueras las víctimas en el humo de su humanidad en cenizas?

REPRESENTACIONES DE UNA IMITACIÓN CONTRADICTORIA

Ensombrecidas, afligen estas ruinas de bibliotecas sometidas a los desmanes incendiarios de la historia. Análoga, paradójica, su representatividad negativa las legitima y, aun en ausencia, las restituye.

No convence, en cambio, en otra ciudad, la arrogancia mimética de un edificio, de varios, que representan sendos libros, uno, dos, tres, cuatro, en construcciones en exceso monumentales. El conjunto incurre en la redundante pretensión de erigir bibliotecas que imitan libros, torres por las que se pretende emular volúmenes abiertos en ángulo recto en las cuatro esquinas de una vasta explanada en el Quai François Mauriac. Demasiado icónicos, más que sugerir, imponen la trivialidad analógica del grandioso emplazamiento que hacen escaso honor a la discreta presencia de libros o a las parquedades de la lectura.

Si algunos razonamientos simétricos valen, habría que suponer que así como las bibliotecas pueden desaparecer, también podrían aparecer, aunque no es frecuente que eso suceda. Pero la historia suele sorprender y, por eso, alguna vez ha ocurrido que una biblioteca reaparezca. Hace poco llamó la atención la aparición de una colección de manuscritos encontrada en una caverna de la China, luego de más de diez siglos de haber permanecido ocultos e ignorados:

Es peculiar y auspicioso ese misterio de las bibliotecas. Cada tanto se exhuman escrituras de tiempos pretéritos ocultas en los lugares más insólitos. Dadas las destrezas tecnológicas actuales, que facilitan la búsqueda y el hallazgo, ya avanzaron algunos proyectos hacia el rescate de miles de páginas desconocidas, encuadernadas, intercaladas en códices medievales que las ocultan por razones casi siempre enigmáticas, escrituras —algunas indescifrables— que vuelven a ver la luz y a ser estudiadas por expertos, arqueólogos que intentan recuperarlas.

¿Se habría referido Amos Oz a esos descubrimientos insospechados cuando, de niño, deseaba convertirse en libro: ¿no quería convertirse en escritor sino en un libro —dice— y así poder sobrevivir en algún lugar recóndito, en el que las persecuciones no lo acosaran ni masacraran como

a sus antepasados? De las copias, por millares, podría haberse salvado alguna —sospechaba— y sin embargo... no siempre fue así. Hace unos años busqué algunos títulos de autores alemanes, judíos, en la *Staatsbibliothek*. En esa biblioteca de Berlín, revisando ficheros y computadoras, podía leer solo los títulos y pocos datos más, oprimidos bajo un sello lapidario: *Kriegsverlust*, «perdido en la guerra».

¿Cómo investigar, cómo pensar y escribir sin bibliotecas? En los años treinta, Erich Auerbach, filólogo, crítico, historiador, que trabajaba en esa misma *Staatsbibliothek* de Berlín antes de la Segunda Guerra Mundial, debió viajar a Estambul, ciudad de la que no pudo regresar por haberse impuesto en Alemania las brutalidades del nazismo con la anuencia de quienes participaban en la violencia criminal oficial o adherían desde la indolencia cómplice. ¿Cómo pudo Auerbach investigar y escribir *Mimesis, la representación de la realidad en la literatura occidental*, un estudio erudito, lejos de los archivos y bibliotecas necesarias, en un país extraño de lengua incomprensible, obligado a permanecer allí durante los años de la guerra? ¿Logró Auerbach recurrir a su «biblioteca imaginaria»?

Si en esos años André Malraux concibió la noción de *museo imaginario*, no señaló (tal vez por demasiado evidente) que se trataba de un anticipado y refinado ejemplo del arte en la época de su reproductibilidad tecnológica. En su ilustrado volumen *Las voces del silencio*, Malraux (1951) aludía al conjunto de reproducciones que el estudioso, el visitante, el turista, acostumbraban a llevarse consigo, recuerdos de su pasaje más o menos fugaz por templos, mausoleos, palacios, bibliotecas y otras maravillas.

Los museos editan pesados catálogos cada vez más pesados, tal vez para no competir, digitalizados, con el sustrato inmaterial de las mismas obras. ¿Se contrarrestaría así la levedad de sus homólogos en Internet? En distinto soporte, aparecen imágenes célebres, postales, videos, films, casetes, cd, dvd, *pendrives*, con las mismas reproducciones, los *highlights* del museo. Se ofrecen todo tipo de objetos: jarras, platos, camisetas, adornos de distinto tamaño y dudoso interés. Los *bookshops* de las bibliotecas ofrecen «*literary napkins with Shakespeare's sonnets*» (¡servilletas literarias con sonetos del Cisne de Avon!), los *souvenirs* sustituyen la fragilidad de la memoria con objetos de uso doméstico y gusto discutible, reduciendo los vestigios de la experiencia a fragmentos estereotipados, burdas

o cuidadosas imitaciones de una obra que condesciende, por medio del *transporte*, a devenir otra cosa.

Malraux utilizaba el término *transporte* para redefinir (¿o justificar?) la categoría artística de las obras en función del desplazamiento desde su santuario de procedencia al museo, en el mejor de los casos, y las consecutivas metamorfosis de la mirada a las que esos movimientos dan lugar. Pero, al aludir al museo imaginario, Malraux, como antes Benjamin, se refería no solo a los desplazamientos de los que fue responsable sino también a la fotografía en blanco y negro, y a las facilidades de transporte de reproducciones cada vez más precisas, más perfectas en ese álbum íntimo o interior que la mente reúne. Es sabido que las fotografías prescinden de los atributos materiales del objeto que reproducen, y que la cámara capta y hace figurar, parciales, solo algunas analogías que abstrae de la forma. La reproducción reduce así la analogía a un registro de esas similitudes; la mente hace otro tanto, abstrae y retiene solo parte de los objetos que observa.

En este caso, no dejaría de hablar de la *biblioteca imaginaria*, una entidad que, a diferencia de las bibliotecas privadas o públicas (sitas o situadas en su radicación establecida) existe en la mente memoriosa del lector y a la que aludía, estupefacto, el general Stumm von Bordwehr al penetrar en la Biblioteca Nacional de Viena. En la célebre novela de Robert Musil (1965), al echar una mirada a la colección de libros y calcular el tiempo de unos diez mil años que le llevaría leerlos, el general prefirió confiar en el asesoramiento del avezado bibliotecario. En la sala de catálogos, tuvo la impresión de penetrar en el interior de un cráneo.

Instalado en uno de esos cafés que abundan en la misma capital austríaca, Jakob Mendel, *Mendel el de los libros* (Zweig 2015; 1929, en alemán), famoso por su memoria infalible y por la displicente generosidad de su sabiduría, las prodiga a quien se acerque a consultarlo. ¿Un precursor de los personajes memoriosos de Borges o de los igualmente librescos de Ray Bradbury? Atónito ante ese «fenómeno bibliográfico», cuenta el narrador que

[...] Mendel cerró durante un segundo el ojo izquierdo, igual que un arcabucero antes de disparar. Pero, de verdad, aquel gesto de concentrada atención duró un solo segundo. Después enumeró de inmediato y con

fluidez, como si estuviera leyendo en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno de ellos con el lugar de publicación, la fecha y el precio aproximado. (Zweig, 2015, pp.15-16).

Las líneas que siguen revelan una memoria aún más prodigiosa que esa somera muestra y dan indicios de una biblioteca imaginaria, descarnada, mental, con catálogos, fichas y datos incluidos, que Stefan Zweig imagina o describe entre las dos guerras.

La progresiva desmaterialización de las obras, su reducción a papel o a la menos consistente materia del archivo electrónico, sigue su curso y pasa a concentrarse en imágenes mentales, que son recuerdos, en recuerdos que son recortes de textos, en una memoria que flaquea y fragmenta. Perdida la consistente materialidad del libro, este adquiere el estatuto mental que tiene su asiento, su sede, en cada uno. La colección, que también tiende a la abstracción progresiva, se convierte en una entelequia, personal, conceptual, intelectual. Más allá de las reproducciones de obras conocidas que adornan una mesa o se amontonan en un rincón del desván domiciliario, se arrumban en un lugar interior e imaginario donde cada uno las mantiene y conserva, un no lugar privado, íntimo y en reserva. Son colecciones personales, interiores como recuerdos, que también se dice *recollections* en inglés, aludiendo tanto a «recuerdo», a «la memoria de algo», una palabra que cruza las varias referencias que más nos interesan.

UNA INDICACIÓN DIGITAL

No siempre se tiene presente que *pesar* y *pensar* son términos trabados por el origen común de una sinonimia perimida. Sin embargo, en la actualidad, cuando la disminución de peso progresiva deviene una práctica ininterrumpida de la digitalización, no se atribuiría el precipitado desvanecimiento de bibliotecas y museos solo al proceso mental que desmaterializa libros, archivos y obras. Paralela a esos trámites de desmaterialización, abstracción, conceptualización, parece discurrir, indiferenciada e infalible, la digitalización hacia el desaforado abismo informático. En esta era numérica, colecciones y bibliotecas enteras liberadas de sus medidas, de soportes que pesan, que acumulan polvo, que apetecen a

los insectos, que ocupan un considerable lugar en el espacio, imitan, por medio de la digitalización, el proceso de abstracción que una mente más que humana realiza.

¿Habría que lamentar la pérdida de lo material o celebrarla? ¿Habría que cuantificarla? ¿Cómo no celebrar el acceso universal, la prescindencia de desplazamientos y concurrencias multitudinarias, los bosques a salvo, el aspecto intelectual y especulativo, la fantasía sin bridas que la levedad informática propicia?

Digitar una tecla, deslizar el dedo por la pantalla, el índice, en especial, cumple su función deíctica que se ha vuelto el gesto emblemático de todas las funciones. Por un movimiento instantáneo el usuario vincula, con la celeridad de las asociaciones mentales de un lector atento, un texto con otro, con muchos otros. De referencia en referencia, sin requerir ningún esfuerzo, el lector prescinde de enciclopedias vetustas o recientes, manuales imperfectos o rigurosos, descabalados o bien cuidados diccionarios. Una indicación digital, apenas una suave presión sobre el teclado o ese rápido deslizamiento del índice en la pantalla y, como una epifanía, ahí se presenta lo deseado a la vista.

Apostando a las palabras, ya que de jugar se trata, ¿por qué no ceder a la tentación de comparar este doble gesto digital a la doble indicación, que confunde en una misma mostración la acción del Creador y la de Adán, en el famoso y enigmático fresco de la Capilla Sixtina? Aunque el mundo se haya vuelto digital y, todavía ahora, artistas que conviertan ese rigor y vigor en pasión solo se puedan contar con los dedos. El dedo indica y, como el Verbo al principio, muestra el comienzo, la Creación.

Se complacía Gérard Genette en contemplar los cuadros de Edward Hopper porque le ofrecían la posibilidad de no diferenciar el original de la copia, una indiferencia que le permitía valorar, en la severidad lacónica de la tela, indicios de la vocación fotográfica desde la pintura misma. Al soslayar la granulación de un lienzo y percibir la lisura de una superficie que no diferencia texturas, sustrae a las figuras del espesor que las oculta, la envoltura que encubre la obra en sí, esa cáscara matérica que la esconde.

Genette alude a uno de los pasajes más intensos de la novela de Proust, donde el narrador describe la perturbación que la pintura de Vermeer produce en el escritor, a Bergotte, su personaje homólogo. La contemplación de un

pequeño fragmento amarillo del cuadro precipita el drama, «como si Dios se escondiera en esos detalles», podría haber apuntado Aby Warburg, de cuya colección y memoria habrá que ocuparse en otro momento, y la afortunada relación que establece entre imágenes verbales e imágenes visuales.

Más próxima, en estos mismos días de setiembre de 2019, el Centro Pompidou anuncia como una relectura la exposición *Bacon en toutes lettres*, sus pinturas, mientras diferentes voces les hacen eco leyendo fragmentos de los libros de Francis Bacon, aquellos que le pertenecían, que fueron su fuente de inspiración para la concepción de sus cuadros y que su biblioteca, también expuesta, incluye⁵.

Un vaivén de referencias entrecruza pinturas, libros, museos, bibliotecas, estimulando la dialéctica de una fantasía que desborda los límites de las diversas artes habilitando una utopía verosímil.

RUPTURAS DE LA MEMORIA

En tiempos de aflicción, museos y bibliotecas comparten una misma fatalidad. Así como desaparecieron gentes y pueblos en las masacres totalitarias, una suerte similar corrieron las colecciones. *El museo desaparecido* de Héctor Feliciano, el más reciente *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*, traducido como *La biblioteca en llamas*, de Denis Merklen, *Le front de l'art : défense des collections françaises, 1938-1945*, de Rose Valland, de Anne Sinclair *21, rue de la Boétie*, *La collection* (2017) de Emmanuel Blanchard, sobre una *nouvelle* de Stefan Zweig o *M. Klein* (1976), el clásico de Joseph Losey, *The train* (1964) de John Frankeheimer, y tantas otras obras cinematográficas que muestran —una muestra solo— los saqueos, los fraudes, los despojos, de los que se informa con una cada vez más necesaria y creciente frecuencia.

Son numerosos los libros, los films, las investigaciones que tratan sobre bibliotecas espectrales, los artículos periodísticos que las descubren o las recuerdan. Cuando son menos los pocos sobrevivientes, la atención se dirige hacia obras que prolongan, póstumas, una posteridad para la que fueron creadas.

5 *Bacon en toutes lettres*. Centre Pompidou. París, 11 de septiembre de 2019 – enero de 2020.

En la amplia *Juden platz* de Viena, un bloque clausurado, un bunker, compacto y macizo, se destaca: *The Nameless Library*, la representación de una rígida y enigmática biblioteca sin nombres, sin entrada ni salida. De hormigón hermético, esta obra de Rachel Whiteread hace sospechar que podría contener libros vacíos, en blanco, una biblioteca que solo recuerda que no se recuerdan las decenas de miles de judíos deportados. Libros como urnas sepulcrales en esa ciudad donde otras urnas, electorales y recientes, no disimulan la vigencia trágica de un pasado ideológico igualmente alarmante.

Es cierto que este planteo concierne, más que a las bibliotecas propiamente dichas, a sus representaciones, de modo que no dejaré de detenerme en el documental *Toute la mémoire du monde*, que Alain Resnais realizó en 1956 y que muestra, el proceso al que el libro es sometido (y el matiz opresivo de la palabra vale) al ingresar a la Bibliothèque de France. Desde el comienzo el film impresiona por el ambiente macabro, la música triste, reflectores que encandilan en la oscuridad donde se encuentran pilas de libros y papeles amontonados, rejas en las barandas, más rejas entre las que la luz apenas se filtra por corredores que se continúan en otros corredores, sin salida visible. ¿Imágenes tétricas inspiradas en las *Carcerid'invenzione*, de Piranesi o en *Nuit et bruillard*, 1955, el film inmediato anterior del mismo Resnais? «En París es en la Biblioteca Nacional donde se encarcelan las palabras» afirma, monótona, la voz del narrador.

Como si se tratara de un trámite policial, muestra el procesamiento de datos, minuciosos, un sello con reminiscencias tenebrosas se estampa en cada libro como un ominoso tatuaje. Concluido el fichado, se encierra cada volumen procesado en una jaula y allí «prisionero el libro espera su turno para ser colocado en su ubicación definitiva». Los libros son distribuidos, discriminados, diría —por los términos concentracionarios que se usan—; los funcionarios, austeros, uniformados, los desplazan en carros, acumulándolos como cadáveres.

No deja de provocar una semejante pesadumbre la detallada información que brinda un artículo, del 17 de agosto de 2016, titulado «The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair», donde se anuncia que los libros de esa biblioteca extraordinaria serán reordenados en una nueva ubicación. La descripción podría ser una ilustración detallada de «La biblioteca de

Babel» u otro guión del film de Resnais, a tal punto son escrupulosas las medidas milimétricas, rígida la colocación de los libros, lúgubre la composición.

Impresiones igualmente escalofriantes suscita la lectura de ese cuento. En algún momento el narrador de ese documental parece citar una frase del texto de Borges o el espectador cree escuchar ecos de ese texto paradójico en el que Borges adelantaba, desde la ficción, el destino de una biblioteca de libros doblemente anónimos. No se mencionan ni autores ni obras: NN (*nomnenscio*: «nombre desconocido», en latín, *No Name*, en inglés, *Nachtund Nebel*, el proyecto alemán de exterminio).

En el texto de Borges se detallan medidas, cifras, cantidades: los números prevalecen sobre las letras. Visión o previsión, el cuento anticipa la conversión de los libros y archivos a una actualidad numérica (*numérique* es la traducción en francés de *digital*), indicando al comienzo que la biblioteca «se compone de un número indefinido, y tal vez infinito», pero no de libros (como podría suponerse) sino de galerías hexagonales, pozos de ventilación y otros datos de una instalación que ignora cualquier contenido literario, como si todo lo literario, le fuera ajeno. Experto bibliotecario, más que narrar, el narrador *describe* una biblioteca donde no faltan anaqueles, lámparas, también hay libros, pero de ellos solo cuenta el número, de cada libro el número de páginas, de cada página, el número de líneas, de cada línea el número de letras.

Sería un rebuscamiento sofisticado, una verdadera extravagancia, hablar de bibliotecas sin invocar a Borges. Su nombre es más que una contraseña indispensable para acceder al tema desde que la actualidad informática convirtió las geométricas utopías de su fantasía en una realidad cotidiana. Un libro no tan reciente, *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident*, empieza el primer capítulo recordando, «un riesgo que Borges ha ilustrado bien en su fábula sobre una biblioteca total que no remite sino a sí misma. (Baratin & Jacob, 1996, p.23).

Las bibliotecas, privadas o públicas, particulares o institucionales, se instalan en locales o en lugares accesibles pero que inspiran una exacerbada intimidación, que no siempre la concurrencia frecuente logra superar. ¿Es la solemnidad del recinto la que despierta esta melancolía recurrente?

Universal, esa reacción no es una aprensión local o pasajera. Un estudio reciente atiende esa «ansiedad» que es sobre todo la «angustia» que despiertan las grandes bibliotecas: «Library anxiety is real.» (Morton 2016).

Espacio de recogimiento apacible, de silencio sobrio y sereno, «de placer estudioso» al decir de Montaigne, en la biblioteca radicaría, sin embargo, una taciturna felicidad, el deseo de querer, de saber, de no abarcar.

Gérard Genette cita palabras de Roland Barthes:

Yo me hice estructuralista para no tener que ir a la biblioteca pero resulta que el propio estructuralismo se ha vuelto una vasta biblioteca.

Fue una observación acertada —prosigue Genette—, pero tal vez no llegó a prever que él mismo se convertiría en una biblioteca (Genette, 2006, p.38). Lúcido, humorístico, ordenado alfabéticamente, parodiando un diccionario de entradas inesperadas, su libro abunda en ironías con las que desdramatiza sus recuerdos y fantasías. En la entrada correspondiente a *Bibliothèques*, cuenta un sueño que se repite:

Camino en una calle de París en la que las fachadas hausmannianas se transforman poco a poco en estantes de libros superpuestos y alineados hasta el infinito, cada piso deviene un estante, cada ventana el lomo de un libro. Busco una dirección, y solo encuentro la ficha de una colocación ausente —esta, vacía, corresponde a una obra que falta, que no está en su lugar, y me despierto sobresaltado ante un «fantasma». Esta pesadilla es injusta, puesto que el propio placer en la biblioteca es precisamente encontrar lo que uno no buscaba y viceversa. [Traducción propia]

Tal vez no sea solo la actualidad satelital, la desterritorialización, la desmaterialización creciente, la inasibilidad de una radicación entre redes, que su razón informática depara a los libros y bibliotecas digitales. No se descarta cierta tristeza asociada al saber, a los libros, que procede del *Eclesiastés*:

12:12. E além delas\$ meu filho fique claro
Fazer livros em excesso\$ não tem alvo

E excesso de estudo§ entristece a carne.

(de Campos 1990, s/n)

Fue Haroldo de Campos quien transcreó el *Eclesiastés, Qohelet, O que sabe*, uno de los Poemas sapienciales atribuidos a Salomón, el rey sabio y poeta, con el fin de ampliar su poeticidad, por medio de la traducción al portugués, los horizontes de «mi lengua explorando sus virtualidades al influjo del texto hebreo» (de Campos, 1990, 33).

Tal vez proceda de ese lejano desaliento la confesión de Mallarmé, esa célebre elegía que repite males milenarios en versos muy citados:

La chair est triste, hélas ! et j'ai lu tous les livres (Mallarmé, 1979, 38).

Y entre el Rey poeta y el poeta francés no faltaron otros que hicieron suyas esas quejas. Tal vez un origen remoto, una vieja etimología, varias veces olvidada, huellas que siguen marcando desde el pasado el pesar de saber que ni el saber ni los libros consuelan. Si se tiene presente que *biblioteca* procede de *biblio* «libro» y *thékhe* «caja, cofre, tumba», las afloraciones semánticas que la historia confirma, sus imágenes producen, involuntarias, tristezas que involucran a la biblioteca donde rondan, entre libros y estantes, fantasmas de vidas pretéritas que no se resignan a desaparecer del todo.

UN ESPACIO DE ESPERANZA

En los últimos años, y sin olvidar las contradicciones de su representación, la biblioteca de viene titulares a partir de una nueva y decisiva mutación: su conversión en libros y archivos digitales, programas, herramientas, plataformas, encuentros académicos, investigaciones rigurosas y veleidades periodísticas se aproximan al controvertido universo de la biblioteca o a «El Universo (que otros llaman la Biblioteca)».

Un historiador, especialista en el siglo XVIII francés, Robert Darnton, director de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, a quien el tema de la digitalización y de los archivos no le es indiferente, comprometido con proyectos decisivos, escribió numerosos artículos, reunidos en parte en *The Case for Books, Past Present and Future* (2009). Interesado en facilitar el acceso a las valiosas colecciones de las bibliotecas universitarias y nacionales a lectores de todo el mundo, advierte en las dimensiones infinitas

de Internet las posibilidades extraterritoriales de un reino apto para la invención, formulación y difusión de ideas, de conocimiento, sin fronteras ni aduanas. Celebra la puesta en línea de la valiosa correspondencia entrecruzada entre pensadores y políticos que hacían de la circulación del conocimiento el afán primordial de su acción y prédica. Su entusiasmo no le impide entender que las maravillas de acceder a ese copioso intercambio, que se verifica entre escritores, entre libros y bibliotecas, no resuelve la clausura para quienes no cuentan con la formación ni con los medios necesarios para alternar en esos círculos satelitales. Sin duda, ve con optimismo la descomunal biblioteca que propicia Internet, los millones de libros que han ingresado a las redes como archivos digitales y que están a disposición de todos, todo el tiempo y desde todos los puntos del planeta, sin trámites ni gastos, siempre que el acceso y conexión a Internet sea posible.

Pero no deja de anunciar la amenaza de una monopolización ilimitada de los medios, del poder creciente de los motores de búsqueda, las prácticas de Google en particular que se apodera de los tesoros de las bibliotecas y que se constituye en la biblioteca de las bibliotecas, la mayor, la mejor, pero con el tiempo o en poco tiempo, la preferida o la única. Advierte sobre los fines comerciales de una empresa en la que predominan la necesidad de obtener beneficios, cada vez mayores, «Google podría convertirse en la empresa más grande del mundo en el negocio de libros». Son reales y perentorios los peligros que prevé.

Si muy lúcido aprecia Darnton las generosas bondades de una biblioteca completa, gratuita, accesible, una suerte de utopía, que no se atrevieron a soñar ni los espíritus más aventurados, entiende asimismo que se arriesga demasiado al confiar la administración excluyente de la iniciativa a una empresa gigante y creciente, un robot que pudo y debió animar la Biblioteca del Congreso o una alianza entre bibliotecas universitarias de responsabilidades compartidas. Sus reconocimientos son muchos pero sus aprensiones, mayores.

Aunque más taciturno, es similar el planteo que formula Virgile Stark, seudónimo de un bibliotecario de la BnF, quien participó en las profundas mutaciones que allí se registraron al afianzarse la adopción de Internet. Su tono melancólico, el de su libro, *Le crépuscule des bibliothèques* (2015), preocupa aún más que las previsiones pesimistas de Robert Darnton.

¿Son nostalgias por el libro o por un acontecimiento en vías de extinción? De la misma manera que el narrador de Proust o el de Sartre, de tantos otros escritores que confiesan la inicial fruición de sus lecturas, el placer también sensorial de lectores a quienes encantan las propiedades materiales del volumen que sostienen entre sus manos, en el libro de Stark no faltan los lamentos por la pérdida de sensaciones y sentimientos, solo asociados al pasado, a la iniciación a la lectura, a la experiencia primaria del puro tacto o contacto con la materialidad del libro. Nostálgicos, los lectores escritores se adelantan a extrañar la aspereza de las páginas, la rugosidad o tersura de las tapas, los olores del papel impregnado de los aires del entorno, de la tinta, del polvo; los colores de intensidad variables, el desigual peso en las manos... Como el narrador de Borges, que nunca menciona el contenido de los libros ni las funciones de la escritura literaria sino la consistencia medida de los volúmenes, a Stark le preocupa el aspecto numérico de la condición informática, quiere saber de qué modo transforma y altera la digitalización «el universo del libro, los oficios, el conocimiento, el cerebro». Para Stark la alteración es grave y, agorero, decreta: «El auto de fe simbólico ha comenzado».

Desde esa visión catastrófica, como en los crímenes del pasado que se recordaban, los libros desaparecerían en la hoguera informática. Sin embargo, corresponde preguntarse si no ocurre más bien lo contrario, si los libros, ahora más resguardados que nunca, no quedan a salvo, sin que los amenacen depredaciones, usos abusivos, ultrajes que el descuido de lectores demasiado apasionados o de funcionarios negligentes podría infligirles. Una vez instalados en la nube, en el espacio sideral, entre cometas o entre pantallas, allí donde Stark concentra todos los males, no correrían tantos riesgos.

El ocurrente juego de palabras que titula el primer capítulo condensa sus desvelos: «*Absalon du livre*». Como ocurre con las bromas, no habría que explicar la aplicación de la figura bíblica, pero la evocación del trágico crimen de que fuera víctima el hijo de David, por un lado, y el prestigio del Salón o Feria del Libro en Francia, monotemáticamente interesado en «*L'érenumérique*» (según sus quejas), concurren a dar cuenta de su estado de ánimo, de su debate apesadumbrado ante el aplanamiento creciente con que las tecnologías arrasan el espesor de los libros en pantalla. Al

temor que prevalece ante los arrolladores cambios de una conversión a la que libros, archivos y bibliotecas ceden, se suma el temor a protestar, a modos viejos, al margen de una actualidad que multiplica los cambios, de un *Zeitgeist* dominado por una tecnología en conflicto con la propia tecnología. En progreso constante, parece renegar de la obsolescencia de sus logros, observando el ritual de un rechazo sistemático a la deplorada tradición contra la cual se expande.

Si entendemos por crisis el estado de cambio permanente, de cambio y crítica, una metamorfosis, una mutación, que transforma su sustancia y su forma, sin duda la biblioteca está en crisis. No sé si nada se pierde, pero es probable que, en la creación a la que la tecnología no aspira, nada permanezca o todo se transforme. La discusión continúa pero, se apruebe o no la digitalización, el hecho existe y nadie puede negarse a reconocer que sus virtudes son mayores que sus vicios, que si los libros se difunden, no solo los lectores se ven beneficiados, también los autores que se proponen llegar a ellos. Es posible que las instancias intermedias de la relación literaria (editores, distribuidores, libreros) vean alteradas sus atribuciones y deban adaptar a los recursos informáticos, a las bibliotecas en redes o en versiones digitales, sus rutinas de siglos. Una visión de la cultura está en transformación y una revisión, siempre positiva, prevalece.

Como pocas veces en la historia, la historia está presente; como pocas veces la literatura, las artes y las ciencias concurren y coinciden, pasado y presente, presente y futuro en un instante que no es ajeno a una anticipación de la eternidad, que está en el éter, y etérea, está en Internet. Así como en el citado cuento se hace coincidir la biblioteca de Babel con el Universo, ¿no correspondería recordar que algunas doctrinas religiosas ancestrales, fundacionales, identifican el Paraíso con la Biblioteca? ¿Acaso no se ha analizado el término *Paraíso* como una sigla que forman las iniciales de las palabras que, en hebreo, nombran las cuatro lecturas con las que se debe interpretar los textos sagrados? Si la biblioteca cifra su fe en el espacio, si el espacio es la esperanza, sin demasiada esperanza y sin ningún miedo, habrá que alcanzar o consolidar la dimensión sin límites, sin fronteras, la esterilización de las bibliotecas digitales que se sustraen a la fugaz eventualidad de las circunstancias porque fue esa, circular, la condición primera del libro, su principio, siempre recommenzado, y su fin, interminable. ♦

RESUMEN

En este artículo se propone observar los cambios de los que, desde hace unos años, se ocupan las numerosas y valiosas representaciones que escritores y artistas contemporáneos les dedican a los archivos y bibliotecas. Una de las razones que explican este reiterado interés podría radicarse en las destrucciones a las que se los ha sometido, sobre todo, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, aunque no faltaron episodios más recientes y más cercanos. Otra razón y cada vez más vigente, se podría atribuir a las mutaciones que producen las tecnologías en archivos y bibliotecas.

ABSTRACT

In this article I intend to observe the numerous and valuable representations that, writers and contemporary artists dedicate to the archives and libraries. One of the reasons that explains this repeated interest might be the destruction to which they have been subjected, especially during the years of the II World War, although there were more recent and closer episodes. Another reason and increasingly valid, could be attributed to the mutations produced by technologies in archives and libraries.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Auerbach, E. (1977). *Mimesis: il realismo nella letteratura occidentale*. Torino: Einaudi.
- Borges, J. L. (1939). La biblioteca total. *Sur*, año IX, nº 59.
- Darnton, R. (2009). *The Case for Books. Past Present and Future*. New York: Public Affairs.
- De Campos, H. (1990). *Eclesiastés, Qohelet, O que sabe*. São Paulo: Perspectiva.
- Dojc, Y., Krausova, K. (2011). *Last Folio. Textures of Jewish Life in Slovakia*. Bloomington: Indiana University Press.
- Baratin, M., Jacob, C. (1996). *Le pouvoir des bibliothèques*. La mémoire des livres en Occident. Paris: Albin Michel.
- Bradbury, R. (1953). *Fahrenheit 451*. New York: Ballantine.
- Genette, G. (2006). *Bardadrac*. Paris: Seuil.
- Genette, G. (2014). *Épilogue*. Paris: Seuil.
- Quevedo, F. (1981). *Poesía original completa*. Barcelona: Planeta.
- Kiefer, A. (2015). *L'Exposition*. Paris: Éditions du Centre Pompidou.

- Laskow, S. (2016). The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair. Recuperado de http://www.atlasobscura.com/articles/the-new-york-publiclibrary-is-moving-15-million-books-to-an-underground-lair?utm_source=facebook.com&utm_medium=bbcculture
- Mallarmé, S. (1979). *Ouvres complètes*. Paris: Éd. De la Pléiade-Gallimard.
- Malraux, A. (1951). *Les voix du silence*. Paris: Galerie de la Pléiade.
- Morton, E. (2016). The Strange Affliction of 'Library Anxiety' and What Librarians Do to Help. Recuperado de <http://www.atlasobscura.com/articles/the-strange-affliction-of-library-anxiety-and-what-librarians-do-to-help>
- Musil, R. (1965). *El hombre sin atributos*, vol. II, Barcelona: Seix Barral.
- Perlez, J. (2015). 1,000 Years of Art at the Edge of the Gobi Desert. Recuperado de http://www.nytimes.com/2015/10/18/travel/china-gobi-desert.html?_r=0
- Rastier, F. (2016). Des Juifs au secours de Heidegger?, *Cités*, n° 65.
- Schiffirin, A. (1999). *L'édition sans éditeurs*, Paris: La fabrique-éditions.
- Stark, V. (2015). *Crêpuscule des bibliothèques*, Paris: Les Belles Lettres.
- Zweig, S. (2015). *Mendel el de los libros*, Barcelona: Acantilado.

Resignificación y trascendencia del archivo para el psicoanalista



MARCELA BOUTEILLER¹

Al iniciar el trabajo en los archivos, sentimos acercarnos a una tarea mime-tizada con la estética de necrópolis. Nada más alejado de la realidad. Por el contrario, todos aquellos documentos, trabajos, fotografías, videos que son el testimonio de lo que ya sucedió, de alguna manera, vuelve a suceder, recreando la vida, las pasiones, la creatividad, los altibajos de la institución.

El hombre de hoy, con la tecnología como instrumento, y en ocasiones como «emblema», ha expandido el imperio de la actualidad y la inmediatez. No obstante, es muy grato observar que también hoy asistimos a una nueva puesta en valor y reconsideración de la importancia de los archivos. Quizás esta vertiginosa «proyección al futuro» necesite legitimarse con un «devenir» que ya aconteció y que en los archivos aguarda en silenciosa épica, ser repensado por una constante mirada.

LA ASOCIACIÓN

Siguiendo un estudio de Michel Duchein, Inspector General de los Archivos de Francia, el documento de archivo en cualquiera de sus formas y procedencia, está creado con el objetivo práctico de conservar información

1 Miembro titular de Asociación Psicoanalítica Argentina. marcelabouteiller@gmail.com
Directora de la Biblioteca y Archivo Histórico y Científico de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

utilitaria. Históricamente, la primera función del archivero fue la de poner esta información a disposición de los que la necesiten.

Después del siglo XVII, y en especial a fines del XVIII, los archivos comenzaron a tomar una significativa importancia en la opinión pública al delinearse su carácter de «fuente de la investigación histórica». Desde entonces, el archivero es considerado un participante de la ciencia histórica.

A partir de ese momento, los depósitos de los archivos fueron los «graneros de la historia» y al mismo tiempo los «arsenales de las administraciones» según la expresión del historiador-archivero, director de los Archivos de Francia entre 1948-1959, Charles Braibant.

El cambio de rumbo decisivo de esta evolución sucede en la primera mitad del siglo XIX, en la época de romanticismo y del auge de los estudios históricos debido a lo que la Revolución Francesa y de las Guerras Napoleónicas sacaron del ostracismo.

El archivero era entonces, antes que ninguna otra cosa, un hombre de ciencia y de erudición histórica.

Tratándose de archivos, retroceder en el tiempo resulta una invitación tan pertinente como indeclinable. Esto nos permite ubicarnos en los siglos XIV, XV, y XVI cuando la curiosidad de historiadores europeos comienza a merodear los documentos originales de los archivos de abadías y obispos. Se destaca en esta época el Humanismo Florentino con personajes como Leonardo Bruni que estudia el pasado para comprender ideas y concepciones sobre la vida de las comunidades, de la sociedad civil, de la política, y de las elecciones que se hicieron en momentos de crisis.

Se inicia entonces una suerte de contienda solapada entre los historiadores, ávidos de acceder a los archivos, y los dueños de los archivos cada vez más reticentes a la idea de abandonar a la curiosidad pública documentos que, fundamentaron buena parte de tradiciones, derechos y privilegios legítimos o usurpados.

La situación era análoga con respecto a los archivos de gobierno y grandes instituciones públicas, en donde los permisos para examinarlos se otorgaban a ciertos historiadores que solo podían publicar el resultado de sus investigaciones con el visto bueno de las autoridades.

Aún en pleno siglo XVIII, Voltaire, de reconocido espíritu rebelde, tenía cerrado el acceso a determinados archivos de los tiempos de Luis

XIV, y también a algunos de importancia histórica como los del Vaticano y los de Venecia.

Pero como decíamos anteriormente, fue en este siglo XVIII que se produce la gran transformación intelectual que, entre otras consecuencias, conducirá en el siglo siguiente a la paulatina apertura de los archivos para la mirada del investigador.

Todas estas innovaciones intelectuales culminan con la Revolución Francesa que por ley (25 de junio de 1794) proclama que los archivos gubernamentales, administrativos, jurídicos y eclesiásticos estén a la libre y gratuita disposición de cualquier ciudadano que así lo solicite. Este brusco tránsito del principio del secreto al principio de la libertad total resultó efímero, acaso por prematuro.

El XIX, que fuera llamado el siglo de la historia, originaba en todos los países de Europa y de cultura europea, la apertura gradual de los depósitos de los archivos públicos.

La primera Guerra Mundial (1914-1918), provocó la caída de tres imperios (el ruso, el austrohúngaro y el otomano) y así facilitó el acceso a los archivos de varios países.

Toda la evolución a partir de la Segunda Guerra Mundial puede sintetizarse en que los depósitos de archivos se han abierto cada vez más al público en general.

En cuanto a los archivos psicoanalíticos están atravesados por los sucesos de la segunda Guerra Mundial. Los archivos de Freud fueron trasladados en su mayoría frente a la inminente guerra que destruyó, quemó libros y documentos referidos al psicoanálisis.

Los Archivos Sigmund Freud consisten, principalmente en un grupo de documentos alojados en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington, y en el Freud Museum en Londres.

A principios de 1951, comenzó a gestarse una iniciativa por parte del núcleo duro del círculo psicoanalítico, con Anna Freud y Kurt Eissler a la cabeza, que implicaba la recopilación de documentos relativos a Sigmund Freud, incluyendo artículos psicoanalíticos y personales, correspondencia, fotografías, grabaciones, documentos legales, donaciones entre otros. Eissler escribió a Siegfried Bernfeld para que los cobijara en la Biblioteca del Congreso de Washington, proponiendo restricciones para el acceso.

Muchas discusiones se suscitaron durante años acerca de las propuestas de libre acceso.

Con más de 60 años de por medio, la situación pudo cambiar y ahora los Archivos tiene una política más abierta. Muchos documentos fueron liberados alrededor de los años ochenta y un número considerable de documentos tienen una fecha de desclasificación entre 2010 y 2020.

El Freud Museum, en Maresfield Gardens, 20, en Hampstead, Londres, fue la casa de Sigmund Freud y su familia cuando escaparon de la anexión nazi de Austria en 1938. Siguió siendo la casa familiar hasta que Anna Freud, la hija menor, murió en 1982. La pieza central del museo es el estudio de Freud, conservado tal como era en vida. El Museo Freud conmemora y elucida la obra de Sigmund y Anna Freud, y preserva su ambiente de trabajo. Cuenta con 10.000 cartas catalogadas y 1600 documentos relacionados con su vida y su trabajo. También alberga el archivo de Anna Freud que incluye cartas, documentos, recortes de periódicos, manuscritos y recuerdos personales.

En la antigua casa y consultorio de Sigmund Freud en Berggasse, 19, en el Distrito IX de Viena, el Sigmund Freud Museum exhibe documentos de la vida de Freud en dicha ciudad y su trabajo como fundador del psicoanálisis.

Estos sitios citados anteriormente son los más importantes en cuanto a la clasificación de los Archivos de Sigmund Freud.

En una comunicación personal en el Precongreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional 2019 en Londres, el Dr. Thomas Aichhorn de la Sociedad Psicoanalítica de Viena dijo, refiriéndose a los archivos psicoanalíticos, que «la recuperación de los documentos trajo nuevamente el psicoanálisis a Viena después de la guerra».

La Asociación Psicoanalítica Argentina también cuenta entre los «tesoros de la Biblioteca» con publicaciones completas tales como las de la Revista Imago en alemán de 1914. Luego de la quema de libros en la Segunda Guerra Mundial nuestra colección era una (algunos informes dicen que era la única) de las que quedaban en el mundo. Actualmente hay una copia digitalizada en la Universidad de Berlín.

CONOCIENDO LOS ARCHIVOS

El archivo es el sedimento espontáneo que hace a la memoria institucional y debe ser conservado en el mismo orden con el que fue producido. La documentación ha de preservarse tal como la institución la armó, no solo para recuperar aisladamente la información de épocas pretéritas, sino también para contextualizarlas con los acontecimientos. De ahí su gran valor histórico.

El documento de archivo es el producto de una acción continua y forma parte de una secuencia de producción documental que refleja las actividades de los individuos y de las instituciones que los han generado.

Cada documento se distingue por ser único e irrepetible en su originalidad, y en su conjunto es un lugar de reunión, de convergencia, conectividad y continuidad.

Los archivos forman parte del patrimonio científico y cultural imprescindible en una institución y deben ser revalorizados, categorizados y pensados. No solo están relacionados con el sentido de pertenencia, con la tradición, sino que pueden ser el disparador que lleva a investigaciones acerca de la historia de las ideas y de quienes las generaron y transmitieron.

Marc Bloch propone un método intelectual revolucionario de crítica de los testimonios, ya que dichos testimonios no se vuelven documentos sino por la importancia que les concede el historiador y el trabajo que este opera en ellos. Dice que una sociedad se interesa o no por su pasado cuando lo reencuentra o lo reconstruye incesantemente a partir del presente. Toda memoria es un compromiso, un intento, un esfuerzo de transmisión del recuerdo. No basta con conservar en las mentes las representaciones concernientes al pasado de un grupo, es necesario transmitir y no olvidar por lo menos parte de los fenómenos e integrarlos a una «memoria colectiva».

Dice LaCapra (2016), en su libro *La Historia y sus Límites*, «la historiografía no es el mero registro de un pasado inerte, sino una interpretación viva sobre él, ese dinamismo gracias al cual el presente se vincula [...] con el pasado», «Los límites de la historia se refieren pues a la forma que ésta adquiere al ser representada. Un horizonte móvil y cambiante, en constante evolución».

Debemos valorar lo que Le Goff (historiador francés medievalista) consideró: el archivo es el lugar de máxima erudición e imaginación, donde se perciben rumores que inducen a imaginar y pensar.

Jacques Derrida en su conferencia «Mal de archivo», nos habla de «ARKE» como el lugar que da origen a documentos oficiales, que le concede derecho y competencia hermenéutica.

Un archivo es instituyente y a la vez conservador, revolucionario y a la vez tradicional. Tiene fuerza de ley de la casa como lugar, soporte físico, domicilio familiar (OIKOS) linaje.

Es una forma de institucionalizar la memoria, marca el pasaje de lo privado a lo público.

Los archivos psicoanalíticos deben ser pensados y reconstruidos a la luz del pensamiento psicoanalítico contemporáneo.

LOS ARCHIVOS Y EL PSICOANALISTA

Un archivo psicoanalítico no está constituido por datos ascéticos, destilados, y concretos; el dato nunca está tan aislado, por el contrario, muestra modos, costumbres, certezas e incertidumbre. Es un lugar de infinita riqueza, en tanto las miradas que lo visiten revelen la importancia esencial que los constituye: ideas, relatos, gestos estéticos, emociones, que den cuenta de lo hallado.

Paradójicamente la mirada más amplia con la que podamos halagar a la literatura de un archivo nos conectará con la riqueza más profunda, mientras que una mirada puntual y unívoca nos hará sentir la pobreza de un dato aislado.

Es factible pensar que no todo lo dicho, pensado o sucedido ha tenido la suerte de aferrarse de algún modo al bote/archivo que lo salvará del naufragio y el olvido. Aun así, si pudiésemos concebir un archivo repleto de ausencias y olvidos, uno podría pensar el desafío que supone seguir aquellos lábiles rastros para reconstruir esa sustancia muchas veces tan intangible como imposible de negar como lo es acaso el propio subtexto.

Para ejemplificar esta idea tomaríamos la frase de una traducción de la correspondencia S. Freud-O. Pfister (1909-1939), «debe dejarlo que vaya a su ruina», ¿?... en referencia al paciente A.B. de Pfister que trabajaba en

una excavación de las ruinas de Mesocco, Suiza. Cuando son conocidas las cartas archivadas y no publicadas entre Pfister y Freud (carta P, 1925) se puede comprobar que el sentido que le había otorgado Freud a esa frase fue «opino que usted debería dejarlo ir a su trabajo en las ruinas de Mesocco». ¿Cuál es la parte faltante?, «¿Cree Ud. que debo dejar viajar a nuestro paciente a su trabajo de excavación...?».

Cabe destacar que es el primer caso clínico tratado por Freud y documentado de un paciente que padece psicosis.

Hacemos aquí hincapié en la importancia de realizar un trabajo de investigación exhaustiva antes de arriesgar una interpretación y sostener conclusiones apresuradas.

Adentrarse en las entrañas de los archivos, «deconstruyendo», al decir de Jacques Derrida, no implica destruir, sino darles una nueva perspectiva con el reconocimiento y la aceptación de un desconocido que se presenta para ser descubierto. Este desconocido remite a aquello que no fue explorado ni fue interpretado. En lo que hay de secreto en los materiales explícitamente archivados.

Una de las propuestas como psicoanalista en la investigación de los archivos, es darle lectura e imagen contemporánea a lo que quedó registrado del pasado científico y cultural de la institución, y de ser posible, indagar en lo que ha permanecido secreto y enigmático.

Gracias a nuestros pioneros de la Asociación Psicoanalítica Argentina que estuvieron comprometidos con el movimiento del psicoanálisis emergente en el país, preservaron la documentación oficial que da cuenta de sus actividades. Ese archivo toma un valor agregado proporcional al interés que el psicoanálisis fue adquiriendo en nuestro país.

En 1986, durante la visita del Dr. Limentani, presidente de la IPA, a Buenos Aires, destacó que, de todas las sociedades latinoamericanas, Argentina y especialmente la APA, estaba interesada en custodiar sus documentos. Hemos heredado de nuestros antecesores la cultura de archivar, sin olvidar que es nuestra responsabilidad además de heredar, dar un paso más adelante y hacerlo propio.

El 15 de diciembre de 1942, momento en que se funda APA y al escribir la primera acta se escribe el primer documento de archivo. Desde su fundación los documentos de APA fueron guardados en carpetas sin un orden

prefijado. Con el paso del tiempo y con la condición de históricos, pasaron a ser custodiados por el Depto. de Historia, creado en 1980, que los pensó en función de la investigación histórica, aunque no los llegó a abordar. En 1994, se crea la Comisión ad hoc de Archivos. A partir de 2018, el Archivo se une a la Biblioteca formando la Comisión de Biblioteca y Archivos Históricos y Científicos. Es una unión sumamente enriquecedora ya que cada uno por su lado llegó a ser la Biblioteca y el Archivo más importantes en el Psicoanálisis Latinoamericano. Cabe agregar que a nivel nacional los archivos de APA forman parte del Centro Argentino de Historia PSI de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Argentina.

Contamos con un Archivo audiovisual con 335 videos con 617 horas grabadas desde el año 1981. Las fotografías y los videos son una invitación para ir más allá de la memoria consciente y las palabras, para encontrar eso invisible que hace lazo con el pensamiento guardado en el archivo. Ese costado, paradójicamente no visible, al que el espectador tenderá a darle un sentido contemporáneo vivencial reconstruyendo el pasado desde la actualidad.

Las imágenes muchas veces resultan subestimadas, sin embargo, nos ofrecen el gesto sostenido indefinidamente para abreviar una y otra vez con miradas exploradoras, esos instantes detenidos donde uno imagina la vida de la gente.

Cobra una dimensión más allá, convoca la memoria frente a lo ausente y libera relatos y connotaciones antes cautivos.

En los videos se pone en juego la vida misma, el decurso de las instituciones. Los materiales audiovisuales archivados transmiten, la idea de una dinámica creativa y lo desconocido no lingüístico.

ARCHIVO Y HUELLAS MNÉMICAS

El archivo es un artilugio de la memoria, un soporte de la memoria. Trabajar sobre el archivo será trabajar sobre una de las etapas del proceso mnémico, el de la impresión de la huella. La impresión nos da cuenta del tiempo, pero a la manera del inconsciente, ya que el archivo es atemporal.

Freud nos esquematiza que en los sueños el camino del proceso psíquico es de carácter regresivo mientras que en la vigilia el camino desde

el Inconsciente es progrediente. También el pensar y recordar sería un camino inverso, una marcha atrás a una huella mnémica que están en su base. Similar al trabajo archivístico.

A pesar de algunas formulaciones ambiguas de Freud, describe, «la huella mnémica no es una imagen de la cosa sino un simple signo que no tiene una cualidad sensorial particular y que puede ser comparado por lo tanto con un elemento de un sistema de escritura, con una letra» (Chemama, 2004).

Freud utiliza el modelo técnico externo de la pizarra mágica, que nos permite entender que las huellas que quedan inscriptas en la cera sólo serán visualizadas si son alumbradas. Pensar el archivo precisa de un tiempo para aceptar lo que no está explícito y la posibilidad de iluminar los aspectos secretos, ocultos, latentes para un trabajo creativo más profundo; como así también, información, memoria, huellas mnémicas de la historia de nuestra institución.

Son las inscripciones de acontecimientos con un orden y un contexto disponibles para ser investidas, reactivadas y resignificadas, tal vez colmadas de indicios y enigmas que inducen a imaginar, a pensar la historia de otra manera.

ARCHIVO Y CONSTRUCCIONES

El archivista tiene que juntar información, inferir de lo olvidado y construir desde un material aún vivo. Así hace el analista con su analizando cuando con trozos de recuerdos, asociaciones y algunos actos del analizando van construyendo una interpretación.

Freud hace una diferencia con el arqueólogo que exhuma monumentos sepultados o incompletos, el psicoanalista tiene al paciente a su lado, reconstruye sobre el faltante porque tiene al alfarero con vida. La ausencia tiene algo para contar, el archivo algo para decir. En la arqueología la reposición de lo ausente siempre será ajeno al objeto. En la psiquis, la ausencia resulta una sustancia siempre inherente al sujeto.

Para el arqueólogo la reconstrucción es la aspiración y el fin de sus esfuerzos, mientras que para el analista «la construcción» es solo una labor preliminar para la Interpretación.

ARCHIVAR, CONSTRUIR E INTERPRETAR

Una de las propuestas como psicoanalistas en la investigación de los archivos, es estimular la escucha renovada de lo que ha quedado como secreto y enigmático del pasado científico y cultural de la institución.

Los archivos deben ser revalorizados, categorizados y pensados. No solo están relacionados con el sentido de pertenencia, con la tradición, sino que pueden ser el disparador que lleva a investigaciones que hacen a la historia de las ideas y de quienes las generaron.

Pasaron setenta y siete años, cuatro generaciones, con una historia intrínseca a la vida y actuaciones de sus protagonistas y que por cierto nos habita, nos da sentido de pertenencia, cuya transmisión está dentro de nuestro psiquismo a modo de identificaciones.

Como es sabido, el porvenir está poblado de expectativas y deseos, los unos y los otros vestidos de incertidumbre, pero si una certeza habita en el porvenir, es el hecho indubitable de que siempre un archivo nos aguardará para ser descubierto como partícipe unívoco de la historia.

Por último, parafraseando a Freud, archivar sería otra de las profesiones «imposibles» después de educar, gobernar y analizar. ♦

RESUMEN

El hombre de hoy, con la tecnología como instrumento, ha expandido el imperio de la actualidad y la inmediatez, aunque observamos que también hay una nueva puesta en valor y reconsideración de la importancia de los archivos.

El documento de archivo es el producto de una acción continua y forma parte de una secuencia de producción documental que refleja las actividades de los individuos y de las instituciones que los han generado.

Una de las propuestas como psicoanalista en la investigación de los archivos, es darle lectura e imagen contemporánea a lo que quedó registrado del pasado científico y cultural de la institución, e indagar en lo que ha permanecido secreto y enigmático.

Como psicoanalistas pensamos al archivo como un soporte de la memoria. Será como trabajar sobre una de las etapas del proceso mnémico, el de la impresión de la huella, la cual nos da cuenta del tiempo, a la manera del inconsciente, ya que el archivo es atemporal.

Además, al igual que el archivista, quien junta información, infiere lo olvidado y construye desde un material aún vivo, el analista, con su analizando, va construyendo una interpretación con trozos de recuerdos, asociaciones y algunos actos del analizando.

Descriptor: RESIGNIFICACIÓN / ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA ARGENTINA / SECRETO / INSTITUCIÓN / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / MEMORIA / TIEMPO / INVESTIGACIÓN / PSICOANALISTA

ABSTRACT

Today's man, with technology as an instrument, has expanded the empire of today and immediacy, although we notice that there is also a new value and reconsideration of the importance of archives.

The archival document is the product of continuous action and it is part of a documentary production sequence which reflects the activities of individuals and the institutions that has generated them.

One of the proposals as a psychoanalyst in the archival investigation, is to interpret it in a new way and give a contemporary image to what was recorded of the scientific and cultural past of an institution, and investigate what has remained secret and enigmatic.

As psychoanalysts we think the archive as a memory medium. It will be like working on one of the stages of the mnemonic process, that is the impression of the mnemonic trace. The impression tells us about a time, which is equal to unconscious time, which in turn, is atemporal; archive ignores time.

Keywords: RESIGNIFICATION / ARGENTINE PSYCHOANALYTIC ASSOCIATION / SECRET / INSTITUTION / MEMORY / TIME / RESEARCH / PSYCHOANALYST

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aichhorn, T. (2019). Comunicación personal. Londres: Congreso Asociación Psicoanalítica Internacional.
- Bloch, M. (1996). *Apología Para la Historia o el Oficio de Historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bouteiller, M.M. (2012). Archivos Psicoanalíticos Simiente del Pasado. Génesis del Futuro, Congreso de Fepal.
- Bouteiller, M.M. (2017). Construyendo los Archivos. Publicación Digital de la Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Caraduje, A. (2019). Comunicación Personal.
- Chemama, R. y Vandermersch, B. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cosentino, J.C. y Klimkiewicz, L. (2019). *Fetichismo y Otros Textos Correspondencia*. El Caso A.B. Mármol. Izquierdo Editores.
- Derrida, J. (1994). *Mal de Archivo*. Conferencia, Londres 5-6-1994. Edición Digital.
- Duchain, M. (2013). La profesión del archivero entre el pasado y el futuro. Edición Digital.
- Durrieux, M. (2019). Comunicación personal.
- Freud, S. (1976). *Obras completas. Vol. XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). *Obras completas. Vol. XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Le Goff, J (1991). *Pensando la Historia*. Madrid: Editorial Paidós.
- LaCapra, D. (2016). *La historia y sus límites*. Madrid: Bellaterra.
- Limentani, A. (1986). Contribución personal.
- Mastrogregori, M. (1998). *Apología de la Historia. El Manuscrito Interrumpido de Marc Bloch*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Melgar, M.C. (2019). Comunicación personal.
- Schvartzman, G. (2019). Comunicación Personal.
- Steinberg, G. (2013). Interpretación y Construcción «Dos Conceptos Freudianos». Tesis de Maestría. Universidad Kennedy.

WEBGRAFÍA

Sigmund Freud Archives, www.freudarchives.org/index.html

Library of Congress Brief History of the Collection, www.freudarchives.org/index.html

El Psicoanálisis, la Crítica y la Censura, III.
Los archivos Freud, <https://sobre-el-psicoanalisis.blogspot.com/2015/03/el-psicoanalisis-la-critica-y-la.html>

Freud Museum London, <https://www.freud.org.uk/>

Freud Museum Vienna, <https://www.freud-museum.at/en/>

Lacan y el grupo analítico: usos y destinos del goce de la exclusión¹



ALBERTO C. CABRAL²

Me propongo explorar las vicisitudes de un tipo particular de goce estudiado por Lacan, que se entrama con la estructura del grupo: el *gocce de la exclusión*. Hunde sus raíces en ese goce expulsivo que Freud anudó a la fase anal. Lacan lo formaliza tempranamente en su enseñanza, y lo articula con un tiempo lógico intuido por Freud. Poner en evidencia su anudamiento con una dimensión de goce, le permitió —más adelante— dar cuenta de la insistencia de sus retornos, así como de su rol en la constitución del grupo.

REVISITANDO EL «NARCISISMO DE LAS PEQUEÑAS DIFERENCIAS»

En muchos momentos de su reflexión Freud se vio llevado a postular la necesidad de una operación de exclusión, como prerequisite para un desarrollo ulterior del aparato. Es lo que constituye el fundamento de la lógica edípica: es por exclusión de un elemento (la madre) que el sujeto queda habilitado para constituir en tanto deseables al conjunto de las mujeres. De la eficacia de esta operación de exclusión, dependerán para Freud (1994) las vicisitudes del deseo masculino, mensurables en términos de un mayor o menor registro de impotencia psíquica.

1 Publicado originalmente en *Revue Française de Psychanalyse*, 89(4), 2018, pp.1021-1032.

2 Miembro titular Asociación Psicoanalítica Argentina. accabral@intramed.net

De la misma manera el mito del parricidio ilustra que es la exclusión del ur-vater lo que hace posible la constitución de la clase de los padres edípicos. Al igual que la exclusión de Das Ding del campo de lo representable, se constituye en condición de posibilidad de la representación. A lo largo de su enseñanza, Lacan fue mostrando que todas estas operaciones conllevan una exclusión (una pérdida) de goce: el goce de la madre, el goce del padre, el goce de la Cosa, respectivamente. Constituyen para él, en ese sentido, manifestaciones de la castración simbólica.

En nuestra perspectiva, me interesa destacar que Freud (1992a) no duda en convocar el mismo mecanismo para explicar, sarcásticamente, la lógica de crecimiento de la Iglesia católica: «Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, *con tal que otros queden fuera* [cursivas mías] para manifestarles la agresión» (p.111). Es una lógica que podemos verificar en el escenario amplio de la política: no hubo que esperar a C. Schmitt³ para intuir que no hay como un buen enemigo, para dotar de consistencia a una formación de masa.

Lacan recoge estas intuiciones freudianas y les brinda una formalización sólida, apoyado en la moderna teoría de los conjuntos. Lo hace en su comentario a la intervención de J. Hyppolite sobre *La negación* (Lacan, 1980), al precisar que es necesaria la *ex-sistencia* de un elemento para que un conjunto cobre *consistencia*. El sujeto del inconsciente en relación al conjunto de los significantes, el objeto *a* respecto al universo de los objetos simbólico-imaginarios, serán algunos de los desarrollos en que podemos reencontrar esta lógica: la *ex-sistencia* de un elemento excluido permite al conjunto adquirir consistencia.

Esta formalización de Lacan nos permite rectificar el malentendido que puede inducir la rica formulación de Freud (1992a) sobre el «narcisismo de las pequeñas diferencias». Es un sintagma que parece jerarquizar la dimensión narcisista del fenómeno que designa. La formalización de Lacan permite destacar, por el contrario, un anudamiento más complejo: es por la exclusión de un (elemento) *real*, que el conjunto adquiere una

3 Me refiero a la lógica amigo-enemigo, que para C. Schmitt (2009) está en el fundamento de la política.

consistencia *simbólica* que podrá a su vez (secundariamente), ser objeto de sobrecargas *imaginarias*⁴.

Pero es en el Seminario XVII donde Lacan (1992) articula con más claridad esta operación lógica al funcionamiento del grupo. Al retomar el mito del parricidio, se detiene en una de sus consecuencias: la constitución de la horda fraterna. Para Lacan es un paso que no resulta —como lo presenta Freud— obvio. Considera esa presunta «obviedad» como un «punto flojo» del mito, como «una fábula», que lo lleva a formular, entre risueño y provocativo: «De pronto [después del asesinato], descubren que son hermanos».

Se detiene entonces en los fundamentos de la fraternidad. Y nos dice: «Solo conozco un origen de la fraternidad: es la segregación. En la sociedad todo lo que existe se basa en la segregación. Y la fraternidad lo primero. Incluso no hay fraternidad que pueda concebirse *si no es por estar separados juntos, separados del resto* [cursivas mías]». Y concluye: «Descubren que son hermanos, y uno se pregunta *en nombre de qué segregación* [cursivas mías]» (pp.120-121).

Me interesa subrayar que —en esta perspectiva— el goce segregativo es primario. Las razones que secundariamente se invocan para justificarlo («*en nombre de qué*») son contingentes: constituyen, en realidad, racionalizaciones.

EL SHIBBOLET: EL GOCE DE LA EXCLUSIÓN Y SUS DESTINOS NEURÓTICOS

¿Cómo se manifiesta entre nosotros, analistas, este goce de la exclusión? Es una pregunta importante, si tenemos en cuenta que los primeros cien años de nuestra disciplina han estado atravesados por controversias que en muchas oportunidades llevaron a cismas y rupturas institucionales.

4 C. Schmitt intuyó, también, el carácter secundario de la sobrecarga narcisista (imaginaria, para Lacan) del objeto excluido: «El enemigo político no necesita ser moralmente malo ni estéticamente feo; simplemente es el otro, el extraño, y para determinar su esencia basta con que sea distinto». Como vemos, se trata de una «esencia» curiosa: determinada no por algo propio, sino por su diferencia oposicional con lo ajeno... ¿en una forma semejante al significante, que se define por su diferencia con los otros significantes!

Los fantasmas de la desviación y de la herejía han constituido presencias inquietantes en nuestros debates, colocando a la disidencia y al disidente bajo sospecha.

Pero también promoviendo su contracara: una suerte de coexistencia pacífica entre distintos grupos, en la que cada corriente despliega sus desarrollos *en paralelo* con otras capillas. Salvo excepciones, todas privadas por igual del «mestizaje» enriquecedor que puede proporcionar una inmersión en la alteridad, que permita la emergencia de una Otra mirada sobre lo propio.

Se configura así un pluralismo de coexistencia que suele traducirse en un ideal ecléctico, que acota el despliegue de las controversias dentro de los límites de lo políticamente correcto. Parece primar el temor a «despertar los perros dormidos» y alimentar nuevos desenfrenos del goce segregativo.

Es una situación que ha contribuido a cierto descrédito de la noción de pluralismo, que promovería en nuestros debates una actitud de «todo vale» (Dreher, 2006). Es un descrédito casi tan extendido como su invocación formal, a la hora de formular buenos propósitos para «domesticar» las relaciones entre analistas.

Volvamos entonces a nuestra pregunta. Podemos reconocer uno de los retornos más frecuentes del goce de la exclusión en el anatema al que estamos tan habituados en nuestras sociedades: «eso no es psicoanálisis». Es la forma particular que adquiere entre nosotros un fenómeno detectado por los antropólogos, sostenido también — es mi lectura — en el goce de la exclusión.

Fue Lévi-Strauss (1981) quien destacó que las comunidades primitivas tienden a designar con nombres de animales («osos», «águilas») a las tribus vecinas. La afirmación del propio agrupamiento en tanto «humano» parece requerir de una exclusión del Otro, que lo confina al campo de la animalidad. Desde esta perspectiva, los analistas seríamos más políticamente correctos. No llegamos a deshumanizar al Otro: nos basta, para afirmar nuestra condición de analistas, con excluir de la fratría al practicante que no comulga con nuestros ritos...

El anatema que nos ocupa («eso no es psicoanálisis») suele autorizarse en una referencia freudiana, en la que vale la pena detenerse: la invocación del *shibboleth* («espiga», en hebreo). En distintos momentos de su

reflexión, Freud se vio llevado a precisar la especificidad de la disciplina por él fundada, elevando algunos de sus conceptos (incluso *corpus* de la teoría, como la doctrina de los sueños) a la dignidad de «*shibbolets*»⁵. Es una referencia, como veremos, grávida en resonancias.

Freud recoge el término de un pasaje bíblico. La pronunciación de esta palabra fue utilizada para identificar a los miembros de la tribu de Efraim: su dialecto carecía del sonido /ʃ/, a diferencia de otros, como el de los galaaditas, que sí lo incluía. En el capítulo 12 del libro de los Jueces se narra lo acontecido después de que los galaaditas derrotaran a sus vecinos. Cuando los efraimitas sobrevivientes intentaban huir cruzando el río Jordán, eran obligados por sus enemigos a decir *shibbolet*. Imposibilitados de hacerlo correctamente, eran reconocidos y asesinados.

El sociólogo brasileño S. Buarque de Holanda relata un episodio que parece calcado de este relato bíblico. Ocurrió durante el conflicto que siguió al intento secesionista del Estado de Río Grande do Sul, en 1893. El ejército rebelde, derrotado, se dispersa; entre ellos, un contingente de mercenarios uruguayos. Para reconocerlos, los oficiales del ejército federal los someten al «test galaadita»: los conminan a pronunciar la palabra «*pausinho*». Como no pueden hacerlo con el debido acento portugués, los reconocen y los pasan, también, a degüello⁶.

Ambos episodios ilustran los extremos a los que puede llegar el narcisismo de las pequeñas diferencias, cuando está sostenido e impulsado por el desenfreno del goce de la exclusión. Ilustran, también, el soporte que proporciona el lenguaje (un sistema de diferencias, según Saussure) para brindar los rasgos diferenciales sobre los que puede eventualmente hacer pie el goce segregativo (nota 2). Y sugieren, a la vez, que la noción de *shibbolet* parece más apropiada para convocar y azuzar retoños de este goce, que para contribuir a precisar la especificidad de nuestra disciplina.

5 Ocuparon ese lugar, sucesivamente, la teoría de los sueños, (Freud,1914), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», A.E., XIV, p.55; el complejo de Edipo (Freud,1920), en un agregado a «Tres ensayos de teoría sexual», A.E., VII, p.206, n. 28; la diferenciación de lo psíquico en consciente e inconsciente (Freud,1923), en «El yo y el ello», A.E. XIX, p.15; y nuevamente la doctrina de los sueños (Freud,1932) en «29ª conferencia», A.E., XXII, p.7.

6 Debo la referencia al analista brasileño O. Telles da Silva (2005).

Menos aún, para brindar un marco adecuado en el que dirimir nuestras diferencias. Es que la multivocidad que han ido adquiriendo nuestros conceptos fundamentales, torna cada vez más ilusoria —amén de totalitaria— la pretensión disciplinante de promover una forma de pronunciación única y excluyente: es a lo que convoca la invocación del *shibbolet*.

Recordemos que cuando Freud (1992b) la emplea por primera vez, lo hace precipitando un gesto de autoridad. Invocando su condición de fundador, la utiliza para anatemizar las desviaciones que, a su juicio, encarnan Jung y Adler. Probablemente no contempló el uso del mismo recurso que podían hacer algunos discípulos, devenidos en celosos gendarmes de la pureza teórica. Pero seguramente no contempló, a la vez, que elevar un concepto a la (in)dignidad del *shibbolet* lo coloca en un lugar problemático. Comienza a pesar sobre él un «Noli me tangere», que resiente las posibilidades de cuestionarlo o someterlo a discusión, sin correr el riesgo de ser considerado un hereje por los guardianes de la ortodoxia. Recordemos, al respecto, que la utilidad de la figura del hereje para el pensamiento dogmático fue ya entrevista por San Pablo, en su *Epistola a los Corintios*: «Conviene que también haya herejes para que se vea muy bien la imagen de los justos».

Lo que Freud, por último, tampoco pudo prever, es que la compulsión a *shibboletizar* (como expresión del goce segregativo) no solo iba a abreviar en conceptos de la teoría, sino también en particularidades de la técnica. Esa misma técnica que él consideraba conveniente para sus rasgos personales, pero seguramente necesitada de adecuaciones en función de las características singulares de cada practicante. Todo indica que algunas de las discusiones ríspidas que tienen lugar en IPA en torno a la flexibilización del modelo Eitingon parecen sostenidas en una *shibboletización* del encuadre y, en particular, de la frecuencia de sesiones.

La única invocación que conozco de Lacan (2014) al *shibboleta* parece en el marco del análisis del sueño de un paciente de E. Sharpe. El paciente —como habitualmente— había emitido una tos discreta al entrar al consultorio. Hasta el momento, esa tos no había sido objeto de análisis. Él mismo repara en ello y —para sorpresa de su analista— comenta que seguramente su tos es un mensaje. Y a continuación se pregunta sobre cuál será el contenido de ese mensaje.

Lacan sugiere que en este punto deberíamos ubicar el *shibboleth* del análisis: en la emergencia del significante del Otro. Es que cuando el paciente se interroga sobre el sentido de su tos, la promueve en el mismo movimiento al estatuto de significante del Otro. Su pregunta es un indicador de que reconoce su tos como portadora de un sentido que se le escapa, y de que se dispone a trabajar para develarlo.

Reparemos en que Lacan desplaza el uso habitual del *shibboleth*. No lo utiliza para partir aguas con los no-analistas. Lo emplea como criterio para establecer si un paciente ha ingresado o no al discurso analítico. Esto es, si ha devenido analizante, más allá de su aceptación formal de las reglas del encuadre.

En el otro extremo del retorno destemplado del goce segregativo, y a diferencia también de sus retornos encubiertos vía *shibboleth*, podemos reconocer los efectos de su tramitación mediante formaciones reactivas. Promueven variantes de una *tolerancia degradada* (Cabral, 2009) como marco para encubrir (no dirimir) las diferencias entre analistas. Parodiando al poeta nicaragüense Rubén Darío, me he referido a ella como «prima gentil de la indiferencia». J. Allouch (2003), por su parte, la ha evocado en términos de «ecumenismo» e ilustra su lógica así: «cualquier cosa que Ud. sostenga carece en definitiva de importancia». Y remarca la paradoja de que una práctica de la palabra aliente un lazo social en el que «la palabra no tenga peso ni consecuencias».

LACAN, Y LOS DESTINOS ALTERNATIVOS AL GOCE DE LA EXCLUSIÓN

Ahora bien: ¿qué podemos extraer de la enseñanza de Lacan, para orientarnos en relación a un saber-hacer *alternativo* con este goce? Creo que podemos reconocer al respecto dos vectores antinómicos: me propongo tensar sus diferencias para contribuir a discriminarlos.

El primero de ellos nos resulta más familiar. Es el que nos entrega la imagen de un Lacan implacable en su crítica demoleadora a lo que considera desviaciones en nuestra disciplina. Un Lacan (2012) que le confiere un aliento épico a la lucha por «devolver su filo cortante» a una práctica que considera degradada por el uso que hacen de ella sus practicantes, y que no vacila en denunciar como «falso» a un psicoanálisis que se aparta

del camino del «verdadero». Un Lacan, en fin, que con el mismo impulso puede llegar a retomar la invectiva que Voltaire dirigía contra la Iglesia («¡Aplastemos a la infame!»), para golpear con ella el rostro de la IPA. La misma IPA en la cual un grupo de colegas en transferencia con Lacan, miembros de diversas instituciones componentes, estamos promoviendo el retorno de su enseñanza...⁷

Este vector —decíamos— es el más conocido, y el que más servicios ha prestado a la consolidación de una «identidad lacaniana». Es así como instituciones, pero también analistas «lacanianos», han (y hemos) construido nuestra identidad (sobre todo en los momentos iniciales de nuestras trayectorias) de la mano de un ejercicio no advertido del goce de la exclusión, que nos permitía diferenciarnos de las tribus vecinas negándonos una condición analítica que reivindicábamos con exclusividad.

Pero hablábamos de un segundo vector, menos estridente, que participa también del posicionamiento de Lacan frente a las diferencias hacia el interior del campo analítico. Es el que se vislumbra ya en el Seminario I, cuando después de celebrar las intervenciones no convencionales de H. Nunberg —más allá de los reparos que le despiertan sus consideraciones teóricas— sostiene: «Felizmente, cuando los autores están bien orientados en su práctica, dan ejemplos que desmienten su teoría» (Lacan, 1981, p. 349).

Lacan establece aquí una distinción sugerente entre la teorización del analista y la «orientación de su práctica». Pero agrega algo más: el analista puede sostener una teoría a su juicio errónea y —pese a ello— imprimirle a su práctica una orientación adecuada. Es que la orientación de la práctica no depende de adhesiones conscientes a determinados *shibboleths*. Está condicionada, en cambio, por lo que para Lacan (2003) constituye el saldo de un análisis eficaz: esa «neoformación» que denominó deseo del analista, cuya puesta a punto requiere un atravesamiento del propio libreto edípico.

7 Se trata del espacio «Lacan en IPA», que viene desarrollando encuentros sucesivos en distintas sociedades de la IPA (de Argentina, Uruguay, Brasil, México, España y en junio de este año- en Portugal), y presentando talleres clínicos en los últimos Congresos de FEPAL e IPA.

Es lo que sostiene en el analista la disposición a salir al encuentro de la «diferencia absoluta» (Lacan, 1987) que aloja lo que también llama el «ser verdadero» de su *partenaire* (Lacan, 2003), al que se accede a condición de haber acotado el efecto distorsivo de los propios fantasmas edípicos. Y sabemos que la mejor enseñanza universitaria del listado más exhaustivo de *shibbolets*... sería impotente para producir en el futuro practicante la mutación subjetiva necesaria para sostener la posición analítica.

Pero volvamos a su afirmación anterior. Podría pensarse que se trata de los balbuceos de un Lacan temprano. Sin embargo, en un texto tardío como *Televisión*, luego de aludir irónicamente a la IPA, sostiene en relación a sus miembros: «No quieren saber nada del discurso que los condiciona. *Pero eso no los excluye de él.* [cursivas agregadas] Lo satisfacen, a ese discurso, aun si algunos de sus efectos les son desconocidos» (Lacan, 2012, p.545).

La trayectoria de Lacan nos muestra que no se trata de un reconocimiento formal. Es, por el contrario, una convicción que lo lleva —antes y después de su expulsión— a interesarse en la clínica de muchos autores-IPA (E. Kris, M. Klein, E. Sharpe, D. Winnicott, M. Kyrle, L. Tower, M. Little, P.King...), en los que recoge incitaciones para avanzar en sus propias formalizaciones. Tenemos que pensar que sostiene con ellos transferencias genuinas, en el sentido riguroso de que les supone un saber-hacer en la clínica, más allá de las diferencias dialectales que lo separan de ellos.

Aún más: es por esta concepción amplia del campo analítico que —lejos de desentenderse— Lacan (2012) extiende su responsabilidad también sobre lo que ocurre extramuros de su Escuela: «Esas sociedades que, aunque nos hayan excluido, *no dejan de ser asunto nuestro*» [cursivas agregadas] (p.274).

En la perspectiva de este segundo vector, podríamos decir que *no-toda* diferencia constituye una desviación, ni requiere de un «espíritu de cruzada» para enfrentarla. Sería, por supuesto, más cómodo circunscribir los alcances de cada vector a un momento temporal recortado de la enseñanza de Lacan. Las referencias que evocaba nos muestran que no es así. Lo que deja a cargo de cada uno de nosotros la responsabilidad respecto al qué y cómo hacer frente a las múltiples diferencias a las que nos confronta el lazo que nos une con otros practicantes.

Hacer de una diferencia una desviación, o en cambio un testimonio que amerita el esfuerzo por extraer un «querer decir» más allá de «lo que se dice» (Lacan, 2012), será entonces una resultante del caso por caso. Pero, también, de nuestra ecuación personal: determinada en última instancia por los efectos del propio análisis sobre las modalidades de acotamiento del goce de la exclusión, y también —como ahora veremos— sobre la impregnación de deseo con que cada quien puede ubicarse ante las diferencias.

Recordemos que el operador lógico con que Freud (1994) explora el posicionamiento ante la diferencia no es otro que *la mujer*. Freud reconoce las marcas del posicionamiento neurótico ante ella en el «horror» y la «desautorización» que perduran en el inconsciente. «En todos estos preceptos de evitación [que componen el tabú de la virginidad] se exterioriza un horror básico a la mujer. Acaso se funde en que ella es *diferente* del varón, parece eternamente *incomprensible* y *misteriosa*, *ajena* y por eso *hostil*» [cursivas agregadas].

De lo que se trata, entonces, es de si el tránsito por el propio análisis ha permitido construir, con lo que de la mujer insiste como «diferente» y «eternamente incomprensible», un espacio *alternativo* al de lo «ajeno» y «hostil». Más precisamente; si el sujeto ha podido desprenderse de la ecuación neurótica que equipara en el inconsciente lo «ajeno» y lo «hostil»⁸, para inscribir lo «diferente» (por mediación del atractivo que despierta lo «misterioso») en una perspectiva de deseo.

Este es el punto preciso en que se juega para el analista la posibilidad de elaborar un saber-hacer *alternativo* al goce de la exclusión: que no participe de los retornos más o menos desenfrenados a que lo expone el tercer tiempo de la represión, ni tampoco del empobrecimiento rígido de la formación reactiva. Se trata, en definitiva, de la disposición con que cada quien cuenta para salir al encuentro de la *alteridad radical* del Otro: su analizante o un colega «incapacitado» para pronunciar *shibboleth* con la precisión con que él cree poder hacerlo.

8 Conviene darle todo su peso al «ajena Y POR ESO hostil», presente en la formulación freudiana: subraya el carácter de implicación lógica que cobra esta equiparación en el inconsciente del neurótico. Podríamos enunciarla en términos de «si ajena, entonces hostil».

TANTOS PSICOANÁLISIS COMO PSICOANALISTAS

Mi impresión es que los analistas tenemos mucho para recoger, y también elementos para aportar, al debate candente abierto en nuestra época en torno al pluralismo, la segregación y los fundamentos de la intolerancia⁹. Hace unos años retomé la distinción del politólogo estadounidense M. Walzer (1998) entre lo que denomina modalidades históricamente constituidas de la tolerancia: resignada, estoica, indiferente pero también curiosa y, por último, entusiasta. Walzer enlaza el surgimiento de cada una de ellas con coyunturas históricas precisas de la cultura europea: en particular, los saldos que fueron dejando los capítulos sucesivos de las guerras de religión.

Walzer compone una serie que —desde un punto de vista descriptivo— abarca el abanico de posibles posiciones subjetivas (él las llama «actitudes mentales») ante la diferencia. Podemos reconocer sus alcances entre nosotros con solo evocar la disposición con que escuchamos el testimonio de un colega en el que *a-priori* reconocemos una orientación diferente a la nuestra: a veces en una actitud resignada, en algunas ocasiones estoica, en otras indiferente... contadas veces con curiosidad o entusiasmo. Es una serie que replica la que Freud (1994) compone con los gradientes de «impotencia psíquica». Es que, en ambos casos, están sostenidas sobre grados variables de exclusión (por represiones más o menos sólidas) del «objeto madre» edípico.

En el contexto de las relaciones entre analistas, las tres primeras modalidades de la serie de Walzer (resignada, estoica e indiferente) dan cuerpo a lo que denominé —descriptivamente— pluralismo de coexistencia. Podemos ser ahora más precisos y designarlo como *neurótico*, en tanto asentado sobre la represión o la formación reactiva ante lo diferente. Condicionado, entonces, por las limitaciones que imponen los retornos de una hostilidad ante lo *heteros* que persiste en el inconsciente.

La tolerancia curiosa y la entusiasta, por el contrario, vehiculizan una apertura deseante sobre la alteridad. En ellas puede sostenerse un

9 En lo que sigue, voy a emplear los términos pluralismo y tolerancia como sinónimos. Si bien tienden a recubrir el mismo campo semántico, los investigadores anglo-parlantes suelen preferir el primero y los franceses el segundo. En el medio analítico se ha generalizado más el uso del término «pluralismo».

pluralismo genuino, que haga de la diferencia un tensor del deseo y no ya un riesgo para la propia identidad analítica. Recordemos al respecto que —desde Freud— la curiosidad ha estado siempre enlazada con la incitación a avanzar sobre lo no-conocido de la sexualidad. El entusiasmo, a su vez, es una de las pasiones que para Lacan (2012) acompañan un genuino fin de análisis. En esta perspectiva, propuse el neologismo *toler-ansia*¹⁰ (Cabral, 2009), para recoger en clave de deseo (*ansia*; en castellano: ganas o deseo intenso) los efectos de un pluralismo portador de entusiasmo ante la diferencia.

Mi impresión es que estas cuestiones van a ir cobrando un interés creciente entre nosotros, en tanto se hacen eco de un rasgo actual de nuestra disciplina en cuya caracterización coinciden diversos referentes (J. Allouch, 2003, fundador de l'École lacanienne; J.A. Miller, 2003, fundador de la A.M.P.; y varios años antes R. Wallerstein, 1988, siendo presidente de la I.P.A.): *el psicoanálisis contemporáneo se declina en plural*.

A mi modo de ver, se trata de una pluralidad *estructural*, que el psicoanálisis contemporáneo se limita a hacer más visible. Es una pluralidad que no se agota en sus mascarones de proa (las distintas escuelas y corrientes existentes entre nosotros) sino que se prolonga al interior de cada una de ellas, insinuando matices y líneas de clivaje cada vez más notorios que descompletan la supuesta homogeneidad de «los kleinianos», «los lacanianos», «los winnicottianos...».

Es el horizonte de diversidad al que empuja, necesariamente, ese operador de singularidad extrema que nos sostiene en nuestra función, y que Lacan designó como deseo del analista. El mismo operador que podemos reconocer en la bonita formulación de G. Gabbard y Th. Ogden (2009), cuando observan que el proceso de devenir analista está indisolublemente ligado a la posibilidad de «hablar con voz propia»: esto es, a lograr atravesar las identificaciones que nos sostuvieron en los momentos iniciales de nuestra formación. Es lo que nos habilita a operar como portavoces del inconsciente de nuestros analizantes, en lugar de «ser hablados» por las identificaciones que nos habitan.

10 En castellano la escritura correcta es con «C»: tolerancia.

Es por eso que, a la célebre pregunta que planteara R. Wallerstein (1988) hace treinta años («¿Un psicoanálisis o varios?»), podríamos responder: «Tantos psicoanálisis, como psicoanalistas». Sería halagüeño para el porvenir de nuestra disciplina que una tal respuesta pudiera ser vivida por sus practicantes con la misma naturalidad con que —más allá de las escuelas pictóricas— hoy podemos aceptar que hay tantas pinturas como pintores. ♦

RESUMEN

Se exploran las vicisitudes del goce de la exclusión y sus manifestaciones en el grupo analítico: sus desenfrenos, pero también las formaciones reactivas que intentan domesticarlo, promoviendo un pluralismo formal. Se reformula la noción de «narcisismo de las pequeñas diferencias». Se exploran desarrollos de Lacan y del politólogo M. Walzer para dar cuenta de destinos alternativos (no neuróticos) del goce segregativo. Se propone una respuesta al interrogante de Wallerstein («¿Un psicoanálisis o varios?»): *tantos psicoanálisis, como psicoanalistas.*

Descriptores: GOCE / EXCLUSIÓN / INSTITUCIÓN PSICOANALÍTICA / ALTERIDAD / PLURALISMO / DESEO DEL ANALISTA / PODER / NARCISISMO

ABSTRACT

The vicissitudes of the enjoyment (jouissance) of exclusion are explored —fundament, for Lacan, of all groups— and their manifestations in the analytical group: their debaucheries, but also the reactive formations that try to domesticate it, promoting a formal pluralism. The notion of «narcissism of small differences» is reformulated. Explorations of Lacan and political scientist M. Walzer are explored to account for alternative (non-neurotic) destinations of segregative jouissance. We propose an

answer to Wallerstein's question ("A psychoanalysis or several?"): As many psychoanalysis, as psychoanalysts.

Keywords: JOUISSANCE / EXCLUSION / PSYCHOANALYTIC INSTITUTION / ALTERITY / PLURALISM / DESIRE OF THE ANALYST / POWER / NARCISSISM

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (2003). Las trifulcas teóricas exhiben salvajismo. *Docta, Revista de Psicoanálisis*.
- Cabral, A. (2009). *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Dreher, A.U. (2006). Más allá de la investigación conceptual. *Revista de Psicoanálisis, A.P.A.*, LXIII,3, p.656.
- Freud, S. (1992a). *Obras Completas: Vol. 21. El porvenir de una ilusión El malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992b). *Obras completas: Vol. 14. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1994). *Obras Completas: Vol. 11. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci, y otras obras (1910)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gabbard, G.-Ogden, T. (2009). On becoming a psychoanalyst. *Int. Journal of psychoanalysis*. Vol. 90, 2, pp.314/6.
- Lacan, J. (1980). *Escritos II*. México: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1981). *Seminario: I. Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1987). *Seminario XI: Los cuatro conceptos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1992). *Seminario: XVII. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2003). *Seminario: VIII. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2014). *Seminario: VI. El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Lévi-Strauss, C. (1981). *Seminario sobre la identidad*. Madrid: Petrel.
- Miller, J.A. (2003). Sobre el sujeto de la Escuela. *¿Qué política para el psicoanálisis? Colección Orientación lacaniana*, Argentina, p.18.
- Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Telles da Silva, L.O. (2005). *Uma aária para a história do Brasil*. Porto Alegre: Universidad de R. Grande do Sul.
- Wallerstein, R. (1988). ¿Un psicoanálisis o muchos? *Libro anual de psicoanálisis, IPA*.
- Walzer, M. (1998). *Tratado sobre la tolerancia*. Buenos Aires: Paidós.

Espectros de palabra

A propósito de Cuando pases sobre mi tumba de Sergio Blanco



NATALIA MIRZA¹

La información de prensa a la que accedo a propósito del estreno de la nueva obra de Sergio Blanco, *Cuando pases sobre mi tumba*² es la siguiente:

Es una pieza que relata los últimos días de vida del autor. Luego de haber decidido organizar su suicidio asistido en una clínica de lujo en Ginebra y después de proyectar entregar su cadáver a un joven necrófilo internado en un hospital psiquiátrico de Londres, la obra va narrando los distintos encuentros que el autor tiene con el doctor Godwin responsable de orquestar su suicidio asistido y con el joven necrófilo internado que se dedicará a esperar la llegada del cadáver del autor. [...] Consultado sobre su particular procedimiento de escritura ya que la totalidad del texto fue escrito a mano y con sangre, Sergio Blanco respondió: «Todas las mañanas me despertaba al amanecer, dedicaba unos treinta minutos a preparar la tinta ya que tenía que diluir la sangre en polvo y una vez pronto todo, me sentaba a escribir durante sesiones de siete horas. [...]»³

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nmirzal@gmail.com

2 Estreno mundial, 22 de agosto 2019, sala Zavala Muniz, Montevideo, Uruguay.

3 Marea Producciones.

Debo reconocer que lo que primero me surgió de esta lectura fue: «es mucho». Ya de por sí resultaba fuerte el hecho de que esta vez, Sergio Blanco no sólo volviera a escenificar su propia muerte (tal como en *La ira de Narciso*, 2016), donde había terminado descuartizado con cuchillo eléctrico), sino que además se encargara ahora de entregar su cuerpo a un necrófilo. Sumando, a su vez, el elemento polémico con relación a la cuestión del suicidio asistido y el agregado —¿efectista?— de la escritura con su supuesta propia sangre. Demasiado.

Después de ver la puesta en escena, sin embargo, la impresión es muy diferente a lo anterior. Pensando en estos dos momentos de impacto, se me ocurre, entonces, que la misma transcurre en una serie de paradojas:

Por un lado, es una obra sobre la muerte, pero el texto respira, muta, crece, se reproduce y se transforma frente al espectador, se va haciendo en el proceso mismo, alimentándose más que nunca de los otros espectáculos del autor, además de los clásicos, las historias de los actores, las características de los personajes presentes y pasados. Texto vivo en la muerte, entonces.

Por otro, es una obra que supuestamente trabaja sobre una forma de amor o de erotismo que tiene que ver con la posesión sexual de un cuerpo muerto (la necrofilia), pero lo hace en el encuentro ya no de los cuerpos, sino de las palabras. El erotismo es con el cuerpo de la letra, con los cuerpos de las palabras y las palabras cuerpo. Relatos, canciones, diálogos, recuerdos, datos históricos, se van hilando en una trama de lenguaje, en la que ya no se trata del cadáver como tal, sino de las innumerables formas en que, antes y después de su muerte, se lo hace hablar. No es la muerte, ni siquiera la representación de la muerte, es la representación de la representación, y a veces el relato del relato, generando una distancia interesante que preserva del impacto con lo crudo y de la proximidad carnal, salvo aquella de la palabra.

¿Cómo en el análisis?

De hecho, los encuentros semanales entre Khaled y Blanco, al igual que aquellos que supo sostener con el parricida de *Tebas Land* (2013), vuelven a traer ese aire inconfundible de sesiones de análisis y como en el análisis, también, determinadas palabras y objetos, se repiten, se vuelven familiares y reconocibles: reloj Casio sumergible - habitación 228 - manzana - Superman - computadora Mac... Sin embargo, quizás en el análisis, los afectos y las emociones se hagan presentes de otro modo...

De todas formas, es verdad que las obras y los textos de Blanco parecen estar escritas para psicoanalistas, pensando en esos interlocutores. Como en *Tebas* habían sido *Los hermanos Karamazov*, *Edipo* y el parricidio; *Narciso* fue para *La ira* y llegan ahora *Frankenstein* y *Robinson Crusoe*, hilando relatos de origen, de costuras primeras, asociadas al comienzo de la vida, pero también a la orfandad, el desamparo y la muerte. Marcas de un *arké* espectral que retorna actualizando vestigios en palabras, entre las que se entraman y deshilvanan relatos de niños ahogados, de criaturas hechas de pedazos, de experiencias de encuentro con la muerte, tanto inesperadas y ominosas, como anticipadas, elegidas y programadas.

Los personajes y su desdoblamiento permanente, entre sí mismos y 'otros' son ineludiblemente también post-psicoanalíticos, es decir, se corresponden con una dramaturgia consustancial (o anticipatoria, como siempre son los artistas) de lo que el psicoanálisis pudo posteriormente hacer estallar con respecto a las formas de pensar la subjetividad.

¿Quién decide? ¿quién elige? El Yo engañado, paranoico y convencido de su autoafirmación, muestra su inconsistencia en esta permanente alternancia o confusión entre mentira y verdad, realidad y ficción. «Estoy decidido», (Blanco, 2019)⁴ dice Sergio, solo para decir: «En el fondo no soy yo quien decide» (Blanco, 2019), unos instantes después.

Como en las otras obras de Blanco mencionadas, así como también en *Ostia* (2015) y *El Bramido de Düsseldorf* (2017) incluyendo (o no) a *Kassandra* (2010), estamos frente a otra autoficción. Ese juego permanente entre realidades y ficciones que lo tiene a él como protagonista y que toca, no solamente las cualidades de los personajes sino también del texto mismo y la puesta en escena, en una deconstrucción permanente de «ingeniería intelectual» (Blanco, 2019), como él mismo dice allí.

K: «¿Acá me tengo que comer de verdad la manzana?»

Yo: No. No es necesario (...) Hacé como que...

K: Ok. Hago como que. (Blanco, 2019)

4 Esta y todas las restantes citas de la obra provienen de la versión inédita de *Cuando pases sobre mi tumba*, agosto, 2019, facilitada por el propio autor.

Y, por supuesto, Khaled se come efectivamente la manzana, y con un mordiscón fuerte, así como lo había hecho Gabriel Calderón en *La ira de Narciso*. Nada es lo que parece, lo que parece «no» ser, quizás sí lo sea y lo que «sí» parece ser, quizás también lo sea: «Ceci n' est pas un pomme», «Esto no es una manzana», decía Magritte. Aquello de la falsa huella que Lacan (2008b) retomaba del chiste de Freud, aquella que solo el hombre puede hacer por su inscripción en el lenguaje y el significante: dejar una marca verdadera para que sea tomada por falsa: «como sos un mentiroso dices que vas a Cracovia para que piensen que vas a Lemberg, cuando en realidad vas a Cracovia», Lacan (1999) así, nuevamente, aquello de que la verdad tiene estructura de ficción... (Lacan, 2008a).

¿Y esto de la muerte y la necrofilia?

Los desarrollos freudianos, fundamentalmente aquellos posteriores a la segunda tópica y «Más allá del principio del placer» (Freud, 1976) supieron articular vida y muerte en el dualismo pulsional como sello y origen mismo de la vida psíquica. De este modo, *eros* y *thánatos*, siempre en relación de tensión, remiten a una dialéctica consustancial a lo humano y a sus avatares deseantes. ¿Cómo entra la dimensión de la muerte, entonces, en este entramado dramático que la anuda también con el deseo, la vida y el amor? «Para examinar los orígenes de la vida, debemos primero conocer la muerte», cita Khaled de Frankenstein (Shelley, 2006).

Sergio no puede ocultar su deseo en vida y por el cuerpo vivo de Khaled. Cuerpo que sabe que se le rehúsa y de cuyo contacto no podrá retener siquiera un recuerdo: «yo voy a empezar a desear su cuerpo y él mi futuro cadáver» (Blanco, 2019). Sin embargo, Khaled insiste especialmente en mantener separado el deseo sexual de su vínculo con el Sergio actual: «entre nosotros no va a pasar nada mientras estés vivo» (Blanco, 2019). Si *Cuando pases sobre mi tumba* es, de algún modo, una historia de amor; también lo es con relación a este radical desencuentro, que es inherente a la dimensión misma del amor: «amar es dar lo que no se tiene a quien no es» (Lacan, 1999, p.359), supo decir Lacan.

Sin embargo, el movimiento erótico parte de un anhelo absoluto: Sergio querría ser deseado más allá de la muerte: «¿Por qué no inscribirse en esta estirpe y poder ser deseado después de muerto?» (Blanco, 2019). Tan amado y tan deseado que se podría volver inmortal, como Shakespeare,

como Dickens, como Byron... esa es su necrofilia. Es la búsqueda de ese más allá, pero que reemplaza la espiritualidad por la carne: «después de la muerte lo que viene es tu cuerpo» (Blanco, 2019). Como si el deseo por él pudiera atravesar también ese límite.

Volviendo a las paradojas ¿y no es sino de un límite que surge el deseo mismo? De una ausencia, de la falta ¿no es sin algo de muerte? O, como señala Daniel Gil, retomando planteos de Lacan: «la muerte es la posibilidad de la imposibilidad de todas las posibilidades, lo que hace que las posibilidades se constituyan como tales» (Gil, 2000, p.8).

Del deseo, entonces, nos deslizamos a las distintas formas del amor.

Jean Allouch dice «El amor es necrófilo». «El amor [...] encuentra terreno propicio en un objeto amado cuyo modo de ser, es el de la aparición [...] Un modo de ser espectral, característico de los muertos.» (Allouch, 2009, p.83). Esto tiene múltiples sentidos, de entre los que tomo el de que se ama una idea, una proyección imaginaria siempre llamada a frustrar cuando se topa con el cuerpo y de allí las intensas formas de amor que genera el muerto y que Allouch, partiendo de Halperin, desarrolla en varios ejemplos literarios como amar a un muerto; amar a un (a) dormido (a) o amar a un espectro.

«Si los rasgos que suscitan el amor —dice— no son en principio accesibles sino mediante el cuerpo, no por ello dejan de ser menos idealidades, mediante lo cual el cuerpo podría tornarse en un obstáculo para la plena realización del amor» (Allouch, 2009, p.84). «Me gusta eso de pensarte, de inventarte» (Blanco, 2019), le dice Sergio a Enzo en el momento mismo en que lo está mirando.

Es cierto que es porque lo está creando en ese preciso instante como personaje de un texto dramático, pero ese personaje ¿no podría ser en sí mismo metáfora del personaje que todos creamos y recreamos a la hora de amar?

El amor no es sin el cuerpo, sin embargo, hay una relación de exclusión y una necesidad de la ausencia del cuerpo para instalar algo del orden del deseo. «No se puede besar al amado o amada y al mismo tiempo mirarlo (a).

«apretados y ardiendo en una llama extática, quieren, en vano, succionarse sus almas, trabajo vano, en vano hacen esfuerzos, pensando hacer entrar un cuerpo en otro cuerpo», (poema atribuido a Ronsard, «La bouquinade»). (Allouch, 2009, p.84)

Algo similar en torno a esta relación de exclusión, dice Epicuro de la muerte «El hombre y la muerte nunca se encuentran, pues cuando él vive, ella no está y cuando ella sobreviene, él ya se ha ido» (Epicuro citado por Pontalis, 2011, p.27).

Allouch metaforiza la cualidad necrófila del amor, pero ¿cómo insertar la cuestión concreta de la necrofilia como forma particular de un erotismo —psicopatologizado y categorizado como forma de atracción y excitación con el cuerpo del muerto— en todo esto? ¿Cómo hacer coincidir muerte y deseo o amor? Estamos hablando de la relación con un cuerpo muerto, ¿o de un cuerpo muerto, pero casi vivo, en contigüidad metonímica con la vida?

En un extremo, podríamos pensar en la existencia de un cuerpo aún tibio, reconocible en su contorno humano, «jóvenes recién enterradas» (Blanco, 2019), como en el primer caso mencionado, del necrófilo Blot. Un cuerpo que parece volverse deseable por su entrega absoluta y pasiva al domino del otro. «Te gusta obedecer» (Blanco, 2019), como le dice Khaled a Sergio. ¿Cuerpo entregado, sin resistencia, al goce del otro, aun cuando no hay otro?

Y ahí, mientras lo miro, pienso que finalmente, es posible que esta forma de amor sea el más generoso. Al fin de cuentas, ninguno pide nada a cambio al otro. El me dará todo sin pedirme nada y yo me entregaré sin tampoco poder pedirle nada. (Blanco, 2019)

El desmayo, la catalepsia de los enterrados vivos de Poe, *La Bella Durmiente* o *Blancanieves*, jóvenes intactas, como cita Sergio de *Romeo y Julieta*: «la muerte que ha saboreado el néctar de tu aliento, ningún poder ha tenido aún sobre tu belleza» (Shakespeare, 1996).

En el otro extremo, por el contrario, estamos hablando de desenterramiento, de encuentro con la descomposición, de carne fétida y huesos.

El doctor Godwin va dando ejemplos que dan cuenta de esa gradación y de esas complejidades y diferencias. De lo que parte más próximo al cuerpo vivo a lo que, de un modo muy diferente, se presentifica con la concreción de un real, como en el último caso relatado, de la mujer sueca: «Tibias. Fémures. Cráneos. Vértebras. Costillas. [...] Le gustaba lamer los huesos» (Blanco, 2019).

Abro un paréntesis para señalar que este Dr. Godwin, lleva el nombre del padre de Mary Shelley, madre de Frankenstein, padre del monstruo.

God win, ¿qué Dios gana aquí? ¿El Dios —con mayúsculas— humano pero todopoderoso que arma, recompone, cose y logra dar vida a lo inerte?

«Tras noches y días de increíble labor y fatiga, conseguí descubrir el origen de la vida, es más, yo mismo estaba capacitado para infundir vida en la materia inerte» (Shelley, 2006)

¿O el dios —con minúsculas— humano también, pero en lo fallido, que erra y sólo logra crear monstruosidad, una mala parodia de vida hecha de pedazos y desechos?

Aun señalando esas formas extremas y diferentes de eso que se nomina como necrofilia y que el doctor detalla, de todos modos muy lejos parecen quedar el mito y el símbolo funerario, los desplazamientos metafóricos que suponen los ritos, los objetos y las imágenes mortuorias, los incontables relatos con los que el ser humano ha intentado y continúa intentando bordear algo de lo que sucede en relación a la irrupción, siempre inoportuna, aun cuando se la invoca, se la agenda y se la «elige», como dice Sergio, de la muerte.

Lacan dice «no se puede hablar de la muerte pues la muerte es, muy precisamente, límite de la palabra», pero también agrega «y al mismo tiempo es quizás también el origen de donde parte» (1999, p.62), porque, efectivamente, también es desde allí, desde ese agujero feroz, aún concebido a posteriori, que torrentes de palabras vivas necesitan circular. Final y principio, como condensa el título del libro *La muerte y otros comienzos* de nuestro querido colega Nadal Vallespir: «nacemos en un mundo de lenguaje y de deseo, ambos marcados a fuego por la muerte, que también nos precede.» (2000). Por algo *Cuando pases sobre mi tumba* está habitada también por escenas de infancia, por niños muertos y niños vivos o por aquellos que reviven recibiendo corazones de muertos; *arké* que decide, parafraseando a Sartre⁵, «su origen, que es lo único que lo puede destruir» (Blanco, 2019). No podemos dejar de hablar de la muerte o dejar de hacerla hablar de algún modo, por ejemplo, a través de estos tres espectros «habitados por la soledad, el abandono y la melancolía» (Blanco, 2019), que es lo que hace Sergio Blanco en este espectáculo para nosotros. ♦

5 «La infancia decide» (Jean Paul Sartre citado por Blanco, 2019).

RESUMEN

El siguiente artículo desarrolla algunos comentarios en torno a la última obra de Sergio Blanco, *Cuando pases sobre mi tumba*, en articulación con lecturas psicoanalíticas, fundamentalmente de Jacques Lacan y Jean Allouch, en torno a la muerte, el origen de la vida psíquica, el amor y el deseo.

Descriptor: MUERTE / SUICIDIO / TEATRO / NECROFILIA / EROS / CUERPO / PALABRA

Obra-tema: Cuando pases sobre mi tumba / Blanco, S.

ABSTRACT

The following article develops some comments about the Sergio Blanco's last work, *Cuando pases sobre mi tumba*, in articulation with psychoanalytic readings, especially from Jacques Lacan and Jean Allouch, about death, the origin of psychic life, love and desire.

Keywords: DEATH / SUICIDE / THEATRE / NECROPHILIA / EROS / BODY / SPEECH

Work-Subject: Cuando pases sobre mi tumba / Blanco, S.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (2009). *Contra la eternidad*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Blanco, S. (2014). *Kassandra (2010)* – Cuadernos de Dramaturgia Internacional. México D.F.: Paseo de Gato, Editorial Innova.
- Blanco, S. (2013). *Tebas Land*. Montevideo: Skené.
- Blanco, S. (2015). Ostia en *Aproximaciones a la dramaturgia*. *Revista Conjunto*, pp.42-77.
- Blanco, S. (2016). *La ira de Narciso*. Artezblai.
- Blanco, S. (2017). *El bramido de Düsseldorf* (inédito).
- Blanco, S. (2019). *Cuando pases sobre mi tumba* (inédito).
- Freud, S. (1976). *Obras completas. Más allá del principio del placer (1919)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gil, D. (2000). Prólogo. En Vallespir, N. *La muerte y otros comienzos*. Montevideo: Trilce.
- Lacan, J. (1999). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008a). *La cosa freudiana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2008b). *Seminario 10: La angustia (1962-1963)*. Buenos Aires: Paidós.
- Pontalis, J. (2011). *Al margen de las noches*. Buenos Aires: Paidós.
- Shakespeare, W. (1996). *Otelo. Romeo y Julieta*. Madrid: Andrés Bello.
- Shelley, M. W. (2006). *Frankenstein o El moderno Prometeo*. Madrid: Cátedra.
- Vallespir, N. (2000). *La muerte y otros comienzos*. Montevideo: Trilce.

La rima íntima



NÉSTOR MARCELO TOYOS¹

El poema parece ligado a una palabra que no habla: es.
El poema... una palabra que carece de referente
y una existencia que carece de ser

Maurice Blanchot (2002)

«Head I win, tails you lose...»². Así parece que «un científico muy conocido» se manifestó sobre los psicoanalistas, molesto por sus argumentaciones, que le impresionaban demasiado tautológicas. «Ustedes si no la ganan, la empatan», traducimos al español rioplatense, más modestamente. En el primer párrafo de «Construcciones en psicoanálisis» (1937), Freud decide recoger este guante.

Interpelado de este modo en el corazón mismo de su ambición —encontrar la verdad que en su opacidad determina al sujeto— Freud ensaya en los últimos tramos de su obra una respuesta que lo lleva una vez más al terreno de las letras, a la tierra literaria («litraterre», inventará Lacan años después). Recordará entonces la comparación que Polonio hace de la verdad con el esturión: «escurridiza», no se deja atrapar fácilmente en las redes del lenguaje. Un «sí» del analizante no puede ser tomado como señal inequívoca de afirmación. Recíprocamente, tampoco un «no» de lo contrario. Shakespeare es sin duda su guía preferido en tierras letradas.

Pero Freud ya sabía de esta aventura desde sus inicios. Ya había estado allí, en los comienzos mismos de sus exploraciones clínicas, cuando se decidió a comunicar sus casos. Por ejemplo, en la epicrisis de «Elisabeth von R», necesitó de una justificación ad hoc para su «clínica letrada»³:

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. ntoyos@intramed.net

2 «Cara gano yo, ceca vos perdés».

3 Afortunado sintagma acuñado por Erik Porge (2007).

Por eso me extraña mucho comprobar que mis investigaciones se lean como novelas y que no lleven, por así decir, el sello de la seriedad propia de los escritos eruditos. Me consuelo diciéndome que este estado de cosas evidentemente es atribuible a la naturaleza misma del tema tratado y no a mi elección personal. (Freud, 1976, pp.174-175)

Muchas fueron las «evidencias» que en su camino «demostraron» a Freud que no estaba equivocado con esta apelación a la «naturaleza letrada» de su criatura. Desde su propósito inicial de «rellenar las lagunas mnémicas», pasando por su descubrimiento del papel causal de la «fantasía neurótica», ya en su propuesta de una «novela familiar» que condiciona el recuerdo de la historia individual, Freud se aproximaba a la confrontación con la exigencia científica de verificación de los enunciados del analista en términos de evidencia de verdad. A esta exigencia trata de responder con sistematicidad en el ensayo de 1937 al que nos referimos en el primer párrafo de este trabajo.

Con la obligación de responder a esta exigencia comienza la divisoria de aguas entre psicoanálisis y literatura, se traza una frontera entre la creación artística y la construcción del sujeto del inconsciente que es la labor del psicoanalista. Sostenemos desde las palabras de Blanchot que introducen estas reflexiones una fecunda relación entre la creación poética y el trabajo del analista con la materia inconsciente. Pero el artista, el poeta, no tiene ninguna obligación en revelar los misterios de su arte: es más, la esencia de este arte es la consagración de ese misterio que nos produce goce estético. El psicoanalista, por el contrario, tiene que poder dar cuenta de un saber que se desprende de su acto, tiene que poder formalizarlo con sus propios signos, no con los signos de otra ciencia. A lo sumo podrá tomarlos prestados de algún lado, como una materia más con la que realiza su trabajo⁴.

El trabajo del artista es un trabajo de velamiento de lo real, un velamiento estético, creador de plus de goce. El trabajo del psicoanalista

4 Hace un tiempo ya que la definición de interdisciplina que más nos convence para el psicoanálisis, es la siguiente: «buscar/tomar lo nuestro en cualquier lugar». Decir «cualquier» lugar es una generalización retórica, sabemos que hay territorios especialmente fecundos para esa búsqueda del psicoanalista.

es de-velamiento o, al menos, cuando esto no es posible o aconsejable, nunca se tratará de un ejercicio activo de velamiento. El imperativo del psicoanalista obedece a una ética antes que a una estética. La tríada pulsión-goce-deseo conducen esa ética.

Una lectura atenta de «Construcciones» nos revela que se trata de uno de los textos más sintomáticos de Freud, su recorrido es sumamente paradójal. El motivo de los tropiezos es en todos los casos el uso de la palabra. El «abuso de poder» de los analistas es la acusación de la que Freud se ve obligado a salir a defenderse. Ese abuso no es otro que el de «apalabrar» al analizante, justamente la propuesta de la construcción. Una propuesta que una vez formulada lo obliga a demostrar su inocuidad. Entonces... ¿por qué formularla? ¿Por qué formularla cuándo su propia indagación lo lleva a establecer con claridad que otro tipo de intervención del analista, la interpretación, opera de modo muy diverso a la proposición de un sentido que se busca con la construcción? La interpretación opera sobre la parcialidad del detalle (significante), sobre el no-todo del discurso, opera sobre «un elemento singular del relato», dice Freud (1976, pp.262).

La diferencia que Porge (2007, pp.14-22) propone entre los estilos de Freud y de Lacan tal vez nos permita responder sobre este obstinado recurso freudiano a la eficacia del relato. El estilo freudiano obedece a los cánones de la novelística decimonónica, de los grandes opus clínicos, regidos por la necesidad de la completud del sentido que se emparenta con la completud del objeto a la que aspira la búsqueda del arqueólogo, a quien Freud toma como modelo en «Construcciones». El ejercicio psicoanalítico de Lacan, por su parte, es el de iluminar fragmentos del objeto, no le preocupa encontrarlo vivo, lo que no implica que desestime «lo vivo» («los afectos», como suele decirse). Su objeto a es un resto (fósil), una cicatriz del objeto de la pulsión en determinada zona corporal (erógena) y con él le basta para proponer la causa del deseo. El estilo de Lacan es el de la poesía, contrapone Porge.

El ejercicio apalabrador del analista es como el micelio del hongo que se eleva del ombligo del sueño. Su exacerbación es directamente proporcional a su defensa de un objeto, traumáticamente presente o perdido, en los fondos del aparato psíquico. La palabra justa, la palabra plena a la que debemos aspirar es la que acepta su lugar de sustituto de pleno derecho, la

palabra que ilumina la falta. No se le escapa a Freud que cuando el analista insiste en la palabra que oscurece lo que puede ocurrir es la alucinación o el delirio, en su diversidad de formas y matices. Lo advierte con claridad cuando, hacia el final del texto que venimos recordando, dice que acontecen «recuerdos hipernítidos» en el analizante que no se distinguen mucho de las alucinaciones. Por otra parte, no se priva de comparar la construcción con el delirio. Es consecuente con su «realismo clínico» –hijo del positivismo como es– expresado con claridad en *Tótem y Tabú*: las construcciones movilizan «pulsiones emergentes», pulsiones sin anclajes simbólicos, que pueden expresarse en delirios. Y los delirios para él, como las construcciones, responden a núcleos de verdad histórica (*historisch*), no son meros relatos (*geschiste*).

En el universo de los poetas sabemos que Lacan tenía a Góngora en alta estima. Es decir, alguien que no se caracterizó por la economía de palabras. En ambos, la profusión de las metáforas es índice de la necesidad de bordear y volver a bordear el núcleo vacío que tracciona el esfuerzo de significación. La vida misma, un interminable esfuerzo de significar (pulsión de vida) lo que no tiene otro destino que la nada (pulsión de muerte), un tránsito en el que nuestra labor de analistas busca promover lo que llamamos «felicidad», plus de gozar, plusvalía del sujeto.

Ni apalabrante, ni mudo, el analista usa la palabra con su paleta de estilos y con los modos retóricos de los que disponga en su acervo personal. La dupla asociación libre-atención flotante, la «escucha», no implica un analista-esfinge. Por el contrario, siempre se trata de un diálogo peculiar, de un cruce con restos del objeto. Que se haga presente lo que Lacan llamó «objeto a» en la escena de un análisis depende de la peculiaridad de ese cruce, de ese paso, de ese pase de sentido.

Entonces: ni analista-arqueólogo, un Indiana Jones que espera encontrar el templo de la verdad como construcción «completa y viva», como quería Freud en 1937. Ni tampoco un analista-oráculo, médium, que se supone de alguna manera escenario contra-transferencial de lo primordial. Ni aun el analista champolliónico que solo espera leer como en una piedra de Rosetta la lengua del inconsciente, sin «tocar» al analizante.

El analista que nos gusta es el que no rehúye al roce, al juego de palabras y de gestos, el que espera escuchar lo que hemos llamado la «rima

íntima» del sujeto, con palabras prestadas por Pessoa. Una rima que solo escuchará él y que por lo tanto lo implica. Para desarrollar más este punto es necesario antes referirnos brevemente a la noción de «estilo».

JUEGO DE PALABRAS, LENGUAJE DE LAS FORMAS

En 1935, poco antes del trabajo que venimos comentando y muchos años después de las primeras comunicaciones en «Psicopatología de la vida cotidiana» sobre los actos fallidos y su valor indiciario del deseo inconsciente, Freud se va a ocupar una vez más de estos asuntos. En un breve artículo titulado «Sobre la sutileza de un acto fallido» refiere una jugosa anécdota personal donde, según sus propias palabras, «una dificultad estética reemplaza a un conflicto pulsional» (Freud, 1964, p.231). Recordemos la trama del conflicto de marras siguiendo las mismas etapas que su actor-autor nos señala.

PRIMERA ETAPA: Freud escribe una tarjeta para acompañar el regalo de cumpleaños que quiere hacerle a una amiga: «una pequeña gema destinada a ser engarzada en un anillo». El texto elegido «le suena mal» porque en su redacción se repite con poca distancia la preposición «para»: «Bueno para confeccionar un anillo en casa del orfebre L...para la piedra enviada». En el sitio de los puntos suspensivos, en su intento de corrección, Freud escribe la palabra «bis» (hasta) que luego debe tachar, cuando descubre que alteraba el sentido que pretendía para el texto de su misiva. Es esa tachadura, ese «intento de evitar la torpeza estilística», lo que lo pone en la pista de la operación fallida, es decir de lo fallido de una operación donde «lo inconsciente se dice en la lengua» (Castillo, 1990)⁵. Atribuye el equívoco a la homofonía entre «für» (para) y «bis» (hasta) en alemán, aun cuando no se le escapa la otra acepción de «bis» como repetición, que evoca de su uso en francés. Pese a que se declara

5 El trabajo «La fuga del objeto» de Beatriz Castillo nos ha permitido recordar este texto de Freud, así como es una referencia que destacamos en el estudio del papel que la «noción flotante estilo» puede jugar en psicoanálisis.

satisfecho con esta explicación le queda el sabor de una interpretación «incompleta», lo que una vez más le demuestra las limitaciones del autoanálisis, conocidas ya desde los tiempos de la Traumdeutung. La que será convocada en el lugar del Otro, para «completar» la interpretación en una segunda etapa, es nada menos que su hija Anna.

SEGUNDA ETAPA: «Mi hija, a quien referí este pequeño análisis, halla enseguida su continuación». Al parecer Freud no recordaba que ya le había hecho a la misma amiga un regalo muy parecido tiempo atrás y seguramente ese «olvido» se expresó como lapsus calami y así le permitió «corregir» estilísticamente lo que hubiera sido un acto poco cortés como regalar dos veces lo mismo a la misma persona. Esta es la repetición que le señaló Anna. Pero habrá una tercera etapa que completa el propio Freud cuando puede advertir lo pulsional que está en juego tras el olvido y todavía más atrás del juego de palabras, del estilo inconveniente de su texto.

TERCERA ETAPA: Freud se pregunta por qué la objeción a regalar dos veces una gema a una misma persona se tiene que «disfrazar» y dar lugar a la querella estilística, quiere saber cuál es el motivo de su «recelo»: «Y enseguida veo claro qué es. De ningún modo quiero desprenderme de esta pequeña gema, me gusta muchísimo». Final del cuento: una lucha entablada en la tierra entrañable del narcicismo se había trasladado a tierras de la letra, al litoral (litura) entre cuerpo y símbolo, territorio (terra) que se deja labrar por la pulsión en protesta por sus fueros vulnerados.

Entonces, recapitulando: se trata de una gema, el paradigma del agama, del objeto que deslumbra y alumbra con su brillo fálico a su poseedor, lo que Freud quería retener, pero, al mismo tiempo, regalar a una querida amiga⁶. Típica duda obsesiva que se fija en un objeto-señuelo, que no

6 No se trataba de Lou Andrea Salomé como creyó E. Jones sino de Dorothy Burlingham, quien conservaba aun la gema hasta 1962, año en que Strachey escribe la nota preliminar a este breve y delicado texto freudiano (Freud, 1964, p.230).

resistiría demasiado tiempo ser interrogado sobre su valor intrínseco para merecer semejante importancia. Y menos si la indagación la realizara alguien como Herr Profesor quien, sin embargo, no lo hace en este caso.

La gema en cuestión, objeto escópico y fantasmático del coleccionista Freud, junto a sus numerosos compañeros de lote, en su serialidad metonímica quiere cumplir con eficacia su destino de sustituto y ser cesible, lo que no ocurre con facilidad. La libido suele fijarse en ciertos objetos más que en otros; es decir, ciertos objetos se acomodan mejor al fantasma como soportes de un goce del que nada puede decirse: solo es, como el poema según Blanchot. Acá no encontramos un poema sino unas líneas que acompañan al objeto y es a causa de esas líneas que se promueve un acto sintomático, una torpeza estilística que denuncia un olvido. Y el olvido conduce a la verdadera gema, la que se «trasmite» en la estratagema fallida de la letra. Es por medio del recurso estilístico que lo que se trasmite en psicoanálisis es alcanzable. O, de otra manera, siempre será un signo estilístico del hablante/escribiente el que nos mostrará su posición enunciativa inconsciente.

Encontrar el significante «estrata-gema» nos resulta doblemente afortunado en este caso. Primero porque replica la palabra «gema» en un vocablo que alude a las trampas y a las tácticas de la lengua, que tanto oscurecen como iluminan las intenciones comunicativas de los seres hablantes. Pero, en segundo lugar, alude a «estratos» y esto es particularmente interesante, ya que el estilo trabaja por capas, por sucesión de aproximaciones del decir que —al modo de las traducciones de la carta 52— le ponen letra a la rima pulsional agitada por los restos del objeto. Por el torbellino que deja su ausencia.

En «El psicoanálisis y su enseñanza», Lacan logra la más clara definición del estilo en psicoanálisis, cuando dice: «Todo retorno a Freud que dé materia a una enseñanza digna de ese nombre se producirá únicamente por la vía por la que la verdad más escondida se manifiesta en las revoluciones de la cultura. Esta vía es la única formación que podemos pretender transmitir [subrayado agregado] a los que nos siguen. Se llama: un estilo» (Lacan, 1975, p.181).

Se trata de una «pretensión de los analistas», la de transmitir una verdad escondida en ninguna profundidad sino en la superficie del decir y

sus revoluciones. Se trata de una «vía de transmisión» que Lacan enfatiza: es «la única». Allí donde el significante tropieza y se «engarza mal» en la cadena discursiva, allí donde escuchamos algo que «suenan mal», allí habrá una probable lectura del deseo inconsciente en un enunciado que se abre a la interrogación de su enunciación. No es «para» ella, no habrá un «bis», el olvido se desplaza por la única vía que es pasible de una lectura que transmita la verdad inconsciente. Lo que se escribe allí «es», como en el poema, el objeto mismo. Tal como ese objeto puede ser transmitido, tal como puede «fugarse en la palabra» (Castillo, 1990, p.43). Ese objeto «es» en el discurso en la medida en que no se pretenda encontrarlo en otro sitio. La transmisión es in situ, no es una transmisión de algo oculto, que será descifrado por la mánica del analista, por su perspicacia detectivesca o por su ensoñación contratransferencial. El lenguaje no es utilizado por el analista como un instrumento para la expresión de ideas, de significados profundos. El lenguaje donde los analistas podemos pretender sostener el deseo singular de nuestra praxis es en la letra, lo que no excluye otros componentes del lazo transferencial, solo les da una configuración que suponemos diferencial. Como dice acertadamente Castillo —citando a Karl Vossler, referente junto a Leo Spitzer de la estilística moderna— le reclamamos «un lenguaje a las formas».

Hace ya un tiempo que exploramos esos territorios de los fondos subjetivos, cuya partitura original Lacan llamara «lalangue», con la ayuda inestimable de los poetas como ha sido el caso de Lorca, que en su estudio sobre el duende flamenco habla de una «música negra» que surge del «limo» del cantaor andaluz (Toyos, 2016, p.21). En este trabajo retomamos ese camino incorporando a un pasajero más: Fernando Pessoa.

SUFICIENTEMENTE POETA

Una paciente alemana da testimonio de su análisis en el documental *Una cita con Lacan* (Gerard Miller, 2011). Ha sido una testigo silenciosa y pasiva en su infancia de los ruidos ominosos provocados por los escuadrones de la Gestapo irrumpiendo en el edificio de su casa y secuestrando a sus vecinos. Le pregunta a Lacan en su primer encuentro con él, si podrá olvidarse alguna vez de esas escenas que la invaden por las noches y él le

responde negativamente: «tendrá que convivir con ellas» (Miller, 2011). En una sesión posterior, cuando una vez más le hablaba de su insomnio y de estos visitantes nocturnos, Lacan se levanta de su sillón, se acerca a ella y la acaricia. Ella traduce homofónicamente *Gestapo* por *geste-à-peu* (hablaba en francés), un neologismo que inventa en ese momento en que siente el contacto de la mano de su analista en su mejilla. Dirá luego que los recuerdos angustiantes nunca la abandonaron pero que, a partir de esa sesión, tuvieron un competidor sensorial: el recuerdo del roce de la mano de Lacan que todavía podía sentir al recordar ese momento.

Lo sexual de la pulsión que despierta la caricia resuena literalmente y logra transmutar nada menos que un significante amo como Gestapo. Invento poético al servicio de una cura posible del trauma, invento de autor desconocido propiciado por el acto analítico de Lacan. Invento poético que parece llevar a la práctica, lo escribe en el pizarrón en la primera reunión de su seminario de 1968/69: «La esencia de la teoría psicoanalítica es un discurso sin palabras» (Lacan, 2010, p.11).

Años más tarde, en el seminario 24, Lacan (1977) propondrá la creación de un «significante nuevo» como objetivo a alcanzar en la praxis analítica, en particular en la interpretación, de la que dirá que tiene estructura poética. Emparentar la labor del poeta con la del analista implica una conmoción muy fuerte en la definición del psicoanálisis en términos de hermenéutica, de búsqueda de un sentido o de recuperación de memorias: «Lo que en todo caso yo enuncio, es que la invención de un significante es algo diferente de la memoria. No es que el niño invente — ese significante, él lo recibe, y eso es incluso lo que más valdría que se haga. Nuestros significantes son siempre recibidos. ¿Por qué uno no inventaría un significante nuevo? ¿Un significante, por ejemplo, que no tendría, como lo real, ninguna especie de sentido?» (Lacan, 1977, Clase 13). Y continúa: «No hay más que la poesía, se los he dicho, que permita la interpretación. Es por eso que yo no llego más, en mi técnica, a lo que ella sostiene. Yo no soy bastante poeta».

Ese significante nuevo que aspiramos a «construir» en el trabajo analítico se nutre, se acompasa, se mueve con el ritmo del parlêtre, con la cadencia singular de lalangue que en cada cual responde a algo que, gracias a Fernando Pessoa, se nos ha ocurrido llamar una rima íntima. Una suerte de marea, de oleaje pulsional que responde al vacío constitutivo de cada sujeto.

No menos interesante es que en el agujero del que parte la empresa del poeta y del parlêtre diga Lacan que tanto la religión como la ciencia colocan a Dios, el garante más antiguo que reconoce la humanidad. Es muy interesante porque nos permitirá presentar la peculiar forma en que Fernando Pessoa se introduce en este misterio de la creación y, muy especialmente, del estilo.

LACAN Y BION CON PESSOA

Leemos en *El libro del desasosiego*:

A falta de saber, escribo; y me valgo de los grandes términos ajenos de la Verdad, de acuerdo con las exigencias de la emoción.

Si la emoción es clara y fatal, hablo, naturalmente, de los dioses y así la encuadro en una conciencia del mundo múltiple.

Si la emoción es profunda, hablo, naturalmente, de Dios, y así la engasto en una conciencia unívoca.

Si la emoción es pensamiento, hablo, naturalmente, del Destino, y así la pongo contra la pared.

A veces el propio ritmo de la frase exigirá Dios y no Dioses; otras veces, se impondrán las dos sílabas de Dioses y habrá cambio verbal de universo; otras veces, por el contrario, pesarán las necesidades de una rima íntima, un desplazamiento del ritmo, un sobresalto de la emoción y el politeísmo o el monoteísmo se amoldarán a la elección.

Los Dioses son una función del estilo [subrayados agregados] (Pessoa, 2000, p.118)

De la emoción al pensamiento va el camino subjetivo que recorre el poeta, según Pessoa. Aunque el estilo que constituye al sujeto en su singularidad puede imponerle a Dios un «sobresalto». Los analistas colaboramos con eso, en todo caso para que las consecuencias del sobresalto sean lo menos costosas para nuestros analizantes.

Me ha tentado ver en estos dos párrafos de reflexión tan profunda a dos Pessos, una suerte de heterónimos psicoanalíticos.

Tenemos un «Pessoa bioniano», en la primera mitad de este pasaje: el que dice que la Verdad responde a las exigencias de la emoción y que la emoción, dadas ciertas condiciones, puede ser pensamiento ($\alpha \rightarrow \beta$). Bion dice en «Atención e interpretación» (1974): «La razón es esclava de la emoción y existe para racionalizar la experiencia emocional» (p.9)⁷.

Lacan no estaría tan en desacuerdo con él, solo aduciría esa incómoda primacía del significante que, aun cuando fuera puesta en cuestión en los tramos finales de su producción, sostenemos todavía los analistas que seguimos su enseñanza como nuestro «hilo de Ariadna». Aunque Pessoa parece admitir esta primacía cuando menciona los «términos ajenos» con los que construye la Verdad. En este sentido, $\alpha \rightarrow \beta$ puede leerse «alfabeto».

Pero también tenemos un «Pessoa lacaniano», en la segunda mitad de su texto: el que dice que los dioses —ya sea en la versión que nos propone el imaginario religioso como en alguna fórmula simbólica que él traduce como destino— son creaciones de la palabra, más precisamente del ritmo de los enunciados, de una cierta musicalidad que proviene de los suburbios del sujeto, un ritmo, una cadencia personal que llama «rima íntima».

Un importante número de analistas e investigadores que se interesan por el tema del estilo en psicoanálisis están de acuerdo en que todo proviene de estos «fondos» del sujeto. El estilo del analizando y su contraparte, el estilo del analista, nos son impuestos por el significante, cualquiera sea el esfuerzo retórico del parlante. Son más bien la marca personal que traza lo que está más allá de lo simbolizable en la urdimbre lenguajera con la que teje su trama. Esa singular cadencia, esa rima íntima que se impone al discurso.

El trabajo del grupo de investigación sobre el tema de «estilo en psicoanálisis», que tengo el gusto de coordinar en la Asociación Psicoanalítica Argentina, es un lugar privilegiado en este intercambio de ideas e intereses⁸.

7 Nada muy diferente afirman hoy los neurocientíficos, sobre todo aquellos enrolados en la llamada «neurociencia afectiva» como Antonio Damasio.

8 Integran el grupo Carlos Barredo, Graciela Campins, Gloria Cordeu, Graciela Lanfir, Mary Logiovine, Ete Novacovsky, Laura Palacios y Lilliana Pérez.

Para acercarse un poco más a estos «bajos fondos» del sujeto freudiano, vale poner a Pessoa junto a un Lorca muy freudiano que, en su conferencia sobre el duende flamenco que pronunciara en Buenos Aires (1933), se refiere a esta rima íntima en términos de «sonidos negros»: «... (que) son el misterio, las raíces que se clavan en el limo que todos conocemos, que todos ignoramos, pero de donde nos llega lo que es sustancial en el arte» (García Lorca, 2003, p.2).

Lacan identificó a este estatuto preliminar del sujeto, a su «ser profundo», con el neologismo «parlêtre». Y a ese fondo sonoro, freudianamente negro y para nuestros poetas rítmico, lo llamó «lalangue». Ese lugar, para Bion, se denomina «O», siempre respetando su epistemología psicogenética, que no es la de Lacan.

Tampoco la «función alfa» bioniana, el «dreamwork alfa», es reconocida como producto de la implantación parasitante del lenguaje, como le gustaría a su par francés. Sin embargo, la escucha que nos propone sobre todo en los tramos avanzados de su obra, sin memoria, sin deseo, sin comprensión, como modo de acceso recomendado a estos fondos del sujeto, no estaría tan distante de lo que entendemos como «escucha lacaniana». El aparato para pensar los pensamientos en Bion responde, sin embargo, a condiciones de evolución-maduración de la mente, más tributarios de un modelo bio-psicológico. Mientras que en Lacan, el sujeto siempre «es pensado» desde el inconsciente reprimido o desde lo Real, en caso de que ciertos significantes primordiales no hayan sido inscriptos en su aparato psíquico.

A diferencia de Freud, tanto Bion como Lacan, han tenido un recorrido importante por la psiquiatría en sus comienzos, y nunca se alejaron del todo de ella. Recordamos aquí el encendido reconocimiento de Lacan al trabajo con grupos de Bion, en el centro de reclutamiento y de observación de las condiciones de los movilizados para enfrentar el combate, que se puede leer en su texto de 1947, «La psiquiatría inglesa y la guerra» (Lacan, 2012).

Pero mientras Bion, influido por su maestra y analista M. Klein, privilegió el eje esquizofrenia-melancolía, Lacan en su reconocida dependencia de Clerambault siempre estuvo fascinado por la paranoia y los delirios pasionales.

Estamos hablando de dos psicoanalistas formadores de escuela, que siempre sostuvieron la autonomía del campo disciplinar inaugurado por el

discurso freudiano. Primera y decisiva coincidencia ética, antes que epistemológica. Ambos se embarcaron en la odisea de ensayar una formalización del psicoanálisis, una matematización de sus enunciados y teorías, aunque con diferencias en sus pretensiones y en su creencia en la ciencia positiva. Ambos arribaron —Lacan más temprano, Bion algo más tarde— a conclusiones similares respecto de la cientificidad del psicoanálisis. Al segundo le gustaba denominarlo «ficción científica», amable inversión de los términos. El primero, menos condescendiente, decía que el psicoanálisis es «un delirio del que se espera que devenga científico» (Lacan, 1977). No están tan lejos uno del otro. Es muy recomendable respecto a este tema un artículo de Pierre-Henri Castel («Bion epistemólogo») publicado por la revista *Docta* (Córdoba), con excelentes comentarios de Carlos Barredo y Elizabeth Tabak.

Bion, por su parte, abrevando en la filosofía kantiana como referencia central, mantuvo hasta lo que se denomina su «período místico», la esperanza de una consistencia científica del psicoanálisis. La Tabla representa su punto culminante.

Lacan siempre jugó con los dispositivos lógicos que sus exploraciones de otros discursos ponían a su disposición: estructuralismo, matemáticas, lógica modal, topología, etc. Nunca supuso con ello que iba a encontrar el sustento metodológico para un psicoanálisis supuestamente nebuloso y hermenéutico. La Cosa Freudiana, para un Lacan que se alinea con Heidegger, es mítica. El contacto del infans con el cuerpo de la Madre (que es el soporte de esta Cosa perdida) funciona como falta fundante del sujeto y no, como en Bion consecuente en este punto con M. Klein, como una carencia real, algo que alguna vez se poseyó, cuya pérdida y posterior sentimiento de frustración, debe dar lugar al símbolo y a la capacidad de pensar, para arribar a una posición depresiva.

¿Cómo puede darse un encuentro en la práctica clínica de estos dos grandes pensadores del psicoanálisis, cómo pueden cada uno aportar al uso de herramientas clínicas, más allá de sus diferencias a la hora de definir la posición del analista?

Partimos de una certeza: no hay analista, ni bioniano ni lacaniano, previo a su acto, ya sea este de escritura o de intervención clínica, incluso en las incursiones que denominamos psicoanálisis en extensión o aplicado. Siempre resulta grotesca, cuando no bizarra una posición analítica con-

traría a esta naturaleza post-facto de nuestra praxis. Por lo tanto, atravesados por nuestras adscripciones teóricas, nuestras transferencias y, sobre todo, nuestro análisis personal, será ante cada confrontación con lo real de nuestra práctica que podremos dar cuenta de alguna identidad filiatoria. Nuestras íntimas rimas psicoanalíticas que nos han sido transmitidas, nuestras transferencias y nuestro pensamiento.

EL BLOQUE Y SU HILARANTE DETONACIÓN

Conozco a Virna (19) desde sus 2 años de edad, cuando sus padres la traían con ellos a mi consultorio. No era ella mi paciente sino ellos que, alternativamente, lo fueron por mucho tiempo, individualmente y como pareja. La historia de Omar y Susana es muy pesada y, por momentos, increíble. Ambos provienen de familias con un alto grado de lo que hoy se denomina «carga genética». Padres, hermanos, sobrinos con padecimientos psíquicos graves, en la línea de los trastornos del espectro bipolar. Omar, por su parte, padece un TOC muy severo y Susana, menos afectada, tiene una ansiedad y una modalidad controladora del objeto ansiógeno (generalmente Virna) a prueba de balas. El tratamiento de ellos giró en torno a una suerte de reconstrucción de sus vidas devastadas por su pertenencia a una secta pseudorreligiosa cuyo líder era ni más ni menos que...un psicólogo. De esos largos años en que estos frágiles sujetos encontraban sostén en el goce de ese amo incuestionado y sus insólitas pretensiones, solo diré esto: entre las múltiples reglas y consecuentes prohibiciones que debían aceptar, una era no tener hijos. Omar y Susana desobedecieron en este punto y así nació Virna. La hija fue salvadora de los padres: fueron expulsados del grupo.

El contacto con ella comienza hace aproximadamente dos años, cuando Omar y Susana, a los que no veía desde otro tanto tiempo, deciden consultarme porque Virna se cortaba los brazos. A partir de allí hasta hoy hemos transcurrido por períodos de encuentros de breve duración, en los que predominaron problemáticas adolescentes de una joven «rara», muy inteligente y talentosa en lo que emprendiera. Sus inclinaciones se orientaban hacia el dibujo, especialmente la historieta, y el diseño de trajes del mundo «cosplay». Todo lo que Virna hacía resultaba disruptivo con

la esforzada convencionalidad que sus padres habían logrado para la familia. Es extremadamente cuidadosa de su look, el cual es muy personal, algo vintage, variado, pero siempre impactante. Se diría de ella que es «punk», «freak», «nerd», alguien que no pega —y no quiere pegar— con este mundo.

Para sus padres yo soy «Dios», así me nombran cuando quieren halagarme profesionalmente. Un Dios que emerge desde un vacío afectivo más que de una «emoción profunda» (como querría Pessoa). Para ella, afortunadamente, soy tal vez uno de sus posibles dioses, pero no el único. Herencia del amo que tuve que asumir y que resultó mucho más fácil de poner en cuestión para la hija que para los padres.

Virna adhiere a la conciencia de un «mundo múltiple». Es mucho más abierta que sus padres, que están invalidados por sus rutinas y sus síntomas. Su pensamiento es potente, acelerado, muy rico. Lo que falla es su articulación en torno a lo que Pessoa llama «destino» y Piera Aulagnier llamaría «proyecto identificador». El aparato para pensar sus pensamientos es poco consistente, diría Bion, la organización fantasmática trastabilla con facilidad, alegraría Lacan.

Su capacidad de ensoñación, el despliegue de lo imaginario que permite el fantasma se remite en Virna a dos escenas muy fijas: el diseño de ropa de personajes de la moderna iconografía japonesa (animé) y el mundo de los video-juegos. Tanto en uno como en otro de estos espacios es brillante: gana concursos, gana dinero, es convocada, ha viajado por el mundo. Pero no puede salir de allí.

La relación conmigo se ha tornado más estable y el tratamiento parece mostrar tendencias de continuidad. Lo que me interesa compartir en esta ocasión es el estatuto que juega en los análisis lo Real, especialmente la emergencia de elementos en los que se da un «encuentro objeto real-analista-analizante» en el cual suceden alternadamente dos cosas: por un lado, el impacto de esa emergencia es alojado en el vínculo transferencial y sus condiciones de sostén. Podría pensarlas en los clásicos términos del «espacio transicional» de Winnicott o los más actuales de la «terceridad intersubjetiva» de Ogden (1994), herramientas muy útiles si no olvidamos —siguiendo aquí definitivamente la orientación lacaniana— el supuesto ético por el cual no hay más que un sujeto en el análisis. Por otro lado,

como consecuencia lógica de lo anterior, el sujeto inconsciente del analizante puede hacer pasar esa nueva adquisición —el «nuevo significante» del que habla Lacan en su seminario de 1977, en respuesta a una intervención de Julia Kristeva— (Lacan, 1977, clase del 17/5/77), a la cadencia y los ritmos de sus propios enunciados.

Para terminar, veamos cómo sucedieron estas cosas entre Virna y yo, en la incipiente relación analítica que vamos construyendo. Todo comenzó con David Lynch y Twin Peaks, culto que compartimos y que un día descubrimos con sorpresa. Virna no disimuló su entusiasmo con el descubrimiento. Una secreta pasión que compartía conmigo. Le recomendé una exposición de este singular artista y de Patti Smith que había en ese momento en Buenos Aires. No se fascinó, le gustó pero con algunas observaciones, muy atinadas, por cierto.

Al mismo tiempo, había un significante que funcionaba como una creación compartida que utilizábamos con mucho provecho analítico: «bloque», que significa que ella se encuentra pegada a la madre, la madre no la suelta, tampoco suelta al padre que depende totalmente de ella y Virna, muy ambivalente, no deja de tener «actuaciones» que en definitiva fracasan en su finalidad de discriminación y separación de esta tan absorbente mujer.

Susana nada sabía de David Lynch. Fue suficiente que vislumbrara lo que estaba sucediendo en el análisis de su hija para que —Google mediante— se convirtiera en experta. Este es uno de los tantos ejemplos que la muestran como una Madre que se resiste a dejarle a su hija el lugar de «lo nuevo». Muestra muy bien la peculiar dificultad de la situación de Virna: cómo salir del lugar del Ideal en la que sus padres la han colocado y la mantienen como una suerte de ícono al que ahora veneran, una suerte de Moisés femenino que los sacó de los dominios del faraón.

El último acto que montó Virna en el escenario familiar fue llevar a su casa un gato. Omar, que viene a mi consultorio con un frasco de alcohol en gel en sus manos, vio al animal y tuvo una crisis de angustia. Sentía que los pelos y las pulgas que salían del cuerpo del gato se introducían en él, por todos los orificios de su cuerpo. Los dos me llamaron ese domingo, desde un bar, para pedirme auxilio y algunas ideas para poder volver a la casa, donde habían quedado como únicos moradores Virna y el felino.

La situación se resolvió rápidamente, esa misma tarde, cuando una amiga llevó el animal. Fin de la escena lynchiana.

En la sesión del lunes, al relato tragicómico de la situación, Virna agregó algo que había soñado: *Ella era secuestrada por dos hombres que la llevaban en un auto, pensaba que la iban a violar y luego a matar. Uno de ellos le decía que estuviera quieta, que tenía un arma blanca. Virna trataba de saber dónde tenía su secuestrador escondida esa arma y, finalmente, cuando pudo verla se encontró con una pistola blanca, al parecer de juguete.*

De las múltiples asociaciones que nos puede disparar esta escena onírica, tomo el significante que ella eligió: «hilarante». De allí, asoció con la escena de la película de Tarantino (otro de sus preferidos) «Pulp Fiction», en la que en un auto Vincent (John Travolta) mata por descuido a quien tenían secuestrado, con una pistola plateada. Una escena con el sello de violencia bizarra de Tarantino, hilarante.

El siguiente significante que nos proveyeron las asociaciones de Virna fue «detonar», como la cabeza del pobre Marvin y como su propia cabeza, siempre hirviendo de imágenes y de planes de escape del bloque. Muchas veces —acepta Virna— es el bloque mismo lo que ella quiere detonar. Acepta también que esta salida desesperada «no está buena» y que —aunque mucho no le gusta la idea, porque no es fácil sacarme a mí del bloque— podemos trabajar juntos en la construcción de una salida «tranqui». Una salida que, en primerísimo lugar, no deba repetir la épica trágica de sus padres y su ruptura con el bloque del gurú que ella hizo detonar, pasivamente.

Discretamente la estética de su ropa, siempre elegida minuciosamente, está cambiando. De conjuntos decididamente punk está pasando a una exuberancia a la que la elegancia le pone límite, un tanto vintage. Hay un desplazamiento del registro violento de Tarantino a lo mágico y misterioso de Lynch. De la detonación explosiva a la explosión hilarante.

Para encontrar una salida del bloque seguimos muy atentos a la cadencia íntima de Virna, a su rima personal que parece decir —con Blanchot— «esta joven excéntrica, impulsiva, un tanto misógina, sos vos». Aunque podamos tener la expectativa que, tiempo mediante, haya todavía cambios de «tempo». ♦

RESUMEN

A partir de dos trabajos de Freud, muy cercanos en el tiempo —«Construcciones en el análisis» (1935) y «La sutileza de un acto fallido» (1935)— se exponen dos maneras en que el inventor del psicoanálisis, sobre el final de su obra, propone que el psicoanalista trabaje con el relato clínico. La relación de este trabajo con la búsqueda de una verdad, de un fundamento de la subjetividad, es bien diferente en uno y otro caso. Las herramientas en cuestión también los son: construcción e interpretación, respectivamente.

En la segunda parte de este trabajo se realiza un recorrido teórico en torno a la noción de «estilo» y su interés —que estimamos alto— para la praxis psicoanalítica. El estilo es la trasmisión misma de la verdad inconsciente, siempre parcial, casi siempre sutil, a veces violenta, siempre tejida a partir de un ombligo, cicatriz de una ausencia radical del objeto de la pulsión.

Finalmente, un relato clínico. En el caso que presentamos se trata de mostrar la aparición de significantes desde el azar de lo real y su aplicación al trabajo analítico. El concepto central con el que contamos para este abordaje es el que denomina Lacan «invención de un significante» en 1977.

Descriptor: VERDAD / CONSTRUCCIÓN / INTERPRETACIÓN / PALABRA / ACTOS FALLIDOS / ESTILO / SIGNIFICANTE / LACAN, JACQUES.

Autor-tema: Bion, W.

ABSTRACT

From two of Freud's papers, written very close in time —«Constructions in the Analysis» (1935) and «The Subtleties of a Faulty Action» (1935)— two ways are exposed in which the inventor of psychoanalysis, towards the end of his work, proposes to psychoanalysts to work with clinical narratives. The relation of this work with the search for a truth, of a subjective basis, is very different in both cases. Construction and interpretation, respectively, are also tools in question.

In the second part of this work a theoretical journey is made around the notion of «style» and its interest, which we consider important for psy-

choanalytic practice. The style is the very transmission of the unconscious truth, always partial, almost always subtle, sometimes violent, always woven from an umbilicus, scars of a radical absence of the object of the drive.

Finally, a clinical narrative. In the case we present, is about showing the appearance of signifiers from the chance of the real and its application to analytical work. The central concept we have for this approach is what Lacan calls «invention of a signifier» in 1977.

Keywords: TRUTH / CONSTRUCTION / INTERPRETATION / SPEECH / PARAPRAXIS
STYLE / SIGNIFIED / LACAN / BION / LITERATURE / CLINICAL MATERIAL

Work-subject: Bion, W.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bion, W. (1974). *Atención e Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Blanchot, M. (2002). *El espacio literario*. Madrid: Editora Nacional.
- Castel, P.H. (2012). Palabras cruzadas. Bion epistemólogo. *Docta. Revista de Psicoanálisis*, año 10, (8).
- Castillo, B. (1990). La fuga del objeto. *Conjetural*, 21, pp.40- 48.
- Freud, S. (1976). *Obras completas: Tomo XXIII. Construcciones en psicoanálisis (1937)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980). *Obras completas: Tomo II. Estudios sobre la histeria (1895)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1964). *Obras Completas: Tomo XXII. La sutileza de un acto fallido (1935)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- García Lorca, F. (2003). *Juego y teoría del duende*. Recuperado de <http://biblioteca.org.ar/libros/1888.pdf>
- Lacan, J. (2012). *Otros Escritos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1977). *L'insu que sait de l''une bevues'aille à mourre*. Inédito. Recuperado de http://www.valas.fr/IMG/pdf/S24_L_INSU---.pdf
- Lacan, J. (2010). *El Seminario: Seminario 16. De un Otro al otro (1968)*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, G. (2011). *Una cita con Lacan*. Francia: Éditions Montparnasse.
- Ogden, T. (1994). The analytical third: working with intersubjective clinical facts. *Int. J. Psychoanal.*, 75 (1), pp.3-20.
- Pessoa, F. (2000). *El libro del desasosiego*. Buenos Aires: Emeccé.
- Porge, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Toyos, N.M. (2016). *Sustancia Freud*. Buenos Aires: Letra Viva.

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

«Un caso de mutismo» (1925): Cura, palabra, poder

GUILLERMO MILÁN¹, FERNANDO GARCÍA PRESS²

El 30 de abril de 1925, el joven psiquiatra uruguayo de 29 años, Valentín Pérez Pastorini (1896-1948) presentó en el plenario de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay el caso clínico «Un caso de mutismo» (Pérez Pastorini, 1925). Da inicio a su exposición agradeciendo al Prof. Dr. Bernardo Etchepare —que estaba presente, presidiendo la sesión— por haberle permitido realizar la observación del caso en la sala dirigida por él, en el Hospital psiquiátrico Vilardebó en Montevideo. Desde el inicio de su formación en Psiquiatría, en 1923, Pérez Pastorini frecuentó el servicio del Dr. Etchepare, y el reconocimiento no demoró en llegar: un año después, en 1924, Etchepare lo nombró «Jefe de Clínica Adjunto de la Clínica Psiquiátrica», y en 1925, encargado del «Servicio Pinel» (con la dirección del propio Etchepare).³ Comenzaba así un sólido lazo maestro-discípulo, apoyado en la gran autoridad y prestigio que poseía Etchepare, considerado, en Uruguay, el fundador de la Psiquiatría Nacional, ecléctica

1 Prof. Agdo. Facultad de Psicología. Universidad de la República. guillermomilan11@gmail.com

2 Analista en formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. fgarciapress@gmail.com

3 Datos extraídos de tres versiones manuscritas de su *Curriculum Vitae*, elaboradas entre 1926 y 1927 (Pérez Pastorini, Archivo Personal).

y organicista,⁴ doctrina que, ya en el inicio del segundo cuarto del siglo XX, acusaba el ocaso del positivismo y la enorme difusión y penetración que alcanzaban las ideas de Freud. Pero la contingencia del destino jugó sus cartas: menos de un mes después de la referida reunión de la sociedad de psiquiatría, el Dr. Etchepare fallece, a los 56 años, como consecuencia de las heridas provocadas por el ataque de una paciente (Puppo, 1983), y Pérez Pastorini acabará transformándose, más de una década después, en el primer psicoanalista uruguayo, después de realizar su formación y su análisis personal en Buenos Aires, junto a aquellos que fundarían en 1942, la prestigiosa Asociación Psicoanalítica Argentina (APA).

En el presente trabajo abordaremos el caso clínico que fue relatado por Pérez Pastorini en aquella última sesión de la Sociedad de Psiquiatría presidida por Bernardo Etchepare. Destacándose por estas circunstancias particulares, «Un caso de mutismo» parece integrarse a una acumulación y condensación de sucesos encadenados entre sí por la frágil materialidad de la lealtad y el reconocimiento, del lazo transferencial y de la posibilidad de disentir, sobre el plano de fondo de la diferencia generacional (Etchepare tenía 56 años; Pérez Pastorini, 29). *Entre dos muertes*, la escena retorna con el innegable carácter de «encuentro propicio», maestro-discípulo, instantes antes de la dispersión; pero también de la instancia decisiva, «premonitoria», que regresando sobre sí misma permitiría anticipar los destinos divergentes del veterano psiquiatra y del futuro psicoanalista; en cualquier caso, un texto clínico tenso y cargado, que, en la medida en que se abre a su propia contingencia, deja descifrar las marcas de un acontecimiento improbable.

Un último elemento antes de finalizar este preámbulo: para la realización del presente trabajo tuvimos la posibilidad de consultar los libros de la biblioteca personal del Dr. Pérez Pastorini, así como algunos documentos manuscritos de su propio puño que fueran conservados por sus herederos. En particular, tuvimos acceso a ocho hojas con anotaciones realizadas por el autor durante la escritura del caso. No se trata de una

4 Prof. Agdo. Instituto de Psicología Clínica. facultad de Psicología. Universidad de la República. Referente de la medicina social (higienista, moralista), Etchepare fue el primer catedrático de Psiquiatría en la Facultad de Medicina (Udelar), cátedra fundada en 1908.

versión preliminar completa, sino de fragmentos, variantes, momentos de escritura y elaboración, tachaduras, con reformulaciones, opciones léxicas y énfasis que muchas veces marcan diferencias con el texto publicado. Hay también algunas reseñas breves y referencias que constituyen indicios de la bibliografía consultada por el autor durante la escritura del caso (sobre mutismo histérico, etc.); en total, contribuyen con un abanico de informaciones y detalles que no figuran en la versión publicada. Las notas manuscritas proporcionan detalles muy significativos para un análisis discursivo. Son anteriores a la publicación, anteriores a ciertas decisiones: pueden confirmar un proceso o interpretación que es visible en el texto publicado; pueden mostrar un elemento oculto, una opción descartada, una elección diferida. En cualquier caso, ellas amplían de forma notable el universo textual, aumentando el repertorio de trazos lingüísticos que, al repetirse y combinarse, nortean nuestra lectura, contribuyendo para mostrar cierta *orientación* ética y retórica del texto.

FREUD, SOÑADOR DE PESADILLAS

Algún tiempo después del fallecimiento de Etchepare, y para homenajear al maestro, la *Revista Médica del Uruguay* (RMU) publicó el texto «Sobre psicoanálisis», una intervención de Bernardo Etchepare (1926) en la Sociedad de Psiquiatría en la cual atacó violentamente a Freud y al Psicoanálisis: Freud era «*un gran sugestionado*» (p.78), «un soñador de ensueños, de pesadillas» (p.79), y el psicoanálisis es una «*corriente de inspiración malsana*» (p.83), un «tejido de contradicciones» (p.81), en el cual «*todo es exagerado*» (p.80). Según Etchepare (1926), la «*exageración que se da en la sexualidad*» provoca que la doctrina freudiana «[caiga] *por su base*» (p.80), y es el motivo por el cual ha tenido un «descrédito constante en los países latinos» (católicos), donde existe el «freno de la confesión» (p.79). Etchepare probablemente no llegó a revisar el texto y/o autorizar su publicación, y quizás por eso sea el texto que mejor muestra el telón de fondo, el contexto institucional y las reglas del juego en las cuales estaban inmersos esos pioneros. Préstese atención al pasaje del texto en el cual Etchepare (1926), después de argumentar en contra de la etiología sexual y la «*terapéutica fundada en los complejos sexuales*» (p.82), se pregunta:

«¿en esto hay un poco de tuberculosis?» (p.82). Es decir: ¿en los casos psicoanalíticos, hay un poco de tuberculosis? Y Etchepare responde: «Es posible, en algunos casos. [...] *¿cómo no!* [...] *He visto tuberculosos que se han enfermado de melancolía*» (pp.82-83). Esta relación, en el contexto del organicismo y del discurso higienista-moralista dominante, no debe sorprender. Aun así, sorprende el tono, la confianza, la franqueza —recuérdese que Etchepare no tuvo oportunidad de revisar el texto—; sorprende porque le da visibilidad a la cuestión del *poder*. ¿El poder de la institución? Véase sino cómo concluye su intervención: «La autoridad del médico es enorme —dice Etchepare— *y no debe olvidarse de preguntar quizás con más delicadeza que un sacerdote*» (p.83). Pérez Pastorini, en cualquier caso, tuvo la oportunidad de familiarizarse con las ideas del maestro..., en particular con su posicionamiento extremadamente negativo en relación al psicoanálisis. Se delimitan así los primeros trazos de una escena abierta, de un horizonte de posibilidades que se determina, en la lectura del caso, por el abordaje de diversas opciones y elecciones textuales, comprendidas como indicios de una relación de poder que, en su propio movimiento, en sus márgenes posibles de indeterminación, el sujeto puede ir a confrontar su deseo, «reduciéndose» a una posición ética (ética del deseo), una relación maestro-discípulo, médico-paciente, etc., a partir del uso (o abstención del uso) de un poder. Trasladamos esta cuestión a «Un caso de mutismo».

HISTERIAS DE HOMBRES DE PUEBLO

El abordaje que realizamos del texto supone un análisis histórico-discursivo, una indagación que, en primer lugar, reposiciona el texto, lo eleva a la condición de *enigma* —o como dice Agamben, de *paradigma*— sin perder de vista que *la propia indagación nos incluye como interlocutores*, como lectores que conferimos actualidad al texto y recogemos sus efectos en el presente.

Tomemos algunas referencias de la época al mutismo histórico. Hacia fines del siglo XIX, en sus célebres *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso* (1885), sobre histeria traumática, Charcot dedica un capítulo al mutismo histórico, y un subcapítulo al mutismo histórico masculino. Charcot presentaba casos de enfermos delante de un auditorio, entrevistando al paciente y comentando la enfermedad durante el montaje de la

escena. Los casos presentados en el referido subcapítulo son de hombres de oficio, de campo «como saben, se trata de un hombre musculoso, fuerte» (Charcot, 2007, p.79); con características diferentes de las histerias clásicas, sin la emotividad e imaginación atribuida a estas. Igualmente, destaca la persistencia de síntomas, «lo que sólo se observa en hombres» (Charcot, 2007, p.79), diferentemente de las mujeres, que muestran una gran variabilidad sintomática. Bercherie (1988, p.93) sintetiza los trazos de la histeria masculina del siguiente modo:

Ya desde hacía varios años, Charcot se interesaba en la histeria masculina, en la que puso de relieve ciertas características específicas: **predominio de las formas desdibujadas**, sin las grandes crisis clásicas de las neurosis, con una mucho mayor frecuencia de sintomatología de aspecto más trivialmente neurológico (estigmas, parálisis y contracturas); **tenacidad de los síntomas** que sólo en pequeña medida presentaban las características de inestabilidad y morbilidad habitualmente atribuidos a las manifestaciones histéricas; personalidad psicológicas muy alejada de la descrita tradicionalmente (se trataba con frecuencia de **hombres del pueblo, trabajadores robustos** y en absoluto emotivos por costumbre); finalmente, frecuencia del **desencadenamiento de los síntomas por influencia de un factor traumático** (accidente de trabajo, en la vía pública, ferroviario, riña, etcétera).

Igualmente, en Argentina, el renombrado pensador José Ingenieros (1904) dedica un capítulo de su libro *Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas* al mutismo, con un apartado sobre la distinción entre este y las afasias. Sabemos que Freud publicó sobre las afasias (1891) y que trabajó sobre la afonía y mutismo (1905). En 1895, en el clásico *Estudios sobre la histeria*, Breuer refiere al mutismo histérico en el historial clínico de Anna O, haciendo cierta acentuación:

Primero se observó que le faltaban palabras, y poco a poco esto cobró incremento. Luego, su lenguaje perdió toda gramática, toda sintaxis, la conjugación íntegra del verbo; por último, lo construía todo mal (...). Durante dos semanas enteras cayó en total mutismo, y en sus continuados y tensos ensayos de hablar no profería sonido alguno. **Aquí por vez primera**

se volvió claro el mecanismo psíquico de la perturbación. Yo sabía que algo la había afrentado {mortificado} mucho y se había decidido a no decir nada. **Cuando lo hube colegido y la compeli a hablar acerca de ello, desapareció la inhibición** que hasta entonces le imposibilitara además cualquier otra preferencia. (Breuer, J. & Freud, S., 2000, p.50)

El autor se pregunta qué es lo que le impide hablar a Anna O., apuntando a la relación del sujeto con el lenguaje, que se le presenta en forma de angustia: «Solo en momentos de gran angustia el lenguaje se le denegaba por completo» (Breuer, J. & Freud, S., 2000, p.51).

UN CASO DE MUTISMO. ¿HISTÉRICO?

El texto «Un caso de mutismo», como dijimos, fue presentado en la Sociedad de Psiquiatría el 30 de Abril de 1925. El caso relata el ingreso de un paciente al Hospital Vilardebó, proveniente de campaña, con estupor confusional (*parálisis psíquica completa, inmovilidad, facie estúpida, mutismo absoluto, entre otros*). El ingreso fue el 11 de junio de 1923. Días antes «el enfermo tuvo un ataque al decir de la esposa, con convulsiones terminando con llanto», y «desde ese momento se instaló su mutismo absoluto» (p.100). El texto prácticamente no reporta antecedentes hereditarios y personales; apenas se consigna que fue «siempre tímido y vergonzoso» (p.103). Le escribieron reiteradamente a la familia, solicitando datos, pero no obtuvieron respuesta.

El cuadro de «parálisis psíquica completa» —tanto de las «funciones psíquicas superiores» como de las «automáticas»— duró, con «ligeras variantes», 15 meses. A partir de allí, el enfermo «sale paulatinamente de su estupor: mirada más viva, se interesa por lo que le rodea, se ríe», recobra «en parte su lucidez mental», pasa a desarrollar una actividad «bastante intensa, pues trabajaba en lo que se mandase» (p.101), sin embargo, el mutismo persistía. En este punto, la cuestión es: ¿por qué persiste el mutismo, una vez que el paciente ya salió de su estupor? «Nos demostraba por gestos, ademanes, que no es que no quisiese hablar, sino que no podía hacerlo» (p.101), se afirma. En ese momento el diagnóstico es de «debilidad mental», pero al mismo tiempo notan que «tiene algunos de los caracteres

descriptos por Charcot del mutismo histérico» (p.101). Se refiere a su indiferencia, y a la falta de respuesta ante la persuasión: «parece que el enfermo no tuviese la idea ni el deseo de la palabra, o que la hubiese olvidado, dada la indiferencia manifestada ante todas nuestras incitaciones» (p.101). Pero el diagnóstico de histeria parece quedar en suspenso, y generar alguna controversia. Digamos que, desde el punto de vista de la nosología psiquiátrica de la época, para dejar firme el diagnóstico, se esperaría que algún otro síntoma (somático o psíquico) lo confirmase.⁵

El paciente permaneció en esa situación (persistencia del mutismo) por un lapso de siete meses (desde agosto de 1924 hasta marzo de 1925), hasta que un día, según cuenta el autor, «bajo la influencia de una amenaza enérgica, súbitamente casi, este síntoma curó completamente»;⁶ es decir, el sujeto vuelve a hablar, cesa en su mutismo, y este es un momento clave del texto. El autor introduce una *cesura*, un *corte*: «aquí aparece un hecho interesante —dice Pérez Pastorini— y por el cual esta observación ha sido presentada» (pp.101-102).

UNA CESURA ANTICIPATORIA

Si uno acompaña con cuidado el desarrollo argumental, se percibe que este es un momento crucial de la presentación: aproximadamente en la mitad del texto el autor introduce este corte, este *cambio enunciativo*, en el que refiere el *motivo por el cual presenta el caso*. Es un momento en el cual el autor renueva su posicionamiento en relación a sus interlocutores. Es una cesura anticipatoria, una avanzada, que crea expectativas y cambia la dimensión pragmática-enunciativa del texto, en la dimensión definida por la lingüista Jacqueline Authier-Revuz (1990) como «heterogeneidad(es) enunciativa(s)». Veremos que estas expectativas se cumplen, porque, a partir de allí el texto *se divide* y comienza a hacerse evidente un juego de apariencias y de posicionamientos entre interlocutores, una *división*

5 Se trata de una nosología clasificatoria, que procede por observación (clínica de la mirada), acumulación, diferenciación y confirmación. (cf. Foucault 1963; Bercherie 1980; Dunker, C. 2011).

6 El cese del mutismo ocurrió «al día siguiente» de la amenaza anérgica (notas manuscritas, pdf 8).

enunciativa que produce una especie de «diplopía» de objeto en torno al significante «histeria».

Queda claro que hay un plano normativo en el cual el texto mantiene su continuidad y unidad: el plano del género textual, de la secuencia canónica textual y del contenido (de los argumentos); el plano de las reglas y fórmulas descriptivas que transcriben la racionalidad clínica psiquiátrica de la época al cual se atiende no solamente este sino todos o casi todos los relatos de caso clínico-psiquiátricos. En ese plano el texto sigue adelante de modo bastante previsible: el paciente ha vuelto a hablar, proporcionando nuevos elementos que permiten replantear la etiología y afinar el diagnóstico. Veamos esto con un poco más de detalle.

Según relata Pérez Pastorini, una vez recuperada el habla, el paciente le dijo, de modo espontáneo, que no hablaba por «temor de haberse olvidado del lenguaje» o a decir mal las palabras, «en cuyo caso pasaría vergüenza» (p.102). A partir de este nuevo elemento, Pérez Pastorini propone que en su mutismo histérico se habría «injertado» un «elemento psicasténico» o «estado obsedante». Este elemento psicasténico habría sido causado por el «estado de abulia». El cuadro diagnóstico gana así un nuevo aspecto, en el cual el elemento psicasténico surge como un factor coadyuvante, junto a la histeria, de la persistencia del mutismo.⁷ Es decir, en este punto, en la cesura, el autor introduce dos nuevas precisiones: (i) *confirma el elemento histérico* —dice incluso que es el elemento predominante—, pero, como veremos, lo hace de manera dividida, oscilante;⁸ y (ii) *agrega el nuevo elemento psicasténico-obsedante*, relacionándolo con cuatro posibles hipótesis que explicarían la persistencia del mutismo. Es decir, al fondo de debilidad mental y al componente histérico le agrega el elemento psicasténico-obsedante, y con esa especificación diagnóstica, Pérez Pastorini le

7 El elemento psicasténico sería resultado o efecto de la abulia: «*Es lógico admitir que el mutismo inicial sea debido a la inhibición producida por el estado confusional, y, para explicar su persistencia, tenemos que aceptar dos órdenes de fenómenos: uno causado por el estado de abulia, reliquia del sacudimiento psíquico y orgánico, tan grande que ha pasado; y otro —predominante para nosotros— es el elemento histérico, no sólo porque el terreno quizás fuese éste, acordándonos del accidente inicial de días antes de su confusión, sino también por los caracteres ya descritos, que son bastante característicos*» (p.103).

8 Más adelante analizaremos este aspecto con mayor detalle.

pone punto final al texto: «En resumen creo interesante este caso, porque se han juntado por algunos de sus elementos las dos neurosis: histeria y psicastenia, que tienen tantos puntos de contacto» (p.104).

UN Oponente u Objeto

Pero también a partir de la cesura surge algo que va más allá del «contenido» de los argumentos (sobre etiología, diagnóstico). A partir de la cesura *empieza a hacerse evidente* cierta estrategia retórica, cierta estrategia de persuasión que muestra el modo en que los interlocutores actúan entre sí, produciendo efectos que pueden ser, eventualmente, «conservadores», o «repetitivos», pero que también resultan en movimientos, en reposicionamientos. Veremos el modo en que la forma de *heterogeneidad* mostrada atribuye un estatuto diferente a los fragmentos identificados con una alteridad, en la medida en que «la doble designación de un fragmento-otro y de la alteridad a que remite, constituyen por diferencia, una doble afirmación de lo uno» (Authier-Revuz, 1990, p.91). Pero, ¿quiénes son los interlocutores?, ¿a quién se dirige Pérez Pastorini?

Lo que observamos es que, a partir de la cesura, los contenidos pasan a ser presentados de forma agonística, opositiva —de un modo diferente al de la primera mitad del texto. Observamos que, de un modo bastante sutil, comienza a delinearse la figura o la posición de un *oponente*—, un oponente con el cual disentir, y al que se puede persuadir. Hacia el final del texto, esta estrategia de construcción de un oponente *se hace explícita*, pues el autor anticipa cierta *objeción* que espera recibir: se posiciona en función de la «objeción que se [le] pudiera hacer» (p.103). Pero, ¿qué características tiene este oponente?

Casi al final del texto, el párrafo en el cual se hace referencia a la posición del objeto se constituye en un verdadero «ombligo» teórico del texto. Según Pérez Pastorini, lo que podría objetársele es su «doble interpretación del mutismo», y en particular, el «elemento histórico». Es decir: lo que resultaba conflictivo no era el elemento psicasténico-obsedante, sino la *histeria* - el «factor histórico», el «elemento histórico», como lo denomina Pérez Pastorini. Y esta objeción, ¿desde qué lugar o posición se realiza? Lo que observamos es que *procede retirando al factor histórico de la explicación*.

Según el objetor *no hay factor histérico*, y la persistencia del mutismo se produciría en un cuadro de abulia (o psicastenia), caracterizado por una «inhibición grande de sus facultades psíquicas». El mutismo sería consecuencia de una «reacción del organismo» que se defendería «por la inercia en aquella de sus facultades que, como el lenguaje, necesita más contribución de las facultades superiores para establecerse» (p.103). Es decir, desde la posición del objetor, la persistencia del mutismo sería el resultado de una caída de tensión psicológica o debilitamiento psíquico que comprometería sobre todo a las actividades psicológicas superiores, como el lenguaje. En fin, Pérez Pastorini concluye que esta explicación es «poco verosímil», y aduce dos motivos: primero, la caída de la tensión psicológica no le parece muy conforme con la «lucidez que [él cree] ver en el enfermo»; y segundo —el más importante para nosotros aquí—, su convicción de que el factor histérico es el elemento predominante, «el terreno», el elemento de base. Afirma este convencimiento «ayudado por los muchos caracteres histéricos ya descritos» (p.104).

Llegamos a este punto, entonces, en que su objetor ha sacado, ha descartado el elemento histérico, pero Pérez Pastorini hace todo lo contrario, carga las tintas en el diagnóstico de histeria y es justo observar aquí que no son menores los elementos de doctrina (Charcot, Janet), que le darían la razón a Pérez Pastorini.⁹ ¿Por qué, entonces, el objetor emitiría un diagnóstico *contrario a doctrina*?

EL SUJETO DE LA HISTERIA

Desde el presente, no representa ninguna dificultad identificar a la histeria como un verdadero condensador de tensiones y contradicciones que constituyó y transformó, en aquella época, la experiencia clínica de muchos médicos (psiquiatras, neurólogos). Desde el punto de vista del método

9 Las características específicas del cuadro de histeria masculina definido por Charcot coinciden en muchos aspectos con el de este paciente (ver referencia a Bercherie, 1988, p.92-93, *supra*). Igualmente, para Janet, la abulia es un rasgo psicológico que manifestaría el «estrechamiento del campo de la conciencia» típico de la histeria (Bercherie, 1988, pp.110-111).

clínico¹⁰ la experiencia de los médicos con las histéricas habría representado, según Bercherie (1988, p.70), un «pasaje por el absurdo», una demostración «a contrario» de la verdadera naturaleza de la enfermedad. Pero más allá del método, en la vivencia de los sujetos, por relatos y testimonios registrados en la historia de la medicina, sabemos que se constituyó en una experiencia estigmatizada, en la experiencia, primero, de un desafío insidioso e intrigante, y luego, en fracaso engañoso, en fracaso capcioso y artero (Gilman *et. al.*, 1993). No solo en el método sino también en el sujeto —la histeria habría abierto una grieta en el saber médico, habría hecho demasiado evidente y aguda, digamos así, esta «pulsación» del sujeto de la ciencia— abriendo el espacio hacia la invención freudiana del psicoanálisis. Y el texto «Un caso de mutismo» no es una excepción. Este texto tiene como telón de fondo la experiencia del fracaso del método, y como marcan sus oscilaciones textuales, habría sido (*habrá sido*) una apertura de la instancia del sujeto (sujeto del deseo; sujeto de la ciencia).

ENTRE CHARCOT Y JANET

A lo largo del texto hay varios puntos de entrada para la cuestión del sujeto, entre ellos, la teoría, la doctrina. Notamos, por ejemplo, que Pérez Pastorini realiza sendas referencias a Charcot y a Pierre Janet —a Charcot, para apoyarse en su concepción sobre el mutismo histérico, y a Pierre Janet, para explicar el surgimiento del elemento psicasténico-obsedante—. Pues bien, en este plano del saber, la cuestión del sujeto se presenta como un lugar de relación, de interferencia entre lo orgánico-fisiológico-material y lo psíquico-mental-ideacional, en el caso del organicismo, de predominio de lo primero sobre lo segundo. Con Charcot nos localizamos a nivel de cierta concepción materialista, asociacionista y neuropsicológica, en la cual los fenómenos mentales presentan «escasa “densidad”», porque son «pensados como inmediatamente adosados al funcionamiento de los centros nerviosos sensorio-motores» (Bercherie, 1988, p.95). El dualismo

10 Es decir, de la reducción de la enfermedad a un cuadro nosológico, a la observación anátomo-clínica y una posible explicación fisiopatológica.

se prolonga en las distinciones entre centros y funciones, entre lesiones orgánicas y lesiones dinámicas, y en su borde se encuentran ciertas nociones o conceptos-límite como las *lesiones dinámicas de asiento cortical*, o el de zona o foco histerógeno, etc., y el desplazamiento semántico de términos como «nervios», «nervioso».

El autor refiere a Pierre Janet para introducir un elemento importante: el de cierta *caída o descenso de la tensión psicológica* en el enfermo. Pérez Pastorini apunta que, en este paciente, el elemento psicasténico/obsedante no está acompañado por la emoción o angustia típicas de la obsesión o fobia verdaderas y, apoyándose en Janet, atribuye este hecho a cierta *caída o descenso de la tensión psicológica*. Esta referencia a la «tensión psicológica» forma parte de una noción o modelo de sujeto¹¹ en el cual la distinción fundamental es entre las *actividades psicológicas inferiores* y la actividad *sintética* de la conciencia. Las primeras son de orden reflejo, automático, asociativo y poco adaptativas, mientras que la conciencia, de una eficacia o tensión adaptativa mucho mayor, «efectúa siempre nuevas síntesis de los elementos psicológicos (percepciones, actos, recuerdos, hábitos adquiridos), síntesis que a continuación se convertirán en hábitos y después en automatismos» (Bercherie, 1988, p.111). Dos aspectos a destacar: en primer lugar, que este modelo le dispensa al sujeto una *mayor densidad o espesor mental*, que es, justamente, aquello de lo que carecía en Charcot; y en segundo lugar, el hecho de que la actividad psicológica inferior es inconsciente (o no consciente), y la superior, consciente. En Janet, entonces, la actividad psicológica superior es consciente, es más compleja y por eso requiere mayor «tensión psicológica», de modo que es la más afectada cuando se producen formas de debilitamiento o «pobreza psicológica», como en la histeria o en la psicastenia.

Sea en el «organicismo» de Charcot, sea en el modelo de mayor «densidad mental» de Janet, la cuestión crucial es que uno y otro mantienen el dualismo órgano-psíquico, por eso es que ambos conviven, se «adosan»

11 Esta distinción «se basa en una teoría psicológica ya muy elaborada, inspirada en Spencer y Jackson (vía Ribot) pero también en la tradición espiritualista» (Bercherie, 1988, p.111).

sin mayores problemas, eclécticamente¹². Entonces, *grosso modo*, se puede establecer una primera correlación o serie: orgánico-inferior-inconsciente (o no-consciente), y una segunda correlación: mental-superior-consciente. *Este dualismo es justamente el punto de tensión teórica que la clínica de la histeria acaba transformando en lugar paradójico*, en el lugar en que el método «pasa por el absurdo», que es, justamente, el lugar en el cual Freud descubre el inconsciente psicoanalítico. Como afirma Bercherie (1988, p.74):

[...] la antigua alternativa entre **fenómenos neurológicos inconscientes** y fenómenos psicológicos más o menos conscientes y simulados, iba a desembocar en la paradoja que constituye el origen del psicoanálisis freudiano: los **fenómenos psicológicos inconscientes**, no más o menos por debajo del umbral de la conciencia (como de hecho se encaraban hasta ese momento los fenómenos inconscientes), sino realmente inconscientes, totalmente clivados de conciencia, y no obstante intensamente activos.

¿Qué orientación adquiere, en «Un caso de mutismo» el significante Histeria? Ya vimos que es el motivo de disputa, que el «objeto» trata de sacarlo del diagnóstico, en una tentativa casi perdida de antemano —por lo menos del punto de vista de la doctrina, de autores muy prestigiosos, como Charcot—. Entre los «fenómenos neurológicos inconscientes», propios de la doctrina psiquiátrica organicista, y los «fenómenos psicológicos inconscientes» del sujeto clivado, ¿dónde localizar el significante «histeria»? Tironeado de un lado y del otro, entonces, el significante «histeria» se vacía de sentido, y muestra cómo un significante puede pasar a determinar a los demás significantes, y cómo un significante puede pasar a representar otro significante. Examinemos, entonces, un poco más en detalle, qué le ocurre al significante «histeria».

12 Esta facilidad habría aumentado la influencia del modelo. Para muchos autores, desde Meynert a Charcot, la psicología evolucionista constituía una especie de «matriz general del pensamiento», pero a la hora de analizar los fenómenos en sí ellos continuaban considerándose dentro de una «perspectiva materialista y neuropsicológica» (Bercherie, 1988, p.213).

EL SIGNIFICANTE HISTERIA

Recapitulemos: a partir del cambio enunciativo introducido por la «cesura» o «corte» el autor construyó la posición de un objetor u oponente, que se afianza hacia el final del texto y en cuyo transcurso el texto gana un doble espesor: retórico y ético. Se van marcando diferencias, pero también se proponen convergencias y reaproximaciones. Producido materialmente a través de opciones y elecciones lingüísticas, asistimos a un microjuego de demarcación de posiciones de poder, en cuyo transcurso se articula una encrucijada ética posible, una orientación posible del deseo del sujeto.

Para observar qué ocurre con el significante «histeria» las notas manuscritas del autor proporcionarán importantes indicios. En el texto publicado, ya fue posible constatar una modalización en el grado de certeza con el cual se afirma el «factor histérico», oscilándose entre la extrema cautela y la convicción:

[...] Como se observa, se ha injertado a su mutismo, que sin afirmarlo, creemos histérico,

un elemento psicasténico [...] (p.102)

[...] predominante para nosotros es el elemento histérico [...] (ibid, p.103)

[...] este elemento histérico que, sin embargo, es tan claro, a mi modo de ver [...] (p.103)

A esta oscilación debemos agregarle el hecho de que el *diagnóstico diferencial* es, como su propio nombre lo indica, *negativo*, pero en el caso de la histeria —tributaria de simulación y engaño— este «negativo» se redobla, se acredita doblemente. El «camaleón» se recubre y cambia de color con la fascinación y el fastidio de los médicos.

De modo que el diagnóstico surge positivamente cuando ya no hay alternativa:

[...] a pesar de haber recobrado en parte su lucidez mental [...] no hablaba, sin embargo, una palabra. Nos demostraba por gestos, ademanes, que no es que no quisiese hablar, sino que no podía hacerlo. Descartamos, por lo tanto, que fuese un perseguido o un paranoico [...] ni que haya depre-

sión, tristeza, atención de escuchar como un melancólico alucinado [...] Hay además, conservación de la afectividad. En cambio, tiene algunos de los caracteres descritos por Charcot del mutismo histérico: no ensaya respuestas, no hace esfuerzos como haría el afásico, por ejemplo, para hablar. [...] (p.101)

Es en el espacio demarcado por la «oscilación» del diagnóstico y la caracterización negativa de la histeria donde se diseña poco a poco la posición del oponente u objeto. Para eso, el autor utiliza términos y construcciones lingüístico-discursivas con dos tipos de efectos:

1. para diferenciar la posición propia de la posición del oponente se hace uso de términos y locuciones opositivos, adversativos, contrastivos, así como de la primera persona del singular («a pesar de X», «en cambio, X», «yo digo X», «a mi modo de ver, X», «la objeción que... X»);¹³
2. para aproximar al oponente, vencer su resistencia y/o intentar convencerlo, se crea una *escena enunciativa inclusiva* («es lógico admitir X», «tenemos que aceptar X», «no es de extrañar que X», «para nosotros, X», «en nuestro caso, X», «es un hecho conocido que X»);¹⁴

Como planteamos anteriormente ese juego se produce en el ámbito de lo que Authier- Revuz (1990) denomina *connotación autonímica*, la posibilidad de un discurso de «[proponer] explícitamente una alteridad en relación al sí mismo» (Ibid., p.30), designando un punto como exterior y heterogéneo, en particular:

Un otro, un interlocutor, diferente del locutor y a este título susceptible

13 Ver cita anterior, con las locuciones: «Descartamos X», «En cambio, X».

14 Los siguientes fragmentos dan cuenta de este efecto de inclusión: «Es lógico admitir que el mutismo inicial sea debido a la inhibición producida por el estado confusional, y, para explicar su persistencia, tenemos que aceptar dos órdenes de fenómenos: uno causado por el estado de abulia [...] y el otro – predominante para nosotros – es el elemento histérico [...]» (p.103); «Tengo que agregar, además, que no es de extrañar que el síndrome clínico histeria, sea en nuestro caso muy pobre, reducido solo al mutismo, a pesar de lo sugestibles e imaginativos que son estos enfermos, porque es un hecho conocido que en los sujetos con insuficiente desarrollo intelectual, o, más bien dicho, con detención del desarrollo psíquico, carecen relativamente de imaginación [...]» (p.103).

de no comprender, o de no admitir (si tu entiendes lo que quiero decir, si usted me permite la expresión, permóneme el término, si lo quiere así...) operaciones implícitamente admitidas como yendo de sí hacia fuera del discurso, por parte del interlocutor – engranaje del funcionamiento normal de comunicación. (Ibíd. p.31)

En relación a los apuntes, señalemos dos detalles. En los apuntes, el diagnóstico de histeria es más asertivo, es afirmado con mayor convicción: hay modalización, pero no «oscilación» o indeterminación, como en el texto publicado. En el siguiente pasaje véase cómo la tachadura funciona como una marca de atenuación o modalización asertiva, que luego se confirma en el texto publicado:

<p>Así que en resumen podemos decir que en un débil mental histérico apareció un accidente histérico [...] (apuntes manuscritos, pdf 8)</p>	<p>Sintetizando diremos: ha habido en este enfermo débil mental congénito, un choque emotivo [...] un accidente histeriforme [...], mordiendo en un terreno propicio (...) (texto publicado, p.102)</p>
---	---

En los apuntes, la tachadura muestra una primera instancia de modalización (*débil mental histérico* vs. *débil mental [que sufre] accidente histérico*), y luego se introduce una nueva modalización en el pasaje a la versión final (*accidente histérico* vs. *accidente histeriforme*), produciéndose el siguiente proceso de sustitución, en tres tiempos:

1. *débil mental histérico* >
2. *débil mental [que sufre] accidente histérico* >
3. *débil mental congénito [que sufre] accidente histeriforme*

En los siguientes pasajes correlativos podemos observar una sustitución o paráfrasis con efecto de atenuación similar:

<p>Como se ve, no se ha injertado-h a su <u>síndrome histérica</u> algo que se parece a una obsesión, a una fobia [...] (apuntes, pdf 8)</p>	<p>Como se observa, se ha injertado a su mutismo, que <u>sin afirmarlo, creemos histérico</u>, un elemento psicasténico [...] (texto publicado, p.102)</p>
---	--

En las notas, en general, el factor histérico o «histeriforme» surge como un elemento constitucional del enfermo, en el contexto de la explicación etiológica. Luego, en el texto publicado, constatamos que el efecto de atenuación o modalización se ha producido en dos ejes, en dos dimensiones: primero, como un cambio de lo constitucional a lo accidental (*débil mental histérico vs. débil mental congénito que sufre accidente histérico*) y segundo, como un cambio de algo más esencial y estable a algo más aparente y circunstancial (*accidente histérico vs. accidente histeriforme*).

Por último, es interesante constatar que el elemento psicasténico o estado obsedante recibe el tratamiento inverso: introducido con cautela y muy modalizado («~~tiene posiblemente un X~~», «no se puede descartar X») en las notas, se reafirma en el texto publicado («se ha injertado X»):

<p>Ahora bien ese estado obsedante temor de no poder hablar, esa imposibilidad de servirse de la palabra, de que el enfermo nos habla no es claramente una fobia de la palabra o del lenguaje porque falta esa angustia característica. Sin embargo, tiene posiblemente un elemento no se puede descartar que sea un elemento psicasténico [...] (apuntes, pdf 5)</p>	<p>Como se observa, <u>se ha injertado a su mutismo</u>, que sin afirmarlo, creemos histérico, <u>un elemento psicasténico</u>, causante también de mutismo, que podríamos llamarle estado obsedante, mejor que obsesión o fobia; y digo que no parece una obsesión, porque ese temor que acusa el enfermo es indiferente, no se acompaña de emoción, de angustia característica de estos estados. [...] (texto publicado, p.102)</p>
--	---

El autor sustituye el adverbio «posiblemente» por la expresión «no se puede descartar», que es menos asertiva y al mismo tiempo más inclusiva que aquel. Al parecer, por lo menos en este contexto, cuanto menos conclusiva y asertiva, más inclusiva una expresión será, es decir, más estará tomando en cuenta la objeción que un otro le haya hecho. Resumiendo, en el pasaje de los apuntes al texto publicado hay un proceso de modalización inclusiva en torno al «factor histórico», que es el verdadero objeto en disputa, mientras que, en un segundo plano, el elemento psicasténico-obsedante es reintroducido de un modo más asertivo.

MUTISMO, HABLA, DESEO

Ahora, para finalizar, realizaremos algunas consideraciones en torno al proceso de articulación del deseo por el lenguaje, que circunscribe el espacio posible de una elección ética (ética del deseo). Prestemos atención en detalle al párrafo de la cesura o corte, porque allí se produce, como dijimos, un cambio enunciativo que *divide* al texto. Veamos cómo ocurre esto. El autor comienza haciendo referencia a los vanos esfuerzos de persuadir al paciente, que recordemos, ya llevaba casi dos años internado, que unos siete meses atrás había comenzado a salir del estupor, que indicaba con gestos y ademanes que no podía hablar, pero que permanecía indiferente ante las incitaciones de sus médicos. Dice así:

No ha obedecido a la persuasión. Sin embargo, hará cosa de uno y medio meses, bajo la influencia de una amenaza enérgica, súbitamente casi, este síntoma [mutismo] curó completamente. Y aquí aparece un hecho interesante y por el cual esta observación ha sido presentada: al salir de su mutismo, espontáneamente, el enfermo nos manifiesta que si él no hablaba, era porque tenía temor de haberse olvidado del lenguaje, o, en caso de que pudiese decir alguna palabra, la dijese mal, en cuyo caso pasaría vergüenza. Se ve ya aquí, el fondo mental del sujeto, por lo pueril de su preocupación y del modo de exponerla. No obstante me manifiesta también, que estaba tan acostumbrado a no hablar, que ya no tenía ni deseos de hacerlo, tanto más cuanto que pensaba que pudiera fracasar. (pp.101-102)

Con la «amenaza energética», entonces, el paciente comienza a hablar —le dice al médico por qué no hablaba— y esto, como vimos, aporta elementos para cierta revisión diagnóstica, pero también las palabras, como suele suceder, abren el espacio de la contingencia e indeterminación, tienen un *efecto enigmático*, y el mutismo se transforma en una especie de cifra, de clave del sujeto. Sobre este efecto se inscribirá el «deseo de saber» de Pérez Pastorini. La cesura presenta una doble explicación. Primero, refiere al «temor de haberse olvidado del lenguaje», el temor de hablar mal, donde se expresa cierto imaginario normativo, la demanda de hablar bien; pero a renglón seguido se apunta a algo que está más allá de esta dimensión del hablar bien o mal, se hace referencia, digamos así, al «deseo de hablar» —«estaba tan acostumbrado a no hablar, que ya no tenía ni deseos de hacerlo»—. Sobre este fondo de acostumbramiento e inhibición cristaliza el mutismo, y esto, ciertamente, *dice algo*, es la cifra o síntoma del ser hablante, *el mutismo habla*, y el sujeto es esta antífrasis.

UN LIBRO DE ANGELO HESNARD

En las notas manuscritas a «Un caso de mutismo» (Pérez Pastorini, 1925a), Pérez Pastorini traduce y transcribe dos párrafos del libro *L'Inconscient*, del psiquiatra Angelo Hesnard [1886-1969],¹⁵ publicado en París en 1923; sin embargo, en la versión final del texto, no hay ninguna referencia a dicho libro.

Ambos párrafos fueron extraídos del capítulo 2: «El inconsciente histérico, hipnótico y sonambúlico»¹⁶. El primer párrafo detalla la etiología inconsciente de los fenómenos histéricos:

La mayor parte de los síntomas histéricos presentan una gran característica común de ser reproducibles en sus grandes líneas por la voluntad. [...] Ellos no son producidos por una intención consciente y reflexionada.

15 Psiquiatra con formación en biología, Hesnard es considerado un pionero del psicoanálisis en Francia. Es autor, junto a Régis, de «El psicoanálisis e las neurosis y de las psicosis» (1914) y fundador en 1926 de la Sociedad Psiconalítica de París (SPP).

16 En particular, los párrafos fueron extraídos del subcapítulo 1: «El inconsciente histérico»; parte A- «Hechos clínicos del inconsciente histérico; subparte (a) «Hechos etiológicos».

La prueba está en la ausencia de esfuerzo aparente del sujeto y la aparente resistencia al dolor y a la fatiga, que sentiría el simulador en su lugar. Eso tendería a hacer pensar que los síntomas se producen en virtud de una clase de intención inconsciente. (Hesnard, 1923, p.127)

El segundo párrafo transcrito menciona una serie de técnicas o medios de influencia del médico sobre el paciente:

Los síntomas histéricos se curan en fin casi siempre, espontáneamente o bajo influencia del médico (hipnotismo, persuasión, psicoanálisis sexual, amenazas enérgicas, etc....) de preferencia bajo la influencia de la confianza y de la fe, religiosa o no. Ellos curan sobre todo cuando el interés o el amor propio del sujeto entran en juego y que esto se comprende; la cura tiene lugar muchas veces súbitamente por una clase de «desprendimiento» (G. Roussy, Cl. Vincente, etc.): contractura, asfonia, etc. (Hesnard, 1923, p.127)

Los medios de influencia mencionados por Hesnard (hipnotismo, persuasión, psicoanálisis sexual, amenazas enérgicas) deben ser comprendidos en cuanto formas que permiten constituir, encuadrar y lidiar con la relación de poder que, de un modo u otro, se actualiza en la relación médico paciente. En «Un caso de mutismo», dos de ellos fueron aludidos y utilizados (persuasión y amenaza enérgica).

CURA, PODER, AMENAZA ENÉRGICA

Tal dimensión del «tratamiento de poder» constituye la vertiente o lineamiento histórico-discursivo que Dunker (2011) refiere con el nombre de cura, y que, en el pasaje de siglo XVIII-XIX, se localiza en las formas de «teatralización» de la confrontación moral (entre la voluntad racional del médico y la creencia o pasión del alienado) que encontramos en el tratamiento moral (Pinel) que está en el origen de las prácticas clínicas de la psiquiatría moderna, pautadas, del lado del médico, por instancias de enfrentamiento, transferencia y restitución de poder, y, del lado del paciente, por momentos sucesivos de resistencia, reconocimiento del error, confe-

sión, abandono de la creencia, conversión, gratitud y deuda. De acuerdo con Dunker (2011):

Tales son las cuatro formas de poder que definen la cura después de su larga metamorfosis religiosa y política a partir de las antiguas prácticas del cuidado de sí: la dependencia, la confesión, la inadmisibilidad del deseo y la deuda (Foucault, 1973-74). Esa cuádruple sujeción disciplinar se reúne y se delimita en una nueva forma de asociación entre cura y verdad. Esta última se localiza ahora en la soberanía de la enunciación del médico y en su práctica de modulación de la realidad [...] (p.549)

Surge aquí la pregunta por la «inadmisibilidad del deseo». Pues, en «Un caso de mutismo», ¿no estaría en juego, desde el inicio, la posibilidad del reconocimiento o admisibilidad de un deseo del paciente, que se actualiza, precisamente, en la posibilidad de que hable?

En el *seminario 11*, Lacan (1964, pp.19-20) hace referencia a la «hija muda» de la obra teatral *Las mujeres sabias* [*Les femmes savantes*] de Molière, y comenta allí un asunto que, de cierto modo, es correlativo al problema de la cesura: lo más importante, lo que hace que se dispare el caso, no es que se haya encontrado un determinado «rasgo diferencial de la teoría» (Lacan) que explique el mutismo, sino, más bien, que el sujeto hable, lo más importante es que el sujeto vuelva a hablar. Para Lacan, hay un «sujeto que se supone que habla», y el mutismo es su síntoma. ¡Que hable! Pero que se ponga a hablar «no nos dice para nada por qué se puso a hablar», y allí se inscribe el deseo de saber.

«El sujeto que se supone que habla», o «el sujeto que se supone que desea»: tal es el «corte ético» del caso. Los dichos del sujeto reconfiguran la escena enunciativa y Pérez Pastorini recoge lo que aparece allí, lo que inquieta al sujeto: *decir mal, pasar vergüenza, tener deseo, fracasar*, los significantes en los cuales el deseo intercepta el imaginario normativo, el suelo sombrío de la inhibición.

«[En] el movimiento mismo de hablar, la histérica constituye su deseo» - dice Lacan sobre la «hija muda» (ibid, p.20). «Estaba tan acostumbrado a no hablar, que ya no tenía ni deseo de hacerlo», dice Pérez Pastorini de su paciente. ¿Pero a qué se refiere esta frase? ¿A los casi dos años de mutismo? ¿A la vida de este joven hombre «de campaña», muy retraído, tímido y

vergonzoso? ¿A ambas cosas? En cualquier caso, la timidez, la inhibición, la palabra amarrada en el mutismo no pueden ser pensadas apenas como indicios de un deseo retraído, sino como lugares en los cuales, como puede, el sujeto constituye su deseo. Queda así en primer plano la articulación de deseo y lenguaje, de deseo y *discurso del sujeto*, muy distinto del sujeto pasivo de la doctrina organicista.

En la cesura un detalle llama la atención: el autor utiliza el discurso indirecto para reportar lo que dijo el paciente, y lo hace creando una escena inclusiva, que «admite», digamos así, a los otros médicos que estaban en contacto con el enfermo. Antes de la cesura ya encontramos construcciones pronominales verbales con efecto inclusivo: «nos empezamos a dar cuenta...» (p.101), «nos demostraba...» (p.101), y en el inicio de la cesura se da continuidad a ese tono: «... el enfermo nos manifiesta que si él no hablaba...», usando el pronombre en primera persona del plural (átono) con sentido inclusivo. La cesura se inicia entonces en la misma modalidad inclusiva que predomina en casi todo el relato, pero —y aquí el detalle— cuando llega el momento de referir el «deseo de hablar» del paciente, Pérez Pastorini utiliza la primera persona del singular: «No obstante me manifiesta también, que estaba tan acostumbrado a no hablar, que ya no tenía ni deseos de hacerlo» (p.102).

Recordemos la estrategia retórica del texto: hay un oponente en ciernes; este oponente, ya lo vimos, es incluido en la escena enunciativa por el narrador utilizando una serie de recursos de modalización inclusiva, predominantemente a través del uso del primera persona en plural; pero ahora, cuando se manifiesta la cuestión del deseo, la escena se vuelve excluyente, ya no incluye al oponente, y surge en el texto la marca personal, la marca de una posible diferencia: ya no es «nos dijo...», «nos manifiesta», «nos demuestra...», sino «me manifiesta...». ¿Se trata tan solo de un modo de integrar la posición del médico en una escena de confesión/reconocimiento del paciente, o podemos ir más allá y conjeturar la marca de una diferencia, el indicio de un posicionamiento diferente ante los dichos del paciente?

El sujeto comienza a hablar, y explica a los médicos por qué no hablaba. El pasaje del mutismo al habla pone al paciente (histérico) en posición de rearticular su deseo y este movimiento, como suele decirse, *histeriza el discurso*, señala la falta en el Otro, generando la pregunta por el deseo

(Che vuoi?, ¿qué quieres?). El sujeto recibe el mensaje de forma invertida, y convoca el deseo de saber. Por eso la observación de Lacan (ibid., p.20), en su comentario a Las mujeres sabias:

[...] no debe sorprender que Freud haya entrado por esa puerta en lo que, en realidad, eran las relaciones del deseo con el lenguaje, y que haya descubierto los mecanismos del inconsciente.

Pasaje del mutismo al habla y, agreguemos ahora, pasaje del deseo de saber a la escritura: «Y aquí aparece un hecho interesante y por el cual esta observación ha sido presentada», anotaba Pérez Pastorini en la cesura. La cuestión es que, en ese pasaje, uno puede encontrarse a Freud.

Según la calificación de su autor, Angelo Hesnard, el libro *L'inconscient* (Paris, 1923) es un «modesto ensayo de psicología experimental» (Hesnard, 1923, p.1). Siendo este el caso, y habiendo trabajado en las notas manuscritas con cierto esmero, ¿Por qué Pérez Pastorini se abstiene de introducir, en la versión final de «Un caso de mutismo» cualquier referencia al texto de Hesnard? En ese libro, Hesnard repasa las teorías del inconsciente y una multiplicidad de estudios clínicos de laboratorio provenientes de la psicología, patología (psicosis, neurosis, psicastenia), psiquiatría y neurología, dando una «importancia primordial» (Toulouse en Hesnard, A. 1923), sin embargo, los «fenómenos afectivos» que definen el territorio del psicoanálisis freudiano. El universo de nombres propios y referencias que figuran en «Un caso de mutismo» (Binet y Simon, Charcot, Janet, Magnan, Tinel, Claude, Lwoff y Targowla, entre otros), el texto de Hesnard aparecería ligeramente fuera de foco.

Etchepare y Pérez Pastorini, maestro y discípulo: la respuesta contiene la pregunta. En cualquier caso, un ejemplar del libro de Hesnard se conserva aún hoy en la biblioteca personal de Pérez Pastorini. Aquel día, 30 de abril de 1925, el futuro psicoanalista leyó el texto «Un caso de mutismo» y el veterano psiquiatra escuchó con atención. ♦

RESUMEN

En el presente trabajo realizamos un abordaje discursivo del caso clínico «Un caso de mutismo», presentado en abril de 1925 por el joven psiquiatra uruguayo y futuro psicoanalista, Valentín Pérez Pastorini [1896-1948], ante el plenario de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay (Pérez Pastorini, V. 1925), presidido por el Dr. Bernardo Etchepare - primer ocupante de la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina (Universidad de la República), y considerado el fundador de la Psiquiatría Nacional, ecléctica y positivista-organicista. La observación del caso fue realizada en la sala del Hospital Vilardebó que era dirigida por Etchepare, en la cual Pérez Pastorini se desempeñaba como «Jefe de Clínica Adjunto de la Clínica Psiquiátrica». Contando con las notas manuscritas realizadas por Pérez Pastorini durante la escritura del caso clínico, en el presente texto abordamos las marcas discursivas de este encuentro entre el veterano psiquiatra, detentor en la época (1925) de una virulenta posición anti-freudiana, y el futuro psicoanalista. En «Un caso de mutismo» el autor desarrolla un diagnóstico diferencial entre histeria y psicastenia. Procedemos a analizar el signifiante «histeria», verdadero condensador de tensiones y contradicciones que constituyó y transformó la experiencia clínica de muchos médicos, entre ellos Freud. Explorando la posición enunciativa del autor del caso se delimita una brecha que abonará el terreno para la irrupción y desarrollo del psicoanálisis.

Descriptores: MUTISMO / CASO CLÍNICO / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / PODER / PSIQUIATRÍA / ÉTICA / CESURA / LENGUA

Autor-tema: Pérez Pastorini, Valentín

ABSTRACT

In this paper we carry out a discursive approach to the clinical case «A case of mutism », presented in April 1925 by the young Uruguayan psychiatrist, and future psychoanalyst, Valentín Pérez Pastorini [1896-1948], before the plenary of the Society of Psychiatry of Uruguay (Pérez Pastorini, V. 1925),

chaired by Dr. Bernardo Etchepare - first occupant of the Department of Psychiatry of the Faculty of Medicine (Universidad de la República), and considered the founder of Psychiatry National, with an eclectic and positivist-organicist orientation. The observation of the case was carried out in the room of the Vilardebó Hospital, which was directed by Etchepare, in which Pérez Pastorini worked as «Deputy Head of Clinic». Counting on the handwritten notes made by Pérez Pastorini during the writing of the clinical case, in this text we address the discursive marks of this meeting between the veteran psychiatrist, detentor at the time (1925) of a virulent anti-Freudian position, and the future psychoanalyst. In «A case of mutism» the author develops a differential diagnosis between hysteria and psychostenia. We proceed to analyze the significant «hysteria», a true condenser of tensions and contradictions that constituted and transformed the clinical experience of many doctors, including Freud. Exploring the enunciative position of the author of the case, a gap is defined that will pave the way for the emergence and development of psychoanalysis.

Keywords: MUTISM | CLINICAL CASE | POWER | PSYCHIATRY | ETHICS | CAESURA | TONGUE

Author-Subject: Pérez Pastorini, Valentín

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2010). *Signatura Rerum. Sobre el método*. Barcelona: Anagrama.
- Authier-Revuz, J. (1990). Heterogeneidade(s) enunciativa(s). *Cuadernos de Estudios Lingüísticos*, (19), 25-42.
- Bercherie, P. (1980). *Los fundamentos de la clínica*. Buenos Aires: Manantial.
- Bercherie, P. (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Madrid: Editorial Gedisa.
- Breuer, J. & Freud, S. (2000). Estudios sobre la histeria. En Freud, S. *Obras completas, Vol. II*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Capurro, R. y D. Nin (2007). *Yo lo maté - nos dijo - es mi padre*. Nueva escritura de Extraviada. Buenos Aires: Epele.
- Charcot, J-M. (2007). *Acerca de seis casos de histeria masculina*. En Conti, N y Stagnaro, J. *Historia de la ansiedad*. Buenos Aires: Polemos.
- Dunker, C. (2011). *Estrutura e Constituição da Clínica Psicanalítica: uma arqueologia das práticas de cura, terapia e tratamento*. São Paulo: Annablume.
- Etchepare, B. (1926). Sobre psicoanálisis. *Revista Médica del Uruguay*. Año XXIX, Fasc. 333, tomo XXIX, N° 3-4, 77-83.
- Foucault, M. (1963) *El nacimiento de la clínica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire de Garbarino, M. (1988). Breve historia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 68.

- Freud, S. (1905). «Fragmento de análisis de un caso de histeria». En: S. Freud, *Obras Completas*, vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2011.
- Gilman, Sander L., Helen King, Roy Porter, G. S. Rousseau, and Elaine Showalter (1993) *Hysteria Beyond Freud*. Berkeley: University of California Press.
- Hesnard, A. (1923). *L'inconscient*. Paris: Gaston Doin.
- Ingenieros, J. (1904). *Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas*. Recuperado de <http://www.alejandriadigital.com/wp-content/uploads/2015/12/INGENIEROS-Los-accidenteshist%C3%A9ricos-y-las-sugerencias-terap%C3%A9uticas.pdf>
- Korovsky, E. (1985). «El Psicoanálisis en el Río de la Plata», *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, vol. 1, n° 4:25-44.
- Lacan, J. (1964). *El Seminario - Libro 11 - Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires. 1987.
- Pérez Pastorini, V. (1925). Un caso de mutismo. *Revista Médica del Uruguay*. Tomo XXVIII N°3. pp.100-104.
- Pérez Pastorini, V. (1925a). Notas manuscritas a «Un caso de mutismo». Acervo documental del autor.
- Puppo, H. (1983). La cátedra de psiquiatría. Su evolución histórica. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. N°48, pp.19-36.

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

Entre «magos, persas y poetas»: la biblioteca psicoanalítica del Dr. Valentín Pérez Pastorini

MARÍA GABRIELA DONYA¹, MARIANA FLORIO CUTINELLA²

Tomando *arké* como origen del psicoanálisis, como registro y preservación de documentos, archivos y textos originales, encontramos una vinculación directa con la investigación que desarrollamos sobre quien es considerado el primer psicoanalista del Uruguay, el Dr. Valentín Pérez Pastorini.

De esta manera, intentando colaborar en la conformación del Archivo Histórico Documental de APU, articulamos algunos avances de la investigación que llevamos adelante desde la Facultad de Psicología de la Udelar.³

Esta investigación es posible gracias a la preservación que los herederos del Dr. Valentín Pérez Pastorini realizan de su biblioteca personal —conformada por sus libros, revistas, manuscritos, correspondencia, fotografías, entre otros— y al acuerdo establecido con el grupo «Formación de

1 Docente investigadora integrante del grupo de investigación «Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay», perteneciente al Programa Psicoanálisis en la Universidad del Instituto de Psicología Clínica, Facultad de Psicología, Udelar. mgdonya@gmail.com

2 Docente investigadora integrante del grupo de investigación «Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay», perteneciente al Programa Psicoanálisis en la Universidad del Instituto de Psicología Clínica, Facultad de Psicología, Udelar. psic.marianaflorio@gmail.com

3 Proyecto de investigación: *Concepción etiológica y abordaje de la neurosis en la clínica del Dr. Valentín Pérez Pastorini, entre los años 1924 y 1948*, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica- CSIC (2018-2020). Inscrito en el Grupo de Investigación «Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay» - FCPU (GI 881876).

la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay» (FCPU) para procesar las fuentes y analizar los valiosos datos que allí se encuentran.

En ella, nos proponemos realizar un estudio histórico-discursivo⁴ sobre la recepción de las ideas freudianas por parte del Dr. Pérez Pastorini, produciendo conocimiento empíricamente fundamentado sobre el proceso de constitución de la clínica psicoanalítica en el Uruguay. También indagamos las relaciones de continuidad y ruptura establecidas por el Dr. Pérez Pastorini entre la psiquiatría, el psicoanálisis y la psicósomática en cuanto a la etiología y el abordaje de la neurosis, presentes en sus trabajos y casos clínicos de carácter público.

Valentín Florencio Pérez Pastorini nace en la ciudad de Florida, el 21 de diciembre de 1895, siendo el segundo hijo de Valentín María Pérez Pérez y Dolores Aniceta Pastorini Riffeau, hermano de Amancia, nacida un año antes.

En 1904, viaja con su familia a Cangas de Morrazo y Vigo (Galicia, España), lugar de origen familiar, buscando un tratamiento para su padre en las aguas de Mondaris, ya que enferma de diabetes a causa de la guerra de divisas de ese año que saqueó sus tierras.

En dicha ciudad, cursa sus estudios secundarios, siendo bachiller a los 16 años. Tiempo después, regresa junto a su familia a Uruguay donde comenzará sus estudios de Medicina.

Egresada de la Facultad de Medicina de la Universidad de la República en el año 1920 y prontamente dirige su interés hacia la Psiquiatría.

En 1923, la Asistencia Pública lo designa para cubrir la licencia del Dr. Emilio Oribe en la Colonia de Alienados. En 1924, ingresa a trabajar como Psiquiatra en el Hospital Vilardebó, donde es designado por el Dr. Bernardo Etchepare como Jefe de Clínica Adjunto de la Clínica psiquiátrica, y también por concurso en la Colonia Etchepare, donde trabaja junto a Isidro Más de Ayala⁵.

4 No constituye un estudio histórico, ni historiográfico, que, entre otros aspectos, busque la construcción de un corpus y el manejo de datos en el mismo sentido en que se los concibe en los estudios históricos.

5 (1899-1960). Destacado médico psiquiatra, estudioso de la psicología y el psicoanálisis, y autor de ensayos, obras literarias y numerosos trabajos científicos (Pérez Gambini, 1988).

En el año 1930 contrae matrimonio con Dolores Díaz Cadorniga, con quien tuvo dos hijos, Mario y Susana.

Miembro fundador y presidente de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay (Pérez Gambini, 1999), en la década del treinta, conoce las ideas de Freud. Y a finales de dicha década, crea un grupo de estudio sobre el pensamiento psicoanalítico que funcionó en la sala 22 del Hospital Vilardebó, integrado por Alfredo Cáceres, Mario Berta, Héctor Garbarino, Mercedes Freire y Juan Carlos Carrasco (Carrasco, S/E, p. 95). Freire (1988, p.1) testimonia: «fue el Dr. Valentín Pérez Pastorini quien no solo nos transmitió el cuerpo de teoría del psicoanálisis, sino también su entusiasmo y devoción por esa disciplina».

Si bien Pérez Pastorini no escapó a las determinaciones de su disciplina médica psiquiátrica, a partir de su conocimiento e integración de la teoría freudiana empieza a introducir en su práctica profesional, no sin dificultades, las concepciones psicoanalíticas en torno a la sexualidad y su rol fundamental en la etiología de la neurosis. Desde allí, sus planteos públicos encuentran continuidad con el psicoanálisis y con otros discursos de su época.

En la *Revista de Psiquiatría del Uruguay* se encuentra su ofrecimiento profesional de servicios psiquiátricos y psicoanalíticos⁶. En 1929, se presentaba allí como «Médico alienista de la Colonia Dr. Bernardo Etchepare. Especialista en nerviosos y mentales», en 1936, aparece como «Psiquiatra y Psicoanalista», y en 1938, se presenta como «Psicoanalista». Estas modificaciones en su manera de presentarse profesionalmente serían indicio de desplazamientos en su clínica.

En el libro *Extraviada*, sobre el caso judicial resultante del parricidio ocurrido el 12 de diciembre de 1935, Capurro & Nin (1995, p. 189) publican el peritaje realizado por el Dr. Camilo Payssé a Iris Cabezudo, en el cual aparece un comentario de Pérez Pastorini. Aboga allí por la utilización del psicoanálisis como técnica de investigación de los conflictos inconscientes, en los peritajes judiciales que realizan los psiquiatras.

6 Revista de Psiquiatría del Uruguay: en 1929 números 3, 4 y 6; en 1930 números 8, 9, 10 y 12; en 1936 número 2; en 1938 número 18, entre otros.

Desde el año 1943, viaja a Buenos Aires periódicamente donde asiste a cursos y seminarios en la recientemente fundada Asociación Psicoanalítica Argentina (Korovsky, 1985; Pérez Gambini, 1999). Allí supervisa su trabajo clínico con Ernesto Cárcamo y Enrique Pichón-Riviére, y se analiza con Ángel Garma, quien a su vez se había analizado (análisis didáctico) con Theodor Reik y supervisaba con Karen Horney y Otto Fenichel.

En el momento de su llegada a Argentina, en el año 1938, Garma era la única persona que cumplía con todos los requisitos solicitados por la I.P.A. (International Psychoanalytical Association) para la formación psicoanalítica. Como señala Plotkin (2003, p. 82), «llegó a Buenos Aires portando credenciales psicoanalíticas indiscutibles y en cierta medida únicas». Pérez Pastorini se convierte así en el primer uruguayo que realiza su análisis didáctico. Capurro (2005) ubica como hito esta experiencia:

Incluso más, podría decirse que, en ese momento, se percibía al método de Freud como una técnica más del llamado arsenal médico. Quizá recién cuando un Pérez Pastorini señala la diferencia que implica para él, haber pasado por la experiencia del diván analítico comienza a resonar una primera alerta que ubicaba la experiencia misma del análisis en el centro de la novedad freudiana. (p.3)

Roudinesco & Plon (1998, p.1159) señalan: «formado en la Argentina, Valentín Pérez Pastorini vuelve a Montevideo, Uruguay, para formar psicoanalistas», y sitúan este hecho en el año 1946. Es analista de Rodolfo Agorio, Gilberto Koolhaas y de Héctor Garbarino, quienes, junto a otros psicoanalistas, fundarían años más tarde la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (1956).

De acuerdo a estos antecedentes, Valentín Pérez Pastorini es considerado el introductor del psicoanálisis en el Uruguay (Korovsky, 1985; Freire, 1988; Pérez Gambini, 1999; Quiñones Vidal, E. y otros, 2008). Organiza conferencias en Montevideo con los analistas argentinos Pichón-Riviére, Rascovsky y con María Langer, oriunda de Viena y radicada en Argentina, luego de una estadía de cinco años en Uruguay (Korovsky, 1985)⁷.

7 Los tres analistas referidos fueron miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina, en el año 1942.

Difunde la teoría psicoanalítica a través de otros medios, como alocuciones radiales, escritura de casos y trabajos clínicos presentados en congresos nacionales y también en Argentina y Brasil, iniciando el movimiento psicoanalítico en el Uruguay, tarea que su muerte repentina interrumpió pocos años después de iniciada.

Mercedes Freire (1988, p. 2) señala que «Valentín Pérez Pastorini muere en el año 1948 una tarde del mes de octubre, frente a la cama de un paciente, pasando una contravisita en su sala del Vilardebó. Entre las personas que lo rodeaban se dio en decir —Pérez murió en su ley, trabajando—».

En su sepelio, Antonio Sicco (1948) —Doctor en Medicina, Profesor titular en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, Udelar— se refiere a su figura como:

Estudioso y trabajador... llegó a ser un excelente psiquiatra porque amaba su especialidad y poseía una poderosa inteligencia, una sólida formación científica y un agudo sentido clínico. [...] quiso continuar perfeccionándose y superándose [...] se abrazó al dilatado estudio de la teoría y se consagró al duro aprendizaje de la disciplina psicoanalítica [...] alcanzó el alto honor de ser entre nosotros el primero que se preparó rigurosamente para el psicoanálisis. (p. 3)

Por su parte en el mismo acto, Rodolfo Agorio (1948) —Doctor en Medicina, Profesor Agregado en la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina, Udelar— en nombre del personal del Hospital Vilardebó y de la Colonia Bernardo Etchepare, expresa:

Fue el Dr. Pérez un hombre de cultura a la que unía una profunda inquietud por todos los problemas que afectan a la personalidad y como conocedor de todas las debilidades humanas y de todos los sufrimientos que surgen de aquellas, sabía ser indulgente y tolerante con los desvaríos y pasiones de los hombres. (p. 4)

Así lo recuerdan los integrantes de la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina⁸, luego de su fallecimiento:

En este panorama agradable hay algo sombrío. Entre los médicos extranjeros formados por nuestro Instituto, hemos experimentado nuestra primera pérdida dolorosa. El Dr. Valentín Pérez Pastorini murió súbitamente en Montevideo en el curso del año pasado. Expresamos aquí nuestro profundo pesar por esta desgracia, que nos ha privado de uno de nuestros primeros discípulos en Suramérica. Para todos nosotros, el Dr. Pérez Pastorini era un psicoanalista capaz e inquieto, al mismo tiempo que un amigo apreciado. (Garma, A. & otros, 1949)

En oportunidad del lanzamiento de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, en el año 1956, Arminda Aberastury y Enrique Pichón Rivière expresan:

El Uruguay por su tradición científica y liberal, literaria y artística *dispone* de las condiciones necesarias para un desarrollo intensivo y extensivo del psicoanálisis, pero este *disponer* puede quedar bloqueado, sitiado. Sabemos por Freud, el origen, carácter, y destino de estas vicisitudes. ... A manera de saludo, desde aquí, hacemos nuestra una frase de Lautréamont: «Buenos Ayres, la reine du Sud, et Montevideo, la coquette, se tendent une main amie, á travers les eaux argentines du grand estuaire.» Lástima que del otro lado del estuario no esté la mano de Valentín Pérez Pastorini, la primera que estrechamos. (p.6)

Su temprano fallecimiento ocurrido en el año 1948, interrumpió su promitente trayectoria de trabajo que pretendemos resignificar con el estudio en profundidad que nos planteamos en la presente investigación. En esta oportunidad presentaremos algunos avances en cuanto al abordaje de dos tipos de datos: fotografías de textos de su biblioteca personal, y fotografías de manuscritos de alocuciones radiales.

8 Cfr. Acta N° 43 del Libro de Actas de la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), 20 de abril de 1949, folios 112-119. Material brindado gentilmente a FCPU por la Biblioteca y Archivo de APA.

Nos proponemos realizar un estudio discursivo sobre un momento crucial, aunque inexplorado hasta el presente, de la conformación de la clínica psicoanalítica en el Uruguay. Para realizar dicho estudio discursivo nos apoyaremos en la articulación entre el psicoanálisis y la tradición francesa de análisis del discurso (Pecheux, 1969, 1983; Lacan, 2006, y Foucault, 1969), que Dunker et al. (2016) fundamentan como método de investigación, en particular para el abordaje de textos clínicos. Según estos autores, «existe una práctica de análisis del discurso ya contenida en el método psicoanalítico [...] el psicoanálisis puede ser considerado como una forma de análisis del discurso» (Dunker et al., 2016, p. 9).

En los textos clínicos del Dr. Pérez Pastorini se encuentran diversos indicios de interdiscursividad en aparente continuidad (encontramos terminología utilizada por la psiquiatría, la medicina psicosomática y el psicoanálisis), que será interrogada en busca de conocer la singularidad de la construcción clínica que realiza el primer psicoanalista del Uruguay.

A partir del análisis del discurso, será posible ubicar discontinuidades, cortes y rupturas entre las formaciones discursivas en cuestión. Al mismo tiempo permitiría conocer las influencias de otros autores y discursos, que encontramos en sus trabajos de carácter público.

Presentamos avances en relación a las fuentes ubicadas en la biblioteca personal del Dr. Pérez Pastorini: (1) Libros y revistas científicas. (2) Manuscritos de alocuciones radiales, seleccionados entre los trabajos clínicos de carácter público.

LIBROS Y REVISTAS CIENTÍFICAS

Se completaron las tareas de fotografiado⁹ y se identificaron 469 obras en su biblioteca personal. Entre ellas se encuentra un catálogo manuscrito realizado por un familiar del Dr. Pérez Pastorini, que incluye el título y autor de aproximadamente 500 obras, el cual está siendo transcrito.

9 Realizadas por el Dr. Guillermo Milán, el Lic. Fernando García y la Lic. Virginia Mórtola. En procura del resguardo de los originales trabajamos siempre con la versión digital de los libros y manuscritos.

Elaboramos una base de datos digital que contiene las imágenes fotográficas agrupadas en carpetas por cada obra, las cuales se indexaron y organizaron cronológicamente según el año de publicación. A partir de este archivo confeccionamos un nuevo catálogo que incluye los siguientes datos de cada obra: título, autor, año de publicación y de escritura, disciplina, país editor, nacionalidad del autor, firma o no del Dr. Pérez Pastorini, número de catálogo original, presencia de subrayados, anotaciones, marcados, manuscritos, boletas de compra, folletos u otros materiales encontrados dentro de las obras.

A partir de los datos así obtenidos, hoy conocemos gran parte de las obras y autores que conformaron su biblioteca. Así mismo los datos así organizados, permiten realizar rápidamente búsquedas según las categorías que se prioricen, contribuyendo con la realización de diversos análisis sobre dicha biblioteca.

En esta oportunidad realizamos una presentación general para, en futuras oportunidades, avanzar en otros recorridos que los datos recabados permitirían.

Las 469 obras fueron desglosadas en 36 disciplinas¹⁰, de las cuales señalamos las más numerosas: 30% corresponden a medicina, 24% a psicoanálisis y 15% a obras de psiquiatría. A estas disciplinas le siguen literatura 6%, psicología 5% y psicósomática 3%.

En relación al idioma de las publicaciones, encontramos en primer lugar el francés (50%), luego el español (30%) y el inglés (17%). Aparecen con un 1% el italiano y el portugués. Esto no se correlaciona con el idioma de escritura original de los autores provenientes, por ejemplo, de Austria, Alemania, Hungría o Rusia que suman el 15% traducido al francés, español, inglés o portugués.

Organizando cronológicamente las obras según el año de publicación¹¹, construimos el siguiente cuadro:

10 En anexo incluimos cuadros detallados y gráficos.

11 Desconocemos en la mayoría de los casos el año de adquisición, salvo algunas obras de las cuales aparecen las boletas de compra.

AÑOS	TOTAL	DISCIPLINAS								
		Medicina	Psiquiatría	Psicoanálisis	Psicología	Psicosom.	Psiq-Psicoan	Psicoter.	Literat.	Varios
Hasta 1910	25	15	1	0	1	0	0	0	5	3
1911-1920	89	71	11	0	3	0	0	0	0	4
1921-1930	138	34	34	27	5	0	3	0	3	28
1931-1940	55	5	10	25	3	3	2	4	3	0
1940 al final	162	12	16	60	9	12	7	8	20	16
	469	137	72	112	21	15	12	12	31	51

Encontramos que hasta 1920 la mayor parte corresponde a obras de medicina¹² concordantemente con sus estudios terciarios, le siguen las obras de psiquiatría y aparecen las primeras cuatro obras de psicología experimental. La mayoría son de autores europeos (Francia, Suiza, Italia y España), y de otras nacionalidades destacamos el médico uruguayo, Bernardo Etchepare en 1913.

Entre los años 1921 y 1930, la cantidad de obras de medicina disminuye, aumentan las de psiquiatría¹³ hasta equipararse en 34 obras y destacamos la aparición de 27 obras de psicoanálisis, la primera de ellas publicada en 1921 (Badouin, Ch.: “Etudes de Psychanalyse”).

La primera obra de Freud hallada es del año 1923: *Obras completas del Prof. Freud III. El chiste y su relación con lo inconsciente. El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen*, traducción directa del alemán de López Ballesteros (1921), editada por Biblioteca Nueva, Madrid. Cabe destacarse que identificamos 20 obras de Freud publicadas entre los años 1923 y 1943.

En esta década señalamos también la aparición de obras que articulan disciplinas, por ejemplo, psiquiatría y psicoanálisis (Regis & Hesnard), o psiquiatría y medicina legal (Benon).

12 El Dr. Pérez Pastorini se recibe de médico en 1920.

13 Comienza a estudiar psiquiatría en 1924 junto al Dr. Bernardo Etchepare.

Entre 1931 y 1940 el número de obras de psicoanálisis supera a las de medicina y psiquiatría sumadas juntas, lo cual nos permite conjeturar que en esta década el Dr. Valentín Pérez Pastorini produce un desplazamiento en sus lecturas, denotando un interés firme en el psicoanálisis. En esta época aparecen en su biblioteca las primeras obras de psicoterapia y psicósomática.

A partir de 1941 y hasta 1948, el número de obras aumenta en casi todas las disciplinas, pero la que más se destaca es el psicoanálisis, ya que su número (60) supera a la suma de las obras de las décadas anteriores.

ALGUNOS AVANCES EN RELACIÓN A LOS MANUSCRITOS DE ALOCUCIONES RADIALES

A continuación, presentamos avances referidos al análisis de diecinueve folios que corresponden a manuscritos del Dr. Pérez Pastorini fotografiados en su biblioteca.

Comenzaremos con un primer conjunto de folios, incompleto, titulado *El psicoanálisis en la profilaxis infantil de las neurosis*. Numerados correlativamente del uno al siete, en su primer párrafo se explicita «en esta media hora radiofónica». A partir de esta expresión, ubicamos el manuscrito como texto para ser leído en el marco de una supuesta alocución radial. También se hace referencia a «*esta charla*» (folio 1) y se expresa «voy a hablaros» (folio 7), reafirmando esta hipótesis de comunicación radial que nos remite al nivel del habla y de la escucha, a un interés por la transmisión de ideas por este medio de comunicación y a un público al cual se dirigen sus palabras: «padres y educadores que me escuchan».

Nos abocamos en la tarea de confirmar si estos manuscritos fueron parte de una transmisión radial realizada de hecho. Hemos investigado en la Biblioteca Nacional, ANDEBU, Archivo de AGADU, SODRE, Archivo Nacional de la Imagen y la Palabra, Museo Viviente de la Radio y las Comunicaciones J.G. Artigas.¹⁴ Hasta el momento no ha sido posible confirmarlo,

14 Fuentes consultadas e información obtenida: 1. Biblioteca Nacional: Programaciones radiales publicadas en prensa diaria y en el Programa Oficial Estaciones Uruguayas de Radio (POEUR). 2. ANDEBU: No tienen archivo de radiofonía de esa época. 3. SODRE: Archivo Nacional de la Imagen y la Palabra, Museo de la Palabra, Sr. Juan José Cerrés, no tienen audios ni información de programación radial de la época.

ni datar con exactitud el manuscrito. Sin datación, entonces, tentamos situar el manuscrito entre las décadas del treinta y cuarenta del siglo pasado, a partir de elementos intrínsecos al texto, por ejemplo, la referencia al otorgamiento del Premio Nobel en literatura a Thomas Mann en el año 1929 (folio 2); así como a partir de elementos extrínsecos al mismo como la existencia de programas radiales vinculados a la medicina en emisoras locales, según consta en algunas publicaciones periódicas nacionales de la época.

Destacamos en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*¹⁵, en el marco de la creación de la Liga Uruguaya de Higiene Mental, la alusión a la «utilidad de la realización de un ciclo de “conversaciones” por radio» (RPU, 10,1937, p. 8), y la publicación de algunas de ellas en la mencionada revista, donde figuran las conferencias de los Dres. Garmendia, Sicco, Fascioli, y Paysée¹⁶, y se especifica que se publican las conferencias presentadas hasta la fecha. Si bien no aparece mencionado el Dr. Pérez Pastorini, la información no abarca el ciclo completo.

También destacamos que en la Biblioteca Nacional hemos hallado, en la publicación semanal *Programa Oficial de Estaciones Uruguayas de Radio* (POEUR, 1931-1939), un Ciclo de conferencias¹⁷ semanales organizadas por el MSP entre junio y setiembre de 1937, en el que figuran los nombres de los Dres. Tourenne, García Austt y Paysée, no apareciendo tampoco en este caso la información de los participantes del ciclo completo.

Asimismo, en POEUR, hemos encontrado otros programas con participación de médicos en distintas emisoras, por ejemplo: *Medicina e Higiene*, por el Dr. Cáceres; *Hora Galena*, por el Dr. Askeprios, o el

Biblioteca Museo de la Palabra, Sra. Mary Varela, se está realizando búsqueda de datos. Biblioteca del SODRE, no funciona en la actualidad. 4. Emisoras radiales CX8, CX 20: no tienen archivos históricos. 5. Museo Viviente de la Radio y las Comunicaciones J.G. Artigas (en estos momentos cerrado por vandalismo, sin presupuesto para reparaciones, sito en el Castillo Idiarte Borda), Sr. Antonio Tormo, dispone de más de 15.000 audios radiofónicos sin identificar ni indexar, no dispone de datos de programación radial de la época. Sugiere consultar otras colecciones privadas: Ej. Humberto de Vargas. 8. Museo y Centro de Documentación AGADU: sin información específica sobre la alocución del Dr. Pérez Pastorini.

15 Sistematización de archivo de dicha fuente realizada por Lic. Marcelo Gambini (FCPU).

16 «Importancia de las enfermedades mentales», «La lucha contra las enfermedades mentales», «Higiene mental en la adolescencia» e «Higiene mental en la infancia», respectivamente.

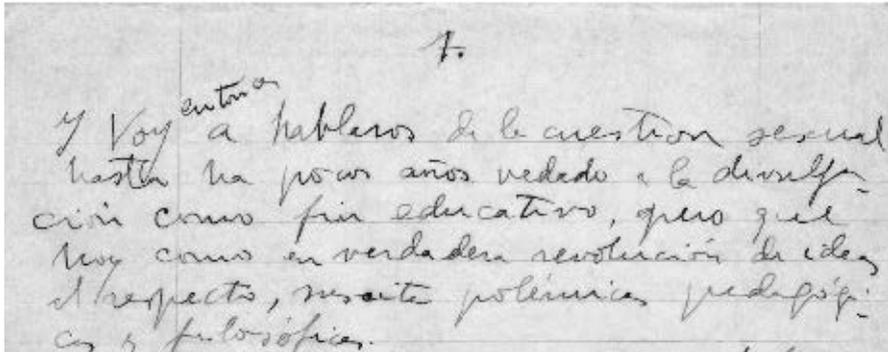
17 Emisora oficial del SODRE CX6-CXA4.

programa del Ministerio de Salud Pública, por el Dr. Cayafa Soca¹⁸. Mencionamos también, en la programación radial de CX 8 publicada en el diario *El bien público*, el programa *Revista Médica Radial*, donde se mencionan algunos conferencistas. En los *Anales de la Universidad* (1942) hallamos transcriptas en su totalidad, dos charlas radiofónicas realizadas en dicho programa por el Dr. Pou Orfila, tituladas *Lucha y profilaxis anticancerosa* (1933), y *La experimentación en la Medicina Moderna* (1939). Estas referencias nos estarían ilustrando un escenario donde la comunicación radial por parte de médicos en nuestro país era una actividad frecuente. La proximidad temática de las «charlas», «conversaciones» o «conferencias», así como la proximidad de sus autores en distintos ámbitos profesionales y laborales, permitiría conjeturar la inclusión de la alocución radial del Dr. Pérez Pastorini en alguno de estos ciclos radiales.

Retomando los manuscritos, además del primer grupo aludido de siete folios, establecimos un segundo y tercer conjunto donde la sucesión de los mismos no resulta transparente, presentando distintas numeraciones, cambios en la caligrafía (tamaño y tipo de letra), presión del trazo, densidad de la tinta, y algunas características de la redacción y del contenido, que nos permiten inferir diferentes momentos de escritura.

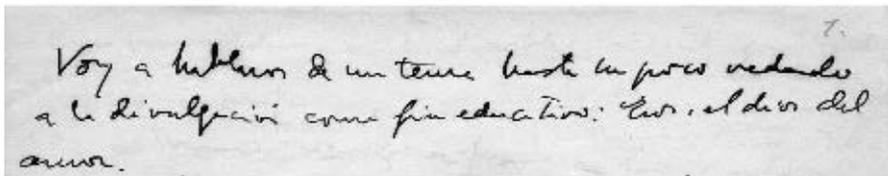
El primero de los conjuntos, podría plantearse con cierta consistencia en cuanto a su ilación de contenidos como una unidad en sí misma, salvo por el hecho de que el último párrafo del folio 7 está inconcluso. Asimismo, el texto de este «último» folio fue retomado y reescrito dos veces más en otros (folio 1 que encabeza el segundo grupo y otro folio sin numerar que encabeza el tercer grupo). Funcionando este séptimo folio como articulador de una cadena siempre inconclusa, resulta significativo que su contenido sea el anuncio del abordaje de «la cuestión sexual». La versión del primer grupo comienza con la frase «Y voy [entonces] a hablaros de la cuestión sexual hasta ha pocos años vedado a la divulgación como fin educativo, pero que hoy como en verdadera revolución de ideas al respecto, suscita polémicas pedagógicas y filosóficas».

18 Emisoras CX 14, CX 32 y CX 4, respectivamente.



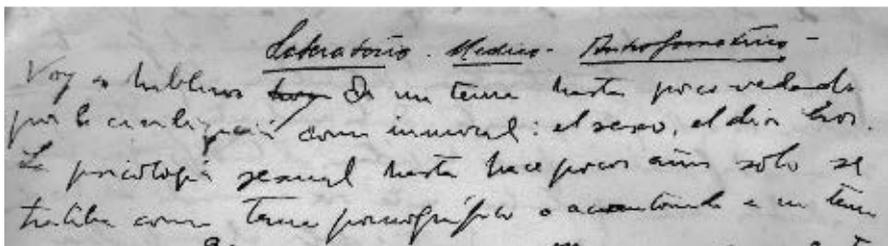
7.
y Voy ^{entonces} a hablaros de la cuestión sexual hasta ha pocos años vedado a la divulgación como fin educativo, pero que hoy como en verdadera revolución de ideas y respecto, suscita polémicas pedagógicas y filosóficas.

El folio uno ubicado en el segundo grupo inicia con la frase: «Voy a hablaros de un tema hasta un poco vedado a la divulgación como fin educativo: Eros, el dios del amor».



7.
Voy a hablaros de un tema hasta un poco vedado a la divulgación como fin educativo: Eros, el dios del amor.

Y el folio sin numerar que encabeza nuestro tercer grupo comienza diciendo: «Voy a hablaros hoy de un tema hasta poco vedado por la civilización como inmoral: el sexo, el dios Eros».



Laboratorio. Médico. Psicoanalítico.
Voy a hablaros hoy de un tema hasta poco vedado por la civilización como inmoral: el sexo, el dios Eros. La psicología sexual hasta hace pocos años solo se trataba como tema puramente o accidental a un tema

El grupo uno de manuscritos, que consideramos la versión «final» aunque incompleta de este trabajo, atendiendo fundamentalmente a la calidad de la caligrafía y de la redacción, nos permite analizar los cambios que el mismo párrafo fue sufriendo entre uno y otro intento, ilustrando los movimientos, supresiones, agregados y modificaciones que el autor realiza

en el proceso de escritura cuando aborda, según sus propias palabras, este vedado y polémico tema: «la cuestión sexual», «Eros, el dios del amor», «el sexo, el dios Eros».

Hemos elegido este ejemplo como paradigmático, ya que ubica al Dr. Pérez Pastorini en un lugar de avanzada para su época, al tratar públicamente la «cuestión sexual» vinculada a la concepción etiológica de la neurosis desarrollada por Freud y que constituye uno de los pilares originales del psicoanálisis. Demuestra a lo largo de estos manuscritos sus sólidos conocimientos sobre la teoría psicoanalítica al mismo tiempo que su compromiso con la difusión de tales ideas. Su intención explícita de dar a conocer las ideas freudianas en cuanto a esta concepción etiológica y de trabajar en el sentido de la profilaxis infantil de la neurosis lo sitúa, a nuestro entender, en un lugar pionero y de relevancia en el proceso de desarrollo del psicoanálisis en nuestro país.

Por otro lado, en el tercer grupo de manuscritos se priorizará en la argumentación teórica el descubrimiento de la libido y a su descubridor. Escribe el Dr. Pérez Pastorini:

Pero no sigamos sin descubrirnos ante su descubridor ante la ciencia psicológica, que es [este] genio que tiene algo de mago persa y de poeta. Sigmund Freud. Él fue quien no por intuición o deducción filosófica, sino basado en el estudio objetivo en sus enfermos neuróticos [...] descubrió [...] buceando en las profundidades de nuestra vida anímica llevando como antorcha encendida esa fuerza ~~ciega~~ ese impulso que domina al mundo desde sus comienzos que le llamó «libido». (folio 9)

Unas líneas más adelante, prosigue:

Sintió dolor al comprobar ~~todo~~ y remover ciego; pero también —genio al fin— supo deducir y encontrar profundas bellezas ~~también~~ hasta allí ignoradas hasta poder exclamar: tiene el hombre mucho ciego, pero también bondades que ignora: 'Las presentó al mundo. Y aquí su 2ª y más terrible lucha que hombre de ciencia alguno tuvo que sufrir. La verdad que al decir del mismo Freud trastornó el sueño del mundo` es el descubrimiento de nuevas profundidades psíquicas [...] que se llama inconsciente el Ello. (folio 10)

Un estilo de escritura que podría ubicarse en continuidad con el estilo literario de Freud en algunas de sus obras, nos permite vislumbrar algunos rasgos de la posición transferencial del Dr. Pérez Pastorini en relación con Freud. Las expresiones: «genio», «mago persa y poeta», «descubridor» y «hombre de ciencia» situarían algunas características de esta posición. Pero no solamente Freud será referido en estos manuscritos. El análisis de las citas y referencias a otros autores, nos ha permitido identificar a varios de ellos y avanzar en el establecimiento de relaciones entre los autores y obras citadas, y los discursos disciplinares en los que se inscriben.¹⁹

En total son nueve los autores referidos explícitamente: Sigmund Freud, Augusto Murri, Thomas Mann, Georg Groddeck, René Laforgue, Franz Alexander, Charles Baudouin, Marie Bonaparte y Anna Freud. En líneas generales podemos identificar aquí a varios discípulos directos de Freud (Laforgue, Bonaparte, Anna Freud, Alexander, Groddeck), y otros autores cercanos al psicoanálisis desde diversas disciplinas: psicología y medicina (Murri), psicosomática (Alexander y Groddeck), y literatura como es el caso de Thomas Mann, en relación al cual extractamos del primer grupo de manuscritos:

Pero antes de seguir adelante dado mi creencia de que es posible de que estéis sensibilizados contra el psicoanálisis en estos últimos tiempos, diré la opinión de un profano en el método pero profundo conocedor del alma ya que es un poeta, el de Thomas Mann, premio Nobel de hace pocos años, que en un artículo intitulado «El rol de Freud en la historia del pensamiento moderno» [...] muestra la importancia revolucionaria del psicoanálisis.

Analizando brevemente el texto identificamos aquí y en primer lugar un corte temporal: «antes de seguir adelante», estableciendo una pausa que paradójicamente anticipa la utilización de un fundamento para lo que él supone —«mi creencia»— es la posición del radio escucha: «es posible

19 La caligrafía del Dr. Pérez Pastorini nos presentó dificultades en el momento de la transcripción y la identificación de autores. Otros autores son solamente aludidos, y no referidos explícitamente. También en estos casos, que presentan una mayor complejidad para el análisis, hemos logrado avanzar en algunos aspectos.

que estéis sensibilizados contra el psicoanálisis», posición enunciativa que ubicamos también en continuidad con el estilo de Freud, cuando se anticipa a las posibles críticas u objeciones de sus lectores, intercalando interlocuciones con otros, en el cuerpo mismo de la texto.

Desde el campo de la Literatura cita a un poeta premiado «profundo conocedor del alma» que declara su simpatía hacia el psicoanálisis, encontrando en un tercero, el argumento «importancia revolucionaria» que hace suyo y desarrolla a lo largo del manuscrito. Señalamos, por otro lado, la referencia temporal «premio Nobel de hace pocos años», que nos permite situar con mayor probabilidad el manuscrito de la alocución radial en la década del treinta. El artículo citado como «El rol de Freud en la historia del pensamiento moderno», correspondería a una disertación de Mann pronunciada en Munich en el año 1929 titulada *El puesto de Freud en la historia del espíritu moderno*, que se incluye en una publicación cuya edición es del año 1984²⁰. La similitud de los contenidos permite suponer una traducción del propio Dr. Pérez Pastorini o la existencia de una edición en español de la época, que no hemos logrado ubicar.

A continuación nos detendremos en otro de los autores referidos, también en el primer grupo de manuscritos: Georg Groddeck, controvertido médico alemán (1866-1934) y que es considerado por algunos autores como el padre de la medicina psicosomática (Grossman & Grossman, 1967)²¹, y por otros como el creador de la psicosomática psicoanalítica (Ávila, 1997).

El Dr. Pérez Pastorini introduce la referencia al «Ello de Groddeck», luego de desarrollar en el manuscrito la segunda tópica freudiana. Escribe: «no es verdad que nosotros (yo) vivamos, en verdad nosotros en gran parte somos o venimos vividos y aquello que vive es el Ello» (folio 4). Resulta

20 Mann, T. (2000). *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*. Madrid: Alianza.

21 Grossman & Grossman (1967, p.13) señalan: «El folleto, *El origen psíquico y el tratamiento psicoanalítico de la enfermedad orgánica*, fue la primera investigación real de lo que ahora se llama enfermedad psicosomática» (p.60). Sin embargo, Groddeck «se habría mostrado inconforme con el término. *Psyche y soma* no eran para él entidades separadas, sino facetas de un todo». Otros autores, como Le Vaguerèse (1996, p. 140) citando a Roger Lewinter, señalan que «el término mismo de psicosomática, que no es de Groddeck, consagra la división del hombre en un cuerpo y un alma, dualismo contra el cual Groddeck no cesó de levantarse».

significativa su articulación teórica entre la noción groddeckiana y la clásica conceptualización de la segunda tópica, resultando una producción original, incluso audaz.

El «Ello» es un término que Freud toma de Groddeck. El mismo Freud lo menciona en distintas oportunidades²², introduciendo también la idea de que Groddeck a su vez, lo ha adoptado de Nietzsche. Mencionamos que las publicaciones de «El yo y el Ello» de Freud, y «El libro del Ello» de Groddeck se realizan casi simultáneamente, en el transcurso del año 1923. Sin embargo, el concepto de Ello de Groddeck no se corresponde exactamente con el de Freud, y tampoco con el concepto de Inconsciente. Es en este punto en que ubicamos la originalidad y audacia de la articulación del Dr. Pérez Pastorini. En primer término, el Ello de Groddeck no es una instancia psíquica (Le Vaguerèse, 1996), pero fundamentalmente su Ello «rige y gobierna todo lo que hace y todo lo que le acontece» (Groddeck, 1923:42) al hombre. En la carta fechada el 18 de junio de 1925 (Subirats, 1977:112) escribe Freud a Groddeck: «En su ello no reconozco como es natural a mi Ello, civilizado, burgués, despojado de misticismo». Entendemos que esta articulación conceptual del Dr. Pérez Pastorini, daría cuenta de una forma de recepción de las ideas freudianas que implica una posición de interlocución, activa y crítica frente a la lectura de textos de diferentes autores, y posiblemente también frente al proceso de construcción de su práctica clínica²³.

La sola referencia a Groddeck y a Alexander en estos manuscritos, nos permite establecer una continuidad entre los discursos del psicoanálisis y la psicósomática en las conceptualizaciones del Dr. Pérez Pastorini. Señalamos que siguiendo este camino encontraremos a Ángel Garma, analista didacta del Dr. Pérez Pastorini, quien además de numerosas publicaciones vinculadas a la psicósomática, conoció en Berlín a muchas figuras de la historia del psicoanálisis y de la psiquiatría, algunos de los cuales fueron

22 Subirats (1977). *Correspondencia Sigmund Freud...*, p.89 y p.112; Freud, S. (1975, p. 246), (1999, p.25), (1975, p.67).

23 Entendemos que esta conjetura amerita un análisis exhaustivo, objeto central de la investigación en curso.

incluso compañeros de seminarios como es el caso de Franz Alexander y Georg Groddeck, entre otros (Iñaki Markez, 2006).

La figura de Garma, junto a Pichón Rivière y otras personalidades vinculadas al psicoanálisis y a la psicossomática argentina serán objeto de nuestro trabajo de investigación en los próximos meses. ♦

RESUMEN

El presente trabajo reúne avances de la investigación que venimos desarrollando sobre la figura de quien es considerado el primer psicoanalista del Uruguay, el Dr. Valentín Pérez Pastorini.

La misma es posible gracias a la preservación que los herederos del Dr. Pérez Pastorini realizan de su biblioteca personal —conformada por sus libros, revistas, manuscritos, correspondencia, fotografías, entre otros—, y al acuerdo establecido con el grupo «Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay» (FCPU-Facultad de Psicología, Udelar) para procesar las fuentes y analizar los valiosos datos que allí se encuentran.

Tomando *arké* como origen del psicoanálisis, como registro y preservación de documentos, archivos y textos originales, enfocamos el trabajo sobre los avances realizados en relación a las fuentes ubicadas en la biblioteca personal del Dr. Pérez Pastorini: (1) Libros y revistas científicas. (2) Manuscritos de alocuciones radiales, seleccionados entre los trabajos clínicos de carácter público.

Se presenta asimismo, una reseña biográfica que aporta datos de interés para la comunidad psicoanalítica.

Descriptor: HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / INSTITUCIÓN PSICOANALÍTICA / BIOGRAFÍA / INVESTIGACIÓN / INTERDISCIPLINA / MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Autor-tema: Pérez Pastorini, Valentín

ABSTRACT

The present work gathers advances of the investigation that we have been developing on the figure of who is considered the first psychoanalyst of Uruguay, Dr. Valentín Pérez Pastorini.

It is possible thanks to the preservation that the heirs of Dr. Pérez Pastorini make of their personal library -formed by their books, magazines, manuscripts, correspondence, photographs, among others-, and to the agreement established with the group *Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay* (FCPU - Faculty of Psychology, Udelar) to process the sources and analyze the valuable data found there.

Taking *arké* as the origin of psychoanalysis, as registration and preservation of original documents, files and texts, we focus the work on the advances made in relation to the sources located in the personal library of Dr. Pérez Pastorini: (1) Books and scientific journals. (2) Manuscripts of radio addresses, selected from public clinical works.

It also presents a biographical review that provides data of interest to the psychoanalytic community.

Keywords: HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / PSYCHOANALYTIC INSTITUTION / BIOGRAPHY / RESEARCH / INTERDISCIPLINE / COMMUNICATIONS MEDIA

Author-Subject: Pérez Pastorini, Valentín

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agorio, R. (1948). Homenaje al Dr. Valentín Pérez Pastorini. *Revista de Psiquiatría del Uruguay. RPU XIII (78)*. Sociedad de Psiquiatría, Montevideo, pp.3-4.
- Ávila, L. (1997). A Alma, o Corpo e a Psicanálise. *Psicologia Ciência e Profesao*, vol 17, N° 3, pp.35-39.
- Barrán, J.P. (1995). *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos. Tomo 3: La invención del cuerpo*. Montevideo: Banda Oriental.
- Bruno, G. (2000). Notas para una historia del psicoanálisis en el Uruguay. En *V Jornadas de Psicología Universitaria: Psicólogos y psicologías entre dos siglos. Consultas, demandas e intervenciones* (pp.427-431). Montevideo: UR, FP.
- Bruno, G. (2001). Notas para una historia del psicoanálisis en el Uruguay. *Revista Querencia*, n°3. Recuperado de: www.querencia.psic.edu.uy.
- Capurro, R. (2005). ¿Lacan en Montevideo? *Itinerario*, Año 2, n°4.

- Capurro, R. y D. Nin (1995). *Extraviada. Del parricidio al delirio*. Buenos Aires: Edelp.
- Carrasco, J. C. (s/f). Aproximación descriptiva de fases o etapas en el desarrollo de psicología uruguaya. *Historia de la Universidad y la Psicología en el Uruguay*. Montevideo: CEUP – Departamento de publicaciones.
- Casarotti, H. (2007). Breve síntesis de la evolución de la Psiquiatría en el Uruguay. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 71(2), pp. 153-163.
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós.
- Dagfal, A. (2012). Historias de la psicología en la Argentina (1890-1966). Entre ciencia natural y disciplina del sentido. *Revista Ciencia Hoy*, 126 (21), pp. 25-29.
- Donya, G., Florio M. (2017). Proyecto "La concepción etiológica y el abordaje de la neurosis en la clínica del Dr. Valentín Pérez Pastorini. 1924-1948".
- Donya, G. (2017). Profilaxis de las neurosis en Valentín Pérez Pastorini. Indicios de una continuidad entre los discursos higienistas, la pedagogía y el psicoanálisis. Sin publicar.
- Dunker, Ch. (2011). *Estrutura e constituição da clínica psicanalítica. Uma arqueologia das práticas de cura, psicoterapia e tratamento*. San Pablo: Annablume.
- Dunker, Ch., Paulon, C. & Milán, G. (2016). *Análise Psicanalítica de Discurso. Perspectivas lacanianas*. Sao Paulo: Estacao das letras e cores.
- Fernández, S., Ferragutti, G., Cottone, S. & Barrera, M. (2016). Digitalización y serendipia. Triangulación institucional en la puesta en valor del "Archivo Ángel Garma", *Revista Culturas Psi*, 6, pp. 158-168.
- Freire de Garbarino, M. (1988). Breve historia de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 68, 1-10.
- Foucault, M. (1957). *La Psicología de 1850 a 1950*. Recuperado de: www.elseminario.com.ar/biblioteca/foucault_psicologia_1850_1950.htm
- Foucault, M. (1963). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1969). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1975a). *Obras Completas: Volumen XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1975b). *Obras Completas: Volumen XXII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999a). *Obras Completas: Volumen III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999b). *Obras Completas: Volumen III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999c). *Obras Completas: Volumen VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999d). *Obras Completas: Volumen VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999e). *Obras Completas: Volumen IX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1999f). *Obras Completas: Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- García, F. y Donya, G. (2016). *Higienismo y profilaxis. El psicoanálisis y sus interlocutores en las décadas del treinta y del cuarenta en el Uruguay*. Actas del XVII Encuentro Argentino de Historia de la Psiquiatría, la Psicología y el Psicoanálisis Set-Oct., Volumen 17, Buenos Aires, Argentina. ISSN 1851-4812., pp: 284-290.
- Garma, A. & otros (1949). Actas de la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Acta N°43, folios 116 y 117.
- Garma, A. (1954). *Génesis psicósomática y tratamiento de las úlceras gástricas y duodenales*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- Garma, A. (1971). *El Psicoanálisis. Teoría, clínica y técnica*. Buenos Aires: Paidós.
- Gil, D. (1995). *El yo herido. Escritos en torno al yo y al narcisismo*. Montevideo: Trilce.
- Groddeck, G. (1983). *Las primeras 32 conferencias psicoanalíticas para enfermos*. Buenos Aires: Paidós.

- Groddeck, G. (1973). *El libro del Ello. Cartas psicoanalíticas a una amiga*. Madrid: Taurus,
- Grossman, C. & Grossman, S. (1967). *El psicoanalista profano: vida y obra de Georg Groddeck*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Korovsky, E. (1985). El psicoanálisis en el Río de la Plata. *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, 1(4), pp. 25-44.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario: Seminario XVII*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Le Vaguerèse, L. (1996). Introducción a la obra de Groddeck. En J.D. Nasio (Comp.), *Grandes Psicoanalistas. Introducción a las obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein*, pp. 123-158. Barcelona: Gedisa.
- Mann, T. (2000). El puesto de Freud en la historia del espíritu moderno. En *Schopenhauer, Nietzsche, Freud* (pp. 136-167). Madrid: Alianza.
- Marín, H. (1995). Apuntes para una Historia del Psicoanálisis en Argentina. *Revista Asclepio*, 47(1), pp. 81-100. Buenos Aires.
- Mannoni, M. (1980). *La teoría como ficción: Freud, Groddeck, Winnicott, Lacan*. Barcelona: Crítica.
- Markez, I. (2006). El joven Garma: de Berlín y Madrid a la organización del psicoanálisis argentino. *Revista de la Asociación. Española de Neuropsiquiatría*, 26 (98), pp. 335-368.
- Milán, G. & García, F. (2016). *Algunas consideraciones en torno al texto "Un caso de mutismo" de V. Pérez Pastorini*. Ponencia presentada en el IX Congreso de APU: «El cuerpo - encrucijadas», Montevideo, Uruguay.
- Pecheux, M. (1978). *Análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- Pecheux, M. (1997). A análise de discurso: Três épocas (1983). En Gadet, F. e T. Hak (orgs). *Por uma análise automática do discurso*. Campinas: Editora da Unicamp.
- Pecheux, M. (2002). *O discurso: estrutura ou acontecimento*. Campinas: Pontes.
- Pérez Gambini, C. (1999). *Historia de la Psicología en el Uruguay. Desde sus comienzos hasta 1950*. Montevideo: Arena.
- Plotkin, M. (2003). Freud en las Pampas. Buenos Aires: Sudamericana.
- Plotkin, M. (2009). Psicoanálisis y *habitus* nacional: un enfoque comparativo de la recepción del psicoanálisis en Argentina y Brasil (1910-1950). *Memoria y Sociedad*, 13 (27), 61-85.
- Quiñones Vidal, E., Peñaranda, M. & García Quiñones, E. (2008) El colegio invisible de Ángel Garma y el papel de sus colaboradores en el psicoanálisis argentino. *História, Ciências, Saúde – Manguinho*, 15 (2), 543-557.
- Roudinesco, E. & Plon, M (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Ruperthuz, M. (2013). *Freud y los chilenos: Historia de la recepción del psicoanálisis en Chile (1910-1949)*. Tesis para optar al Grado de Doctor en Psicología, Escuela de Postgrado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Savio, K. (2015). Aportes de Lacan a una teoría del discurso. *Folios, Segunda época*, 42, 43-54.
- Sicco, A. (1948). Homenaje al Dr. Valentín Pérez Pastorini. *Revista de Psiquiatría del Uruguay. RPU XIII (78):3*. Sociedad de Psiquiatría, Montevideo.
- Subirats, E. (1977). *Correspondencia Sigmund Freud-Georg Groddeck*. Barcelona: Anagrama.
- Vallejo, M. (2008). *Los miércoles por la noche, alrededor de Freud. La construcción del discurso psicoanalítico a la luz de las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*. Buenos Aires: Editorial Letra Viva.
- Vallejo, M. (2011). *Teorías hereditarias del siglo XIX y el problema de la transmisión transgeneracional. Psicoanálisis y biopolítica*. Tesis de Doctorado, Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.
- Vezzetti, H. (1986). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichón Riviere*. Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, H. (1989). *Freud en Buenos Aires, 1910-1939*. Buenos Aires: Puntosur.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS REFERIDAS

Anales de la Universidad (1942), Año II, Entrega N°14, (en línea). Recuperado de: <http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/>

El bien público, (en línea). Recuperado de: <http://anaforas.fic.edu.uy/jspui/>

POEUR. Programa Oficial de Estaciones Uruguayas de Radio. Primer semanario de radiotelefonía (1931-1939). Montevideo: Director- Redactor responsable: Juan Arjona.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1929), Nos. 3, 4 y 6. Montevideo.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1930), Nos. 8, 9, 10 y 12. Montevideo.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1936), N° 2. Montevideo.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1937), N° 10, julio-agosto 1937. Montevideo.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1938), N° 18. Montevideo.

Revista de Psiquiatría del Uruguay. Órgano oficial de la Sociedad de Psiquiatría (1948), N°78 noviembre-diciembre 1948. Montevideo.

Revista Uruguaya de Psicoanálisis. (1956) Año 1, No 1. Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Montevideo

CORPUS

469 obras presentes en la biblioteca personal del Dr. Valentín Pérez Pastorini, conservada por sus herederos.

Pérez Pastorini, V. (Sin fecha). Manuscritos de alocución radial "El psicoanálisis en la profilaxis infantil de las neurosis". y de su Currículum Vitae. Material sin publicar.

Libro de Actas de la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), Acta No 43, 20 de abril de 1949, folios 112-119. Material brindado gentilmente a FCPU por la Biblioteca y Archivo de APA.

ANEXO

Datos obras biblioteca Dr. Valentín Pérez Pastorini

Trabajo realizado por Ay. Lic. Gabriela Donya y Ay. Lic. Mariana Florio.

Grupo de investigación «Formación de la Clínica Psicoanalítica en el Uruguay» (FCPU), coordinado por Prof. Agdo. Dr. Guillermo Milán. Facultad de Psicología - Udelar.

1, Cantidad de obras según país de edición y país del autor

PAÍS EDITOR	Nº	%
Argentina	60	13
Bélgica	1	0
Brasil	5	1
Chile	2	0
España	67	14
Estados Unidos	79	17
Francia	236	50
Inglaterra	1	0
Italia	4	1
México	5	1
Perú	1	0
Rusia	1	0
Uruguay	7	1
TOTAL	469	100

PAÍS AUTOR	Nº	%
Alemania	14	3,0
Argentina	24	5,1
Austria	35	7,5
Bélgica	3	0,6
Brasil	4	0,9
Chile	2	0,4
Escocia	1	0,2
España	23	4,9
Estados Unidos	79*	16,8
Francia	239	51,0
Hungría	8	1,7
Inglaterra	6	1,3
Italia	6	1,3
México	2	0,4
Perú	2	0,4
Polonia	1	0,2
Rusia	5	1,1
Suiza	5	1,1
Uruguay	10	2,1
TOTAL	469	100,00

(*). Entre estas 79 obras, se encuentran 44 revistas de psicoanálisis y de psicopatología que contienen trabajos escritos por autores de Estados Unidos junto a autores de otras nacionalidades, que no se desglosan.

2. Cantidad de obras publicadas y de autores por continente

CONTINENTE	PAÍS EDITOR	%	PAÍS AUTOR	%
Europa	309	65,8	341	73
Latinoamérica	80	17	44	9
América del Norte	79	16,8	79*	17
Asia	1	0,4	5	1
TOTAL	469	100	469	100

(*) Entre estas 79 obras, se encuentran 44 revistas de psicoanálisis y de psicósomática que contienen trabajos escritos por autores de Estados Unidos junto a autores de otras nacionalidades, que no se desglosan.

3. Obras según disciplina (cronológico)

		DISCIPLINAS								
AÑOS	TOTAL	Medicina	Psiquiatría	Psicoanálisis	Psicología	Psicosom.	Psic- Psicoan	Psicoter.	Literat.	Varios
Hasta 1910	25	15	1	0	1	0	0	0	5	3
1911-1920	89	71	11	0	3	0	0	0	0	4
1921-1930	138	34	34	27	5	0	3	0	3	28
1931-1940	55	5	10	25	3	3	2	4	3	0
1940 al final	162	12	16	60	9	12	7	8	20	16
	469	137	72	112	21	15	12	12	31	51

4. Cantidad de obras según disciplina

DISCIPLINA	PAÍS AUTOR	TOTAL
Medicina	Varios	137
Psicoanálisis	Varios	112
Psiquiatría	Varios	72
Literatura	Varios	31
Psicología	Varios	21
Psicosomática	EEUU-Arg	15
Psicoanálisis y Psiquiatría	Francia	12
Filosofía	Varios	8
Psicología Experimental	Fra-Rus	5
Psicología-Psicoanálisis	Fra-Hung-Brasil	5
Sociología	Varios	5
Antropología	Varios	4
Psicoanálisis y Psicología	Arg. EEUU	4
Gramática	España	3
Historia	Esp-Arg	3
Neuropsiquiatría	Arg.Bras.Fra	3
Neurología	Francia	3
Arte	Varios	2
Educ. sexual	Sui-Ingl.	2
Educación	Francia	2
Música	Arg. Fra	2
Psicología Médica	Francia	2
Psicoterapia	Arg. Alem	2
Terapéutica	Francia. Alem	2
Bio-psicología	Francia	1
Biotipología	Francia	1
Epistemología	Francia	1
Física-Matem.	Argentina	1
Hipnosis	Uruguay	1
Id.Francés	España	1
Mitología	Francia	1
Oratoria	Francia	1
Política	Argentina	1
Psicoanálisis y Educación	Suiza	1
Psicología infantil	Alemania	1
Salud	Argentina	1
Total		469

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

*Klein con Lacan: un estudio de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay y sus efectos en las prácticas clínicas (1964-1982)*¹

GONZALO GRAU²

INTRODUCCIÓN

Tal como sucedió en otros países de la región, en Uruguay el psicoanálisis se desarrolló, desde su institucionalización en la década de 1950, y hasta la década de 1970, con una orientación kleiniana dominante. Es a partir de la década de 1970 que el psicoanálisis del Río de la Plata se desplaza de este escenario kleiniano a una situación de «pluralismo abierto a múltiples enfoques» (Bernardi, 2010, p. 90). Precisamente, la relevancia de estudiar esta época estaría dada por el hecho de que constituiría un punto de inflexión en la historia del psicoanálisis uruguayo. Entre estos «nuevos enfoques»

- 1 Este texto corresponde a una versión modificada de un apartado perteneciente a la tesis de Maestría «Klein con Lacan: un estudio discursivo de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay (1955-1982)», autoría de (GG) y dirección de tesis de (GM). La tesis, recientemente defendida, puede ser recuperada de www.colibri.udelar.edu.uy (repositorio institucional de la Universidad de la República). Asimismo, esta investigación se enmarca en el trabajo del grupo «Formación de la clínica psicoanalítica en el Uruguay» (FCPU) de la Facultad de Psicología (Udelar), y fue financiada por la *Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII)* en el marco de una beca de posgrado (Código: POS_NAC_2015_1_110134).
- 2 Licenciado en Psicología. Magister en Psicología Clínica. Universidad de la República. gongrau@gmail.com

que comenzaron a desarrollarse en aquel momento, habría tenido un lugar destacado la perspectiva de Jacques Lacan (cf. Bernardi, 2002, p. 266). Es por ello que en este trabajo nos proponemos estudiar algunos efectos de la recepción de las ideas lacanianas en las prácticas clínicas.

Si se explora la bibliografía psicoanalítica publicada en Uruguay durante aquella época —década de 1970 y principios de la década de 1980— se puede constatar un aumento progresivo de referencias y alusiones a Lacan, fenómeno que es concomitante al surgimiento de grupos de estudio sobre sus textos, la visita de algunos de sus discípulos directos, e, igualmente, la fundación en 1982 de la *Escuela Freudiana de Montevideo* (EFM), primera institución específicamente lacaniana en Uruguay. Ahora bien, estos fenómenos, ¿estuvieron acompañados de cambios en la forma de trabajo clínico? Según Bernardi (2007), «podría cuestionarse en qué medida estos cambios en la producción escrita reflejan cambios reales en la forma de trabajo, pues los modelos operativos del analista podrían continuar incambiables aunque se modifiquen sus convicciones teóricas» (p. 179). Este es precisamente el problema que buscamos abordar en este trabajo.

Las perspectivas de Klein y Lacan suponen diferencias teóricas importantes, que conducen a prácticas clínicas divergentes; se trataría de paradigmas verdaderamente *incommensurables* (cf. Allouch, 1993/2006, 1994; Baños Orellana, 1995; Bernardi, 1989; Birman, 2014). Por esta razón, sería esperable encontrar diferencias en las prácticas clínicas *antes y después* de Lacan, especialmente en aquellos analistas que fueron más notoriamente influidos por estas ideas. Uno de los puntos en donde se aprecia más nítidamente la diferencia entre las perspectivas teóricas de Klein y Lacan es en su concepción del *lenguaje*, y esta diferencia desemboca en distintas formas de *leer e interpretar* el material clínico. Así, la forma en que los analistas *leen e interpretan* se convierte en un punto privilegiado al momento de examinar los efectos de las ideas lacanianas en las prácticas clínicas.

Nuestra principal referencia teórica-metodológica se localiza en la tradición de estudios discursivos iniciada en Francia por Michel Pêcheux. Asimismo, hemos introducido puntualmente algunos aportes del *método arqueológico* (Foucault, 2002) y del *análisis psicoanalítico del discurso* (Dunker, Paulon, & Milán-Ramos, 2016), enfoques que mantienen cierta concordancia epistemológica con la propuesta de Pêcheux. Así, hemos

caracterizado *operativamente* al kleinismo y al lacanismo como *formaciones discursivas* (Foucault, 2002; Pêcheux, 2016). Ciertamente el kleinismo y el lacanismo han trascendido las obras de Klein y Lacan, dando lugar a movimientos que han adoptado *objetos, tipos de enunciación, conceptos y elecciones temáticas* específicas. Si bien *kleinismo* y *lacanismo* no son unidades homogéneas, para ambos casos se pueden identificar formas propias de transmisión y legitimación, reglas y rituales específicos, retóricas y estilos diferenciales. Esta es la razón que ha llevado a algunos autores a elevar estas perspectivas teóricas al estatuto de *paradigmas*.

Para llevar adelante este estudio construimos un corpus de datos a partir de diversas fuentes, de las cuales la principal fue la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP), órgano oficial de la *Asociación Psicoanalítica del Uruguay* (APU). Hemos hecho uso de dos tipos de texto: casos clínicos y artículos teórico-doctrinales. Si bien en este trabajo hemos incorporado tan solo algunos pocos materiales discursivos —en beneficio de la claridad—, el lector puede acceder al corpus de datos completo (Grau, 2018). Para realizar el análisis hemos hecho énfasis en la concepción del lenguaje que está en juego en los diferentes materiales discursivos, así como en la lógica que sostiene la lectura-interpretación del material clínico.

Elegimos como recorte cronológico el período que va de 1955 a 1982: en 1955, con la fundación de la APU, comienza a consolidarse la institucionalización del psicoanálisis; y en 1982, con la fundación de la EFM, «culmina» un primer momento de institucionalización del lacanismo.

DOS FORMAS DE LEER

Antes de emprender el análisis, compararemos las formas de lectura-interpretación «kleiniana» y «lacaniana» a partir de algunos ejemplos. Véase la siguiente interpretación «kleiniana» de las asociaciones de una paciente, que siguieron a un sueño:

Al proseguir sus asociaciones, resultó evidente que la señorita P. representaba a su analista y a su madre, que la cena representaba el pecho, y que en cuanto fue mencionado el Dr. Y, provocando en la paciente poderosos celos edípicos inconscientes, sintió que había atacado el pecho con sus dientes y

lo había convertido en los pedacitos sangrantes representados por el dulce de cerezas. (Segal, 1981, p. 108)

Este estilo de lectura-interpretación, caracterizado por un profuso empleo de referencias corporales y una considerable determinación en las aseveraciones, parecería haber perdido cierta vigencia. Da la impresión de que se trataría de una retórica antigua y lejana en psicoanálisis, de forma que las «resistencias» que podría generar hoy día se explicarían por un desfase de época. Por ejemplo, para el caso de la retórica de las interpretaciones freudianas, Dunker (2016, p. 40) argumenta que su desgaste es directamente proporcional a la absorción de esa retórica por la cultura. La retórica, al ser dependiente de una estética, sería susceptible de degradarse con el paso del tiempo. Igualmente, no nos ocuparemos tanto del *contenido* de las interpretaciones, sino de la *lógica* que subyace a ellas; esta lógica sí estaría presente en muchas de las interpretaciones clínicas actuales, aunque impregnada de una retórica más sutil y moderada, como muestra por ejemplo un estudio uruguayo publicado en 1997 (Bernardi et al., pp. 8–9). Las interpretaciones durante la década de 1960 serían «directas, incisivas, sin cuidado por disgustar al paciente. El analista es asertivo [...] Pretende llegar a niveles más profundos de ansiedad con un lenguaje referido a partes del cuerpo» (Bernardi et al., p. 97).

Veamos cómo procede la lectura del material clínico en el ejemplo introducido. Se advierte allí una lectura realizada por la *vía del significado*: todos los elementos tendrían un significado propio, y este es presentado como *evidente*. Esta forma de lectura estaría apoyada en la lógica de la representación: «la señorita P. representaba a su analista y a su madre»; «la cena representaba el pecho»; «pedacitos sangrantes representados por el dulce de cerezas». Los elementos que operan como símbolos se sostendrían a sí mismos en tanto tales; valdrían más por sí mismos que por su relación con otros símbolos (GG, 2018).

Más allá de las asociaciones de la paciente —que la analista toma en cuenta para la interpretación—, el «significado inconsciente» de varios de los elementos del material se alcanzaría a través de una *analogía* que parece realizar la propia analista: lo que aquí le podría haber revelado que «la cena representaba el pecho» sería que, entre los elementos en juego

(«cena» y «pecho»), podría evocarse un término común —por ejemplo, el «alimento»—, y a su vez, que la cena la ofrecía la «señorita P», que «representaba a su madre». Algo similar ocurriría con el «dulce de cerezas»; según el relato del sueño, la paciente decía que le parecía haber «mordido pedacitos sangrantes de algo» (Segal, 1981, p. 108), pero es la analista quien, al parecer, asocia esto con «pedacitos del pecho que habría atacado con sus dientes» —los «pedacitos sangrantes de cerezas» tendrían una forma o consistencia «similar» a los «pedacitos sangrantes del pecho»—.

Otra característica de esta forma de lectura sería el énfasis en los «objetos primarios», que funcionarían como referentes últimos («madre», «pecho atacado con sus dientes», «pedacitos sangrantes») y que, en su mayoría, estarían asociados a partes del cuerpo. El énfasis en la función referencial haría que todas las interpretaciones tiendan a conducir, casi siempre, hacia los *mismos* objetos en todos los casos.

Muchas veces, en esta forma de lectura-interpretación, las asociaciones del paciente quedan en un lugar secundario:

Segundo sueño: Comía *porridge* en un lindo tazoncito con pajaritos blancos pintados, pero al comenzar a comerlo sintió repugnancia y miedo porque encontró tres objetos dentro del *porridge* que le cortaron los labios y se le quedaron atragantados. Los tres objetos eran: una crucecita rota, un monedero desgarrado, y una jaula con ganchos.

Asoció los pajaritos del tazón con mi nombre [en inglés hay homofonía con el nombre de la analista]. Con respecto a los tres objetos, después de cierta resistencia asoció la cruz con su propio malhumor [en inglés hay ambigüedad en la palabra “*cross*”, que puede significar “cruz” pero también “estar malhumorado”] y el monedero con la vagina. Yo tuve que sugerirle que la jaula con ganchos representaba la vagina conteniendo el pene.

[...] El tazón de *porridge* representa nuevamente el pecho [...] Siente el coito como muy malo y los pedazos de los genitales de los padres no sólo como dañados (el monedero desgarrado, la cruz rota) sino también vengándose y dañando. (Segal, 1981, p. 109)

Véase que la analista invita a la paciente a asociar, y ésta no asocia tanto por analogía sino por homofonía y ambigüedad, es decir, por *vía del*

significante; por el contrario, la analista interpretaría, fundamentalmente, por *vía de la analogía-significado*: «yo tuve que sugerirle que la jaula con ganchos representaba la vagina conteniendo el pene»; así mismo, el «monedero desgarrado» y la «cruz rota» representaban «los genitales de los padres dañados». La analista no hace énfasis ni se detiene —durante el comentario del sueño— en las asociaciones de su paciente, que relacionan los «pajaritos del tazón» con la analista y la «cruz rota» con «su propio malhumor»; propone otra lectura adicional, que hace equivaler «tazón» con «pecho» y «cruz rota» con «los genitales de los padres dañados».

Compárese ahora este procedimiento con una forma de lectura-interpretación «lacaniana», también de un sueño:

“Voy a lo de mi analista, estoy en un tren, estoy siempre en ese tren y por otra parte, es por eso que he querido dejarlo [...] Llego a la estación d’Angers, de inmediato, con pánico decido no ir, y tomo el tren en sentido inverso, y me despierto y me doy cuenta que es así como dejé al analista d’Angers, y me despierto aliviada”. Yo le repito “El analista peligro, es eso” [en francés hay homofonía entre “d’Angers” (de esa ciudad) y “danger” (peligro)].

No, por supuesto, porque los analistas d’Angers sean más peligrosos que los otros, pero intervenir así se justifica de acuerdo a lo que lo precedió. (Valas, 1995, p. 55)

El analista lee-interpreta por la *vía del significante*, haciendo uso de la homofonía entre «analista d’Angers» (*analista de la ciudad de Angers*) y «analista danger» (*analista peligro*). No hay tanto un miramiento por el significado, sino más bien un apoyo en la materialidad significante.

Habría diversas formas de leer el material por la *vía del significante*: podría ser explotando el *equivoco* —resaltando algún punto de ambigüedad-indeterminación del discurso, o haciendo uso de la homofonía, como en este caso—, pero también a partir de otras formas de vaciamiento o desestabilización del significado: por ejemplo, *aislando* algún elemento de la cadena discursiva a partir de una interrogación, de un corte, de una puntuación, de una acentuación, de la repetición de una frase, etc. En un sentido más amplio, se podría decir que se está leyendo y operando por la *vía del significante* siempre que se realice alguna

maniobra con los elementos discursivos atendiendo a sus relaciones internas-estructurales, co-variantes, y a su materialidad específica, más allá de la referencia a la dimensión del significado. Cualquiera de estas maniobras implicaría una operación sobre el sustrato material del lenguaje, que vacía, suspende o pone en cuestión el significado que, aparentemente, tendría determinado elemento. Pero esta operación no podría dejar de tener en cuenta el contexto discursivo, así como una *orientación* determinada, ya que cualquier palabra o expresión es susceptible de leerse en más de un sentido, de ser conectada homofónicamente con otra, de ser llevada a un punto de ambigüedad. Si se procediera explotando el *equivoco* de cualquier elemento, indiscriminadamente, desatendiendo el contexto del caso, se entraría en un callejón sin salida que haría imposible la lectura.

Hemos colocado los ejemplos anteriores de una forma simple y esquemática, a modo de ilustración; pero debe tenerse en cuenta que, en rigor, no es posible realizar una interpretación genuina, ni leer ningún material clínico, de esta forma —aisladamente del caso en cuestión, de su contexto discursivo, del momento del tratamiento y de la transferencia—.

LA FORMA DE LECTURA DEL MATERIAL CLÍNICO ANTES DE LACAN

En las décadas de 1950, 1960 y 1970 se observan, en los casos clínicos publicados por psicoanalistas en Uruguay, una proliferación de interpretaciones cuya lógica se sostiene en la noción de *símbolo*, tal como esta opera en el kleinismo. Presentamos, a modo de ejemplo, un fragmento extraído de un caso clínico de Gilberto Koolhaas, uno de los fundadores de la APU que al inicio mantuvo, al igual que el resto, una fuerte proximidad con el pensamiento de Klein, pero luego se volcó al estudio sistemático de la obra de Lacan. El caso fue publicado en 1952, años antes de la fundación de la APU:

1. ...siendo la pipa de barro en su estuche con accesorios no solo un símbolo del pene en su prepucio con los testículos, sino también del feto en su membrana con cordón y placenta como accesorios, formado de barro o sea materia fecal. (p. 43)

Estaríamos aquí ante una típica lectura por la *vía del significado*, pues parece suponerse que todos los elementos del material tendrían un sentido propio que debería ser revelado por el analista. Asimismo, estaría funcionando la noción de *símbolo* (cf. Saussure, 2012, p. 145): la «pipa de barro en su estuche con accesorios» simboliza el «pene en su prepucio con los testículos» y también el «feto en su membrana con cordón y placenta como accesorios». La relación entre lo «simbolizado» y su «simbolizante» sería *motivada* (cf. Ducrot & Todorov, 1976, p. 124), puesto que nada obligaría, *a priori*, a establecer tal conexión. Esta *motivación* parecería estar dada por una analogía: «pipa en su estuche con accesorios» tendría forma «semejante» a «pene con los testículos»; de igual modo, el «barro» tendría aspecto «similar» a la «materia fecal».

A pesar de que, *a priori*, no habría necesidad de establecer tales conexiones, para el analista el significado del material se presenta como evidente: «formado de barro o sea materia fecal». El conector explicativo «o sea» parecería mostrar aquí que la conexión entre «simbolizante» y «simbolizado» es leída *como si* fuera necesaria, o al menos, relativamente necesaria; como si hubiera una cierta estabilidad de los símbolos. Esto no implica que se sostenga una correspondencia biunívoca: «no solo un símbolo del pene... sino también del feto»; el «simbolizante» simbolizaría, en este caso, más de una cosa.

A continuación, presentamos secuencias discursivas en las cuales se aprecia la misma forma de lectura (las negritas son nuestras):

2. ...un gran revólver, traduce un **evidente** simbolismo fálico. (Koolhaas, 1956, p. 72)
3. El simbolismo **es evidente**: el descubrimiento de Marlène es de importancia cósmica porque representa un pecho idealizado... (W. Baranger, 1956, p. 42)
4. El significado del sueño **es evidente**... (W. Baranger, 1956a, p. 43)
5. ...la máquina de coser, símbolo **muy claro** del coito... (M. Baranger, 1956, pp. 156–157)
6. “Con un cuchillo grande, le cortaba la cabeza, las manos, todo”. **Claramente** el peligro de castración y de muerte. (M. Baranger, 1956, p. 153)

7. En un principio su actitud traducía **con evidencia** que yo era un objeto peligroso al que había que controlar e inmovilizar... (Freire de Garbarino, 1962, p. 631)
8. [El paciente dice] “El peluquero estaba parado detrás mío y me secaba el pelo con el secador de mano y hacía una fuerza bárbara, yo sentía como que me hacía presión [...]”. **Obviamente**, yo soy el peluquero... (de Urtubey, 1968, p. 57)
9. ...se masturbó introduciendo el pene en una zapatilla y colocando a la otra enfrente. “mirando”. **Me parece claro** que se trata de una fantasía de presencia del pene perseguidor en mi interior y lucha edípica para extraerlo. (de Urtubey, 1972, p. 415)

Según la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española (2010, pp. 593–594), adverbios como *obviamente* o *claramente* deben ser caracterizados como *adverbios evidenciales*, cuya función sería intensificar la fuerza de aquello que se asevera. En los fragmentos que transcribimos se puede constatar la presencia de diversos elementos discursivos con esta «función evidencial»: «un evidente simbolismo», «es evidente», «símbolo muy claro», «es claramente», «con evidencia», «obviamente», «me parece claro». Estos elementos, tal como están insertados en sus respectivas secuencias discursivas, darían cuenta de una supuesta transparencia del *símbolo*, de su estabilidad relativa, de forma similar a como lo hacía el conector explicativo «o sea» en el fragmento (1). En esta forma de lectura, los símbolos estarían rodeados de un halo de «evidencia» y «claridad», aunque no de la misma forma y en el mismo grado en cada uno de estos casos. Se podría representar, a partir de estos elementos discursivos, un gradiente que iría de mayor a menor transparencia-evidencia. Por ejemplo, «me parece claro» representaría un menor grado de transparencia que los otros casos, en la medida en que se introduce la primera persona del singular («me») y se presenta al modo de una opinión personal («me parece»), atenuando el grado de «evidencialidad» que aparece aseverada en los otros casos de forma más decidida: «es evidente», «es claramente». Estas dos últimas construcciones dejan poco espacio para una posible objeción del lector, en la medida que se lo empuja a un proceso de *identificación*: «si yo estuviera allí donde vos/él/x te encontrás/se encuentra, vería y pensaría

lo que vos/él/x ves/ve y pensás/piensa» (Pêcheux, 2016, p. 119). El gradiente que iría de «me parece claro» a «es claramente» puede ser comprendido en el marco del *mito continuista empírico-subjetivista* al que refiere Pêcheux (2016, p. 118), que iría de la «situación de origen» («yo, aquí y ahora, pienso/veo x») a la «propiedad universal» («todo sujeto, pensaría/vería x, siempre y en todas partes»).

En todos estos materiales discursivos se presupone una relación de *implicación* —el elemento «x» *implica* el significado «z»— y se apela a una *complicidad* con el lector; este último compartiría el supuesto implícito que permitiría conectar el «simbolizante» con lo «simbolizado», ya que, como hemos dicho antes, nada obligaría en principio a realizar tal conexión. Precisamente aquello que podría explicar la asociación entre los elementos, el «pensamiento» a partir del cual esta asociación se establece, no aparece explicitado en el texto; se da por sobreentendido. Pêcheux (2016) ha descrito, para ciertas formas enunciativas, esta necesidad de *complicidad* del lectoroyente: «vemos, así, aparecer una suerte de *complicidad* entre el locutor y aquel a quien se dirige, como condición de existencia de un *sentido* de la frase» (p. 108).³ Esta *complicidad* sería un efecto de lo que Pêcheux denomina *proceso de sostén*, puesto que el «pensamiento» que establece la conexión entre los elementos en juego permanece tácito; se da por sobreentendido, y de esta forma queda endosado al lector. Lo que no está dicho directamente, y que por otra parte sería aquello que sostiene esas afirmaciones, a la manera de un *discurso transverso* —lo que conecta «simbolizante» y «simbolizado»—, es la propia ilación analógica; por ejemplo: «la máquina de coser sería un símbolo muy claro del coito porque evoca el movimiento de la relación sexual, la penetración, etc.». Este «pensamiento» es el que no queda dicho explícitamente, y entonces, se presenta bajo las formas de: «todos saben que...», «es claro que...», etc., tal como ejemplifica Pêcheux (2016, p. 147).

El gesto que busca la complicidad del lector denuncia un espacio de potencial incertidumbre. En otros términos, cuanto mayor es la necesidad de apelar a la complicidad del lector, de acudir al lugar del *sobreentendido*

3 «Esta complicidad supone de hecho una *identificación del locutor*, es decir, la posibilidad de pensar lo que él piensa desde su lugar» (Pêcheux, 2016, p. 108).

—por ejemplo: «tal vez no estoy siendo claro, pero usted comprende»—, enfatizando la «claridad» y la «evidencia», mayor parecería ser la «amenaza» de una potencial desestabilización del sentido.⁴

La mayoría de las veces, aquello que aparece como lo «simbolizado» se ubica en el registro de lo corporal, de forma más directa y explícita en algunos casos («feto en su membrana con cordón y placenta», «materia fecal», «pene en su prepucio con los testículos»), de forma más engastada en un lenguaje teórico en otros («pene perseguidor», «pecho idealizado», «peligro de castración»). Parece seguirse la idea de la unidireccionalidad del simbolismo: *de lo concreto a lo abstracto*; la «máquina de coser» puede simbolizar el «coito», pero el «coito» nunca podría simbolizar la «máquina de coser».

Habría otros dos elementos característicos de las interpretaciones kleinianas, al menos tal como se practicaban en el Río de la Plata.⁵ Por un lado, la *interpretación de la transferencia*, que implicaría un acento en lo que se despliega en el momento presente de la sesión («aquí, ahora, conmigo»); esto llevaría a un menor uso de interpretaciones «historizantes» y a privilegiar las interpretaciones que apuntan a la relación con el analista. Por otro lado, la *contratransferencia* es habitualmente usada como «brújula» en la interpretación.

LA FORMA DE LECTURA DEL MATERIAL CLÍNICO *DESPUÉS* DE LACAN

En el psicoanálisis uruguayo, Lacan comienza a ser referenciado en publicaciones oficiales en la década de 1960. Algunos analistas habrían sido más notoriamente influidos por las ideas lacanianas que otros. Por esta razón, hemos analizado la forma de lectura del material clínico *después* de la recepción de Lacan, tomando fragmentos clínicos publicados por estos analistas.

Comenzaremos analizando un fragmento que pertenece a un caso clínico de un grupo terapéutico:

4 Lacan (2011) recomendaba, casi como un principio de método, lo siguiente: «cuídense de la gente que les dice: *Usted comprende*. Siempre lo hacen para que uno vaya a donde no había que ir. Es lo que ella hace [una paciente]: *Usted comprende bien*, quiere decir que ella misma no está muy segura de la significación» (p. 85).

5 La interpretación transferencial *exclusiva* habría sido una característica de la «escuela argentina», y no tanto de la «escuela inglesa» (cf. Acevedo de Mendilaharsu, 1984, p. 25).

10. Cortinas y libros son mencionados con particular insistencia. [...] Tanto el libro como la ventana pueden permanecer cerrados o ser abiertos. La ventana cerrada, que puede reflejar la imagen, representa al grupo en relación imaginaria; al abrir la ventana se pierde la imagen especular dando lugar a sentimientos de desvanecimiento de la identidad. El libro abierto representaría el acceso a la cultura, al lenguaje. Hay una vinculación entre disponer del cuerpo en el caminar y disponer del habla. El empezar a caminar indica separación, ruptura de la relación inmediata, sin distancia; al hablar la relación con los demás está mediatizada por el lenguaje. Ponerse de pie y caminar en la sesión es mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales. (Sopena, 1972, p. 479)

En este material discursivo aparecen expresiones lacanianas («relación imaginaria», «imagen especular»), así como un énfasis en el «lenguaje». Asimismo, habría una atención en la insistencia significativa: «cortinas y libros son mencionados con particular insistencia».⁶ Sin embargo, más allá de la presencia de expresiones y términos lacanianos, la lógica de lectura del material parecería ser kleiniana, tal como funcionaba en los ejemplos que analizamos antes. Predomina la lectura por *vía del significado*: todo allí tendría un significado, y el analista lo alcanzaría de forma directa, como si este fuera evidente: «la ventana [...] representa al grupo en relación imaginaria», «el libro abierto representaría el acceso a la cultura, al lenguaje», «empezar a caminar indica separación», «ponerse de pie y caminar [...] es mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales». Asimismo, el significado sería alcanzado por analogía: la «ventana cerrada» podría representar la «relación imaginaria» porque reflejaría la imagen; el «libro» podría representar el «lenguaje» porque está escrito, y también podría representar el «acceso a la cultura», puesto que comúnmente se asocia con ella; «empezar a caminar» podría indicar «separación» debido a que habría un alejamiento espacial de los demás; «ponerse de

6 Cabe agregar que el caso clínico del cual fue extraído este material discursivo contiene varias referencias explícitas a Lacan.

pie» se podría asociar a «mostrar y ver el cuerpo con sus características sexuales diferenciales» porque cuando se está de pie el cuerpo quedaría expuesto a la mirada de los otros. Todas estas ilaciones analógicas serían, de cierta forma, endosadas al lector; no quedan explicitadas en el texto, se dan por sobreentendidas.

La diferencia con las interpretaciones kleinianas *antes* de Lacan sería que, aquí, las referencias corporales parecerían haber sido desplazadas. Cambiaría el *contenido* de la interpretación —quedaría «lacanizado», por así decir— pero no tanto su lógica subyacente. Continuaría la saturación de sentido y lo que, desde el punto de vista lacaniano, podría considerarse una suerte de «sobreinterpretación»: todos los elementos del material *pueden y deben ser interpretados*, porque todo tiene algún significado «oculto» a revelar por el analista.⁷ Estaríamos ante una lectura por *vía del significado*, el cual es alcanzado rápidamente, y por lo general, por analogías y asociaciones propias del analista:

11. Al ser desflorada Cristina deja de ser una virgen entera e intacta; su cuerpo no es un falo. La desfloración es un efecto de diferenciación sexual, de encuentro con el otro sexo que rompe la imagen del espejo. [...] G. Koolhaas me ha indicado que con la desfloración de Cristina acontece la ruptura de la captación imaginaria, siendo la virgen una manifestación de Narciso. [...] El significado de la desfloración como cambio del registro imaginario en orden simbólico se expresa en la rotura del misal como álbum (de álbum: blanco, libro en blanco) que, como el espejo, sirve de matriz para la colección de estampitas amorosas, espejismos de Narciso. Luego es reconocido como libro que trasmite en la sucesión de sus hojas la Sagrada Escritura, la Ley del Padre. (Sopena, 1972, pp. 481–482)

Las diferencias más notorias en la forma de lectura-interpretación, y que los analistas de esta época más procuraban remarcar, estarían dadas por una

7 Recuérdese que las formaciones discursivas determinan lo que puede y debe ser dicho (Foucault, 2002, p. 63; Pêcheux, 2016, p. 142).

disminución de las «interpretaciones transferenciales», y, por otra parte, por un menor uso de la contratransferencia como brújula para la intervención (cf. W. Baranger, 1984, p. 18; Mieres de Pizzolanti, 1976, pp. 354–359). Hay materiales discursivos que muestran cómo, a partir del contacto con el pensamiento lacaniano, comienza a cuestionarse esta forma usual de intervenir. Véanse los siguientes fragmentos, extraídos de una de las discusiones clínicas producidas en el seminario que Leclaire dio en la APU en 1972:

12. Entonces, lo que traté de buscar fueron los elementos de conexión edípica conmigo para ver cómo me podía introducir en las otras escenas, que no sé cómo. [...] Y como el hermano mayor y yo nos encontramos en la fantasía, yo trato de actualizarlo en la sesión.

Mi duda es si esto no habría que denominarlo más, es decir, no trabajarlo tanto en una cosa aquí y ahora conmigo, sino que bueno, su hermano, su madre, su padre, un poco en la designación de todos. Fuera de la transferencia. (Analista presentando un caso en APU, 1972/2012, p. 105)

13. ... eso a mí no me conforma, porque me parece que se me escapan muchas cosas. Entonces me parece que tomar ese camino es seguir un camino ciego. Por eso me planteaba si para ponerse en otro lugar, podría no tocar la situación transferencial explícita y entrar por el lado de su relación familiar, nombrando a cada elemento familiar. (Analista presentando un caso en APU, 1972/2012, p. 107)

Presentaremos ahora material discursivo extraído de un texto de Gilberto Koolhaas, que representaría un caso paradigmático de transición «Klein-Lacan» en Uruguay. Hasta el año 1972, no hay ninguna referencia a Lacan en las publicaciones de Koolhaas. Por lo tanto, podríamos dividir, de forma aproximativa y meramente descriptiva, la obra de Koolhaas en una «etapa kleiniana» (1952-1966) y una «etapa lacaniana» (1972-1994).⁸

8 No seríamos los primeros en establecer esta división de la obra de Koolhaas. Consúltese, por ejemplo, el texto de Acevedo de Mendilaharsu (1994). Elegimos 1952 por ser el año de publicación del primer trabajo psicoanalítico de Koolhaas, y en el que ya se aprecia la influencia kleiniana; 1966 por ser el año en que publicó su último trabajo netamente kleiniano; y 1972 por ser el año en el que publicó su primer trabajo sobre Lacan.

Entre ellas, hay un «vacío», un «intervalo» de varios años en el que no hay publicaciones; este «intervalo» finaliza en 1972 con la publicación del artículo «¿Quién es el Otro?», en el cual Koolhaas «documenta, testimonial y fehacientemente, su viraje hacia Lacan» (Capo, 2010, p. 120).

Sin embargo, los materiales discursivos que analizaremos son muy posteriores; corresponden a un fragmento clínico perteneciente a un trabajo publicado en el año 1980. Se trata de un trabajo presentado en Buenos Aires en 1979, en unas jornadas organizadas por la institución lacaniana *Mayéutica*. Elegimos intencionalmente una publicación tardía, que no pertenecería a un momento incipiente de lectura de Lacan. De esta forma, suponemos que Koolhaas ya estaría suficientemente «familiarizado» e «identificado» con las ideas lacanianas como para que se hagan manifiestas las diferencias en su forma de lectura-interpretación del material clínico. Veamos lo que encontramos en el texto referido; el autor viene hablando sobre el «rébus» y la «letra», e introduce, a modo de ilustración, un ejemplo clínico:

14. Una paciente de 40 años, que nunca había tenido relaciones sexuales, relata al principio de su análisis que entra en un cine llamado *Rex*. Asocia que hacía un tiempo que había visto en ese mismo cine el “Decamerón” de Pasolini mostrando un desnudo masculino y una documental sobre los paracaidistas de la *R.A.F.* [Royal Air Force]. Raf es el sobrenombre de su hermano Rafael. Al pasar éste, en el verano anterior, desnudo por el corredor hacia el baño, ella tuvo un momento de ceguera. El *rébus* consiste en el desplazamiento metonímico. *Rex* - *Royal Air Force* que permite la transposición metafórica hacia Raf, su primera infancia, la diferencia de sexo. En una época de su infancia se imaginaba ser *Superman* y volar del colegio a casa. Los paracaidistas simbolizan el falo. (Koolhaas, 1980, p. 86)

Se puede observar, en un primer momento, como Koolhaas realiza una lectura por la *vía del significante*, apoyándose en los desarrollos lacanianos sobre la metáfora y la metonimia como mecanismos del inconsciente, y utilizando la función de la homofonía —«R.A.F.» y «Raf» tienen una relación homofónica—: «el *rébus* consiste en el desplazamiento metonímico.

Rex - Royal Air Force [R.A.F.] que permite la transposición metafórica hacia Raf, su primera infancia, la diferencia de sexo».

Sin embargo, a continuación, Koolhaas afirma que «los paracaidistas simbolizan el falo». La lectura del analista ya no procedería aquí por *vía del significante*, sino por una operación de *traducción*, de la misma forma que sucedía en los casos que hemos venido analizando hasta ahora. Más adelante, sobre el mismo caso, Koolhaas (1980) escribe:

15. Ella dice “es como un *temor subterráneo* que me invade”. Al preguntarle qué asocia con subterráneo recuerda el *subway* de Londres (donde vivió durante varios años), la sensación de promiscuidad por el apretujamiento de la gente. Esto le producía una excitación sexual. [...] Inesperadamente recordó que de niña acompañaba a su padre en paseos por el campo, donde él le hablaba del *trébol subterráneo*, término que nunca entendió. (Se trata de una clasificación en agronomía de una especie de trébol diferente del trébol blanco y otras clases de tréboles). Expresa que ella buscaba un trébol de cuatro hojas lo cual simboliza el objeto perdido que da la completitud. (pp. 86-87)

El autor pone nuevamente de relieve en su lectura la ambigüedad del significante, mostrando cómo en las asociaciones de la paciente «subterráneo» adquiere varios sentidos: «temor subterráneo» (asociado con un evento actual) y «trébol subterráneo» (asociado a un recuerdo infantil con el padre). Sin embargo, a continuación realiza otro viraje en su modo de lectura: «expresa que ella buscaba un trébol de cuatro hojas lo cual simboliza el objeto perdido que da la completitud». Otra vez se observa al analista oscilar entre una lectura por la *vía del significante* (homofonía, ambigüedad) y una lectura por la *vía del significado*, apoyada en la lógica de la representación: «X simboliza/representa/significa Y».

En este fragmento clínico coexisten y oscilan, sin aparente contradicción, ambos modos de lectura, que responden a *lógicas teóricas disímiles y a concepciones del lenguaje incompatibles*. Aunque el contenido de la interpretación puede ser *en apariencia* lacaniano («falo», «objeto perdido que da la completitud»), la lógica en la cual se apoya sería kleiniana. Esto se vuelve más significativo si se tiene en cuenta que no se trata de un texto

publicado a finales de 1960, o a principios de 1970, cuando la lectura lacaniana era aún incipiente. Se trataría de un Koolhaas ya «imbuido» de la lectura de Lacan, que ya ha tenido intercambios con el *Grupo Freudiano de Trabajo* —futuros fundadores de la EFM— y con la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*; un Koolhaas que expone su trabajo en unas jornadas organizadas por una institución lacaniana.

En todos los fragmentos clínicos que hemos analizado se percibe una constancia y regularidad enunciativa, que es independiente del contenido, de las unidades léxicas y de la identificación teórica del autor. Habría cierta lógica en la forma de lectura del material clínico que, de alguna manera, atraviesa todos estos materiales discursivos. Recuérdese aquí la propuesta metodológica de Foucault (2002): «[un análisis arqueológico] puede descuidar diferencias de vocabulario y pasar por alto campos semánticos u organizaciones deductivas diferentes, si es capaz de reconocer acá y allá, y a pesar de esta heterogeneidad, cierta regularidad enunciativa» (p. 190). Asimismo, se puede constatar en los fragmentos comentados —*después* de la recepción de Lacan— un fenómeno de *división del sujeto*: no habría coincidencia entre lo que el analista *dice* y *lo que quiere o cree decir*; o más precisamente, entre lo que el analista *dice o cree que hace* y *lo que efectivamente hace*; dice usar los elementos de la teoría lacaniana, las nociones de «letra» y «significante», la lectura por la vía del «rébus», pero hace uso, *sin saberlo*, de la noción de *símbolo* y de la lectura kleiniana por *vía del significado*. Esta distancia, esta *no-coincidencia* del sujeto consigo mismo, sería, de cierta forma, homóloga a la distancia entre enunciado y enunciación.

Un fenómeno similar de división discursiva ha sido analizado por Althusser (1985, pp. 130–131) en relación al reconocido biólogo Jacques Monod; cuando este último hacía ciencia, era estrictamente *materialista*, pero en ciertos momentos, cuando el científico entraba en el terreno de la reflexión filosófica, ese mismo *materialismo* invertía su sentido y se transformaba en *idealismo*. Lo singular de este fenómeno sería que esta *inversión*, esta *división discursiva*, pasa inadvertida para el propio sujeto. En otros términos, Monod era *idealista* a pesar suyo, y sin que él tuviera la menor noticia de ello. Asimismo, el análisis de Althusser (1985) muestra que los mismos conceptos pueden tener sentidos opuestos en función de su contexto: «se trata de una inversión de tendencia que afecta a un mis-

mo contenido (a los mismos conceptos)» (p.133). En relación a nuestro caso, diríamos que no basta con hacer uso de un «concepto» o de una terminología lacaniana para operar en un *sentido* (orientación) lacaniano. Koolhaas sería, tal como Monod, un *representante contradictorio de tendencias que lo sobrepasan* (cf. Althusser, 1985, p. 141).

CONSIDERACIONES FINALES

Los diferentes materiales discursivos analizados muestran que un analista puede estar identificado explícitamente con determinada teoría, e incluso hacer uso de todo su aparato léxico, y sin embargo operar clínicamente desde *otra teoría*. Este fenómeno no sería exclusivo de los procesos de recepción; también podría ocurrir en la actualidad: terapeutas y analistas que trabajan clínicamente, e incluso que producen teóricamente, desde una teoría diferente de la cual se identifican explícitamente. Nuestros hallazgos podrían ser tomados como una prueba de que *se puede desconocer la teoría desde la cual se opera*, como un nuevo indicio de que *el pensamiento teórico es fundamentalmente inconsciente* (Pêcheux, 2014, p. 280); usando términos del propio Lacan: *el pensamiento teórico es un saber no sabido*. Bernardi (2002, 2007, 2010) se ha encontrado con cierto aspecto de este fenómeno en sus investigaciones, y lo explica a través de la noción de *teoría implícita* de Sandler (1983). Sin embargo, mientras que las *teorías implícitas* —tal como las maneja Sandler— serían personales, propias de cada analista, los fenómenos descritos en nuestra tesis no se pueden ubicar en una perspectiva individual, puesto que su naturaleza es discursiva y por lo tanto transindividual.

Los fenómenos hallados en esta investigación ponen de relieve un problema epistemológico fundamental en psicoanálisis: la relación entre la *teoría* y la *práctica clínica*. Empezaremos planteando el problema desde una crítica al empirismo, subrayando el valor determinante de la *teoría*, para luego procurar rescatar, desde una perspectiva más amplia, la dimensión de la *práctica*.

Muchas veces se sostiene en el psicoanálisis la idea de que el saber y la teoría se construyen a partir de la *experiencia clínica*. En esta perspectiva, la experiencia queda reducida, en ocasiones, a una mera *experiencia*

sensible. Por ejemplo, se suele decir que Freud «descubrió el inconsciente *escuchando* a sus pacientes histéricas». Si esto fuera así, si la teorización freudiana viniera fundamentalmente de la experiencia clínica, de la escucha directa de sus pacientes, ¿por qué ningún médico antes de Freud se encontró con «el inconsciente»? Hacía muchísimo tiempo que los médicos venían escuchando pacientes histéricas, tenían una vastísima experiencia clínica, y ninguno de ellos alcanzó a percibir —y menos aun teorizar— los principales fenómenos y mecanismos inconscientes que describió Freud. Sin alimentar el «mito del genio», tal vez esto se explica si se considera que Freud no escuchó igual que el resto de los médicos, sino que escuchó *articulando otras referencias o matrices teóricas, otras prácticas discursivas*. Lacan (1971) sostenía esta posición epistemológica:

...lo que yo he enseñado tiene de todos modos este efecto: que permite escuchar de una manera completamente diferente lo que dice el paciente. [...] Es muy impactante para quienes siguen mi enseñanza, cuántas veces ocurre que los que siguen pacientes [...] o los tienen en análisis, me aportan el testimonio de que lo que yo acabo de decir en mi último seminario, eso les ha sido dicho pero textualmente, como por milagro, por un enfermo cuarenta y ocho horas antes. Es probable que si no hubiera habido mi seminario, ellos no habrían literalmente escuchado lo que el paciente decía. En eso estamos todos, hay una manera de escuchar que hace que no escuchemos nunca más que lo que ya estamos habituados a escuchar. Cuando algo diferente se dice, la regla del juego de la palabra hace que simplemente lo censuremos. [...] [Lo] que no hemos ya aprendido a escuchar, no lo escuchamos. (pp. 10–11)

En una primera aproximación, podríamos decir que la clínica se produce en función de la teoría —o de la práctica discursiva— que está en juego, no sería independiente de ésta. El axioma: «la experiencia clínica produce la teoría» refleja, muchas veces, una posición empirista; la experiencia parecería quedar reducida allí a una *experiencia sensible*, a una vivencia o intuición, a una captación directa e inmediata del «fenómeno». Aunque esta posición empirista suele quedar encubierta en el argumento de los psicoanalistas.

Varias corrientes epistemológicas del siglo XX han criticado el empirismo y el inductivismo en ciencia (Bachelard, 1991, p. 22; Feyerabend, 2007, p. 155; Koyré, 2007, p. 194; Kuhn, /2013, p. 110; Popper, 2008, p. 49). Contrariamente a lo que diría el *sentido común*, el saber no provendría —al menos no de forma directa— de la observación, de la experimentación, de la vivencia; la teoría, aunque sea implícita, aunque el científico o el analista la desconozcan, *determinaría su campo de experiencia*, y, en última instancia, los *hechos* que allí se producen. Por consiguiente, un análisis de las teorías que operan más allá del conocimiento del analista se vuelve imprescindible.

Ahora bien, a este argumento podría hacersele una objeción: si la teoría determina enteramente los hechos empíricos, no queda ya ninguna posibilidad creativa, ninguna forma de encontrar hechos nuevos. Los casos clínicos funcionarían legitimando, de forma circular y espuria, la teoría desde la cual se leen. Pero esto sería así, únicamente si se considera que las teorías son sistemas completos, libres de inconsistencias y contradicciones internas. Sin embargo, todo parece indicar que no es así, que cualquier teoría es intrínsecamente incompleta, con *impasses* que le son constitutivos. Serían los propios límites internos de la teoría, sus propios fracasos, los que habilitarían la invención, la novedad, o como algunos preferirían llamarlo: el *acontecimiento*. Como afirma Kuhn (2013, p. 190), *las novedades y las anomalías solo se producen sobre un fondo de expectativas*. La lógica del caso como *excepción*, como aquello que no hace serie, que no «encaja» en la teoría, solo puede funcionar sobre un fondo teórico: únicamente puede haber un caso que no «encaje» en la teoría si, *previamente, hay una teoría*.

Según lo que venimos argumentando, parecería que *teoría y práctica clínica* no hacen más que *uno*, y por lo tanto sería innecesaria y hasta infeliz la existencia de diferentes palabras para decir lo mismo. Pero también hemos argumentado que existiría una división intrínseca entre *lo que se quiere decir y lo que se dice*, entre *lo que se quiere hacer y lo que se hace*, homóloga a la división entre enunciado y enunciación. Esta división se constata fácilmente en los casos que hemos analizado: analistas que dicen operar con nociones lacanianas, leen e interpretan el material kleinianamente. Pero esto podría inducir a una creencia errónea, que sería suponer que estos analistas estaban simplemente «equivocados», que tenían una

posición teórica «ingenua», y que actualmente sí habría analistas que lograrían hacer coincidir su identificación teórica explícita con su práctica clínica. El error estaría en suponer que se podría, potencialmente, hacer coincidir, punto por punto, *lo que se cree que se hace con lo que efectivamente se hace*.

La distancia entre *lo que se quiere decir y lo que se dice*, entre *lo que se quiere hacer y lo que se hace*, es constitutiva del lenguaje; por esta razón podemos suponer que siempre habrá un lugar por el cual se infiltrarán, en ciertos momentos y a pesar de la voluntad del analista, elementos de otras teorías, de otras concepciones, de otros discursos, que tendrán efectos en su práctica. Nada garantiza que la propia teoría no pueda ser afectada por otras teorías, de la misma forma que una formación discursiva está afectada, determinada, parasitada, por otras formaciones discursivas. Lo que resultaría de ello es una *no-homogeneidad* de la teoría y una *no-coincidencia* constitutiva entre teoría *explícita* y práctica clínica, al modo de la no-coincidencia entre enunciado y enunciación:

Sin duda alguna hay una gran distancia entre lo que efectivamente hacemos en esa especie de antro donde un enfermo nos habla y donde, de vez en cuando, le hablamos, y la elaboración teórica que de ello hacemos. Incluso en Freud, en quien la separación es infinitamente más reducida, tenemos la impresión que se mantiene una distancia. (Lacan, 1981, p. 30)

Esta *no-coincidencia* no supone que exista práctica sin teoría —es decir, una práctica *ateórica* o *preteórica*— sino que la práctica y la teoría —en su nivel *explícito*— no hacen *uno*. No todo lo que resulta de la práctica coincide plenamente con la teoría que el practicante pregona, de la misma forma que no todo lo que se hace coincide plenamente con lo que se piensa que se hace, ni todo lo que se dice con lo que se quiere decir:

Si hay que distinguir los actos y comportamientos del sujeto de lo que viene a decirnos en la sesión, diría que nuestros comportamientos concretos en la sesión analítica están igualmente distanciados de la elaboración teórica que de ellos hacemos.

Sin embargo, no es ésta sino una primera verdad, que sólo adquiere su alcance si se la invierte, y quiere decir, al mismo tiempo: tan próximos. [...] Nuestra concepción teórica de nuestra técnica, aunque no coincida exactamente con lo que hacemos, no por ello deja de estructurar, de motivar, la más trivial de nuestras intervenciones sobre los denominados pacientes. (Lacan, 1981, p. 34)

En este sentido, habría que mantener en funcionamiento dos enunciados en apariencia contradictorios: 1) *hay una distancia estructural entre teoría explícita y práctica clínica*; 2) *no hay práctica clínica sin teoría; la teoría determina la práctica clínica*. En otros términos: la determinación que la teoría ejercería sobre la práctica no sería directa, transparente, lineal. Esto, lejos de desvalorizar el lugar de la teoría, de conducir al empirismo o al eclecticismo, obligaría a los practicantes a un esfuerzo constante por *estar advertidos de la teoría con la cual operan en su práctica*, para hacer las correcciones pertinentes cuando surjan impasses, contradicciones, contrasentidos, etc., aunque no se alcance nunca un punto de coincidencia absoluta. Tal vez, de lo que se trataría es de soportar la propia tensión de esta aparente antinomia. ♦

RESUMEN

En Uruguay, las ideas lacanianas arriban en la década de 1960, en un contexto de hegemonía kleiniana. Este trabajo aborda, a partir de un enfoque discursivo, la recepción inicial de estas ideas y sus efectos en las prácticas clínicas.

Se construyó un corpus de datos discursivos a partir de casos clínicos y artículos teórico-doctrinales de la época (décadas de 1960 y 1970), la mayoría de ellos publicados en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. A partir de estos materiales discursivos, se analizó la forma de interpretación *antes* y *después* de la recepción de Lacan.

Los hallazgos de esta investigación iluminan algunos problemas epistemológicos del psicoanálisis, en especial la relación entre teoría y práctica clínica.

Descriptores: HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / INVESTIGACIÓN / TEORÍA KLEINIANA /
TEORÍA LACANIANA / INTERPRETACIÓN

ABSTRACT

In Uruguay, the Lacanian ideas arrive in the 1960s, in a context of Kleinian predominance. This study researched, adopting a discursive approach, the initial reception of these ideas and its effects on clinical practices.

We gathered a corpus of discursive data from clinical cases and theoretical-doctrinal articles (from the 1960s and 1970s). In order to examine the effects of Lacanian ideas, we analyzed the way of interpreting the clinical material —*before* and *after* Lacan reception—.

The results of this research illuminate some epistemological problems of psychoanalysis, especially the relationship between theory and clinical practice.

Keywords: HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / RESEARCH / KLEINIAN THEORY / LACANIAN THEORY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo de Mendilaharsu, S. (1984). Comentarios de Selika Acevedo de Mendilaharsu. *Temas de Psicoanálisis*, 4, pp. 23–26.
- Acevedo de Mendilaharsu, S. (1994). La obra de Gilberto Koolhaas. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 79-80, pp. 15–17.
- Allouch, J. (1994). El punto de vista lacaniano en psicoanálisis. *Litoral*, 16, pp. 81–101.
- Allouch, J. (2006). *Freud, y después Lacan*. México, D.F.: Epeele.
- Althusser, L. (1985). *Curso de filosofía para científicos*. Barcelona: Planeta-De Agostini.
- Bachelard, G. (1991). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Baños Orellana, J. (1995). *El idioma de los lacanianos*. Buenos Aires: Atuel.
- Baranger, M. (1956). Fantasía de enfermedad y desarrollo del insight en el análisis de un niño. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(2), pp. 143–182.
- Baranger, W. (1956). Asimilación y encapsulamiento: estudio de los objetos idealizados. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(1), pp. 26–63.
- Baranger, W. (1984). Conferencia de Willi Baranger “No olvidar a Melanie Klein” (1976). *Temas de Psicoanálisis*, 4, pp. 15–22.
- Bernardi, R. (1989). The Role of Paradigmatic Determinants in Psychoanalytic Understanding. *The International Journal of Psychoanalysis*, 70, pp. 341–357.
- Bernardi, R. (2002). Por qué Klein y por qué no Klein. Reflexiones sobre el desarrollo de las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata. *Revista de Psicoanálisis*, 59, pp. 263–273.
- Bernardi, R. (2007). *Fenómenos de cambios en las ideas psicoanalíticas en el Río de la Plata durante las décadas de 1960 y 1970*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Bernardi, R. (2010). Nota sobre la obra de G. Koolhaas. A propósito de la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, pp. 87–102.
- Bernardi, R., Altmann, M., Cavagnaro, S., De León, B., De Barbieri, A. M., Garbarino, A., Tellería, E. (1997). Cambios de la interpretación entre 1960 y 1990 en el psicoanálisis uruguayo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 84-85, pp. 89–102.
- Birman, J. (2014). Os paradigmas em psicanálise. In J. Birman, D. Kupermann, E. Leal Cunha, & L. Fulgencio (Eds.), *A fabricação do humano. Psicanálise, Subjetivação e Cultura* (pp. 17–42). São Paulo: Zagodoni Editora.
- Capo, J. C. (2010). A propósito del trabajo de Ricardo Bernardi sobre Gilberto Koolhaas, (y la recepción de las ideas de Lacan en el Río de la Plata). *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, pp. 106–124.
- De Urtubey, L. (1968). Hermetismo y apertura en el análisis de un perverso. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 10(1-2), pp. 47–98.
- De Urtubey, L. (1972). El fetichismo como “solución” al edipo temprano. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 13(4), pp. 385–432.
- Ducrot, O., & Todorov, T. (1976). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Dunker, C. (2016). *Por que Lacan?* São Paulo: Zagodoni Editora.
- Dunker, C., Paulon, C., & Milán-Ramos, J. G. (2016). *Análise Psicanalítica de Discurso. Perspectivas Lacanianas*. São Paulo: Estação das Letras e Cores.
- Feyerabend, P. (2007). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores S.A.

- Freire de Garbarino, M. (1962). Estudio de la evolución del vínculo objetal entre pérdida paranoide y pérdida depresiva en el análisis de una niña fóbica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(4), pp. 621–646.
- Grau Pérez, G. (2018). *Klein con Lacan: un estudio discursivo de la recepción de las ideas lacanianas en Uruguay (1955-1982)*. Universidad de la República.
- Koolhaas, G. (1952). Psicoanálisis de una perturbación visual. *Revista de Psiquiatría Del Uruguay*, 100, pp. 37–47.
- Koolhaas, G. (1956). Priapismo. Sobre la fantasía inconsciente de la erección. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 1(1), pp. 64–114.
- Koolhaas, G. (1980). Cuerpo sexuado y Aparato de lenguaje. In *Memoración de Sigmund Freud. Jornadas organizadas por Mayéutica - Institución Psicoanalítica* (pp. 85–92). Buenos Aires: Trieb.
- Koyré, A. (2007). Galileo y la revolución científica del siglo XVII. In *Estudios de historia del pensamiento científico* (pp. 180–195). México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores S.A.
- Kuhn, T. (2013). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1971). Discurso de Tokio (Intervención de Jacques Lacan en Tokio, el 21 de abril de 1971). Documento para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Lacan, J. (1981). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los Escritos Técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. (2011). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Mieres de Pizzolanti, G. (1976). Del silencio y la opresión al deseo y la palabra. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 14(3), pp. 353–370.
- Pêcheux, M. (2014). Só há causa daquilo que falha ou o inverno político francês: início de uma retificação. In *Semântica e discurso. Uma crítica à afirmação do óbvio* (pp. 269–281). Campinas: Editora da Unicamp.
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semântica, filosofia*. Buenos Aires: Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Popper, K. (2008). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Real Academia Española, & Asociación de Academias de la Lengua Española. (2010). *Nueva gramática de la lengua española. Manual*. Barcelona: Espasa Libros.
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *The International Journal of Psychoanalysis*, 64(1), pp. 35–45.
- Saussure, F. (2012). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Segal, H. (1981). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Sopena, C. (1972). La abertura en un grupo terapéutico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 13(4), pp. 475–483.
- Valas, P. (1995). El efecto de la interpretación. In J. A. Miller (Ed.), *IRMA. El cálculo de la interpretación* (pp. 51–59). Buenos Aires: Atuel.

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

La inscripción de las ideas freudianas en el ámbito psiquiátrico del Uruguay (1899-1940) y su relación con el problema de la transferencia

MARCELO GAMBINI ¹

INTRODUCCIÓN

El estudio sobre la inscripción de las ideas freudianas en el ámbito psiquiátrico del Uruguay —las formas en que se refiere a Freud, a su práctica clínica y a sus conceptos— nace de la lectura y del análisis de casos clínicos publicados en Uruguay entre 1899 y 1940, período de constitución de la clínica psiquiátrica en el país. Allí es posible ver cómo los textos clínicos hacen referencia a distintas marcas lingüístico-discursivas que llaman la atención y que aparecen cuando se refiere a la interacción psiquiatra-paciente. Tal referencia es de interés porque, si bien no aparece el significante «transferencia» durante el periodo de estudio, varios psiquiatras reflejan en las consideraciones clínicas referencias a la obra de Freud: marcando una sinonimia entre «Psico-análisis» y «psicoterapia», tal como es referido en el caso *Ceguera histérica* (Etchepare, 1913): «pude constatar su inteligencia en largas conversaciones...usado del procedimiento de Freud» (p. 113), «De esta manera puede seguir el tratamiento moral, la Psicoterapia» (p. 117), y en *Contribución al estudio*

1 Licenciado en Psicología, Universidad de la República. mgambini@psico.edu.uy

del *Psico-análisis* (Rossi, 1916): «Es lógico que el psicoterapeuta tienda a restablecer el metabolismo fisiológico del organismo... Pero por algo llamo a ese caso “experimental” ... he querido incluirlo dogmáticamente en el método de Freud y Breuer» (p. 728); o introduciendo en la escritura de caso, referencias al papel del deseo, de la etiología sexual al complejo de Edipo, al yo, al ello o al superyó, tal como muestran los trabajos de Cáceres *Manifestaciones artísticas en asilados del Hosp. Vilardebó* (1936) y *Examen psicológico de un Artista esquizofrénico* (1938); de Payssé *Psicogénesis de un parricidio* (1936); de Radecki *Psicología de la alucinación* (1935); de Rossi *Consideraciones bioquímicas sobre el Freudismo* (1926); y de Sicco *Neurosis de angustia por Varicocele* (1936).

Ante la presencia de referencias a las ideas freudianas y la ausencia del significativo «transferencia» se producen las siguientes interrogantes: 1.^a, ¿cuál era la inscripción de las ideas freudianas en el ámbito psiquiátrico? 2.^a, ¿de qué manera la ausencia del significativo «transferencia» permitiría pensar en la posibilidad de que la misma pudiera dejar su marca en la escritura de caso?²

- 2 Se justifica realizar una investigación sobre las marcas lingüístico-discursivas de transferencia en la escritura de caso clínico psiquiátrico en la medida de que, como plantea Freud, la transferencia «es un fenómeno universal» (Freud, 1992, p. 40), presente en todas las relaciones humanas. Por lo que, si se tiene en cuenta que la transferencia no requeriría de la situación analítica para desencadenarse (Harari, 1999), es razonable pensar y estudiar a la misma por fuera del ámbito clínico psicoanalítico. En virtud de ello, se volvería factible indagar los fenómenos transferenciales en los casos clínicos psiquiátricos, puesto que en ellos la relación psiquiatra-paciente parecería estar figurada por una tensión, en la que la relación con el paciente quedaría señalada mediante referencias a la asistencia, la incomodidad, la persuasión, la amenaza, entre otras. Tales referencias nos llevan a proponer que se articularía entre el psiquiatra y el paciente una dimensión asistencial, que pone en juego ciertas demandas, las cuales, viabilizadas mediante la palabra, parecen introducir la dimensión del deseo, provocando que la transferencia adquiera allí su papel (Assoun, 2008; Braustein et al., 2005).

A partir del estudio de esas referencias, consideramos central investigar las marcas lingüístico-discursivas de la transferencia en la escritura de casos clínicos uruguayos, tomando en cuenta que: 1.^o) Existen antecedentes sobre el uso del concepto de transferencia en psiquiatría (Bleuler, 1911; Ey, Bernard y Brisset, 1965; Sullivan, 1944-1947; Meyer et al., 2011); 2.^o) Existe dentro del ámbito psiquiátrico nacional una rica fuente de materiales clínicos y discursivos, de principios del siglo XX, en los que podríamos hallar un conjunto de marcas lingüístico-discursivas referidas a la transferencia; 3.^o) No hemos encontrado otras investigaciones nacionales y de la región que aborden la transferencia en el ámbito psiquiátrico.

En relación a la primera pregunta es necesario presentar un desarrollo histórico de la psiquiatría en el Uruguay y situar la inscripción de las ideas freudianas. En relación a la segunda cuestión, se parte del supuesto de que, en tanto que emergen distintas marcas lingüístico-discursivas que refieren a las maniobras del psiquiatra sobre el paciente, es posible pensar que dichas maniobras podrían estar reflejando efectos transferenciales que son referidos en la escritura, en la medida en que la palabra del paciente es demandada insistentemente bajo una modalidad de relación de sometimiento y reconocimiento al poder médico.

Estas marcas lingüístico-discursivas de la transferencia son enunciados que forman parte de la lengua, capaz de actuar como marcadores del discurso, que permite conocer y analizar la manera en que la transferencia deja su «huella» en la escritura: en el encadenamiento entre fragmentos, la transición entre ellos, así como en la relación semántica establecida entre los elementos (Gambini, 2019).

Como plantea Paulon (2018, p. 67): «la noción de transferencia es contingencial... A partir del momento en que acontece, se torna necesaria para que puedan emerger las marcas, trazos identificatorios del sujeto, *vía* repetición». ³ Estas marcas de transferencia pueden ser estudiadas en el discurso psiquiátrico a partir de la referencia de la psicoterapia y tratamiento moral, donde es posible localizar la influencia del psiquiatra en la dirección de la cura, combatiendo los «vicios», errores y pasiones socialmente inadecuadas (Huertas, 2010). Esta influencia permitiría que, en las referencias al tratamiento, y gracias a la articulación de ciertos actos de habla —con su consiguiente carga de performatividad y fuerza ilocutiva—, podamos evidenciar el fenómeno de la transferencia, ligado a la influencia de la voluntad del médico sobre el padecimiento del paciente. Dicha influencia estaría implicada desde el momento en que el psiquiatra es posicionado como un agente del discurso psiquiátrico. La transferencia apuntaría aquí a una relación entre paciente y psiquiatra, mediada por un tercero: el discurso psiquiátrico que oficia como el Otro que garantiza al psiquiatra un lugar de saber-poder-autoridad.

La *transferencia* —por ser un concepto, al mismo tiempo, económico y dinámico— posibilita articular las *modalidades narrativas espacio, lugar y posición*, realizando, así, un *mapeamiento discursivo* [cursivas agregadas] de las constantes resignificaciones, presentes en el nivel de la enunciación, que se presentan en la clínica (Dunker, Paulon y Milán-Ramos, 2017). De este modo, ella tiene un papel fundamental en el caso, a partir de la autoría, siendo referencia en su construcción. Es, por ejemplo, a partir de los movimientos transferenciales que tenemos elementos indicativos sobre el diagnóstico y la dirección del tratamiento. (Paulon, 2018, p. 64)

DESARROLLO

Parte I

Historia de la psiquiatría en el Uruguay hasta 1940

Refiriéndose al Uruguay, los primeros datos de internación de enfermos mentales provienen de la época de la Colonia, en la que se encerraban en el Cabildo de Montevideo a prostitutas, delincuentes, mendigos, inmigrantes y «locos» (Coll, 2008). A partir de 1781, se realiza la primera internación en el Hospital de Caridad (1880), realizando una atención religiosa de tradición española y humanitaria (Cassarotti, 2007). En 1825, se firma la Declaratoria de Independencia del Uruguay. En 1875 se crea la Facultad de Medicina de Montevideo y se fundan las cátedras de Anatomía y Fisiología, y apenas cinco años después, en 1880, se crea el Manicomio Nacional. A partir de ese momento, la salud mental pasa a manos de los médicos, lo que favoreció, en 1908, la creación de la Cátedra de Psiquiatría (Casarotti, 2007), y posteriormente de la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay en 1927.

En este periodo, los catedráticos de psiquiatría eran hombres formados a nivel nacional e internacional, entre los que se destacan: Bernardo Etchepare, médico formado en París (1894), fundador de la Cátedra de Psiquiatría de la Facultad de Medicina (1908) y Profesor Titular desde 1907 a 1925; Santín Carlos Rossi, primer discípulo de Etchepare, médico formado en el Uruguay, Profesor Agregado de la Cátedra de Psiquiatría de

la Facultad de Medicina (1917 a 1925) y, tras la muerte de Etchepare (1925), Profesor Titular de dicha Cátedra; Antonio Sicco, Docente de la Clínica Psiquiátrica del Hospital Vilardebó (1922 a 1926), Profesor Agregado de la Cátedra de Psiquiatría (1926 a 1943) y Profesor Titular de la Cátedra de Psiquiatría desde 1943 a 1949; y Elio García Austt, Profesor Agregado de la Cátedra de Psiquiatría desde 1927, Profesor Titular de la Cátedra de Psiquiatría desde 1950, entre otros⁴, quienes muestran la influencia de la psiquiatría alemana y francesa, bajo un enfoque ecléctico, organicista y fisiologicista, que se enfoca en el estudio de los síntomas en el cuerpo, fundamentalmente del cerebro, en lesiones ocasionales, localizables, en inflamación de la aracnoides, en procesos de intoxicación, etc.

Dicho enfoque, acompaña tanto a la psiquiatría en su desarrollo como al proceso de medicalización de la sociedad (Ginés, 2000), lo cual incentivó la presencia de los médicos en lo social y en la toma de decisiones del Estado (Duffau, 2013). Con ello, la psiquiatría, como «ejército de la higiene» (Casarotti, 2007, p. 155), si bien se enfocó inicialmente a tratar aquellos casos agudos que impedían la vida social del individuo o de la comunidad, progresivamente se ocupó de patologías crónicas. De esta manera se le asigna un lugar jerárquico en el combate al desorden mental, al tratamiento de las psicopatologías y a la definición de la normalidad (Barrán, 1995). Esto llevó durante la década del treinta, bajo la influencia del falangismo, el fascismo y el nazismo⁵, a acentuar el papel del pensamiento de Morel a nivel etiológico, lo que puede verse como un reflejo de la consideración psiquiátrica de la familia como agente reproductor del orden social, pieza clave de las reformas sociales que en el país se impulsaron en pro de la construcción de una nueva raza (Vallejo y Miranda, 2004).

4 Entre los que podemos referir a: Morelli, quien realiza participaciones puntuales en el incipiente campo de la Salud Mental durante el siglo XIX, es Docente de Fisiología y Clínica Terapéutica e impulsor de la creación del Instituto de Higiene experimental (1895); Cáceres, psiquiatra e impulsor de la arteterapia y del desarrollo de los primeros estudios de psicología en el Uruguay durante la década del treinta; y Pérez Pastorini, Psiquiatra, psicoanalista y un impulsor del desarrollo del psicoanálisis en el Uruguay durante la década del cuarenta.

5 Desde 1931 a 1938, durante el gobierno de Terra (quien gobernó como Presidente Constitucional hasta 1933, como presidente de facto hasta 1934 e Interino hasta 1938) el Uruguay establece estrechos vínculos con la Italia de Mussolini, la España de Franco, y la Alemania de Hitler.

Mientras en Alemania el nacionalsocialismo gana poder e influencia y en España se daban discusiones sobre la peligrosidad social de los individuos y se aprobaba la Ley de Defensa de la República, la Ley de Orden Público, y la Ley de Vagos y Maleantes, que encaminaron una política social de prevención de la delincuencia basada en la peligrosidad de determinados individuos, incentivando reformas psiquiátricas y penitenciarias que hicieron difícil distinguir lo penal y lo psiquiátrico (Campos, 2013); en Uruguay, durante la década del treinta, se coloca a la familia como la base de la patología mental, ya que el enfermo psiquiátrico se le señala no solo compartiendo un hábitat pernicioso con su familia, sino también compartiendo la herencia; lo cual es reflejo de cómo la psiquiatría destaca la predisposición orgánica, aunque no descarta la influencia nociva del medio social (Duffau, 2016). De esta manera, como un reflejo de las tendencias europeas, la psiquiatría a nivel nacional dividió a los pacientes entre enfermos con patologías psiquiátricas hereditarias y los degenerados, —quienes no tienen una enfermedad de origen biológico, sino que la habían desarrollado de acuerdo a su modo de existencia (Duffau, 2015)— y se enfocó en el estudio de lo orgánico, los biotipos y la herencia mórbida (Duffau, 2015). Lo que motiva a un refortalecimiento del higienismo, tal como se muestra en los textos: *La lucha contra las enfermedades mentales* (Sicco, 1937), *Higiene mental en la adolescencia* (Fascioli, 1937), *La higiene mental en la infancia* (Payssé, 1937), *La Higiene Mental en la edad crítica* (Darder, 1937) y *La Higiene Mental en la escuela* (Schiaffino, 1937). Los cuales son reflejo de una política médica de disciplinamiento y control social sobre el desarrollo físico, el uso de la energía, la capacidad productiva de la fuerza de trabajo, el uso del tiempo libre, el control de las prácticas sexuales y el cuidado de la población.

En 1936, la Ley N° 9.604 señala a los «indeseables», a los que se definió como aquellos pertenecientes a «organismos sociales o políticos que por medio de la violencia tiendan a destruir las bases fundamentales de la nacionalidad» (p. 3), lo cual rotulaba a los inmigrantes, y muestra la necesidad del país de aplicar medidas represivas contra los toxicómanos, ebrios consuetudinarios, homosexuales y locos. Lo que se traduce como el desarrollo de la medicina preventiva, que lleva a un desarrollo del campo médico-psiquiátrico sobre el campo social⁶.

De esta manera, la psiquiatría habría dejado de ser el mero poder para controlar, e incluso corregir la «locura», y se convirtió en el poder para controlar aspectos de la vida cotidiana de la población, en especial de los sectores populares. La prensa o la literatura que señalaban a los «locos» como portadores de rasgos bárbaros, también colaboraron en la emergencia de esas nuevas figuras temidas y en la aparición de diversos estigmas (Duffau, 2016). En este sentido, es posible sostener que la categorización de enfermo psiquiátrico excedió el análisis clínico de las patologías y contribuyó a conformar un estereotipo de «inadaptado social» que, por su modo de vida o prácticas, se intentó marginar de la «civilización», a través de un discurso que rechazó la no productividad en el mercado económico y a los «locos» —ya que no eran «productivos»—. Esto incentivó la medicalización de la sociedad, el estudio de la enfermedad mentales (Duffau, 2016) y un clima ecléctico, en el que la psiquiatría «navegaba» entre distintas fuentes intentando conciliar diferentes intereses. Aspecto que, según Augusto Soiza Larrosa, indica la característica de la psiquiatría a nivel nacional y refleja la expresión de una singular y original base clínica, así como la plasticidad del pensamiento psiquiátrico uruguayo (Ginés, 2000).

La psiquiatría parece ser así el reflejo del espíritu del país a principios de siglo XX, en tanto existe un gran interés de poder integrar todos los saberes (Coll, 2008). Sin embargo, hay que decir que dicho interés se presenta más como una declaración de principios que como una realidad, ya que si bien la psiquiatría uruguaya desarrollará a principios del siglo XX una serie de mixturas entre prácticas y teorías, ha reaccionado contra la psiquiatría psicologista y el psicoanálisis hasta finales de la década del veinte, momento donde la situación con el psicoanálisis empieza a cambiar, debido al vacío generado por la muerte de Etchepare en 1925, principal opositor de las ideas freudianas, y al creciente interés de la psiquiatría en relación a la sexualidad y el higienismo.

Parte II

Incidencia de las ideas freudianas en la psiquiatría del Uruguay entre 1899-1940

En la primera mitad del siglo XX, frente a la progresiva patologización y medicalización de la sociedad (Barrán, 1995), los psiquiatras, interesados por la locura, la parálisis general y la histeria, adoptarían ideas provenientes del ámbito europeo: de la psiquiatría francesa, alemana e italiana, aunque también de la obra de Janet, del moralismo y el higienismo, lo que les llevaría a afirmar la coexistencia de causas etiológicas morales, sexuales, ocasionales, accidentales o tóxicas, así como la presencia de causas orgánicas —menstruación, lesión cerebral, presencia de focos histerógenos, etc.—, lo cual provocaría un clima de eclecticismo (Ginés, 2000), que favorecería la «recepción» inicial de las ideas freudianas (de conceptos, o elementos relacionados a su práctica).

En este contexto, durante las primeras décadas del siglo XX ocurre la mencionada «recepción» dentro del ámbito médico psiquiátrico. Según Barrán (1995), la primera mención médica al procedimiento de Freud en el Uruguay data de 1913 en *Ceguera histérica*, publicado en la Revista Médica del Uruguay por el Dr. Etchepare.⁶ En dicha revista, igualmente, un artículo de Morquio del año 1900, titulado *Displegia espasmódica familiar*, hace referencia al trabajo de Freud como neurólogo, vinculado a los escritos de parálisis infantil.

Entre 1910 y 1930, existe una necesidad de la psiquiatría de formalizar la terapéutica, la psicoterapia, y en particular los distintos métodos terapéuticos, tal como muestran los textos de: Duprat P.D. (1911), *Introducción al estudio de la Terapéutica*; Duprat P.D. (1912), *Notas de terapéutica descriptiva*; Duprat P.D. (1914), *De los Agentes Terapéuticos en genera*; Duprat P.D. (1914), *La Psicoterapia*; Rossi S.C (1916), *Contribución al estudio del Psico-análisis*. Y Payseé C. (1920), *De los métodos en Psicología y de sus aplicaciones en Psiquiatría*. En este contexto, un puñado de psiquiatras se interesan por el psicoanálisis en su dimensión técnica, aunque hay que esperar hasta finales de la década del veinte para que el rechazo a su cuerpo doctrinal se reduzca, en particular, en relación al «exagerado *pansexualismo* de Freud».

Por donde soy más descreído en la doctrina Freudiana es en terapéutica. Miraría el dogma pansexualista como factor etiológico con una tolerancia hecha más que nada de indiferencia, si no estuviera tan ligado a la terapéutica. Y en este terreno, yo me permito ser severo. No desconozco ni dejo de utilizar la eficacia del método catártico, como de todo elemento de claridad persuasiva, en la psiconeurosis; pero afirmo [...] que ni he curado ni creo posible que nadie cure a un psiconeurótico solamente con palabras. (Rossi, 1926, p.71)

A partir de la muerte de Etchepare en 1925 —fuerte opositor de la teoría freudiana—, se habría generado un campo fértil para la «recepción» de las ideas psicoanalíticas. Durante la década del treinta, bajo un renovado interés por la higiene social, se crea en 1934 la cátedra de *Higiene Social y Técnica Hospitalaria*, y bajo la influencia de una mirada médica preocupada por la Salud de Estado y la degeneración, se estudian los biotipos, la herencia mórbida y la sexualidad, la cual empieza a acaparar la atención de varios psiquiatras. Esto provocó un viraje en torno al psicoanálisis durante la década del treinta y del cuarenta, ya que las críticas se atenúan sensiblemente y aparecen publicados textos doctrinales de psicoanálisis de psiquiatras extranjeros en la *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, como: *Conferencia Sobre Psicoanálisis* (Navarro, 1938), y *Teoría y práctica del psicoanálisis* (Mira y López, 1940), así como referencias textuales, que dan cuenta de la incorporación del cuerpo doctrinal del psicoanálisis dentro la escritura médico-psiquiátrica, tal como muestran los siguientes textos:

Psicogénesis de un parricidio

El explayamiento de esa “psicología profunda” exigiría volúmenes. Su mínima citación debe referir a su noción básica: el estudio psicoanalítico de la personalidad. Es noción corriente el concepto psicoanalista sobre ésta, sobre los “planos funcionales de la personalidad”: el “ello”, el “yo”, el “superyó”. En el primero se integran las fuerzas primarias de fondo orgánico, inmediatas a lo ancestral, las tendencias antisociales, de impulso, de destrucción “los instintos” agresivos, sádicos o de muerte” (FREUD) los deseos, las satisfacciones impuras: lo inconsciente. Son componentes de lo segundo,

los productos individuales de corrección, de nivelación o de moderación que la educación y la experiencia imprimen a aquello primarios (del ello); el yo está orientado por el raciocinio o por el utilitarismo, está filtrado en ellos; hay selección, ordenamiento, medida, por justiprecio de la razón; son elementos de la subconsciencia. Y el tercer núcleo de la personalidad, es el súper-yo, la crítica que “inhibe y refrena” la censura casi austera, la conciencia moral casi tiránica si es excesiva, las tendencias morales y estéticas afirmadas, la responsabilidad de mayor o menor exageración, la dictadura moral exigente, implacable, sobre el yo, y el ello (Payssé, 1936, p. 60-61).

Manifestaciones artísticas en asilados del Hosp. Vilardebó

La afectividad del enfermo está caracterizada por un gran complejo sexual anormal con tendencia edipiana, complejo de viajes y exagerado complejo de “yo”. No es tímido y su temperamento es algo colérico.

Su voluntad se caracteriza por la terquedad y persistencia en sus propósitos (Cáceres, 1936, p. 29).

Y en *Examen psicológico de un Artista esquizofrénico*: «... desde niño H.B; muy apegado a su madre fue desarrollando un complejo de Edipo que el propio Prof. Rossi ya había observado» (Cáceres, 1938, p. 31-32).

En este proceso de «recepción» de las ideas freudianas, la muerte de Etchepare habría dado lugar a un «punto cero», generando un vacío que permitió una entrada profunda de estas ideas al ámbito psiquiátrico. Esta recepción estaría incentivada por razones sociales, pues el Estado Uruguayo, durante la década del treinta, estaba preocupado por los efectos producidos por las oleadas migratorias sobre la posible degeneración de la sociedad (Duffau, 2013), lo que favoreció el interés por el concepto de degeneración de Morel, por el higienismo y la búsqueda de diferentes modos de regular los comportamientos de los diferentes grupos sociales, en cuyas conductas se centra la mirada médica (sobre lo sexual, el alcoholismo, el papel de la mujer, etc.).

Parte III

Análisis sobre la incidencia del concepto de transferencia en el ámbito psiquiátrico del Uruguay entre 1899 y 1940

Como se ha notado, existe una inscripción de ideas freudianas en psiquiatría a pesar de que no aparece el significante «transferencia»⁷. Ante él, cabe indicar que la psiquiatría a nivel nacional presentaría una relación singular con el significante «transferencia» entre 1899 y 1940, ya que no aparecería dicho significante en ningún caso o texto doctrinal del periodo de estudio, a pesar de que: 1.º, existiría interés por la histeria desde 1899 a 1930 en el ámbito médico psiquiátrico. 2.º, sería reconocible la lectura de *Estudios sobre la histeria* (1893-1895). 3.º, frente al cuadro de la histeria, se introduce el «Psico-análisis» como «procedimiento de Freud» y «psicoterapia» (Etchepare, 1913, p. 113, 117) y como «método de Freud y Breuer conocido por Psico-análisis» (Rossi, 1916, p. 728). Y 4.º, existirían articulaciones de conceptos freudianos en casos clínicos y textos doctrinales —a partir de la década del treinta—.

Ante ello, se considera, a la hora de analizar la escritura de casos y textos doctrinales de psiquiatría, que la transferencia podría producir una «marca», en tanto que, si bien la ausencia de tal significante se haría

7 Durante la investigación fue notorio como los psiquiatras no refieren al significante transferencia a pesar de que hay indicios que indican una lectura de Freud (1912), quien al referir a las instituciones asilares dice:

En institutos donde los enfermos nerviosos no son tratados analíticamente se observan las máximas intensidades y las formas más indignas de una transferencia que llega hasta el sometimiento, y aun a la más inequívoca coloración erótica de ella (...). Puede preguntarse, aún, por qué los fenómenos de resistencia transferencial salen a la luz sólo en el psicoanálisis, y no en un tratamiento indiferente, por ejemplo, en institutos de internación. La respuesta reza: también allí se muestran, sólo que es preciso apreciarlos como tales. Y el estallido de la transferencia negativa es incluso hartamente frecuente en ellos. El enfermo abandona el sanatorio sin experimentar cambios o aun desmejorado tan pronto cae bajo el imperio de la transferencia negativa. Y si en los institutos la transferencia erótica no es tan inhibitoria, se debe a que, en ellos, como en la vida ordinaria, se la esconde en lugar de ponerla en descubierto; pero se exterioriza con toda nitidez como resistencia contra la curación, no por cierto expulsando del instituto a los enfermos —al contrario, los retiene ahí—, sino manteniéndolos alejados de la vida. En efecto, para la curación poco importa que el enfermo venza dentro del sanatorio ésta o esta otra angustia o inhibición; lo que interesa es que también en la realidad objetiva de su vida se libere de ellas. (p. 99, 103-104)

visible, la transferencia sería señalada en la escritura mediante diferentes marcas lingüístico-discursivas.

En líneas generales, si bien los casos clínicos del periodo 1899-1940 mostrarían cierto predominio del discurso en tono objetivo⁸ y descriptivo, se observan recurrentes cambios de estilo y de la posición enunciativa, así como la presencia de adjetivos calificativos y verbos de acción, afección, desiderativos y de comunicación durante el tratamiento, el diagnóstico y la cura, en momentos en que se señala la interrelación psiquiatra-paciente, ya sea durante el interrogatorio, la conversación, la persuasión, la sugestión o la amenaza. Esto permitiría que: 1.º, el uso de ciertos adjetivos calificativos podría señalar la presencia de índices de la transferencia en el discurso psiquiátrico, como cuando se dice «Muy cariñosa» (Etchepare, 1913, p. 113) lo que —como plantea Lacan (2003, p. 178) en *El Seminario 8. La Transferencia*— en tanto elogio sustituye al amor mismo. 2.º, los cambios de posición enunciativa apuntarían a una «caída» de la descripción-objetivación, pues no se podría sostener la descripción y sería necesario introducir la posición enunciativa en primera persona del singular, un cambio de posición enunciativa en el discurso psiquiátrico que permitiría referir al accionar del psiquiatra, ubicando al mismo como personaje principal de un drama. 3.º, las referencias a la conversación, persuasión y amenaza señalarían la articulación de una demanda del psiquiatra dirigida hacia el paciente, *favoreciendo así que el paciente hable* y, en tanto que da su palabra a un dominio del saber, a la psiquiatría, se facilita la curación, en tanto que se produciría la remisión sintomática parcial como un modo de satisfacción en la relación con el Otro. Sin embargo, tal referencia tiende a introducir una fluctuación sobre el estilo del discurso psiquiátrico, pues si bien es posible referir a distintas maniobras del psiquiatra y a las respuestas del paciente, se introduciría la narrativa y referencias a singulares expresiones del deseo del paciente, mediante gestos, quejas, neologismos, al narrar el sufrimiento, al recordar, o cuando una paciente dice: «desearía ser la mujer de un médico» (Etchepare, 1905, p. 97).

8 La escritura descriptiva en tiempo presente y la ausencia de referencias a la primera o segunda persona del singular brindan una aparente objetividad, que es propia del discurso científico (Todorov, 1978).

A pesar de ello, la psiquiatría parecería no tener las condiciones discursivas para referir de manera explícita al papel del deseo, o darle palabra, lo cual, parecería afectar la escritura de caso, en tanto que la palabra del paciente aparece parafraseada, referida o citada, pero tiende hacerlo mediante una cisura en la escritura, algo se omite, no se transcribe, no se parafrasea. Esto señalaría que el discurso psiquiátrico tendría cierta dificultad para ligar el lugar del deseo articulado en el decir del paciente, provocando la eludición del mismo.

Ahora bien, en tanto que la palabra del paciente se articularía en una demanda del Otro que mandata decir, se articularía una situación donde el amor podría estar en juego, ante lo cual parecería ser preciso cambiar el discurso en su estilo y posición enunciativa, introduciendo un estilo narrativo que, por momentos, parecería representar al sufrimiento del propio psiquiatra, pues como plantea Dunker (2015), al referir a Adorno, «toda forma de sufrimiento es una reflexión que todavía no encontró su punto de viraje y, por lo tanto, no puede ser reconocida como deseo de que las cosas se transformen, él está intentado corregir esas lagunas» (p. 223), lo que en los casos parecería notarse mediante: una ausencia de referencias a la reflexión del psiquiatra sobre su relación con el paciente; un predominio de referencias que posicionan al psiquiatra en un lugar del saber como autoridad suprema, ante el cual se presenta una alteración en el discurso referida a la interacción con el paciente, sobre la cual no se piensa, no se dice, no se analiza; o se omite introducir referencias que permitan notar el efecto de la transferencia.

Más allá de ello, si la transferencia puede ser señalada en la escritura de casos clínicos mediante diferentes marcas lingüístico-discursivas, ello señalaría que hay algo de la transferencia que para la psiquiatría parecería encontrarse tocando algo del orden de lo real, entre lo contingente y lo imposible, en tanto la transferencia parecería existir allí en límite de lo simbolizable, inscribiéndose, por así decirlo, de modo «indirecto», desplazado, en su propia naturaleza de acontecimiento, mediante distintas marcas lingüístico-discursivas sin ser nombrada como «transferencia».

Como plantea Gambini (2019), el estudio de los casos clínicos en psiquiatría permite visualizar en qué medida la interacción psiquiatra-paciente ha incidido en la observación de los signos clínicos, así como en

su articulación con el diagnóstico, la etiología, la terapéutica y la cura. En dicho proceso se produce una articulación entre semiología, categorías nosológicas, palabras del lenguaje natural, referencias semiológicas sobre la enfermedad del paciente, elementos relativos a la singularidad del propio paciente, de sus gestos, sus formas de simular, sus formas de hablar, de oponerse al médico, de pintar, etc. Existe así una articulación del pensamiento clínico que propicia la mediación de lo general, lo particular y lo singular. Un ejercicio donde el papel de la percepción de la enfermedad mental se vuelve central para transmitir una experiencia sobre un cuadro o sobre la enfermedad de un paciente.

El caso clínico en psiquiatría se presenta como un instrumento de transmisión de la experiencia, capaz de fundar un lugar para señalar cual es verdaderamente la enfermedad que se observa, su cuadro, su diagnóstico, y en tanto el caso clínico se coloca como una posibilidad de la verdad, puede presentarse como un *evento* (Heidegger, 2003) de la emergencia de dicha verdad.⁹ Ahora bien, en tanto la verdad parecería ser indicada a partir de la referencia a la naturaleza sensible de lo observable, ella sería considerada por el discurso psiquiátrico como condición de veracidad –el cuadro del paciente es *verdaderamente* este y no aquel– y en función de dicha condición, la historia del paciente se articula, ya sea para permitir comprender la limitación de un cuadro o para descifrar un enigma. En cualquier caso, hay aspectos a aclarar, a definir, a conocer (Gambini, 2019).

Es visible cómo la observación clínica de la enfermedad mental es señalada en la escritura; sin embargo, la misma presenta fisuras, puesto que, si bien es remitida a la naturaleza de lo somático, de la mímica o del gesto, ella no permite un acceso pleno a la verdad de la enfermedad, ya

9 Heidegger plantea que «el ser [*Seyn*] (como evento) –como afirmación de la verdad del ser– necesita al ente, a fin de que él, el ser [*Seyn*], se esencie» (2003, p. 42). Por ello, es posible pensar que el discurso psiquiátrico, es capaz de esenciarse como discurso en tanto permite ubicar referencias al psiquiatra –como un “ser psiquiatra”– en un reconocer/se y dar lugar a una transmisión de la experiencia mediante el propio caso, ya que éste refiere a cómo el psiquiatra, en tanto ser-ahí, se afirma en cada decir y en cada acción. Por eso, el caso, al señalar lo posible, lo causal y lo necesario, se hace vehículo del pensamiento, por lo que el caso refiere el evento de la verdad. La verdad de un discurso que se afirma como verdadero cada vez que se señala cual es verdaderamente la enfermedad, la causa de la enfermedad, o la manera de tratar a la enfermedad.

que, para ello, sería necesario que el paciente hable, interactúe; allí, frente a esa necesidad, se articularía la transferencia. El psiquiatra interactúa con el paciente mediante una relación fundada en un contrato, por el cual el psiquiatra está obligado a tratar y cuidar del enfermo, mientras que este último es incitado a responder, a hablar y a hacer. En la medida en que el paciente actúa de cierta forma, colocándose en determinada posición, puede reconocerse y ser reconocido en función de la autoridad del psiquiatra. A partir de allí, el discurso psiquiátrico codifica el decir del paciente mediante signos clínicos referidos a la semiología del carácter, la mímica, las emociones y los actos del paciente, etc. Entonces, por medio de la articulación con otros signos clínicos, el discurso psiquiátrico iría delimitando el cuadro, o conociendo la situación del paciente.

El caso entra así en la dimensión del acontecimiento en la medida en que permite que algo nuevo sea dicho o realizado, algo que muchas veces parece exceder a la propia motivación del psiquiatra, dado que el caso no solo presenta lo particular de la enfermedad, sino también la singularidad del sujeto —su singular condición social, su narrativa de sufrimiento, su gestualidad, sus recuerdos, sus ocurrencias, etc.—. Sin embargo, al paso que esa singularidad queda capturada por la semiología, tiende a producirse cierta obturación, debido a que existe algo que no queda registrado en los enunciados, que no se ve claramente, que no es dicho totalmente, que no se escribe explícitamente, o que no se considera semiológicamente significativo. En consecuencia, permanece como un resto que, aunque no sea nombrado, procura aparecer de forma incesante en la escritura; un resto que estaría signado por la transferencia. Dicho de otro modo, las marcas lingüístico-discursivas de la transferencia insisten en la escritura a pesar de que ella no sea nombrada explícitamente, emergiendo una y otra vez en torno a la relación psiquiatra-paciente.

En virtud de ello, podemos considerar a la transferencia como aquello que nos permite acceder a los signos semiológicos de los actos, el discurso y las emociones. No obstante, se trata de un fenómeno que, como analistas del discurso, podemos nombrar como «transferencia», pero que el discurso psiquiátrico no puede admitir como existente y operando en la situación clínica. De hecho, mantener la transferencia como un resto parecería ser la operación mediante la cual el discurso psiquiátrico conservaría la

ficción objetivante sobre *la verdad* de la enfermedad mental, consistente en la suposición de que la misma provendría directamente de lo observado, o del papel del psiquiatra en la dirección de la cura, sin ser afectado por ella.¹⁰ La ilusión de que la verdad sería transmisible íntegramente a través de la publicación del caso está sustentada en la misma ficción, aunque, tal como señala Lacan, la verdad posee estructura de ficción y solo puede ser enunciada a medias.

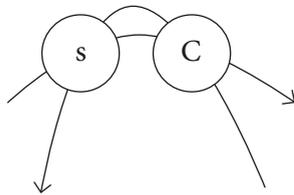
En el caso clínico en psiquiatría existe una articulación de un lenguaje semiológico, el cual sostiene la escritura y codifica la relación psiquiatra-paciente mediante una serie de marcas lingüístico-discursivas que informan y caracterizan el modo en el que el paciente se posiciona ante el clínico. Esto es, definen un modo de transferencia, pero sin nombrarla explícitamente. La transferencia emerge como «la huella de un punzón», capaz de dejar su marca en la superficie sin ser nombrada como tal, permitiendo la articulación de las marcas lingüístico-discursivas de la transferencia con signos clínicos, dando lugar a un discurso clínico que «metaforiza» los efectos de la transferencia, y que permite referir a las «caídas» y reposicionamientos del saber, presentes en la delimitación de los síntomas, del diagnóstico, de la etiología, y del tratamiento.

La presentación de las marcas lingüístico-discursivas de la transferencia en los casos abordados nos permite considerar que ella sería aludida tanto en relación a la producción de lo singular, de lo novedoso, como a la prolongación de la repetición, haciendo de la transferencia un fenómeno articulado alrededor del goce. En este sentido, si consideramos a la transferencia como la puesta en juego de un sujeto en torno a otro que se identifica con el lugar del saber, podemos afirmar que la transferencia se haría visible mediante: 1.º, la repetición de referencias sobre el modo en que el paciente actúa o habla en transferencia, la cual refleja un medio de goce; 2.º, las referencias a momentos en que la transferencia articula un deseo,

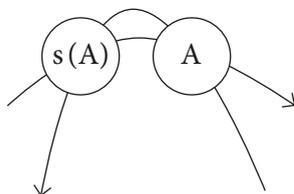
10 Es preciso recordar que la vertiente organicista, inspirada en Griesinger, considera a la psiquiatría como una ciencia, cuyo objeto de estudio es accesible a la sensibilidad. De modo que, bajo la influencia de una perspectiva kantiana, considera relevante la observación de las manifestaciones accesibles a la intuición sensible (Pereira, 2007), las cuales, una vez organizadas por la sensibilidad, permiten percibir a la enfermedad mental en su naturaleza, tal cual se nos presenta en su forma.

una falta que impulsa la producción de la demanda; 3.º, las referencias a la identificación del psiquiatra con algún rasgo significativo del paciente; y 4.º, las referencias a los momentos en los que emerge el paciente como sujeto (s), como una diferencia que da lugar a algo de lo novedoso, un recuerdo, un gesto, una queja o una ocurrencia.

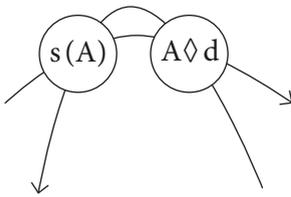
Como plantea Gambini (2019), cuando un paciente hace o dice algo se produce una cadena de significantes que, desde el discurso psiquiátrico, es cifrada mediante un código semiológico (C), que le asigna a esa cadena un significado (s), el cual, de cierta forma, es dirigido hacia el paciente. Representamos este aspecto a partir de la forma base del *grafo del deseo* empleado por Lacan (2011):



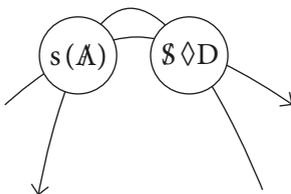
Dada la introducción de referencias sobre el paciente, así como el papel del psiquiatra en el lugar del saber, del Otro —como si fuese un Otro no barrado (A), sin fisuras—, es posible ubicar, en el discurso psiquiátrico, referencias sobre las formas en que el paciente actúa, cuyo sentido es establecido retroactivamente por el Otro (psiquiatra) que, en el segundo grafo es notado como $s(A)$.



A medida que se produce la relación entre el psiquiatra y el paciente, es posible considerar que allí se articula un deseo mediante la demanda, la cual dirige hacia el Otro ($A \diamond d$).



Mientras que, desde el accionar del discurso psiquiátrico, se interpela a que el paciente responda o realice determinada acción, en función de ello, se produce una marca lingüístico-discursiva, que parece constituir un efecto de la presencia del discurso psiquiátrico en tanto Otro ($S(A)$). Al mismo tiempo, se espera del paciente que hable, que actúe, ante lo cual se produce la entrada del psiquiatra en la escena, mediante referencias a su acción, la cual obliga al paciente a someterse a la demanda del psiquiatra como si esta coincidiera con el deseo de aquel. Durante dicha maniobra, la ficción del discurso psiquiátrico que apunta a mostrarlo como un Otro sin fisuras parece no poder sostenerse, en tanto que el discurso «cae», cambia de estilo y de posición enunciativa, señalando así su falla. Por ello, la respuesta que el paciente suele dar al psiquiatra parece quedar, en ciertos momentos, en el lugar del falo, en el lugar del significante de la falta del Otro: $S(\bar{A})$. Por otra parte, la acción del psiquiatra ahí referida parece volverse accesible al paciente, por lo que este último se inclinaría a encontrarse con los significantes de la demanda ($\$ \diamond D$).¹¹



11 Por más que el discurso psiquiátrico coloque al psiquiatra como si fuera un gran Otro no barrado, una y otra vez, ante el enigma de la locura, dicho discurso cae de la posición enunciativa impersonal a la posición enunciativa en primera persona del singular, dejando en evidencia un cortocircuito. Eso mostraría que el discurso psiquiátrico, frente a cada momento de interacción, en el fondo, no puede sostener la referencia al psiquiatra como si ello pudiese asegurar un gran Otro completo. Por el contrario, la propia «caída» de la posición enunciativa indica que el Otro está barrado (\bar{A}), es decir que el discurso falla, que en él está incorporada la falta por la acción del significante, que funda al sujeto barrado ($\$$).

Cuando el paciente responde, intentando dar resolución a la interrogación sobre el deseo del psiquiatra en tanto Otro, articula la transferencia.

CONCLUSIÓN

Desde principios de siglo XX las ideas freudianas fueron penetrando el campo psiquiátrico entre momentos de resistencia y otros donde se nota su inscripción. Sin embargo, en general, no es posible decir que las ideas freudianas transformaron el pensamiento psiquiátrico de manera rápida o radical, sino que más bien tales ideas fueron insertas dentro de las lógicas discursivas ya existentes. Ello implica que, si bien no es posible afirmar un cambio profundo en las prácticas y lógicas de la psiquiatría, si es notorio visualizar como la inscripción de las ideas freudianas dio lugar a una mayor riqueza a nivel del análisis etiológico, en el abordaje del diagnóstico y en el tratamiento del paciente, donde allí se reconoce el potencial del psicoanálisis.

En relación a la transferencia, la relación psiquiatra-paciente-psiquiatría se nos presenta como una relación dialéctica, en la que se trata de objetivar una conducta, un síntoma o un cuadro desde una asimetría. Existe una búsqueda sobre lo que el paciente produce, y ante ella, se transmite una experiencia. Al mismo tiempo, el discurso psiquiátrico insiste en mostrar que sabe significar los comportamientos, los síntomas y los signos del paciente, y que es posible (re) dirigir la acción del enfermo, articulando así la transferencia. De este modo, la transferencia sería el motor de la clínica psiquiátrica, dado que, a partir de allí, el clínico accedería a la verdad de la enfermedad de su paciente, aun al costo de acallar su palabra o actuar por encima de su voluntad. En cualquier caso, la transferencia es señalada, aunque en ella el paciente se ve sometido a las maniobras de su psiquiatra, de modo que su cura parece reflejar la manera en que el paciente se adapta al mandato establecido por el discurso psiquiátrico.

A pesar de tal sometimiento, la referencia a la transferencia también es señalada como una incomodidad y al mismo tiempo como algo necesario, pero de lo que no se puede reflexionar o hablar, quizás por ello la transferencia señalaría que ante el desarrollo de la clínica no domina la razón sino el deseo. ♦

RESUMEN

El presente trabajo busca caracterizar la inscripción de las ideas freudianas en el ámbito psiquiátrico del Uruguay durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. Para ello, con la intención de enmarcar dicha inscripción, iniciamos una presentación descriptiva de la psiquiatría en el Uruguay, así como de la inscripción de las ideas freudianas. Una vez introducido dicho desarrollo, nos centramos en trabajar sobre la temática de la transferencia, dado que la misma presenta una singular inscripción en el ámbito psiquiátrico.

Descriptores: HISTORIA PSICOANÁLISIS / TRANSFERENCIA / PUBLICACIÓN / INVESTIGACIÓN / VINCULO TERAPÉUTICO / ENFERMEDAD MENTAL

ABSTRACT

This paper characterizes the inscription of Freudian ideas in the psychiatric field of Uruguay during the first four decades of the twentieth century. For it, with the intention of framing said inscription, we began a descriptive presentation of psychiatry in Uruguay, as well as the inscription of Freudian ideas. One this development has been introduced, we focus on working on the subject of transfer, since it presents a unique inscription in psychiatric field.

Keywords: HISTORY PSYCHOANALYSIS/ TRANSFERENCE/ PUBLICATION/ RESEARCH/ THERAPEUTIC BOND/ MENTAL ILLNES

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Assoun, P. L. (2008). *La Transferencia. Lecciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Nueva Visión. Colección Freud Lacan.
- Barrán, J. P. (1995). *Medicina y Sociedad en el Uruguay del Novecientos 3. La invención del cuerpo*. Montevideo: Banda Oriental.
- Bleuer, E. (1993). *Demencia Precoz. El grupo de las Esquizofrenias*. Buenos Aires: Lumen-Hormé.
- Braustein N. A., Geber D., Orbañanos M.T., Gilling D., Escobar M.G., Saal F., Bicecci M. y Nasio J.D. (2005). La re-flexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan. En: *Coloquios de la fundación* (3). México D.F.: Siglo XXI.

- Cáceres, A. (1936). Manifestaciones artísticas en asilados del Hosp. Vilardebó. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 44-57.
- Cáceres, A. (1938). Examen psicológico de un Artista esquizofrénico. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 31-40.
- Casarotti, H. (2007). Breve síntesis de la evolución de la Psiquiatría en el Uruguay. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. 71 (2), pp. 153-163.
- Coll, O. (2008). *Cátedra de Psiquiatría 1908-2008: un siglo de pensamiento psiquiátrico nacional*. Montevideo: Artemisa.
- Darder, V. C. (1937). Higiene Mental en la edad crítica. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 59-65.
- Duffau, N. (2013). El tratamiento de la "locura" en la obra de José Pedro Barrán a través del análisis de Medicina y Sociedad en el Uruguay del 900. *Revista Cultura PSI/PSICultures* 1.
- Duffau, N. (2015). *Comunicación personal*. Montevideo.
- Duffau, N. (2016). Urano, Onán y Venus: La sexualidad psicopatologizada en el Uruguay del Siglo XIX *Passagens. Revista Internacional de História Política e Cultura Jurídica Rio de Janeiro*. 8 (1), pp. 21-39.
- Dunker, C. I. L. (2015). *Mal-estar, sufrimiento e sintoma*. São Pablo: Estado de Sítio.
- Dunker, C. I. L.; Paulon C.P. y Milán G. (2016). *Análise Psicanalítica de Discurso*. Perspectivas Lacanianas. São Pablo: Estação das Letras e Cores.
- Duprat, P.D. (1911). Introducción al estudio de la Terapéutica. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 163-180.
- Duprat, P.D. (1912). Notas de terapéutica descriptiva. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 25-34.
- Duprat, P.D. (1914). De los Agentes Terapéuticos en general. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 77-107
- Duprat, P.D. (1914). La Psicoterapia. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 159-210.
- Etchepare, B. (1905). Desequilibrio mental; hiperestesia e inversión sexual; safismo, hermafroditismo psico-sexual; morfinomanía, mitridatización, histeria. *Revista Médica del Uruguay*. Montevideo, pp. 94-97.
- Etchepare, B. (1913). Ceguera histórica. *Revista de Medicina del Uruguay*. Montevideo, pp. 113-119.
- Ey H; Bernard P. y Brisset Ch. (1965). *Tratado de Psiquiatría*. Barcelona: Masson.
- Fascioli, A. A. (1937). Higiene mental en la adolescencia. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Montevideo. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 23-33.
- Freud, S. (1992). *Presentación autobiográfica*. En: *Obras completas (1925 [1924])*, Vol. XX, pp. 1-70. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En: *Obras completas Vol. XII*, pp. 93- 106). Buenos Aires: Amorrortu.
- Gambini, M. (2019). «*Etchin, tepe, emoreja*»: *Un estudio discursivo de las marcas lingüístico-discursivas de la transferencia en la escritura de caso clínico psiquiátrico, en el Uruguay (1899-1940)*. Montevideo: Facultad de Psicología, Udelar (tesis en proceso de revisión final).
- Ginés, A. M. (2000). Desarrollo y Estado Actual de la Psiquiatría en el Uruguay. *Sitio Médico*. Recuperado de: <http://www.sitiomedico.org/artnac/2000/09/04.htm>
- Harari, R. (1999). *Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis de Lacan*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Heidegger, M. (2003). *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*. (1936-1938) Buenos Aires: Almagesto.
- Huertas, R. (2010). Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain. Dossier: Enfermedad mental y cultura de la subjetividad (siglos XIX y XX) 11-27. *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*. Instituto de Historia. Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC – España. Recuperado de: <http://revistaen.es/index.php/frenia/article/viewFile/16501/16342>
- Lacan, J. (2011). *El Seminario 5. Las formaciones del Inconsciente (1957-1958)*. Buenos Aires: Paidós.

- Lacan, J. (2003). *El seminario 8. La Transferencia. (1960-1961)*. Buenos Aires: Paidós.
- Meyer, E., Pietromica, Y., Parodi, R., Carlson, D., Bercoff, E., Acosta, J.M., Ravenna, A. y Greca, A. (2010). *Clínica Médica y Psiquiatría en diálogo: experiencia con un grupo operativo (BALINT) 1-4.1ra Cátedra de Clínica Médica y Terapéutica. Carrera de Posgrado de especialización en Clínica Médica Facultad de Ciencias Médicas - Universidad Nacional de Rosario, Rosario - Santa Fe - República Argentina. Clínica-UNR.org*. Recuperado de: <http://www.circulomedicorosario.org/Upload/Directos/Revista/a85bfoMeyer.pdf>
- Mira y López, E. (1940). Teoría y práctica del psicoanálisis. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Montevideo. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 47-56.
- Navarro, F. A. (1938). Conferencia Sobre Psicoanálisis. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Montevideo. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 3-37.
- Paulon, C. P. (2018). *Introduzindo o conceito de narrativa em psicanálise; sobre um operador comparativo para o estudo de casos clínicos*. São Paulo: Instituto de Psicologia. Universidade de São Paulo.
- Payseé, C. (1920). De los métodos en Psicología y de sus aplicaciones en Psiquiatría. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 61-88.
- Payssé, C. (1936). Psicogénesis de un parricidio. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 34-70.
- Payssé, C. (1937). La higiene mental en la infancia. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 35-40.
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes*. Buenos Aires: Centro Cultural de la cooperación Floreal Gorini
- Pereira, M. E. (2007). Griesinger e as bases da "Primeira psiquiatria biológica". *Rev. Latinoam. Psicopat. Fund.*, 10 (4), pp. 685-691.
- Pérez Pastorini, V. (1925). Un caso de mutismo. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 100-103.
- Radecki, W. (1935). Psicología de la alucinación. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó.
- Rossi, S. C. (1916). Contribución al estudio del Psicoanálisis. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 725-729.
- Rossi, S. C. (1926). Consideraciones bioquímicas sobre el Freudismo. *Revista Médica del Uruguay*, pp. 69-76.
- Saurí, J. J. (1996). *El naturalismo psiquiátrico*. Buenos Aires. Lohlé-Lumen.
- Schiaffino, (1937). La Higiene Mental en la escuela. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 67-75.
- Sicco, A. (1936). Neurosis de angustia por Varicocele. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 5-13.
- Sicco, A. (1937). Plan de profilaxis mental (La lucha contra las enfermedades mentales). *Revista de Psiquiatría del Uruguay*. Sociedad de Psiquiatría. Hospital Vilardebó, pp. 15-22.
- Sullivan, H. S. (1969). *La entrevista psiquiátrica*. Buenos Aires: Psique. Todorov, T. (1996). *Los géneros del discurso*. Caracas: Monte Avila Ed.
- Vallejo M.; Miranda M. (2004). Los saberes del poder: Eugenesia y Biotipología en la Argentina del siglo XX. *Revista de Indias*, 66 (231), pp. 425-444. Recuperado de: <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/547/614>
- Zorzanelli, R.; Dalgarrondo, P.; Banzato, C. E. M. (Setiembre, 2016). Realismo e pragmatismo em psiquiatria: um debate. *Rev. Latinoam. Psicopat. Fund.*, 19 (3), pp. 527-543. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/rlpf/v19n3/1415-4714-rlpf-19-3-0527.pdf>



POLEMOS

Sobre el valor del enfoque lacaniano para la práctica analítica¹



BRUCE FINK²

Rachel Blass me ha pedido amablemente que exponga aquí lo que es propio del enfoque lacaniano de la práctica psicoanalítica y su relevancia para los analistas no lacanianos. Algunos comentarios preliminares sobre esta doble tarea me parecen necesarios:

No existe un enfoque lacaniano único para la práctica psicoanalítica. Hay muchas escuelas lacanianas diferentes y no todas enfatizan las mismas facetas o períodos de las enseñanzas de Lacan, ni todos interpretan su trabajo de la misma manera. Al igual que los escritos de Freud y Melanie Klein, el trabajo de Lacan puede entenderse de varias maneras, lo que implica diferentes puntos de vista sobre la práctica clínica. Mi propio enfoque de la teoría lacaniana aparentemente es considerado por algunos en la comunidad lacaniana como excesivamente directo, transparente y simplista, lo que me lleva a hacer recomendaciones excesivamente prácticas con respecto a la técnica, en una palabra, demasiado «norteamericano». Esto es, sin duda, al menos en parte porque los franceses raramente hacen recomendaciones sobre la técnica en el papel, y generalmente solo discuten el material de casos clínicos en términos altamente condensados y abstractos que dan a los lectores poca idea de cómo realmente es su práctica.

- 1 El artículo «Sobre el valor del enfoque lacaniano del proceso analítico», fue publicado originalmente en el tomo 100 (2), 2019, pp. 9-13. 315-332.
- 2 Duquesne University, Pittsburgh. USA. brucefinkanalyst@gmail.com

Para mí, indicar lo que es distintivo del enfoque de Lacan implica contrastarlo con la práctica de los no lacanianos, lo que haría suponer que tengo un amplio conocimiento de otras escuelas analíticas, tanto sus marcos teóricos como sus enfoques para la práctica. Esto sería exagerar considerablemente mi familiaridad con ellos. He dedicado los últimos 35 años a lidiar y traducir el trabajo a menudo difícil de Lacan, y solo en la última década he comenzado a tratar de familiarizarme con otras escuelas de pensamiento psicoanalítico. Aquellos bien versados en el trabajo de otros teóricos probablemente encontrarán que mis caracterizaciones de ellos son reduccionistas.

Mi conocimiento del trabajo de otros teóricos proviene de mi lectura ciertamente limitada; y mi conocimiento de qué tipo de práctica lleva a cabo su trabajo proviene de tres fuentes principales: 1) ejemplos clínicos encontrados en la literatura; 2) lo que aprendí sobre la práctica de los clínicos por parte de los analistas que superviso (quienes me cuentan cómo ellos mismos practican, pero también sobre los enfoques que aprendieron en sus análisis de formación, de sus profesores y de los rumores en sus institutos); 3) lo que escucho de los analizados que vienen a mí después de haber trabajado con analistas que se entrenaron en otras formas de psicoanálisis, estos analistas a menudo me informan —incluso palabra por palabra— lo que sus analistas dijeron e hicieron.

ENFOQUES RADICALMENTE DIFERENTES PARA TRATAR LA NEUROSIS Y LA PSICOSIS

Menciono todo esto porque cuando, en conferencias, critico ejemplos de lo que considero formas problemáticas de práctica que he encontrado en la literatura (ya sea en Owen Renik, Thomas Ogden, Ralph Greenson o Patrick Casement), se me dice que, —independientemente de su aparente estatura e importancia, al menos cuando están analizando—, ellos de ninguna manera son representativos de lo que sucede en el campo y de que nadie practica de esa manera hoy en día. Y cuando doy ejemplos que me informan mis supervisados y analizados, casi siempre me dicen que lo que estoy criticando no es psicoanálisis en absoluto, aunque todo lo que cito proviene directamente de la boca de los psicoanalistas, y aunque yo

mismo creo que puedo ver cómo las prácticas que estoy criticando surgen directamente de la teoría de la técnica formulada por ciertos escritores analíticos contemporáneos.

Muchos de nosotros quisiéramos repudiar lo que vemos como parodias cometidas en nombre del psicoanálisis, pero me parece que el psicoanálisis es lo que practican los psicoanalistas todos los días en sus consultorios, no solo lo que se atestigua en la literatura. Muchos practicantes fallan, como el propio Freud lo hizo a menudo, en practicar lo que predicán, pero mi sensación es que ciertas prácticas que son relativamente nuevas en la historia del psicoanálisis crecen directamente de las teorías actuales y por lo tanto no deben descartarse como meros fracasos. También me parece que lo que se transmite en la literatura debe verse como la presentación de lo que algunos analistas consideran como enfoques ideales para la práctica, más que como experimentos aislados y/o dudosos.

No hablaré en este artículo acerca de cómo el propio Lacan, según los informes, practicaba o se rumoreaba que practicaba. Los inventores en el área de la práctica psicoanalítica, como Freud y Lacan, tienden a descubrir nuevas prácticas por ensayo y error, incluso si a veces, es en perjuicio de sus pacientes. Tales inventores tienden a romper todas las reglas en el intento de descubrir nuevas y útiles técnicas, y sabemos que Freud intentó repetidamente todo lo que, en sus trabajos sobre técnica, recomendó que no hiciéramos (ver Fink, 2017). Al igual que Freud, se rumorea que Lacan hizo innumerables cosas que uno podría tener dificultades para justificar de alguna forma a partir de sus escritos teóricos. Los relatos de los pacientes de sus análisis con Freud sugieren que a veces continuó, incluso en las décadas de 1920 y 1930, haciendo todo tipo de cosas contra las que había advertido (dar consejos, comentar sobre la inteligencia de los analizados, la calidad de su trabajo en sesiones específicas y la probabilidad de que se convirtieran en buenos analistas; opinar en sus asuntos relacionados con el trabajo y el matrimonio, prestarles libros, incorporarlos a su vida doméstica y familiar, etc.). Y las cuentas que le pasan a Lacan las personas sobre su análisis y/o supervisión abarcan toda la gama, desde evaluaciones entusiastas de su capacidad para escuchar y guiarlos en el desarrollo de su propio estilo, hasta diatribas contra sesiones ultracortas. Todas esas cuentas deberían tomarse con algo más que un grano de sal, tendenciosas como a menudo lo son; en

mi opinión, impugnan al hombre más que la teoría. Una armonía perfecta entre la teoría y la práctica es un ideal que algunos de nosotros podemos esforzarnos pero que pocos, si es que alguno, logran.³

Mientras que gran parte del mundo psicoanalítico contemporáneo parece haber adoptado un enfoque del tratamiento que se usa indistintamente con neuróticos y psicóticos, los lacanianos trabajan de manera muy diferente con neuróticos y psicóticos. Además, mientras que en muchas escuelas de psicoanálisis parece haberse borrado considerablemente las líneas entre la neurosis y la psicosis, como puede verse en el éxito de categorías como «trastorno límite de la personalidad» y «trastorno narcisista de la personalidad»⁴, así como la idea a menudo escuchada de que las personas pueden ser psicóticas en ciertos momentos y neuróticas en otras: los lacanianos continúan definiendo y refinando sus definiciones de neurosis y psicosis como estructuras clínicas distintas, incluso intentando discernir una estructura psicótica en ciertas personas que nunca han mostrado ninguna, los bien conocidos síntomas floridos de la psicosis, como las alucinaciones y los delirios (Lacan a veces se refiere a esto como «prepsicosis», y en los últimos años se ha conocido como «psicosis común» o «psicosis cotidiana»). Muy brevemente, los neuróticos son vistos como aquellos con un inconsciente en pleno funcionamiento, una división radical entre consciente e inconsciente, y un yo («ego») fuertemente restrictivo; los psicóticos, por otro lado, son vistos como aquellos sin un inconsciente en completo funcionamiento, sin una división radical entre consciente e inconsciente, y un yo («ego») que puede amenazar con derrumbarse a veces. Una consecuencia muy obvia de la ausencia de un inconsciente en toda la regla es que los psicóticos generalmente no hacen bromas, especialmente aquellos que juegan con dos significados diferentes de la misma palabra hablada, por ejemplo, «si» [«whether» en inglés] y «clima» [«weather»] (como un viejo guardabosques me dijo una vez: «Viendo mi éxito con las mujeres, mis amigos me dijeron que debería ser meteorólogo, porque yo siempre puedo

3 Los analistas formados por Freud y Lacan han demostrado a veces ser mejores practicantes que Freud o Lacan.

4 Se podría añadir «esquizoafectivo» a la lista.

decir «si...» [wether]), o con la misma expresión idiomática (por ejemplo, «No lo compré», «Él no vino», «solo tuve que vencerlo», etc.).

Los lacanianos continúan alentando a sus analizadores neuróticos a relatar, asociar e interpretar sus sueños, ensoñaciones y fantasías con el tradicional objetivo freudiano de localizar aspiraciones o deseos [wishes or desires] inconscientes en ellos, que están en desacuerdo o son exactamente lo contrario, de sus deseos conscientes. El objetivo en el trabajo con neuróticos es poner en tela de juicio las historias y racionalizaciones contadas por el yo («ego») consciente del analizando, siendo el yo («ego») la instancia o agencia misma del analizando que trabaja duro para no saber nada sobre los deseos «indecorosos» y pulsiones que los habitan. Lacan fue tan lejos como para llamar al yo («ego») nuestra «enfermedad mental» (Lacan, 1988, p.16) debido a su voluntad de no saber.

En mi experiencia comentando casos presentados por candidatos y analistas en institutos psicoanalíticos, quienes los presentan a menudo no pueden decirme si su paciente alguna vez ha cometido un lapsus (mucho menos uno que pudo trabajarse productivamente en el análisis), un acto fallido, un juego deliberado de palabras, una metáfora (o condensación), o un desplazamiento obvio. En resumen, a menudo parecen no prestar atención a las mismas cosas con las que Freud nos enseñó a detectar la presencia y la actividad de un inconsciente de pleno derecho, como si el inconsciente ya no estuviera en su radar, o como si creyeran que el único acceso valioso al inconsciente era a través de su propia contratransferencia. Los lacanianos, por otro lado, generalmente tienen el enfoque exactamente opuesto: buscan detectar la presencia y la actividad del inconsciente en el habla de sus pacientes, es decir, en lo que dicen y cómo lo dicen (por ejemplo, cómo logran decir exactamente lo contrario de lo que querían decir, a menudo sin siquiera darse cuenta, o dejar salir formaciones de compromiso en su discurso.

CONTRATRANSFERENCIA

Cuando un analizando mío se refirió al ano como «una zona errónea», en lugar de como «una zona erógena» y procedió a comentar que se había saltado la «g» en «erógena», y luego irreflexivamente pasó a relatar lo que

un amigo le había dicho sobre el «punto “G” masculino», estallando en carcajadas cuando reiteré la «g»).

Debe notarse que todo lo que propongo aquí sobre la práctica lacaniana se refiere al trabajo analítico con neuróticos, es decir, personas con un inconsciente funcional, no psicóticos.⁵

La mayoría de los lacanianos respaldan la definición de contratransferencia de Lacan (2006, p.183) como «la suma total de los sesgos, pasiones y dificultades del analista, o incluso de su información inadecuada, en cualquier momento dado en el proceso dialéctico» del análisis. Esto implica que es mucho más probable que vean la contratransferencia como un indicador de su propia personalidad, complejos o ignorancia que como un acceso al inconsciente de sus pacientes. Ciertamente, no ven la contratransferencia como el nuevo «camino real hacia el inconsciente», como parece ser visto por los practicantes de otras escuelas.

Los lacanianos no hacen uso directo de la ensoñación del analista durante las sesiones, de las imágenes o impresiones de las formas analíticas de la vida del paciente que no están justificadas de alguna manera por lo que él o ella dicen, o sueños o pensamientos que se pierden en la mente del analista durante las sesiones. Se considera que la ensoñación del analista afecta al analista y no informa al analista de manera directa sobre lo que está sucediendo para el analizando.

Aunque los lacanianos sí creen que los analizandos les proyectan cosas —por ejemplo, imaginando que saben cosas que no saben, que juzgan negativamente cosas que no juzgan negativamente, o que sienten cosas que realmente no sienten— los lacanianos no creen en esas ideas o emociones puede ser directamente «puestas en» ellos. Los analistas pueden sentir muchas cosas dentro y fuera de las sesiones, pero no consideran que hayan sido transferidas de manera no mediada, por algún medio o mecanismo de transmisión desconocido, del analizando al analista. Se entiende que el analista desempeña un papel predominante en lo que piensa o siente y reconoce que no todos los analistas pensarían o sentirían lo

5 Con respecto a los enfoques lacanianos para trabajar con psicóticos, véase ECF, 1997a, 1997b, 2005; y Fink, 2007, Capítulo 10.

mismo con el mismo paciente, no porque algunos sean menos «sensibles» o «sintonizados», sino porque todos tienen diferentes experiencias de vida y se posicionarían de manera diferente en el análisis. Un analista puede comenzar a sentirse furioso y creer que su paciente le está poniendo a él su ira, mientras que en circunstancias similares otro analista podría no enojarse en absoluto; ¿De dónde viene la furia?

Los lacanianos conceptualizamos nuestra llamada intuición sobre lo que está sucediendo con un analizando —lo que he escuchado que algunos analistas estadounidenses llaman nuestro «radar»— como producto de nuestros propios antecedentes, composición psicológica, entrenamiento, lectura y conocimiento del analizando transmitida por el contenido, el tono y el ritmo de su discurso⁶.

CONCEPTUALIZACIÓN DEL PAPEL DESEMPEÑADO POR LOS AFECTOS

Cuando un analista se siente atascado o frustrado con un paciente, no se lo considera como lo que está haciendo el paciente, es decir, debido a que el analizado está tratando de frustrarlo o de repetir con él la forma en que frustró a su madre al crecer, por ejemplo. Por el contrario, se presume que el analista no ha captado adecuadamente la situación, no ha conceptualizado adecuadamente lo que está sucediendo, no ha encontrado una manera de ayudar al analizando y/o se ha situado incorrectamente en el análisis, como alguien que debe tener todas las respuestas, por ejemplo, o quién debería ser capaz de satisfacer todas las demandas del analizando y aliviar todas las ansiedades del analizando.

En resumen, la contratransferencia se considera como algo a tener en cuenta, explorado en el propio análisis y/o supervisión continuos del analista, y como instructivo para el analista en su posicionamiento futuro

6 El llamado lenguaje corporal no es visto como transparentemente comprensible, ya que es culturalmente específico e individual; no puede ser «leído» directamente por el analista, sino que debe ser hablado (lo que no quiere decir que se asume ingenuamente que todo lo que se dice es veraz y directo, lejos de serlo!) Tampoco conozco a ningún lacaniano que crea que nos demos cuenta de lo que los analistas están sintiendo a través de las feromonas, algo que he oído de varios analistas estadounidenses (véanse mis comentarios al respecto en Fink, 2016, pp. 125- 26).

de sí mismo en el análisis, pero no como algo a ser comunicado a el analizando. Esto constituye lo que es quizás una de las mayores diferencias en la técnica entre un enfoque lacaniano para la práctica y el que se fomenta en muchas otras escuelas hoy en día.⁷

En un enfoque lacaniano, encontramos una visión diferente del afecto tal como se manifiesta en el contexto analítico de la que se encuentra en muchos otros enfoques contemporáneos. En vena freudiana, ciertos afectos que surgen fugazmente se consideran potencialmente engañosos debido al desplazamiento. Tal como nos dice Freud, con respecto a los afectos en los sueños, «debemos permitir que su intensidad se incremente debido al desplazamiento» (SE V, p.461) o «reducido a un nivel de indiferencia» (p. 467), y debemos permitir porque se convierten «en su opuesto» (p. 471, el amor aparece como odio, por ejemplo) o se unen a otros objetos (haciendo «conexiones falsas» con ellos), así también en las sesiones, los afectos manifiestan una cierta plasticidad, puede ser empleado estratégicamente (aunque no necesariamente conscientemente), e incluso pueden ser inventados, posiblemente a efectos de provocar algo en el analista, ya sea enojo, compasión, amor o ansiedad.

Una vez, un analizando parecía estar muy excitado después de una sesión algo larga y productiva, y luego comentó bastante rápidamente que pensaba que pronto terminaría la sesión y fingió enojarse para hacerme sentir pena por él y mantener la sesión más larga, ¡aunque no había nada en particular que quisiera agregar! Otro analizando solía llorar para tener la posibilidad de diferir el momento en la sesión en la que tendría que comenzar a hablar y trabajar. Poco después de darse cuenta del patrón, ella me dijo que había esperado que la dejara estar allí sin decir nada.

La técnica generalizada hoy día de lo que llamaré (siguiendo a Kristen Hennessy, comunicación personal) «cacería afectiva», en la que el clínico está constantemente atento al menor afecto que se expresa en una sesión o que puede estar al acecho en segundo plano, intentando sacarlo a luz con la pregunta estereotipada, «¿Cómo te hizo sentir eso?», juega poco o ningún

7 Las críticas lacanianas al uso que se hace de la contratransferencia y de la «identificación proyectiva» en otras escuelas se pueden encontrar en Miller, 2003, y Fink, 2007, capítulo 7.

papel en el trabajo lacaniano. Todo lo que provoca afecto en el analizando es visto por muchos analistas contemporáneos (como Patrick Casement) como el Santo Grial, mientras que, en una vena más freudiana, para los lacanianos la evocación del afecto sin conectarlo con el pensamiento equivale a nada más que a «descargas libidinales», que pueden sentirse bien momentáneamente pero no realizan ningún trabajo real, no constituye un paso adelante. Solo cuando el pensamiento y el afecto vuelven a estar juntos, la represión puede ser superada.⁸

Desde un punto de vista lacaniano, ya que la ansiedad es, como dijo Freud (SE XVI, pp. 403-404), «la moneda corriente universal para la cual cualquier impulso afectivo es o puede ser intercambiado si el contenido ideacional unido a él se somete a la represión», la ansiedad aparece típicamente en el lugar de todo tipo de otros afectos que de otro modo podrían aparecer en el consultorio. Uno podría entonces preguntarse por qué sus supervisores a menudo dicen a los analistas en formación que están haciendo algo mal cuando el afecto que apareció en las sesiones es ansiedad.

En cuanto a los estados afectivos que parecen ser más persistentemente característicos de los pacientes, Lacan propone que los veamos de maneras que son radicalmente diferentes de las formas en que generalmente se los considera en otras escuelas de psicoanálisis. Los pacientes que se presentan con la llamada depresión o tristeza tienden a ser vistos hoy como sufriendo de sentimientos intensos de pérdida, y esta pérdida parece conceptualizarse más generalmente como si hubiera sido provocada por alguna falla en la parte de la madre (o de los padres) a proporcionar amor, cuidado y calidez adecuada al paciente cuando niño. Por lo tanto, los analistas contemporáneos suelen concebir el entorno analítico como aquel en el que el analista se esfuerza por mantener y volver a cuidar al paciente, brindarle al paciente el amor, el cuidado y la calidez —esto a menudo se resume con el término técnico «espejamiento»— que él o ella se perdió de niño o niña. Al servir al paciente como una «madre suficientemente buena» tardíamente, muchos piensan que el paciente adulto regresa a la infancia en el curso del análisis y experimenta un proceso de desarrollo

8 Véase Fink, 2017, pp. 55-63.

completamente nuevo en el que el analista lo vuelve a ser figura parental, proporcionándole «experiencias emocionales correctivas».

Nada podría estar más lejos de la visión de Lacan de la tristeza y la depresión, ni, de hecho, de su visión del entorno analítico como un todo. Para Lacan, en la mayoría de los casos de neurosis, estos afectos representan lo que él llama una «falla moral»: el paciente, al mismo tiempo que siente, no sabe muy bien, que tiene mucho que explorar sobre su pasado y que hay mucho de lo que sucede dentro de sí mismo que desconoce, y se rehúsa o no logra reunir el coraje para recordar sus sueños, asociar libremente con ellos, recordar sus ensoñaciones, lapsus y fantasías; en una palabra, se niega a enfrentar las cosas de manera genuina, de participar en el análisis. En cambio, adopta una postura cobarde, que es la de rechazar el inconsciente. Si este aparece en sus sesiones, no asume ninguna responsabilidad por lo que sucede en ellas, dejando que el analista tome la iniciativa y lance la pelota, a menudo con la esperanza de que nada cambie, lo que demostrará que el psicoanálisis (como cualquier otra técnica) es impotente para cambiarlo y que, por lo tanto, es un caso sin esperanza, lo que significa que no tiene sentido que lo intente siquiera.

Si el paciente se siente deprimido [«morose»], según Lacan, es porque se niega a afrontar el hecho de que las relaciones entre los sexos no son lo que creció creyendo que eran: perfecto en todos los sentidos, al menos si encuentras la «persona correcta», y que el amor y el sexo son mucho más complicados y complicados de lo que desearía que fueran, y solo está dispuesto a aceptar una especie de amor intenso, romántico y ficticio (*l'amour fou*, o «amor loco», como lo llamó Van Morrison, aunque no fue el primero en hacerlo) en el que puede olvidarse por completo.⁹ Nada más le servirá.

Si el paciente se siente «culpable», en opinión de Lacan, es porque se niega a reconocer el hecho de que ha «renunciado a su propio deseo», ha permitido que su propia voluntad sea eclipsada por las voluntades de los

9 Ver Lacan, 1990; Soler, 2015, Capítulo 4. Nótese que la creencia generalmente engañosa de que todo saldrá bien en los reinos del amor y el sexo si uno puede simplemente conocer a la persona correcta se hace eco en el frecuente énfasis que se oye sobre el «ajuste» en el entorno analítico, ya que algunos piensan que debe haber un «buen ajuste» entre el (tipo de) paciente y el (tipo de) analista si se quiere que el trabajo proceda bien.

demás, y es quizás incluso para obtener una ganancia secundaria al jugar al mártir, sintiéndose como la víctima del mal comportamiento de los demás. Él no enfrenta el hecho de que, aunque no hay una razón última para estar en el mundo, que por sus deseos o sus diversas satisfacciones, los deseos y disfrutes de otros no están más justificados que los suyos y por lo tanto no hay derecho diferirlos. Esto invierte la comprensión habitual de la culpa que está en su cabeza: la culpa no surge cuando impulsivamente hago algo y luego deseo no haberlo hecho; la culpa surge cuando evito hacer lo que realmente quiero hacer.

En resumen, muchos de los afectos que a menudo los analistas excusan e incluso compadecen en sus pacientes, teorizados como resultado de la mala crianza temprana (de los cuales hay muchos, dudo que alguien discuta con eso), son vistos por Lacan como posturas éticas adoptadas por los pacientes con respecto al conocimiento, posturas que generalmente implican un rechazo a conocerse a sí mismos, sobre el inconsciente y sobre los mundos reales del amor y del sexo.

Las implicaciones de esta visión radicalmente diferente son considerables en cuanto al encuadre [setting] analítico. Para los lacanianos, el encuadre psicoanalítico en el trabajo con neuróticos no es un «encuadre sostenedor» en el sentido en que se usa a menudo esta expresión de Winnicott [holding], no un capullo o espacio sagrado en el que se produce la regresión y la reparación. Más bien, es un lugar en el que se anima al analizando a trabajar: hablar libremente sobre todo, contar sueños y fantasías, asociarse a ellos, hablar sobre el pasado y las apariciones más tempranas de todos sus síntomas, y así sucesivamente (el analista es alentado a hacerlo por el analista de innumerables maneras en diferentes casos, pero más generalmente al hacer preguntas abiertas y sin liderazgo, dejando al analizando una gran cantidad de libertad sobre cómo y dónde comenzar, alentándolo a que termine sus oraciones y deje de censurarse a sí mismo, sin caer en la interminable repetición de temas cotidianos que en repetidas ocasiones no han conducido a ninguna parte, e incitándolo a hacer la mayor parte de la interpretación). Se considera que el pasado es importante por sí mismo y no se intenta encontrar o crear algún tipo de vínculo entre el analista y absolutamente todo lo que el paciente discute, como si el analista hubiera estado allí desde el principio en la vida del

paciente y como si todos los caminos en el análisis llevaran, no a la Roma del inconsciente del paciente, sino al analista. Como en otros enfoques, la «neutralidad» no significa que el analista está separado o no involucrado: su deseo es que el análisis avance está operando constantemente. Pero él no se involucra personalmente en las luchas diarias y las decisiones de la vida del analizando, no se esfuerza por convertirse en el centro del mundo del analizando, y no usa a sí mismo (sus propias reacciones y ensoñación [reverie] durante las sesiones) como un medio importante para imaginar lo que ocurre en el paciente.

Cuando nos imaginamos lo que está sucediendo a otra persona, lo hacemos sobre la base de lo que creemos que estaría sucediendo para nosotros si estuviéramos en la misma situación. Si imaginamos que el analizando debe estar devastado porque acaba de ser despedido de su trabajo o dejado por su compañero, nos sorprenderá saber que en realidad se sintió aliviado, creyendo que se lo merecía, esperando que su jefe o compañero finalmente tomara algunas medidas, y está feliz de que él mismo no haya tenido que tomar una decisión.

El analizando no es infantilizado, y el analista trata de evitar la trampa de jugar el papel de una figura paterna (al igual que Freud admitió que cayó en la trampa de jugar «demasiado el [papel del] padre»; Kardiner, 1977, pp. 68-69). Al analizando se le presta una atención especial durante los períodos de crisis, pero esta atención adicional toma la forma de sesiones adicionales en las que se espera que el analizado funcione y por las que se espera que pague, no en forma de llamadas telefónicas ilimitadas sin cargo, correos electrónicos, textos u otras formas de contacto. En lugar de sustituir a la madre o al padre (mucho menos por «la pareja combinada»), el analista se posiciona o acepta mantener el lugar del inconsciente del paciente; cuando el paciente no puede entender lo que significa un sueño, fantasía o síntoma, a menudo asume que el analista conoce su significado y trata de que el analista lo proporcione. El analista desempeña voluntariamente la parte del «sujeto supuesto saber», el que está en el consultorio y que el paciente asume que tiene conocimiento del porqué y para qué de sus acciones, pensamientos y sentimientos y fantasías. El paciente inicialmente no puede encontrar este conocimiento en sí mismo, ya que está cifrado, escrito de una manera disfrazada, desplazada o condensada

en todas las formas en que su inconsciente se manifiesta (sueños, lapsus, actos fallidos, síntomas, etc.).

El analista, por su parte, sabe muy bien que no sabe el porqué y el por lo tanto de las acciones, pensamientos, sentimientos, fantasías y síntomas del analizando. Todo lo que sabe (como Sócrates) es cómo hacer preguntas¹⁰ y, con un poco de suerte, cómo descifrar los textos cifrados un poco mejor que el analizando. Debido a que el analista acepta situarse en el lugar del conocimiento por el analizando (es decir, como el que está en el consultorio y debe conocer las respuestas), el analizando puede tener la fe necesaria en el proceso para hacer el trabajo arduo de interpretar todo de las manifestaciones de su inconsciente mismo, con la asistencia del analista, por supuesto, sobre todo en forma de preguntas y pautas.

El encuadre no es aquel en el que se atiende a las llamadas necesidades del paciente o en el que el analista satisface o se rinde a sus demandas. Presentar solicitudes y demandas (ya sea para cambiar constantemente los tiempos de sesión para que todo sea lo más conveniente posible para el paciente, para abrazos, para el contacto regular entre sesiones, etc.) generalmente conduce no tanto a la satisfacción del paciente sino a la multiplicación de solicitudes y demandas, es decir, a cada vez más de ellas.

Un analizando, cuyas inusuales horas de trabajo le llevaron a muchas sesiones que su analista acordó reprogramar, pronto comenzó a pedir lo que esencialmente equivalía a sesiones a pedido, solicitando citas que le resultaran convenientes, ya que, en aquellos momentos, finalmente estaba despierto, ni borracho, ni en un pico, ni con resaca. Las horas que solicitaba se volvieron cada vez más inconvenientes para su analista, quien terminó revisando constantemente su propio horario para acomodarlo.

El objetivo en el trabajo lacaniano es aplazar [defer] tales solicitudes y demandas con el fin de hacer aparecer el deseo que se esconde detrás de ellas o que está inmanente en ellas. Al comienzo de un análisis, el deseo del paciente suele estar cubierto, poco claro, atado en nudos y/o subyugado a los deseos de quienes lo rodean. El analista no da lo que debería dar, ya sea calidez, simpatía, recomendaciones, consejos o interpretaciones obvias.

10 Véase Fink, 2016, pp. 46-49.

En lugar de eso, da lo que no tiene (que es como define Lacan el amor, «dar lo que no se tiene»)¹¹: mantiene abierto un espacio caracterizado por la falta de conocimiento, la falta de respuestas, y esto estimula al paciente a encontrar el suyo.

El analista no debe satisfacer todas las demandas de explicaciones y respuestas, sino que debe mantener abierto un espacio para la falta —para el desconocimiento, para la falta de satisfacción— ya que es allí donde el deseo del paciente puede pasar a primer plano. Mientras que los pacientes a menudo se preocupan por el hecho de que no saben lo que quieren cuando llegan por primera vez al análisis, o quieren cosas que son evidentemente imposibles, sus necesidades y deseos se destilan, decantan y aclaran a medida que se desarrolla el trabajo analítico, y a menudo se van con un sentido de propósito y una determinación de buscar lo que quieren.

Esto nos lleva de nuevo a lo que bien podría ser una diferencia fundamental en la perspectiva entre el psicoanálisis lacaniano y muchas otras formas contemporáneas de psicoanálisis, que lleva a un enfoque muy diferente de la práctica. Hablando de manera muy amplia —demasiado amplia, sin duda— los pacientes neuróticos parecen ser vistos hoy por la mayoría de los analistas como víctimas de una falta de satisfacción. Se cree que han sido privados de la presencia, el amor, la atención, el cuidado y el calor de sus padres, y que en gran medida no son capaces, como adultos, de lidiar con la pérdida o la separación. Muchos analistas hacen un gran problema por la más mínima interrupción en el análisis debida al analista, ya sea por vacaciones, reuniones profesionales, negocios familiares, enfermedad o vacaciones, como si creyeran que la mayoría de sus pacientes apenas puede manejar una separación de unos días, mucho menos de una semana o dos (lo que podría llevarnos a preguntarnos, de paso, cómo sobrevivieron los pacientes cuando los analistas estadounidenses a mediados del siglo XX regularmente despegaban todo el mes de agosto, mientras que analistas franceses y otros analistas europeos de ¡todas las persuasiones todavía lo hacen regularmente hoy, a veces incluso tomándose tanto en julio como en agosto!).

Esta creencia parece estar tan firmemente arraigada en los analistas de hoy que cuando sus pacientes mencionan preocupaciones o inquietudes sobre lo que le puede pasar al analista durante esos descansos, tales temores obvios rara vez se considera que sirven para ocultar deseos, —como la teoría psicoanalítica más básica sugiere que hagamos (Freud, SE X, p.180)— deseos, por ejemplo, de que el analista se enferme o muera en un accidente aéreo, ¡para deshacerse de ese molesto tábano y ser capaz de deslizarse nuevamente hacia el olvido silencioso del inconsciente, por ejemplo! Tampoco se leen tales preocupaciones como que sugieren que el paciente siente que su analista es una presencia demasiado apremiante y abrumadora en su vida, una especie de «mono en su espalda» que le está respirando en la nuca y no le deja ningún lugar para que él respire cómodamente.

Algunos lectores recordarán que Hillary Clinton una vez orgullosamente anunció que su hija Chelsea, cuando se le preguntó a la edad de cuatro qué regalo le gustaría darle a su madre, respondió «seguro de vida», Hillary pensó que significaba que «este pequeño niño quería que yo viviera para siempre». Si Hillary se hubiera dado cuenta de que probablemente significaba que Chelsea estaba deseando inconscientemente la muerte de su madre y estaba compensando ese deseo en exceso al querer comprar su seguro de vida, Hillary podría no haberlo proclamado con orgullo al mundo. Cuando era pequeña, Chelsea probablemente pensó que el seguro de vida era algo que aseguraría que su madre se quedara con vida; en una palabra, Chelsea probablemente pensó que era algo que podría proteger a su madre de sus deseos de que su madre muriera¹². En cualquier caso, Chelsea tenía que haber estado pensando en la muerte de su madre para querer comprar su seguro de vida, y sospecho que había pocas razones médicas para temer por la vida de Hillary en 1984.

De la misma manera, las «preocupaciones» de los analizandos acerca de sus analistas, cuando esos analistas parecen estar en buen estado de

12 Si Chelsea entendió a esa temprana edad lo que el seguro de vida realmente hace y que la propia Chelsea habría sido la beneficiaria probable de la póliza, entonces quizás ni siquiera podamos considerar que haya sido un deseo inconsciente de muerte por su parte.

salud, obviamente sugieren deseos reprimidos. ¡Sin embargo, rara vez parecen leerse de esa manera! En mi opinión, a menudo sucede que son los analistas los que se hacen un gran problema por interrupciones breves del análisis y que están preocupados por sus analizandos ellos mismos (y albergan ciertos deseos agresivos hacia ellos), y no al revés. Del mismo modo que las madres que están molestas con sus hijos a menudo inspiran o incitan en ellos un espectáculo de la llamada ansiedad de separación (como cuando los envían a la guardería o a la escuela por primera vez), los niños muestran una sensación de ansiedad o miedo cuando la madre está a punto de irse pero estar bien con los otros niños y adultos allí cinco minutos después de que ella se fue —los analistas a veces provocan preocupaciones en sus analizandos que no son «de cosecha propia» [home grown], por así decirlo—.¹³ Me parece que tales analistas quieren ser amados por sus pacientes y les molesta cuando sienten que sus pacientes no les devuelven su amor adecuadamente, después de que ellos mismos, según ellos, han dado tanto a sus pacientes (los analistas manifiestan amor a sus pacientes escuchando atentamente, recordando lo que se dice, apuntando, puntuando y solo ocasionalmente interpretando, pero tratar de ser amado a cambio de eso por sus pacientes es un problema grave que he discutido ampliamente en otros lugares; Fink, 2016).

Mi sensación es que los analistas de hoy en día tienden a ver a un paciente como un bebé necesitado que no puede obtener suficientemente amor y atención, en lugar de como alguien que está sufriendo de un exceso de satisfacción y necesita separación, separación de la persona o instancia en su vida que lo está llevando a una sobrecarga de satisfacción, satisfacción que es, naturalmente, endosada, disfrazada y experimentada en su mayor parte como dolor o insatisfacción. La opinión de Lacan sería, creo, que nuestros pacientes no sufren de muy poca satisfacción, sino de demasiada satisfacción neurótica; que nuestros pacientes no sufren de una presencia inadecuada de una figura significativa en sus vidas, sino de una

13 No hay nada misterioso en cómo sucede esto (no tenemos necesidad de recurrir a ideas como la «identificación proyectiva» para explicarlo); si le dices a alguien una y otra vez que debe estar preocupado por algo, tarde o temprano lo convencerás de que está (o al menos debería estar) preocupado por ello.

presencia dominante e ineludible. Esto es obvio cuando un analizando de cincuenta años nos dice que habla por teléfono con su madre durante una hora todos los días y desde que salió de casa para la universidad, pero esto es cierto incluso cuando él no ha hablado con su madre durante años. y habla como si ella no hubiera jugado ningún papel en su vida durante décadas. Porque él sigue llevándola en la cabeza y se siente oprimido por ella y por todo lo que ella dijo que quería de él y de la vida en general.

Obviamente, no nos separamos por poner distancia física entre nosotros y nuestras familias y hogares; se requiere algo mucho más difícil y complicado, algo que solo el psicoanálisis puede proporcionar, en la mayoría de los casos, experiencias de vida, meditación y otras prácticas mentales y espirituales son impotentes para lograr una separación genuina del peso del Otro con una O mayúscula, es decir, de los deseos, demandas, ideales y valores que sentimos que nuestras familias y la sociedad en general nos han impuesto.

SATISFACCIÓN, SEPARACIÓN Y ESCANSIÓN

Los síntomas proporcionan satisfacción, como nos enseñó Freud (SE XVI, pp. 365-66), pero experimentamos esa satisfacción como cualquier cosa menos satisfacción: como ansiedad, dolor, humillación, etc. El objetivo del psicoanálisis no es proporcionarle al paciente las satisfacciones de las que creemos que se ha visto privado, sino más bien tener un impacto en las satisfacciones preexistentes del paciente que lo molestan, que lo sublevan, y que él absolutamente no puede experimentar como placer.

Le ofrecemos otra satisfacción, una satisfacción diferente en el análisis, la extraña pero a menudo convincente, si no estimulante, satisfacción de descifrar su vida, sus sueños, sus fantasías, sus deslices y sus acciones fallidas. Pero también ayudamos a deshacer o aliviar ciertos síntomas.¹⁴ Si el paciente quiere deshacerse o abandonar ciertos síntomas, debe renunciar o separarse de las satisfacciones que vienen con ellos, y el psicoanálisis no puede continuar sin un sacrificio de esa satisfacción por parte del paciente. El paciente debe separarse de las figuras opresivas reales en su vida, pero

14 O le ayudamos a llegar a una actitud o postura diferente con respecto a sus síntomas, en la que esté menos insatisfecho con las satisfacciones que ya tiene.

también de las figuras internalizadas que están asociadas con sus síntomas. Y esa separación es fomentada por la técnica que Lacan ideó, que se conoce como «escansión», a la que se refirió como un corte o ruptura tanto en el habla del paciente como en la copresencia del analista y el analizando, y el analizando es conducido abruptamente a la puerta, a veces en mitad de la frase, a veces después de haber dicho algo sorprendentemente paradójico, y a menudo antes de haber dicho todo lo que pensaba o tenía la intención de decir sobre un tema en particular o sobre otros temas ese día.

Esta práctica, que conduce a sesiones de duración variable, que a menudo se han denominado peyorativamente «sesiones cortas» en la medida en que pueden durar menos tiempo que cualquiera que sea la «duración estándar de la sesión» en la cultura psicoanalítica local, ya sea treinta, cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta o cincuenta y cinco minutos, está diseñado para separar lenta pero seguramente al paciente de numerosas cosas: obsesivamente tratando de tener sentido al desempacar laboriosamente todo lo que dice y acomodarlo en un paquete pequeño y ordenado; constantemente vacilando de un lado a otro sobre cada tema o decisión potencial que discute; intentando simplemente disfrutar de la presencia del analista en lugar de trabajar; siempre llegando a la misma conclusión o experimentando exactamente lo mismo en las sesiones; dejar de culpar del desastre en el que se encuentra su vida a todos menos a él mismo; salirse de echarse la culpa a sí mismo por todo; y así en más. En todo esto, encontramos el deseo de algún tipo de totalidad, completud o perfección: explicaciones totales, armonía perfecta y una situación en la que no haya falta o pérdida. Sin embargo, una parte importante del trabajo psicoanalítico implica el encuentro con el «lecho de rocas de la castración», que podríamos caracterizar de la siguiente manera en los términos de Lacan:

1. El encuentro con el hecho de que las explicaciones nunca pueden ser completas, porque algo siempre se deja en el olvido y siempre hay más que se puede decir;
2. No existe la armonía perfecta entre las personas, ya sean del mismo sexo o de los sexos opuestos, existiendo siempre «una diferencia de fase psicológica» entre ellos (Freud, SE XXII, p.134), habiendo siempre propósitos contradictorios (Lacan, 1998, p.78);

3. Que nadie tiene todas las respuestas, y que ningún resultado futuro puede predecirse a fondo por anticipado; uno simplemente tiene que elegir y hacer lo mejor posible con sus elecciones;
4. Que uno no puede hacer o ser todo en la vida; el tiempo de uno en la tierra es limitado como lo es la energía y las habilidades de uno.

Dicho de otra manera, enfrentar la castración significa aceptar e incluso abrazar el hecho de que somos seres con serias limitaciones: inteligencia, creatividad, capacidad, tiempo, energía, etc., limitados. La castración significa que no somos completos, no tenemos todo lo que queremos, no podemos ser todo lo que quisiéramos ser, no podemos hacer todo lo que pudimos haber querido hacer. No somos seres omnipotentes, omniscientes e inmortales.

Uno de mis analizandos adultos temprano en la vida llegó a la conclusión que la única manera de ganarse el amor y la estima de sus padres era saber todo para su padre y ser un atleta musculoso para su madre. Permítanme enfatizar que esta fue su conclusión, su interpretación de los deseos y valores de sus padres, una a la que no llegaron sus hermanos. Se comprometió a aprender todo en un dominio en particular, no con un objetivo particular a la vista, no a la vista de hacer algo con él, sino para que nunca lo descubrieran sin saber algo de lo que se le podría preguntar. Pasó su tiempo fantaseando con superpoderes, lo que curiosamente se alinea con la obsesión actual con los poderes mágicos en una cultura alimentada por Harry Potter (sus raíces obviamente se remontan más lejos, al menos a Superman, Hechizada, La mujer biónica, etc.), lo que implicó que tuviera desviaciones estándar adicionales en su C.I., además de su considerable inteligencia nativa. Pensó que esto lo ubicaría más allá de los rankings, entre los genios más grandes de todos los tiempos, y se aseguraría de que inventaría algo nuevo y perdurable que lo pusiera en el mapa, inscribiéndolo en la historia. Y nada más, ninguna otra forma de trabajo usando su mente, le parecía de ningún valor en absoluto. Con él, era todo o nada: tenía que «llegar a la luna» (como en los corazones, el juego de cartas, un esfuerzo arriesgado que puede fallar catastróficamente), de lo contrario no tenía sentido siquiera intentarlo.

En el ámbito de la fuerza física y la capacidad atlética, quería aumentar y adelgazar, y pasó años ideando dietas y programas de ejercicio para él,

ninguno de los cuales ejecutaría realmente hasta que fueran «óptimos», en otras palabras, perfectos, lo que nada puede en términos absolutos, incluso aunque un montón de dietas y regímenes de ejercicio puedan ser beneficiosos para este o aquel propósito. Ocasionalmente se embarcaba en uno u otro «golpe», como podríamos llamarlo, utilizando este o aquel nuevo enfoque, pero nunca se mantuvo constante en nada y nunca persiguió el objetivo más modesto de simplemente tratar de comer y hacer ejercicio para promover la salud y la vitalidad en general. La meditación oriental y las prácticas de artes marciales en las que participó durante décadas fomentaron su creencia de que podía volverse sobrehumano, tanto mental como físicamente.

Solo en los últimos años, debido a su análisis, ha dejado de fantasear sobre las desviaciones estándar adicionales del cociente intelectual y hasta ha tenido en cuenta el hecho de que él personalmente siempre prefería la actividad y el trabajo físicos al trabajo intelectual. Se dio cuenta de que realmente odiaba la escuela y la universidad, a pesar de que siempre disfrutaba contemplando la vida y descifrando a la gente, y ha comenzado a dejar de decirse a sí mismo que tiene que hacer algo excepcional que lo hará pasar a la historia. Aunque todavía tiene conflictos sobre los deportes y la masa muscular, ya no siente la necesidad de transformar radicalmente su cuerpo o romper ningún récord de velocidad.

¿Qué hice para fomentar estos cambios? Formulé innumerables preguntas y el analizando, que ya era propenso a la introspección, aceptó fácilmente este proyecto y comenzó a hacerse todo tipo de preguntas. Exploramos su pasado en detalle, incluyendo todas esas mañanas cuando no tenía ningún deseo de salir de casa y caminar con dificultad a la clase, y todas las experiencias desagradables que tuvo con maestros y profesores. Cuando el analizando repetía las afirmaciones que había hecho toda su vida acerca de lo que quería y lo que no quería, a menudo yo puntuaba esas afirmaciones con un «huh» o «hum» monosilábico, dejándole que decidiera si yo estaba poniéndolos en duda o afirmándolos, permitiéndole proyectar sus propias dudas e incertidumbres sobre mis puntuaciones.¹⁵ A menudo subrayaba, por así decirlo, partes de las afirmaciones que ha-

cía, como «Mi madre quería que fuera un gran escritor», repitiéndole: «Tu madre quería que lo hicieras», para animarlo a hablar sobre lo que él mismo quería, en la medida en que podría ser diferente o diametralmente opuesto a lo que su madre quería.

Nuestro trabajo conjunto parece haberle permitido comenzar el difícil proceso de aceptar que él es quien es, con las limitaciones que él, como todos los demás, tiene, y que esto es suficientemente bueno. El intenso placer que anteriormente derivó de simplemente fantasear con que era otra persona, Superman y Einstein, todo envuelto en uno, lo que lo llevaría a una intensa insatisfacción con su vida diaria, ha disminuido y ahora logra una cierta cantidad de un tipo diferente de satisfacción de lo que realmente hace. La excesiva satisfacción neurótica de fantasear se ha reducido progresivamente, abandonada, sacrificada, —en una palabra, castrada— y le es posible obtener otras satisfacciones.

Muchos clínicos contemporáneos habrían clasificado a este paciente dentro del narcisismo y, de hecho, recibió el diagnóstico de «trastorno de personalidad narcisista» de los terapeutas anteriores con los que había trabajado. Pero creo que es claro que se retiró a la fantasía porque se sentía inútil como realmente era, no porque realmente tuviera una grandiosa sensación de sí mismo, y porque esas fantasías tenían que abandonarse gradualmente y reemplazarse por otra cosa. Las fantasías se habían vuelto más importantes para el paciente que su propio self y su vida; habían llegado a constituir un objeto precioso (un yo ideal o un ideal del yo) al que había que renunciar, sacrificar; tuvo que dejarse castrar para eso. Como él mismo dijo, tuvo que lidiar con la «elección forzada», no de «la bolsa o la vida» (una «elección forzada» porque si elige no entregar su dinero, lo perderá de todos modos junto con su vida), sino «mis fantasías o mi vida».

En resumen, llegó a reconocer el hecho de que continuar esforzándose para ganar el amor y el reconocimiento de que se sentía privado al crecer, —ya sea por parte del analista o de otras personas a su alrededor—, nunca podría compensar la falta de aquellos que había sentido, pero que podía obtener una gran satisfacción en su vida real al renunciar al increíble placer que obtenía al fantasear sobre ser un superhéroe, un supergenio o un superplayboy. Llegó a reconocer el hecho de que necesitaba ser castrado o

castrarse a sí mismo de tales satisfacciones imaginarias y neuróticas para poder avanzar en la vida.

Lacan relaciona explícitamente la «escansión» o corte de las sesiones del analista con la noción psicoanalítica de castración. Cada escansión se puede ver como una especie de mini castración, separando al paciente de ciertas satisfacciones problemáticas o no deseadas, ilusiones inútiles fomentadas por ideales de todo tipo que circulan en nuestra cultura, y conclusiones propias a las que se aferra en detrimento de su propia vida y bienestar. En mi experiencia, la mayoría de los pacientes se llevan muy bien con la escansión de las sesiones; los pocos que lo critican por un tiempo suelen ser los que han trabajado previamente con alguien que siempre los mantuvo al menos cuarenta y cinco minutos o incluso más que el tiempo designado oficialmente, hablaban e interpretaban mucho y tenían tendencia a sentir lástima y codearse con ellos. Lacan fue tan lejos, en un momento dado, como para decir que cortar las sesiones «es indudablemente el modo [individual] más efectivo de interpretación psicoanalítica» (Lacan, Seminario VI, página 572).

Cualesquiera que sean las cartas que recibe un paciente en la vida, él hace algo con ellas, las pone en cierto orden y las juega de cierta manera según su propia lectura o interpretación de la situación (es decir, de los deseos de quienes lo rodean, las aparentes intenciones del mundo en general con respecto a él, etc.). Como todas las lecturas, la suya es solo parcial y aproximada, y su lectura específica lo ha llevado a un callejón sin salida en la vida. El análisis requiere que el paciente reconozca que es él que llegó a esa interpretación y que él la acepta por sus propias razones, es decir, que le está sirviendo por algo, que está obteniendo algo, derivando ciertas satisfacciones de ella (en el caso que mencioné, imaginándose a sí mismo adorado y reconocido por ambos padres). Parte de su lectura debe ser reconsiderada y revisada para que ese callejón sin salida se transforme en una calle peatonal. No es la crianza que recibió la que necesita ser renovada; más bien, es su interpretación de la misma y la postura que adoptó con respecto a ella lo que necesita una renovación.

Para animar al analizando a renovar su postura, el analista debe esforzarse por integrarse a ella: el analizando se metió en la situación de la que se ha estado quejando todo el tiempo desde que puede recordar y contra

la cual ha protestado toda su vida con carga libidinal. Esto probablemente nunca cambiará si no lo enfoca en el curso del análisis, eso es lo que sucede cuando el analista mismo ve al analizando únicamente como una víctima, una víctima de una mala crianza, circunstancias desafortunadas y/o un entorno desfavorecido. Que claramente existen, pero no explican todo y generalmente no sirven para ayudar al analizando a avanzar en la vida.

El enfoque de los lacanianos hacia el trabajo orientado a la castración —que hace que el analizando abandone las antiguas lecturas y las fantasías, posturas y satisfacciones que lo acompañan— me parece que está a años luz del tipo de trabajo que escucho de analistas entrenados en otras escuelas.

Por citar solo un ejemplo, un analista que pensaba que una paciente suya neurótica había sufrido grandes pérdidas de niña y no había sido suficientemente amada como adulta, acordó proporcionarle a su paciente, a petición de esta última, una lista de las principales ideas y expresiones dichas en los muchos meses de sesiones previos a las vacaciones de verano del analista, de un par de semanas de duración. El analista vaciló al principio, pero finalmente pasó muchas horas leyendo sus notas del caso mientras preparaba una lista muy extensa de lo que ella consideraba las principales ideas y expresiones manejadas en su trabajo conjunto, llegando a verlo, finalmente, como una especie de trabajo de amor. La paciente claramente lo recibió como un regalo de amor, dándose cuenta de cuánto trabajo y pensamiento había tenido el analista. Vemos aquí un ejemplo en el que:

1. El paciente es visto como verdaderamente incapaz de llegar hasta el final de las vacaciones del analista sin algo adicional, un regalo de amor y cuidado;
2. La solicitud del paciente se toma al pie de la letra, en lugar de explorarla para ver qué tipo de deseo puede haber detrás (por ejemplo, el deseo de saber exactamente qué es lo que el analista considera más importante, en lugar de que el paciente tenga que lidiar con eso, o el deseo de recibir una expresión de amor o preocupación del analista que claramente va más allá del deber, es decir, más allá de lo que se puede esperar de un analista como parte de sus deberes

- profesionales pagados, su trabajo al hacer esta lista obviamente no se ha pagado);
3. El analista da lo que tiene —frases e ideas extraídas de las notas que tomó— en lugar de lo que no tiene, es decir, su deseo (deseo basado y alimentado por la falta, según Platón y Lacan) para que la paciente decida qué es lo que piensa que ha sido más importante en su trabajo conjunto hasta el momento y tratar de llevarlo más allá en ausencia del analista. Es muy posible que la paciente hubiera preferido que su analista rechazara su pedido (como dice Lacan: «No siempre es lo que la gente te pide es precisamente lo que desean que les des», Seminario XIII, clase impartida el 23 de marzo de 1966), incluso en ese momento, y luego se arrepintió de haber descubierto tanto acerca de lo que su analista consideraba importante, ya que le dificultaba llegar a sus propias conclusiones;
 4. El analista trabaja mucho más duro que el paciente, en lugar de poner la pelota en la cancha del paciente. ¡Siempre es una mala señal, en mi opinión!

Algunos querrán objetar que esto no es un «psicoanálisis real», que nadie hace este tipo de cosas; y sin embargo, como dije antes, deberíamos ver el psicoanálisis como lo que los analistas realmente hacen en la privacidad de sus salas de consulta. Además, crece directamente, en mi opinión, fuera del enfoque de análisis promovido por su instituto de capacitación. Refleja, también, una estrategia a veces implícita, a veces explícita, de parte de los analistas, para convertirse en el centro y foco del analizando. Lacan, por otro lado, argumenta que «El deseo del sujeto no debe guiarse hacia nuestro deseo sino hacia [otra persona]. Ayudamos a madurar el deseo del sujeto por alguien más que nosotros mismos. Nos encontramos en la posición paradójica de ser los hacedores del deseo, o sus parteras, aquellos que presiden su advenimiento. (Seminario VI, p. 572)».

Los analistas de varias persuasiones podrían no dar a tal pedido por parte del paciente su valor aparente, prefiriendo interpretarlo sobre la base de algo que acababa de ocurrir en la sesión anterior a la solicitud o sobre la base de su punto de vista sobre el análisis como un todo (o del psicoanálisis en general):

1. «Has pensado en una forma de compensar el hecho de que te estoy dejando; sería como si no me fuera y entonces no tendrías que odiarme»;

FOCO EN EL HABLA Y EL SIN SENTIDO

2. «Desea que lo deje con una lista de ideas importantes para que pueda alimentarse de ellas en mi ausencia»,
3. «Piensas que si puedes aferrarte a partes de mi mente mientras estoy fuera, me aferraré a partes de la tuya».

En lugar de hacer comentarios de este tipo, los lacanianos, en cambio, alentarían a los analizandos a interpretar sus propias solicitudes y ver por qué surgieron en el momento específico del trabajo que hicieron, y tratarían de no hacer preguntas que implican perspectivas teóricas con la hipótesis de que:

1. Los analizandos sienten odio hacia sus analistas cuando se van de viaje o de vacaciones (en lugar de sentir algo más matizado y ambivalente, como ser abandonado y aliviado simultáneamente, por ejemplo);
2. que analizandos vienen a los analistas para ser alimentados, mientras que yo, en mis treinta y dos años de práctica, nunca escuché a los pacientes hablar de sus sesiones conmigo, como uno aparentemente se refirió a Winnicott, como «un buen alimento» (me parece que los analistas «alimentan» tales ideas en sus pacientes con mucha más frecuencia que los pacientes presentan tales nociones en sí mismas);
3. que los analizandos creen que sus analistas tienen actividades y procesos de pensamiento similares a los que ellos tienen, o al menos que pueden ser inducidos a hacerlo, lo cual es una hipótesis que parece derivar directamente del registro imaginario (en el que creo que otras personas desean y hacen las cosas exactamente por las mismas razones que yo creo que las hago) y se basa en la presunción por parte del analista de que está en marcha algún tipo de proceso de «espejamiento» o «empático».

En general, los lacanianos intentan poner la menor cantidad de palabras posible en la boca de los analizandos y formular lo poco que dicen de tal manera de no introducir perspectivas teóricas. Si nuestros analizandos terminan formulando cosas en términos de odio, alimentación y «transitivismo» (como lo llama Lacan, refiriéndose a lo que está en juego cuando un niño pequeño ve a otro niño caerse y él es el que se pone a llorar), mejor que provenga espontáneamente de ellos, y no de nosotros, sus analistas. Si terminan describiendo su propia experiencia en la vida y en el análisis en términos freudianos, bionianos, kleinianos o lacanianos, que sea debido a su propia lectura y pensamiento, no porque hayamos introducido nosotros dichos términos en nuestras interpretaciones durante las sesiones, reescribiendo sus propias palabras con las nuestras.

El enfoque en el trabajo laciano no está en esforzarse constantemente para evocar o detectar el afecto sino, más bien, en el inconsciente tal como se manifiesta en el habla. Este discurso, cuando alentamos al paciente a no involucrarse en el «lenguaje yoico» [ego talk] sino más bien a asociar libremente, no es necesariamente entendido ni por el analizando, ni por el analista. ¡Ni lo necesita!

USO DEL DIVÁN

El objetivo aquí es el cambio en lugar de la comprensión, un énfasis en esto último (por el analista, el analizando o ambos) a veces demuestra ser un obstáculo para el cambio.¹⁶ El foco ya no está en el paso de un deseo particular del inconsciente a la conciencia, sino al discurso, ya sea que este discurso sea comprensible o no. Esto lleva a los lacanianos a enfatizar lo que no se entiende —lapsus, mala pronunciación, ausencia de significado y sin sentidos) y el sinsentido— en lugar de lo que lo es. Su preocupación es menos con el contenido intencional de lo que el paciente dice (la historia o el punto que el paciente desea transmitir conscientemente) que con sus dichos reales, que a menudo son confusos, polivalentes y sobredeterminados.

16 Ver Fink, 2014.

La visión de Lacan del encuadre analítico, que es tan diferente de la que se encuentra en muchas otras formas contemporáneas del psicoanálisis, se refleja en una diferencia en la técnica con respecto al uso del diván. Muchos analistas de hoy en día parecen definir el análisis, es decir, lo que cuenta para ellos como «análisis real», como tener un paciente en el diván un cierto número de veces a la semana, generalmente cuatro. Esto me parece confundir ciertas circunstancias exteriores del encuadre con el análisis en sí, ya que uno puede practicar psicoterapia de apoyo, TCC, atención plena, entrenamiento o hipnoterapia en esas mismas condiciones, incluso si pocas personas lo hacen. Hoy en día, los analistas a menudo piden a los pacientes que vienen a buscar análisis, —o a aquellos con los que pueden hablar de iniciar un psicoanálisis—, que se acuesten en el diván desde el principio. El propio Freud a menudo hizo esto, pero nos dice que lo hizo principalmente porque no soportaba que lo miraran durante ocho o más horas al día (SE XII, p.134), no porque lo sintiera crucial y no porque él pensara que todos deberían hacerlo, especialmente desde la primera sesión.

Los pacientes que son totalmente nuevos en el análisis, pero que se dirigen al diván de inmediato, a menudo les resulta intolerable comenzar a trabajar con alguien de una manera desconocida, sintiendo que necesitan señales visuales de su interlocutor antes de poder continuar con lo que están diciendo, y antes de que estén dispuestos a revelar cosas que son difíciles de conversar. A menudo terminan sentados en el diván en lugar de acostarse, girando para mirar al analista o pidiendo ir a una silla de vez en cuando; y esto puede llevar a una situación confusa para ambas partes, en la que ninguno sabe en qué lugar va a estar el analizando un día determinado.

Freud formuló la noción de «encuentros preliminares» (o «entrevistas preliminares», como a veces se las llama, SE XII, pp. 124-125) en las que se trata de ver si un análisis puede, de hecho, tener lugar entre las dos partes, si es aconsejable y bajo qué condiciones. Los lacanianos suscriben la importancia de los encuentros preliminares y recomiendan un período prolongado de reuniones cara a cara en las que el analista no considera pedirle al paciente que se acueste en el diván hasta que el paciente se haya formulado una pregunta que pueda conducir el trabajo analítico, que puede

impulsarlo de tal manera que el paciente ya no sienta la necesidad de seguir pidiéndole al analista que valide o confirme lo que está diciendo, para ver si le interesa al analista. Si le está resultando interesante al paciente: ¡eso es lo único que cuenta! Y ha desarrollado un deseo autónomo de explorar sus sueños, sueños diurnos y fantasías, y deja de preguntar de qué quiere hablar el analista en cada sesión.

EN CONCLUSIÓN

Solo cuando el paciente se convierte en analizando —es decir, alguien que hace el análisis por sí mismo— y comienza a recoger consistentemente el hilo de las sesiones anteriores y emprende la exploración de su propia psique sin la ayuda y/o aprobación constante del analista (ya sea en forma de aliento verbal o visual), se lo dirige al diván.¹⁷

Esto pone la pelota en la cancha del analizando: tanto la agenda como el trabajo del día provienen del analizando, no del analista, que simplemente ayuda en el proceso, devolviendo la pelota cuando llega el momento.

No todos los pacientes neuróticos formularán una pregunta propia que pueda impulsar el trabajo analítico, independientemente de cuánta curiosidad manifieste el analista al plantear una miríada de preguntas, independientemente de cuánto lo aliente el analista a preguntarse sobre los eventos importantes y los puntos de inflexión en su pasado, y sin importar cuánta libertad le dé el analista para tomar las riendas del trabajo. Esos pacientes nunca se vuelven verdaderamente analizados, dejan la curiosidad y la interpretación al analista, y permanecen libidinalmente apegados a una queja de por vida que, de que por no hacer lo propio, las cosas no les han ido bien. ¿Por qué, entonces, los llevaríamos al diván? A veces podemos sentir que le hemos fallado al paciente, ya que no hemos podido «poner en marcha» su deseo, por así decirlo, es decir, estimularlo a formular una pregunta capaz de alimentar el trabajo analítico. Sin embargo, es una pregunta abierta si alguien más podría

17 Este tipo de cosas rara vez, o nunca, sucede con los psicóticos, que es en parte la razón por la que los lacanianos han dejado de usar el sofá con los psicóticos.

haber sido capaz de ese paciente en particular en ese momento específico en el tiempo; tal vez su tiempo simplemente aún no había llegado, la vida no lo había llevado a «una crisis de satisfacción» (Fink, 1997, pp. 8-10) lo suficientemente severa para hacerlo verdaderamente abierto a las posibilidades del psicoanálisis, es decir, lo suficientemente severo como para superar el beneficio que deriva de sus síntomas, lo suficientemente graves como para obligarlo a superar la tendencia humana natural —o incluso la pasión— que todos compartimos para no querer saber nada sobre el funcionamiento del inconsciente.

Se podría pensar que Lacan brinda algunas técnicas útiles que prácticamente cualquier analista puede agregar a su caja de herramientas analítica. Por ejemplo, la puntuación y la interpretación oracular (que apenas he mencionado aquí)¹⁸ pueden ser agregadas, más o menos, a la perfección por algunos profesionales, y el uso del diván puede retrasarse hasta el momento en que el paciente se haya convertido realmente en un analizando. Otras técnicas lacanianas, como la escansión, parecen requerir algo así como un cambio de paradigma. Como cualquier otro enfoque, la técnica lacaniana crece en su mayor parte a partir de la teoría lacaniana, y por lo tanto, el grado en que otros clínicos pueden y/o deberían intentar incorporar tales técnicas en su práctica depende del grado en que comprenden y adoptan la teoría. ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ECF, collective (1997a). *La conversation d'Arcachon: Cas rares, les inclassables de la clinique*. Paris: Agalma-Seuil.
- ECF, collective (1997b). *Le conciliabule d'Angers*. Paris: Agalma-Seuil.
- ECF, collective (2005). *La psychose ordinaire: La convention d'Antibes*. Paris: Agalma-Seuil.
- Fink, B. (1997). *A clinical introduction to Lacan: Theory and technique*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fink, B. (2007). *Fundamentals of psychoanalytic technique: A Lacanian approach for practitioners*. New York & London: W. W. Norton & Co.
- Fink, B. (2014). *Against understanding* (2 volumes). London: Routledge.
- Fink, B. (2016). *Lacan on love: An exploration of Lacan's Seminar VIII, Transference*. Cambridge, UK: Polity.
- Fink, B. (2017). *A clinical introduction to Freud: Techniques for everyday practice*. New York & London: W. W. Norton & Co.
- Freud, S. (1953-1974). *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vols. I-XXIV). London: Hogarth Press.
- Kardiner, A. (1977). *My analysis with Freud: Reminiscences*. New York: W. W. Norton & Co.
- Lacan, J. (1988). *The seminar of Jacques Lacan, Book I: Freud's papers on technique (1953-1954)*. Edited by J.-A. Miller, translated by J. Forrester. New York & London: W. W. Norton & Co.
- J.-A. Miller (1990). *Television: A challenge to the psychoanalytic establishment*. Translated by D. Hollier, R. Krauss, and A. Michelson. New York & London: W. W. Norton & Co.
- J.-A. Miller (1998). *The seminar of Jacques Lacan, Book XX: Encore (1973-1974)*. Edited by J.-A. Miller, translated by B. Fink. New York & London: W. W. Norton & Co.
- J.-A. Miller (2006). *Écrits: The first complete edition in English*. Translated by B. Fink. New York & London: W. W. Norton & Co.
- J.-A. Miller (2015). *The seminar of Jacques Lacan, Book VIII: Transference (1960-1961)*. Edited by J.-A. Miller, translated by B. Fink. New York & London: W. W. Norton & Co.
- Miller, J.-A. (2003). *Contre-transfert et intersubjectivité. La cause freudienne*, 53, 7-39.
- Soler, C. (2015). *Lacanian affects: The function of affect in Lacan's work*. (B. Fink, trans.) London & New York: Routledge.

Comentario sobre «Sobre el valor del enfoque lacaniano para la práctica analítica» por Bruce Fink



RICARDO BERNARDI¹, BEATRIZ DE LEÓN²

Hemos aceptado con gusto la invitación a discutir el trabajo de Fink sobre la aproximación lacaniana a la práctica analítica, pues nos parece de gran interés que la discusión incluya el nivel clínico. Intentaremos señalar en primer lugar algunas diferencias y similitudes entre su enfoque y el nuestro para discutir luego de qué manera sería posible continuar avanzando en este diálogo.

Se nos ha pedido que hablemos a partir de nuestras propias posiciones personales. Esto nos obliga a hacer referencia al papel que jugó el pensamiento lacaniano en la cultura psicoanalítica en la que nos formamos. Ambos autores provenimos de una sociedad fuertemente pluralista, la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Durante la formación [training] cada candidato puede elegir algunos de los seminarios que desea cursar, mientras otros —en especial sobre la obra de Freud— son obligatorios. Ambos autores frecuentamos seminarios sobre Lacan, cuyas ideas teóricas se enseñan en los seminarios de la APU desde la década de 1970. También estudiamos durante la formación otros autores, en especial Klein, Bion, Winnicott y autores franceses contemporáneos. Durante esos años en Montevideo y Buenos Aires surgieron sociedades lacanianas, varias de ellas fuera de las sociedades de la IPA, pero también un grupo denominado

1 Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ric.e.bernardi@gmail.com

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. deleon.bea@gmail.com

«Lacan en IPA» del que forman parte analistas pertenecientes a sociedades de la IPA. Todo esto muestra la vigencia de la cuestión que Fink plantea en sus conclusiones acerca de los puntos en los que se producen convergencias entre el pensamiento lacaniano y el de las sociedades de la IPA y en qué puntos se produce un «cambio de paradigma» [paradigm shift].

Un cambio de paradigma, en sentido kuhniano, significa una modificación de la matriz disciplinaria que acarrea un cambio en la naturaleza de las preguntas relevantes, de las premisas desde las cuales se las responde y también del tipo de solución de problemas que se considera ejemplar (Kuhn, 1962). Las teorías psicoanalíticas se presentan como diferentes paradigmas cuando acentúan el papel que desempeñan premisas teóricas en la comprensión del material (Bernardi, 1989). Los cambios de paradigma pueden acarrear zonas de inconmensurabilidad entre las teorías, en las cuales no es seguro que exista compatibilidad lógica y congruencia semántica entre ellas. Pero también la inconmensurabilidad puede ser una falsa apariencia creada por una estrategia defensiva que busca que las teorías no queden expuestas a argumentos, en especial aquellos provenientes de la experiencia clínica, que pueden debilitarlas o incluso refutarlas (Bernardi, 2002).

En lo que sigue, examinaremos en primer lugar las propuestas de Fink, para discutir luego las dificultades que habría que superar y las condiciones que permitirían avanzar en un diálogo fructífero. Destacaremos el papel esencial que debe jugar en este diálogo la búsqueda de evidencia clínica en un contexto pluralista.

Fink destaca la importancia que tiene para Lacan la distinción entre neurosis y psicosis, pues el trabajo analítico encuentra en los neuróticos un inconsciente plenamente constituido. Creemos comprender la intención de Fink al colocar esta distinción en primer lugar cuando señala con sorpresa que encontró que no todos los analistas de la IPA conocen la importancia de las manifestaciones del inconsciente tales como los lapsus (slips of tongue). Fink intenta destacar la primacía del lenguaje y del significante [signifier] en la teoría lacaniana y al papel que esto tiene en la práctica clínica. Es interesante comparar la perspectiva de Fink con el modo en que las ideas de Lacan fueron recibidas en nuestro contexto cultural y dónde se consideró que radicaba el mayor aporte de su propuesta.

En nuestra región latinoamericana no fue el aspecto técnico el que resultó en primer lugar novedoso. Aprendimos a interpretar los lapsus, no de Lacan sino directamente de la obra de Freud. Tampoco la separación tajante de neurosis y psicosis resultaba atractiva. La influencia de autores como M. Klein y W. R. Bion, muy fuerte en las décadas de 1950 y siguientes, había llevado a prestar atención no solo a los fenómenos relacionados con la represión sino a mecanismos que se describían como psicóticos que podían coexistir con los aspectos neuróticos de la personalidad en un mismo paciente. Esto permitía introducir una perspectiva dimensional y no solo categorial, que resultaba precursora de algunas tendencias de la psicopatología actual. Pero por otro lado, desde los comienzos de la década del setenta se había producido en nuestra región un estancamiento en los modelos teóricos dominantes que hacían sentir la necesidad de una renovación.

El aporte de Lacan, tal vez en forma más clara que el de otros autores, ofreció, en ese momento, la posibilidad de pensar el psicoanálisis a partir de premisas diferentes. Cuando, Lacan comienza a mediados de la década de 1950 a utilizar el término freudiano de «Verwerfung» o forclusión (en francés y español) [repudiation or foreclosure] para caracterizar la psicosis, y lo diferencia de la represión (Verdrängung) [repression], que es propia de las neurosis, está en realidad introduciendo también un conjunto de conceptos que implican una nueva forma de teorización. El concepto lacaniano de «Verwerfung» es inseparable de la noción de «Nombre del Padre» [Name-of-the-Father], de la concepción estructural Edipo, de la definición del inconsciente como discurso del Otro [Other], y de otros muchos conceptos innovativos. En nuestro medio el interés estuvo puesto más que nada en esta amplia renovación conceptual y en especial en la relación de estos conceptos con el pensamiento filosófico. Oigamos testimonios de la época. Un analista uruguayo, G. Koolhaas que siempre había estado interesado en relacionar al psicoanálisis con la tradición filosófica europea, dice textualmente: «*En mi opinión, sólo esta reflexión filosófica sobre el lenguaje [se refiere a Heidegger] da fondo para entender la lectura lacaniana de Freud*» (Koolhaas, 1987, p. 347). Para otros autores de la época fue importante la relación con el pensamiento estructuralista. En Buenos Aires, Szpilka señala que Lacan significó un cambio epistemológico. En su

opinión la perspectiva kleiniana dominante se basaba en «... una epistemología positiva, continuista, evolucionista y empirista, ...» mientras Lacan aporta «... una epistemología negativa, discontinua y apuntando hacia rupturas, estructural, con objetos que se privilegian desde su ausencia o pérdida, con una concepción de un tiempo de torsión, donde el antes queda constituido siempre “a posteriori” del después, y donde lo real velado y perdido en sí mismo, solo puede irrumpir en los intersticios de la trama de lo simbólico y lo imaginario». De esa manera, agrega Szpilka, el pensamiento de Lacan permite conectar las observaciones psicoanalíticas, por ejemplo, sobre las fantasías inconscientes, con la estructura simbólica pertinente (Szpilka, 1976, p. 295). Muchos de estos nuevos conceptos tuvieron amplia difusión e incluso con el tiempo no pudieron evitar estereotiparse y repetirse en forma de clichés. Pero al menos hasta donde obra en nuestro conocimiento, en los analistas de la IPA, si bien las ideas lacanianas condujeron a una forma de teorización diferente, no se acompañaron de cambios radicales a nivel técnico ni de una discusión a este nivel. No sabríamos decir hasta dónde la teoría lacaniana admite una práctica distinta a la que señala Fink, pero nos parece interesante señalar estas diferencias en el modo de recepción de las ideas de Lacan según el contexto cultural.

El segundo tópico planteado por Fink es el de la contratransferencia. Siguiendo a Lacan, Fink cree que ella solo sirve para introducir en el análisis los sesgos, pasiones, y dificultades del analista, o sea, vuelve a la idea inicial de la contratransferencia como resistencia, excluyendo la posibilidad de utilizarla como instrumento. Estamos de acuerdo con Fink en que la contratransferencia puede mostrar las resistencias del analista. Pero no comprendemos por qué razón descarta que también pueda servir como pista o indicador de la respuesta emocional inconsciente del analista a su paciente y por tanto resultar un instrumento útil para comprender la situación analítica con mayor profundidad. Fink parece sugerir que aceptar esto conduce a convertir la contratransferencia en la «vía real» [royal road] al inconciente y lleva a atribuir al paciente los sentimientos del analista. Esto constituye una exageración y equivale a suponer que la contratransferencia siempre es mal utilizada. Resulta más adecuado afirmar, con Hanna Segal, que la contratransferencia es una mala ama [master] pero una buena sirvienta [servant] (Hunter, 1994). Existen innumerables ejemplos clínicos

en la literatura psicoanalítica que muestran un uso útil de la contratransferencia como instrumento y es en este plano clínico donde nos gustaría profundizar la discusión. Nos parece muy improbable que la forma en la que un analista lacaniano decide las escansiones en la sesión no esté influida por su contratransferencia. En ese sentido, excluir su estudio y considerarlo irrelevante no parece ser un camino que ayude a manejarla mejor, ni a enriquecer la comprensión de lo que ocurre en la sesión.

En relación a los afectos, Fink plantea una falsa oposición similar a la que acabamos de ver respecto a la contratrasferencia. Es bien sabido desde Freud que los afectos pueden ser engañosos. Pero Fink agrega algo más: que siempre son engañosos. Esto es nuevamente una simplificación que se aparta de la experiencia clínica. En muchos análisis es posible ver con asombro cómo afectos rechazados largo tiempo por el paciente, por ejemplo, el dolor de un duelo, se abren camino como un torrente, marcando un antes y un después en el análisis. ¿Deben las experiencias emocionales de este tipo interpretarse solo como efectos de un juego de significantes que irrumpe puntualmente y se manifiesta en forma secundaria a través de cambios emocionales? Si es así, el analista no lacaniano estaría atribuyendo a los procesos emocionales que se dan en el análisis una importancia mayor que la que tienen. Pero cabe otra posibilidad, a saber, que las sesiones breves o escandidas no permitan ver adecuadamente el papel de estos procesos emocionales subyacentes, y por eso los analistas lacanianos no reconocen su importancia. Consideramos más probable esta segunda hipótesis. Es muy probable que las sesiones acortadas en una forma que el paciente no puede prever no faciliten la posibilidad de expresión emocional del paciente ni la capacidad de observación del analista. Puede suponerse que esta limitación tiene mayor efecto en las patologías graves en las que predomina la irrupción de afectos no regulados y las manifestaciones no verbales, como vemos en los trastornos limítrofes [borderline] y en los pacientes con fallas a nivel estructural. La separación radical a nivel teórico entre neurosis y psicosis agrega una limitación más, en este caso a nivel conceptual, para poder identificar estos fenómenos y reconocer su importancia. El papel de los afectos en la psicopatología está hoy jerarquizado por los estudios del desarrollo y de la neuroevolución (Panksepp, J.; Biven, L., 2012), pero es poco probable

que estos argumentos tengan valor para el pensamiento lacaniano, el cual acentúa la discontinuidad entre el mundo de la naturaleza por un lado y el de la cultura y el lenguaje, al que pertenecería el inconciente, por el otro. También enfatiza la radical heterogeneidad del inconciente frente a la conciencia lo que lo lleva a poner exclusivamente el acento en aquellas manifestaciones sorprendidas que rompen la continuidad y coherencia del discurso del paciente en la sesión. Este énfasis en la heterogeneidad del inconciente, en nuestra opinión, simplifica y empobrece aspectos que estaban mejor expuestos en la idea inicial de Freud de un comercio [communication] entre ambos sistemas y por desarrollos posteriores, tales como los de Bleger, Ogden y otros, que destacan el carácter dialéctico de la relación entre los sistemas.

En los puntos siguientes, Fink señala la dirección que sigue un análisis lacaniano. El tema de la castración ocupa un lugar clave. El concepto lacaniano de castración es diferente a los de abstinencia o frustración. Está relacionado con el papel estructurante que juega a nivel simbólico el reconocimiento de la falta [lack] inherente a todo ser humano (manque à être), que es condición para que el analizando pueda ser sujeto de deseo. Los comentarios de Fink sobre los temas de la satisfacción, la separación, la escansión, así como con al lenguaje y al sinsentido [nonsense], buscan desarrollar estas ideas que ocupan un lugar central en la práctica clínica lacaniana.

En las conclusiones, Fink señala que los analistas no lacanianos podrían incorporar ciertos recursos de la práctica lacaniana, como la puntuación [punctuation] o la interpretación oracular [oracular interpretation]. Otros recursos, en cambio, como la escansión requerirían un cambio paradigmático [paradigm shift]. La propuesta de Fink respecto a la puntuación y a la interpretación oracular presenta algunas dificultades. Si por puntuación Fink se refiere simplemente a que el analista destaque algunos dichos del paciente, o sugiera interrogantes, contestaríamos que esto es común en nuestra práctica. Pero si definimos la puntuación como una operación sobre la cadena significativa, su uso es difícilmente compatible con las sesiones prolongadas habituales en los analistas de la IPA. Al menos esto es lo que piensa J. A. Miller (2016) cuando dice que en las sesiones largas, las puntuaciones se difuminan, se borran unas a otras y pierden eficacia.

Del mismo modo, la interpretación oracular debe ser sorpresiva, gratuita, lúdica, cercana al chiste. A veces nos encontramos haciendo este tipo de intervenciones, pero acompañadas a lo largo de la sesión de otras interpretaciones que probablemente desde la perspectiva lacaniana tendrían demasiados elementos explicativos y construcciones imaginarias.

Debemos agradecer a Fink el expresarse en forma clara a diferencia de otros textos de autores lacanianos que utilizan un lenguaje hermético, con formulaciones equívocas o ambiguas, cuyo referente clínico es siempre difícil de determinar. Pero, aunque Fink se expresa en forma comprensible, muchas de sus afirmaciones comparten el carácter absoluto y unilateral característico de las afirmaciones lacanianas y que excluye la posibilidad de tomar en cuenta otras posibilidades. Encontramos este mismo espíritu en la forma en la que Fink describe las prácticas de los analistas no lacanianos a partir de anécdotas de variado origen, que Fink generaliza en forma cuestionable.

Si se nos permite expresarnos en forma humorística, podríamos describir la imagen que sugieren las observaciones de Fink del siguiente modo. Los analistas no lacanianos colocaríamos a nuestros pacientes en una especie de nursery, buscando así compensar sus experiencias traumáticas pasadas, dar contención a sus emociones actuales y lograr que nos quieran. Esto nos permitiría sentirnos como madres suficientemente buenas, capaces de alimentar a nuestros pacientes con los productos contratransferenciales emanados de nuestra capacidad de reverie. Pero también, es posible describir con el mismo sentido del humor la forma de trabajar de los analistas lacanianos, tal como la describe Fink. El analista lacaniano sería aquel que es capaz de decir al paciente, aunque esté severamente deprimido, que deje de lado sus pérdidas o culpas imaginarias, asocie libremente y tenga el coraje de cumplir con el deber ético de no ceder en su deseo. Por medio de los cortes en acto que realiza en las sesiones, acompañándolos de fórmulas oraculares que tienen una resonancia litúrgica, el analista lacaniano llevaría a cabo una suerte de «briz» simbólico, que permitiría que el paciente pueda acceder a la castración y renunciar a sus fantasías de una completud imaginaria. Esta operación dejaría detrás suyo un resto o residuo no reintegrable, objeto «a», causa del deseo, cuya búsqueda inalcanzable convertiría al paciente en sujeto deseante.

Ambas comparaciones son sin duda caricaturescas y simplistas. Sin embargo, conviene no descartarlas sin examinar antes si pueden encerrar algo de verdad. Ciertos sesgos se perciben mejor cuando se mira desde una perspectiva diferente a la propia. La perspectiva lacaniana obliga a que nos preguntemos si la práctica exclusiva de tratamientos de alta frecuencia puede llevar a que los analistas vean a sus pacientes como más graves, regresivos y dependientes de lo que lo son en realidad. A su vez, podemos interrogarnos sobre el efecto que puede tener en el analista de la práctica exclusiva de sesiones escandidas y breves (no tenemos noticia de sesiones que se hayan alargado), cuya duración es decidida por el analista. Esto puede llevar a desconocer, como hemos dicho, los aspectos emocionales en juego en el análisis y en el propio analista y a brindar una visión restringida de la conflictiva del paciente.

No existen procedimientos infalibles para eliminar los sesgos en la práctica clínica. Pero existen algunos criterios que permiten un avance. En primer lugar, colocar la observación clínica en la base del edificio teórico y avanzar «de abajo hacia arriba» [bottom-up], desde la escucha directa del material hacia los niveles interpretativos más abstractos. En segundo lugar, utilizar la pluralidad de enfoques como fuente de hipótesis alternativas sobre el material clínico, procurando encontrar la interpretación más convincente y que mejor se ajuste a dicho material. De esa forma el pluralismo actual se convierte en un camino de avance, guiado por la experiencia clínica y extraclínica. Los diferentes enfoques existentes ofrecen la posibilidad de triangular perspectivas teóricas, observadores, materiales y métodos. El valor de estos procedimientos de triangulación, aconsejables en la investigación clínica y cualitativa, es un punto que nos interesa considerar en esta discusión con Fink.

Si solo se acepta como válido e incuestionable un determinado sistema de premisas teóricas se favorecen exclusivamente los razonamientos clínicos de tipo deductivo, «de arriba-abajo» [«top-down»], que solo permiten ver aquellos aspectos del material clínico que concuerdan con dichas premisas. Dentro de la IPA existen grupos o tendencias que se definen a nivel teórico y técnico en base a la obra de un determinado autor: bionianos, kohutianos, kleinianos, etc. Todos estos enfoques tienen derecho a pensar que ellos constituyen el verdadero psicoanálisis. No es

esta convicción la que diferencia a lacanianos y no lacanianos. La diferencia surge de la disposición a confrontar el propio punto de vista con el de otros enfoques en el marco de una institución abierta al diálogo intra e interteórico. Este diálogo muchas veces puede fracasar, pero también da lugar a experiencias exitosas. Existen actualmente en la IPA diversos grupos de discusión clínica (Working Parties y Working Groups) en los que participan analistas con diferentes orientaciones teóricas. La posibilidad de intercambio aumenta cuando se ponen en juego los modelos personales o teorías implícitas (Sandler, 1983) de los analistas participantes. Si bien cada analista parte de su propia perspectiva, el intercambio de opiniones suele favorecer una resonancia compartida y una mejor escucha del material. Se promueven procesos inferenciales de tipo abductivo o propios de la inducción eliminativa, los cuales orientan la discusión del material clínico hacia la búsqueda del mejor argumento en la que predomina el ajuste a ese material y no la conformidad con premisas teóricas previas. Las experiencias, por ejemplo, con el Modelo de los tres niveles para observar las transformaciones del paciente (3-LM) (Altmann de Litvan, 2015) muestran que por este camino es posible poner de manifiesto la existencia de una base común clínica entre analistas con diferentes afiliaciones teóricas y que es posible lograr una comunicación fructífera entre los modelos clínicos implícitos de dichos analistas (Bernardi, 2017). A continuación, queremos exponer cómo imaginamos el tipo de discusión clínica que podría darse desde esta perspectiva sobre los ejemplos clínicos aportados por Fink.

Fink refiere el caso de un paciente absorbido por fantasías grandiosas, las cuales le servían para compensar el sentimiento de ser insignificante. El análisis, en el que estuvieron presentes puntuaciones y escansiones, permitió al paciente salir de su encierro, aceptar su incompletud y ser quien en realidad era. El mecanismo de cambio, esto es, el proceso interno que llevó a estos cambios no está expuesto detalladamente, pero podemos suponer que al negarse el analista a satisfacer sus demandas, pudieron ponerse en juego los significantes propios del paciente, permitiéndole posicionarse como sujeto de deseo.

¿Es esta la única hipótesis posible y la que mejor se ajusta a los hechos clínicos? Si tomáramos como referencia los grupos de discusión clínica que siguen el Modelo de los Tres Niveles, necesitaríamos en primer lugar

material clínico más abundante y textual, que nos permitiera escuchar al paciente como narrador de su historia y no solo narrado por el analista. También pediríamos al analista que nos hable su contratransferencia, pues aunque Fink no le de valor, para muchos analistas esto podría ayudar a comprender mejor la transferencia del paciente y el papel del analista en sus transformaciones. Todo esto probablemente llevaría la discusión grupal a explorar el efecto en el paciente de los «hum» del analista y de los cortes de la sesión. Podríamos así, discutir en base a una mayor evidencia clínica si los procesos emocionales subyacentes pudieron o no jugar un papel en los cambios del paciente. Las fantasías grandiosas parecen encubrir aspectos de narcisismo vulnerable o de «piel fina» (Bernardi y Eidlin, 2018), lo cual llevaría a explorar estos aspectos vulnerables, y su incidencia en su dificultad para desarrollar un self más verdadero. Se podrían de esta forma plantear diversas hipótesis alternativas. Junto a la hipótesis de Fink, que subraya el efecto de ruptura de la interpretación, cabría también preguntarse, si al mismo tiempo, las intervenciones del analista no dieron lugar a procesos de integración, tanto simbólica como afectiva en la situación transferencial-contratransferencial. Por este camino podría discutirse si es la «castración» de las fantasías grandiosas la que permitió que surja un sujeto más verdadero o si, a la inversa, es el sentirse menos insignificante en el análisis lo que permitió al paciente abandonar sus fantasías grandiosas.

Queremos hacer un comentario más acerca de la evidencia clínica, pues nos preocupa el modo en el que Fink se refiere al análisis de los pacientes deprimidos. El análisis tiene efectos que afectan la salud y la vida de las personas y por tanto es necesario emplear todos los recursos de la investigación clínica y extraclínica para conocer mejor estos efectos. Esta necesidad es mayor en los pacientes que presentan situaciones de mayor gravedad o riesgo. Existen muchos tipos de depresión y son también múltiples los factores que intervienen. ¿El planteo ético-terapéutico que propone Fink vale para todos los casos?, ¿cuál es la evidencia disponible sobre los efectos de este enfoque en los pacientes? Nos cuesta imaginar cómo y hasta dónde es posible evaluar la evolución de un paciente deprimido en sesiones breves y escandidas. Si damos fe a los testimonios que cita Roudinesco (1997), el suicidio de pacientes deprimidos despertó

preocupación en Lacan. Pero este tema no puede ser abordado en base a evidencia anecdótica y requiere la combinación de la investigación clínica y de la investigación empírica de proceso-resultados. La importancia de este último tipo de estudios es controversial dentro de la IPA, pero eso no ha impedido que se lleven a cabo en su ámbito de influencia investigaciones rigurosas sobre el resultado de los tratamientos psicoanalíticos a pacientes deprimidos (por ejemplo, Fonagy, P., Rost, F., Carlyle, J., McPherson F., Thomas R., Pasco Fearon, R.M., Goldberg D., Taylor D., 2015); (Leuzinger-Bohleber, M. Kallenbach, L. Schoett, M., 2016) (Leichsenring & Rabung, 2011). No conocemos investigaciones de este tipo en el campo lacaniano, ni tampoco sabemos si existe disposición para realizarlas. Sin embargo, la investigación tanto clínica como extraclínica es el mejor sistema de auditoría de la calidad de la atención y el que más garantías da al paciente. Consideramos que el tema de la mejor práctica para el paciente, que está presente en la agenda interna de la A.P.I., debe también formar parte de la agenda del diálogo con los analistas lacanianos.

Para resumir, en nuestra opinión es posible dar la razón a Lacan en muchas de las cuestiones que introduce, algo de razón en algunas de sus propuestas innovativas, y muy escasa razón en lo que rechaza o excluye del campo del psicoanálisis.

Tiene razón en reclamar al psicoanálisis una mayor reflexión filosófica y cultural. Aunque sus posiciones filosóficas y epistemológicas son muy distintas a las nuestras, está en lo cierto cuando afirma que este tipo de cuestiones no pueden ser eludidas.

Si bien el retorno lacaniano a Freud conduce más a Lacan que a Freud, su insistencia llevó a que en algunas sociedades, como la nuestra, se estudiara con más profundidad la obra de Freud. Otras ideas de Lacan también permearon y en muchas ocasiones, encontramos en nosotros mismos influencias de su pensamiento. Esto lo vemos en nuestra forma de escuchar el discurso del paciente, y en el espesor conceptual que adquirieron muchos términos tales como deseo, sujeto, Edipo, el lugar del padre como tercero en la relación entre el niño y la madre, y en la importancia de la incompletud o de lo negativo, entre otros conceptos.

Consideramos, en cambio, que tiene efectos negativos el énfasis unilateral en el discurso verbal con desconocimiento de los procesos emociona-

les y relacionales. Como dijimos, esto limita su percepción de los aspectos escindidos y de las fallas estructurales del funcionamiento mental. Estos aspectos necesitan ser explorados activamente y pueden requerir modificaciones técnicas, pero para ello es necesario primero identificarlos. Si se parte a priori de que es necesario privilegiar en todos los análisis el efecto de ruptura de las intervenciones del analista, se descuidan aquellas situaciones en las que es necesario atender a las necesidades de integración.

Nuestra mayor discrepancia con el enfoque lacaniano radica en la dificultad que encontramos para poner a prueba sus concepciones a partir de la experiencia clínica. Si bien en todas las disciplinas existe cierto grado de subdeterminación de la teoría por la evidencia empírica, la teoría lacaniana está formulada a excesiva distancia de las observaciones clínicas. El proceso inferencial que conduce a dichas ideas más abstractas no es por lo general trazable a partir de la práctica clínica. Aunque pueden resultar muy interesantes y sugestivas, estas ideas se presentan como evidentes por sí mismas y son transmitidas en base a argumentos de autoridad. No se distingue entre lo que es especulación teórica y lo que es comprobación clínica. Todo esto vuelve difícil el diálogo en el plano teórico.

El texto de Fink nos sugiere en cambio que tal vez se pudiera avanzar en un diálogo sobre materiales de análisis. Esto requiere que cada enfoque presente material clínico tratado de acuerdo a sus propias premisas, y que brinde la información que los otros enfoques necesitan para desarrollar sus hipótesis clínicas y para discutir el grado de ajuste de las ideas teóricas con ese material de análisis. Sin dudas habrá sesgos, pero también una mayor posibilidad de evidenciarlos y en algunos casos corregirlos. Consideramos que este tipo de diálogo merece ser explorado, pues una discusión clínica no es exitosa solo cuando logra consenso, sino fundamentalmente cuando el intercambio de perspectivas nos lleva a enriquecer nuestras observaciones, a revisar las premisas de las que partimos y en definitiva a mejorar nuestra práctica. Esta es la riqueza del pluralismo. ♦

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altmann de Litvan, M. (Ed.). (2015). *Tiempo de cambio. Indagando las Transformaciones en Psicoanálisis: el Modelo de los Tres Niveles*. London: Karnac.
- Bernardi, R. (1989). The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *Int. J. Psychoanal.*, 70 (Pt 2), pp. 341-357.
- Bernardi, R. (2002). The need for true controversies in psychoanalysis: the debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Rio de la Plata. *Int. J. Psychoanal.*, 83, pp. 851-873.
- Bernardi, R. (2017). A Common Ground in Clinical Discussion Groups: Intersubjective Resonance and Implicit Operational Theories. *Int. J. Psychoanal.*, 98(5), pp. 1291-1309.
- Bernardi, R., Eidlin, M. (2018). Thin-skinned or vulnerable narcissism and thick-skinned or grandiose narcissism: Similarities and differences. *Int. J. Psycho-Anal.*, 99(2), pp. 291-313.
- Fonagy, P., Rost, F., Carlyle, j., McPherson F., Thomas R., Pasco Fearon, R.M., Goldberg D., Taylor D. (2015). Pragmatic randomized controlled trial of long term psychoanalytic psychotherapy for treatment resistant depression: the Tavistock Adult Depression Study (TADS). *World Psychiatry*, 14(3), pp. 312-321.
- Hunter, V. (1994). *Psychoanalists Talk*. New York: The Guilford Press.
- Jacques Allan Miller. (2016). *Un esfuerzo de poesía*. Buenos Aires: Paidós.
- Koolhaas, G. (1987). *El Cuerpo, El Lenguaje, El Inconciente* (Vols. 1-2). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Kuhn, T. S. (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Leichsenring, F., & Rabung, S. (2011). Long-term psychodynamic psychotherapy in complex mental disorders: update of a meta-analysis. *The British Journal of Psychiatry*, 199, pp. 15-22.
- Leuzinger-Bohleber, M. Kallenbach, L. Schoett, M. (2016). Pluralistic approaches to the study of process and outcome in psychoanalysis. The LAC depression study: a case in point. *Psychoanal. Psychother.*, 30(1), pp. 4-22.
- Panksepp, J.; Biven, L. (2012). *The Archaeology of Mind. Neuroevolutionary origins of human emotions*. New York, London: W. W. Norton and Co.
- Roudinesco, E (1997). *Jacques Lacan: An outline of a life and a history of a system of thought [Esquisse d'une vie, histoire de d'un système de pensée]*. Bray B, translator. New York: Columbia University Press. [1994. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.]
- Sandler, J. (1983). Reflections on some relations between psychoanalytic concepts and psychoanalytic practice. *Int. J. Psychoanal.*, 64, pp. 35-45.
- Szpilka, J. I. (1976). Complejo de Edipo y «a posteriori». *Revista de Psicoanálisis*, XXXIII(2), pp. 285-300.

Apuntes sobre la ponencia de Bruce Fink y los comentarios de Beatriz de León y Ricardo Bernandi



ALBERTO MORENO¹

1. Para poder pensar ambos trabajos y decir algo en tan poco tiempo me tengo que referir a los dos puntos en los que se hace más énfasis: el problema de la contratransferencia y alguna mención de la práctica de la escansión en algunos analistas que se autodenominen lacanianos.
2. Considero, y comparto con Ricardo y Beatriz, la idea de, por lo menos de experiencias implícitas en el analista (incluyo las teorías con las que ha hecho transferencia, pero lo amplió a las experiencias por su pasaje y su presencia por la institución y sus diferentes momentos tantos personales como colectivos.) Se me hace muy difícil hablar de las sesiones de tiempo variable que practicaba Lacan y sus seguidores, o por lo menos, algunos de ellos, porque nunca he tenido una experiencia de análisis en donde haya sido aplicado conmigo tal modalidad. Por lo tanto, me es muy difícil decir que es la escansión por mi propia experiencia. Si puedo recabar información (que es lo que haré) y dar cuenta de cuáles serían los fundamentos de la mencionada experiencia.

De los trabajos en sí, tengo coincidencias y discrepancias en ambos, pero me parecen trabajos interesantes que dan bien cuenta de ciertas diferencias y coincidencias que son de gran utilidad poner en debate. Comparto mu-

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. dupins2@gmail.com

cho de lo que dicen Beatriz y Ricardo en relación a las formas de inclusión que tuvieron las ideas de Lacan en nuestro medio. No comparto la forma por demás condensada y dicotómica a la que se refiere Fink en relación a las prácticas tanto lacanianas como no lacanianas. Para poder abrir opinión (y eso lo haré en una ponencia breve sobre los trabajos y lo que se me solicita) tengo para decir dos cosas que no están tomadas en cuenta por ninguno de los autores. La lectura que yo hago e hice del pensamiento de Lacan, es una lectura que siempre es movable.

Mi lectura de Lacan es movable porque, desde mi humilde opinión, el pensamiento de Lacan no puede apresarse en un cierto período histórico de tiempo. Lacan dice cosas en 1950 que las desdice en 1960-63 o después de la década del setenta. Sin embargo, creo que se pueden marcar algunas líneas que han sido «sus inventos». Para mencionar algunos, la idea de significante (aun no teniendo una clara oposición con la idea freudiana de representación creo que la desplaza), la formación del SIR y luego RSI que es una forma trídica de mencionar la manera en que se estructura el psiquismo. El uso del orden de las letras no es antojadizo, ya que, ante el período de la presencia excesiva del simbólico, este prevalece para luego dar lugar a la llamada clínica de lo Real. La absoluta radicalidad que Lacan da al inconsciente, en eso tiene razón Fink, al mencionar que el inconsciente está en el centro de su práctica. No es a través de la manera que Fink lo trabaja que me resulta algo caricaturesca. En Lacan es esencial el lenguaje porque eso es lo que Lacan lee de los casos de Freud, como trabaja con todo aquello que tiene valor de significante, signo, ícono, símbolo o letra. Una sensación, un olor, cualquier elemento que ha sido inscripto tiene valor significativo. Es muy difícil para alguien que define al sujeto como lo que representa un significante para otro significante que pueda mantener la idea del sujeto clásico de la representación o de la estética trascendental kantiana. Es decir, el sujeto frente al objeto, por lo tanto, no tiene otro camino que postular y sostener durante toda su obra la idea de un sujeto dividido o sujeto del inconsciente y que se desvanece en tanto se supone que aparece. El otro punto que encuentro esencial y que tampoco lo menciona Fink es una concepción del Yo que es del campo imaginario, que no emerge de manera endógena como en Freud y que es narcisista. La idea de Yo la trabaja en el campo imaginario, y por eso va a ir desdibujando

radicalmente también ese mismo campo imaginario a través de la fase del espejo, el esquema óptico, el grafo del deseo y las varias y diferentes formas de lo que llama complejización del esquema óptico, hasta prácticamente abandonarlo a partir del seminario de La Angustia. El otro «invento» fundamental de Lacan es el llamado objeto a y que tantas dificultades ha traído en la lectura de Lacan por lacanianos y no lacanianos. Su manera de referirse al semejante otro (autre) y de lo que llamo el «tesoro de los significantes» (nombre grandioso si los hay) el llamado Otro (Autre) ha dado para un enorme reguero de tinta. Por último, solo para mencionarlo el nudo Borromeo y lo que llama el Synthome (El síntoma hombre).

3. No comparto la idea de que existan grupos que se autodenominen como lacanianos, o kleinianos, o lo que sea, ya que entiendo las formas de agrupamientos de psicoanalistas como un modo de construir lazos sociales en torno a ciertas pasiones mutuas que convoca el psicoanálisis a secas. Es de mi parecer que, a su vez, se produce entre los grupos en una sociedad pluralista como APU, o IPA, un pacto político implícito que mantiene y ha mantenido con ciertos grados de cohesión o dispersión este lazo social. Creo que hay analistas que hacen transferencias con autores que son de su agrado o que tocan algo de sus prácticas, es decir, de su experiencia.
4. Si bien, esa experiencia, denominada clínica, es esencial, no creo que se pueda aprehender de manera pura y prístina la experiencia que el analista tiene con su paciente. Es para mí una acción imposible, ya que, como decía bien Lacan, lo que se dice, cuando se dice, se escucha y se pierde detrás de lo que es escuchado. Eso es el lenguaje y ese es el legado que el psicoanálisis que yo entiendo y practico ha sido legado por Freud y su práctica.
5. Creo que cualquier artefacto que se incluya en una sesión va a contaminar el campo en que se produce el trabajo analítico (incluyendo la toma precisa de notas, ya que la escritura es un proceso secundario y creo que no ayuda en la escucha del analista).
6. No obstante, creo sí, que el caso se construye, que la mayoría de las veces ese caso que se construye es para confirmar las hipótesis del analista en cuestión, y que eso que puedo denominar la fábrica del

caso, es algo por lo cual podemos acercarnos a transmitir y recibir la experiencia analítica ejercida por nosotros, nuestros predecesores y nuestros pares. Creo que la verdad tiene forma de ficción y la «verdad» del caso también.

No es mi intención dar cuenta en el trabajo que pueda realizar en la actividad todos estos tópicos. Solamente quería decir que en la obra de Lacan hay movimientos muy fuertes y radicales, entre ellos ensalzar la intersubjetividad y a su vez destruirla. Esos movimientos hay que leerlos con minuciosidad porque Lacan no es como Freud y no explica sus variaciones y sus cambios y tampoco lo que entiende que es nuevo y desconocido.

En la idea de Contratransferencia, si bien está la cita que Fink, Beatriz y Ricardo hacen mención, que se resume como la contratransferencia son los significantes reprimidos que el analista tiene del paciente, que es lo mismo que sostener que son las resistencias del analista, tiene otra postura sobre la misma en el seminario de la angustia influido por los magníficos trabajos de Margarette Little, Bárbara Low, y principalmente Lucy Tower. Trabajos que se producen en el medio de la polémica sobre la impugnación de la Contratransferencia en la década del cincuenta entre los analistas más ortodoxamente freudianos y aquellos provenientes de otros marcos teóricos y que tampoco tienen una idea clara y unificada sobre la contratransferencia. Lacan va a resaltar de estas analistas mujeres, su compromiso, su involucramiento, su valentía y coraje por ello y va a sostener, de un modo antagónico a Freud, que la transferencia es el amor. Va a acuñar, ya en el Seminario de la Ética, que el psicoanálisis es la práctica de una erótica, Erotología dirá más tarde.

Por lo tanto, la lectura de Lacan sobre la contratransferencia más que ser un obstáculo es una transformación a mi modo de ver. En resumen, yo podría tomar estos dos puntos, la contratransferencia, pero vista a partir de la lectura del Seminario de la Angustia y no como resistencias. El 27 de febrero de 1963, Lacan retoma una vez más esta noción, precisando que el problema no es de definición, ni siquiera de una exacta definición, pues por este camino se le descarga su verdadero alcance. Este término apunta a la participación del analista, y por ello, revela algo más esencial, el propósito del compromiso del analista.

En resumen, por este lado, brevemente es lo que yo podría dar cuenta de este debate. A su vez, claro está, tomando directamente el tema de ambos escritos.

APUNTES SOBRE EL TRABAJO DE BRUCE FINK

El autor parte de la estrategia, por lo menos en este artículo, que para singularizar o marcar lo particular en el enfoque sobre la práctica lacaniana, debe contrastarlo con la práctica de los no lacanianos. Esto supone ubicar a Lacan en una cierta lógica de oposición con aquellas teorías y prácticas diferentes a la suya. Es cierto que Lacan tomaba frecuentemente artículos de diferentes miembros de la IPA, a la cual él también perteneció, para, muchas veces oponer criterios teóricos y dar lectura a los casos clínicos que muchos analistas presentaban (Lacan no presentaba material clínico, salvo el caso Aimée, que es un trabajo como psiquiatra). Estas lecturas no eran solo opositivas, también eran elogiosas, como sucedió con Melanie Klein en algunos momentos, o con Winnicott y también, en el tema que nos convoca, sobre la Contratransferencia, los trabajos de Margaret Little, Lucy Tower, o Bárbara Low, etc.

Fink menciona que «toma» de otras prácticas no lacanianas a través de lecturas que realiza y también que una fuente de esa información son sus propios analizandos y analistas en control con él, que comentan y le informan cómo han sido sus experiencias analíticas con analistas no lacanianos. Es sorprendente que Fink «escuche» esto como una información. Se contradice totalmente con su postura dar cuenta de un discurso en análisis que le proporcione «información» para sus investigaciones. Plantea diferencias, que De León y Bernardi también señalan, sobre las diferencias de enfoque en el tratamiento de pacientes psicóticos y neuróticos. Para Fink, las diferencias de enfoque entre las prácticas lacanianas y no lacanianas tienen que ver con cierta forma de la posición del yo en ambas estructuras. Tal como señalan los autores uruguayos, no hay mención de la idea de Lacan de forclusión, del significante nombre del padre o la metáfora paterna.

Lo más importante para mí, es que Lacan crea a partir de 1953 un modo de dar cuenta de la estructura psíquica articulada en sus tres registros que son lo simbólico, lo imaginario y lo real (S: I: R). A su vez, esta

triada que no cambia en su forma, si cambia en la importancia de sus componentes. Va quedando primero más alejado lo imaginario y lo simbólico para dar cabida a lo real (RSI). A su vez, es para mí importante señalar que la concepción que Lacan tiene del Yo (imaginario, formado desde el exterior, es decir, no endógeno, y narcisista) es diferente a la concepción que tienen del Yo los no lacanianos incluido Freud. Ya esa diferencia supone que en ciertas teorías el Yo presenta formas o partes psicóticas y neuróticas determinadas por formas de escisión o clivaje radicales que no pueden constituir un yo con capacidad de síntesis y de contacto con la realidad. Lo que permite, para algunas teorías, mencionar zonas psicopatológicas entre la neurosis y las psicosis. Las diferencias están también en que, para Lacan, si hay una matriz simbólica lo que suceda dentro de esa matriz, que bien puede ser el RSI, si esta triada no se desanuda se pueden observar formas y modos de fragmentación y hasta despersonalización que no estarían dentro del campo de la psicosis. Es decir, que para Fink se trata de la ubicación del Yo y del inconsciente en la neurosis y la psicosis y no de una teorización radicalmente diferente en lo que al Yo se refiere.

SOBRE LA CONTRATRANSFERENCIA EN FINK

Fink define la contratransferencia (p. 7):

La contratransferencia se considera como algo para tener en cuenta, explorado en el psicoanálisis y/o supervisiones continuas del analista y como instructivo para el analista en su posicionamiento futuro de sí mismo en el análisis, pero no como algo a ser comunicado al analizando. Esto constituye lo que quizás una de las mayores diferencias de la técnica entre un enfoque laciano para la práctica y el que se fomenta en muchas escuelas hoy en día» Opina que la mayoría de los lacanianos respaldan la definición de la contratransferencia de Lacan «la suma total de los sesgos, pasiones y dificultades del analista, o incluso de su información inadecuada, en cualquier momento dado en el proceso dialéctico.

Esta frase que Fink toma de los Escritos de Lacan (no cita de que artículo) para mí es reductora. Afirmar que la contratransferencia son las

resistencias del analista porque el analista dispone reprimidos los significantes del paciente. Es mi parecer que el analista no podría recibir, señalar u observar meticulosamente todo aquello del discurso del paciente que pueda ser escuchado como signifiante. Creo que el analista, sometido a la regla de la atención flotante, por esa misma posición que Freud indicaba es que no está «atento» al discurso consciente del paciente. Es así, que muchos significantes que el analista recibe podrán estar reprimidos y seguramente van a generar distintas formas de afectación del analista, tanto emocional, como de algunas otras formas que puedan ser expresadas sin que el analista se percate de ello, solo a posteriori. Creo que solo a partir de cierta experiencia con otro signifiante (del paciente o del propio analista), algo que suponga que el analista se sienta tocado por un signifiante que no pueda acceder, podrá deslizarse, metonímicamente, esos significantes reprimidos del paciente, en el inconsciente del analista.

Además de esta idea, un poco reducida por Fink sobre la contratransferencia en Lacan, señala también el autor francés otra forma de leer la contratransferencia, a través de lo que llama el deseo del analista. Esto lo toma en el Seminario sobre la Transferencia en que se pregunta: «¿por qué un analista, bajo el pretexto de que está bien analizado, sería insensible al surgimiento de cierto pensamiento hostil o de “amor” en su analizante?...», no se puede sostener que el reconocimiento del inconsciente (el que se espera de «un buen análisis personal») deje al analista fuera de las pasiones, es decir que, aún impugnando muchas veces el término contratransferencia, Lacan busca ubicar al analista en la implicación y el compromiso subjetivo con el analizando. Creo que Fink hace una lectura apresurada al enunciar que el concepto de contratransferencia queda impugnado en la obra de Lacan. Creo que es una lectura que realiza el autor (también lo hace así Jacques Alain Miller) y en cierto modo los autores uruguayos que polemizan con Fink. Quisiera señalar que, en el Seminario de La angustia, al introducir la noción de objeto a, produce una transformación esencial en la posición del analista. Para reafirmar éstos nuevos conceptos (como el objeto a) toma en muchos momentos de su obra distintos casos paradigmáticos. Es de recordar en el origen del psicoanálisis, in status nascendi, el amor que se produce entre Ana O y Breuer que supone pasajes al acto y *acting* varios. Los efectos de la relación

entre Jung y Sabrina Spielrein, las complejidades de algunos análisis de Ferenczi, con su paciente, «enamorados» (cartas entre Freud-Ferenczi). Así también, lo que se produce en Freud sobre el amor y la seducción tanto con Dora, como con Margaret Csonka (la joven homosexual).

A pesar de que Lacan toma, lee, escucha y da cuenta de los efectos que se producen en estos y otras experiencias analíticas, sus amores y pasiones, sus efectos de *acting* y pasajes al acto tanto de los analistas como de los pacientes, es en el Seminario sobre La angustia que se desplaza el eje de la reflexión de Lacan en donde algo se modifica sensiblemente porque se centra en el movimiento que se produce en un análisis de acuerdo a cómo adquiere su posición tal objeto parcial. Es cierto que Lacan rechaza y crítica muchas veces la noción de contratransferencia, pero también creo, que las lecturas apresuradas e incompletas no ayudan a dar cuenta de la riqueza que tiene para el pensamiento de Lacan este dispositivo. Es en este seminario ya mencionado donde mejor aparece articulada la implicación del analista en la transferencia con el analizando. Esta noción de implicación le da lugar a Lacan a sostener que es lo que viene del analista, a partir de la transferencia del paciente. Si en la década del cincuenta, Lacan separa la transferencia imaginaria de la transferencia simbólica, sí en el comienzo de la década del sesenta, marca a la contratransferencia como deseo del analista, es a partir de 1962 que Lacan define al psicoanálisis como la práctica de una erotología. Con esta idea de erotología apunta a determinar la función del analista en el contexto de una situación estructuralmente erótica de la que el analista no puede sustraerse voluntariamente (Breuer, Jung, Ferenczi, Freud, Kris, etc. y tantos otros). Comparto y considero esencial la posición que Fink describe en relación con como Lacan piensa la castración. Es también un punto necesario para dar cuenta de la implicación subjetiva del analista durante el análisis, y de tomar en cuenta en la práctica analítica la propia angustia del analista. Esta angustia, que tiene diferentes dimensiones, que van desde ciertas emociones más o menos sentidas por el analista, al pasaje al acto, la inhibición, o el *acting* siempre bajo la clave de la angustia.

A pesar de que el autor describe bien la castración en la práctica lacaniana, no como amenaza, sino como posición radical del ser hablante en el mundo. Cuando la angustia surge es porque esa falta radical, esa

posición subjetiva humana, que es la posición estructural del objeto a, no se produce. Lo que angustia, más que la pérdida, es al revés. Aquello que tiene que faltar no llega a la cita. Puede surgir como objeto imaginario, o como semblante del objeto a, que calma, rellena u obtura, y esto sucede tanto en el paciente como en el analista. Llama la atención que Fink no se detenga, a pesar de nombrarlo en el objeto a, pueda articular ese lugar del analista como causa del deseo del analizando para que el analista pueda permitirse ocupar, a sabiendas que no lo tiene, el lugar del sujeto supuesto saber, lugar que el paciente lo coloca.

Por lo tanto, todo aquello que Freud se empeñó en evitar, aquellos elementos más directos de la erótica del paciente y del analista, Lacan lo hace jugar. Si bien Freud hace alusión a que el analista debe permanecer intocado frente a cualquier manifestación de amor o de odio porque, dice: «los riesgos que corre el analista son dolorosos y difíciles de evitar», recomienda estar alerta y dominarlos. Aquí es donde Lacan desarma la posición freudiana. Lacan «explora en el seminario de la angustia, la contratransferencia. Esta resulta ser no solo un indicador de la distancia que toma con respecto de sus seminarios anteriores, sino una marca de su diferencia con Freud (Gloria Leff) ...». Si lo expresamos en los términos propuestos en el seminario sobre la angustia diremos que, o bien el analista es la sede del objeto parcial (a) o bien el análisis es el espacio donde yace este objeto parcial (Gloria Leff). Si el objeto a queda ubicado en el analista, como causa del deseo y queda sólidamente fijado allí, es la posición que adopta Freud en relación con la contratransferencia. Freud se ubica muchas veces como padre (Dora, la joven homosexual, el hombre de los lobos). Es decir, creo que Freud no puede abandonar ese lugar histórico, bien de su época del padre como amo. Allí, el analista es eróticamente inaccesible y el análisis es interminable.

En cambio, en el movimiento del objeto a produce algo para que el analista acceda a jugar el papel que el paciente le adjudica en transferencia. Mas bien actúa su contratransferencia a la manera de un artificio y el análisis no queda detenido en la angustia de castración. Esta sería la concepción lacaniana en los tiempos del objeto a. Es una manera de hacerse cargo de las consecuencias eróticas que suscita, aunque las fomente o las amortigüe, tampoco se ubica como teniendo lo que no tiene, ni sabiendo

lo que no sabe, pero no se hace cargo que el analizante lo ubique en el lugar que el analizante desee. Comparto algo de lo dicho por Fink (p. 6), a pesar de ciertas generalidades que opacan su escrito (Fink, pp. 10,11, 12, l 13), el psicoanalista lacaniano no piensa que el paciente por más vulnerable que sea o que esté durante el proceso analítico se convierta en un bebé indefenso. Esto no supone para nada no tener una posición activa de sostén a la vulnerabilidad del paciente porque allí también está el modo de implicación y la posición del amor. Allouch dice que el que toma la palabra y que sostiene algo de su propia verdad merece la estima del analista. Él dice que a esa estima le llama amor. Tampoco comparto que los analistas solo vean a sus pacientes como carentes de amor. Es cierto que esta manera de ver al paciente, puede ser una de las trampas de la transferencia. Los analistas muchas veces perciben ese «juego de desvalimiento» que muchas veces es verdadero y sentido por el paciente y solo a posteriori es detectable. Se puede pensar también que tomar ese camino de sostener una cierta falta de amor y satisfacción sea la manera que el analista se compromete con su práctica erótica y con su paciente.

Muchos analistas que practican la contratransferencia son advertidos del goce que proporciona el síntoma. También muchos analistas mencionan las formas de fusión separación que advierten en el paciente y con ellos mismos, lo que se relaciona con los sentidos de separación alienación que Lacan trabaja. A pesar de ello, muchas veces es cierto que el dolor y la insatisfacción enmascaran un cierto goce (p. 15) pero, el síntoma no puede ser generalizado de la manera en que lo leo en Fink. Solo podría verse en el caso a caso. Muchas veces el paciente sí queda atrapado en formas o modos de repetición, a veces aferrados y a merced de la verdad del Otro (existente para el paciente y no castrado sino pleno) dejando de lado, opacando su propia libertad de ser un sujeto deseante. Es así como a veces la escansión o el corte de la sesión es útil y forma parte de los modos de desciframiento de esos significantes que se repiten y no van a ningún lado, mortíferos. El corte también es una interpretación fuera del sentido, y muchas veces un corte de sesión restringe el goce del síntoma. Ese acto, no es gratuito, también es doloroso, porque la necesidad de tomar a cargo su propio deseo, de tomar su propia palabra como gesto de libertad, también es un acto solitario. Fink define a la escansión como

corte o ruptura tanto en el habla del paciente como en la copresencia de analista y analizando (p. 16). Creo que la escansión no es «el analizando es conducido abruptamente a la puerta, a veces en la mitad de la frase» (p.16). También es un cambio de sentido de la frase que el paciente dice, es como «escandir los versos». La escansión (de escandir, y éste del latín *scandere*, subir, medir los versos) es la división del verso en sus distintos componentes, por ejemplo, sus sílabas, los pies, el metro, etc. Ha recibido este nombre por analogía con el ascenso por una escalera. Escandir se refiere a que se separa todas las cosas del poema en partes, por ejemplo, versos, sílabas, rimas, etc. Puedo compartir con Fink el agobio que tiene muchas veces el mantener las sesiones durante el tiempo formal en que el paciente y analista se ven envueltos en un ritual casi obsesivo, muchas veces sin salida y que conduce a situaciones de impasse. Es como si ambos «pactaran» inconscientemente romper con su propio involucramiento en el análisis. Si para muchos analistas, percibir los efectos de situaciones como las que describo supone el uso de la contratransferencia, ¿por qué no? No hay una sola definición ni práctica de la contratransferencia.

Me parece, y también comparto con Fink, que es válido la posición que cada analista toma en relación con la castración, destituyéndose de ser un amo para el paciente (que es como ser el falo (-φ)) y su capacidad de escuchar a un paciente que sufre de su pasado, y la manera que ese pasado lo involucra para no poder disfrutar, sentir placer en la vida misma. Bien puede ser la contratransferencia el modo que un analista percibe la falta (-φ) y la forma en que puede ser abordada y caer en la rémora de la «amenaza de castración» promoviendo un mundo amenazante y paranoico. Es ineludible la posición en relación con la castración porque hace a la constitución del deseo humano que el paciente viva o quiera vivir siempre en un estado de plenitud y de totalidad que la vida misma no logra proporcionarle.

EL CASO DE FINK

Desde el comienzo, Fink lo que hace es describir el caso. Es un relato, una narración que habla de un paciente y su analista. De lo que el paciente dice y siente y hace con su desear, y de la posición que el analista adopta

respecto a ese discurso del analizando. Tomo este caso tal como Lacan lo dice, la verdad tiene estatuto de ficción. Primero, porque no sabemos del paciente más que por el relato de su analista (como en tantos casos, como suele presentarse las llamadas viñetas). Segundo, porque el paciente tampoco sabe lo que sabe a nivel de su inconsciente. Desde el comienzo, parece quedar claro para Fink, que la vida del paciente gira en torno, no a su deseo, sino al deseo consciente de sus padres. Todo lo que hace en su vida es para complacer a sus padres. Para ello, realiza una serie de actos y de proyectos que están directamente vinculados a ese deseo. A su vez, Fink dice que el paciente vive en un fantaseo constante. También explica lo que él mismo hace para involucrarse en el mundo fantasmático de su paciente. Preguntas, explorar su pasado en detalle, dar respuestas ambiguas, puntuar con algunas formas de expresión mínimas, y descentrar aquellas cosas que el paciente sostiene como una obviedad en relación con el deseo de otros. Por ejemplo, para el paciente, es obvio que el deseo de su madre es su deseo. Lo que hace Fink es quitar al paciente de la presencia fáctica de esos «Otros», es distinto puntualizar que el deseo viene de la madre y que no es tan obvio lo que la madre quiera. A su vez, el analista, muchas veces apunta, por su atención flotante a aquellos significantes que develarían algo del deseo inconsciente del paciente. Ese movimiento que Fink mantiene puede ser que desplace su posición como objeto a. Puede mostrarse como el sujeto supuesto saber (preguntas, estudio minucioso del pasado, etc.) o destituirse en los silencios o los «¡hum! ¡huh!». Puede así llevar al paciente a tomar él mismo las riendas del sentido y no quedar del lado del analista. Lo otro es que las fantasías del paciente disminuyen. Lo que Fink no menciona es si esa disminución tiene que ver con haber desentrañado el fantasma del paciente. Fink mismo define el fantasma en otro artículo como la manera de organizar las fantasías como imágenes dispersas, que da una forma de articulación entre lo imaginario y lo simbólico, es el guion del fantasma de cada uno, como lo propone Nasio. Creo que una diferencia de la práctica lacaniana es que el involucramiento de Fink con este paciente no lo lleva a posicionarse en lo que respecta a su deseo, interpretando, por ejemplo «tu madre desea, ¿Qué sientes que pueda desear yo?». Da la impresión de que Fink no sigue por esa línea porque sería crear un campo solo atrapado en un juego imaginario entre su deseo y el del analista.

APUNTES AL TRABAJO DE BEATRIZ DE LEÓN Y RICARDO BERNARDI

Los autores se proponen examinar las propuestas de Fink, las dificultades que encierran y que apuntan a tratar de superarlas. A su vez, se abocan a tratar de superar esas dificultades a través del diálogo fecundo. Destacan que el papel esencial del diálogo supondría la búsqueda de evidencia clínica en un contexto pluralista. Comparto con los autores su opinión sobre la influencia que el pensamiento lacaniano ha dejado en nuestro medio. Esto trae la posibilidad de haber sido ellos también influenciados por algunos ítems de esta doctrina. Comparto a su vez, el análisis que realizan de la influencia de autores de características kleinianas que describen una serie de mecanismos psíquicos que daban lugar a la coexistencia de aspectos psicóticos y neuróticos en un mismo paciente. Es mi opinión que en el trabajo de Fink, donde menciona la estructura psicótica o neurótica (sin mezcla) lo que describe, en base a lo que el autor americano lee en Lacan, me parece, que tiene que ver con la posición teórica que Lacan daba sobre el Yo. Las categorías de escisión o clivaje no son categorías que Lacan abunde en su doctrina. Salvo para mencionar la represión primaria, que también es denominada por el autor francés, barra resistente a la significación, luego de la operación de desarme del signo saussureano. De esa forma quedarían separados en la estructura psíquica el inconsciente de la conciencia. También creo que las concepciones de escisión y clivaje de las teorías de base kleiniana hacen difícil no pensar al yo en partes que perturban su capacidad de síntesis y su relación con la realidad. Como bien recuerdan De León y Bernardi la concepción de forclusión que toma Lacan de Freud, le da al autor francés la posibilidad de designar un mecanismo propio de la psicosis. Adjunto también a teorizaciones que dan cuentas de formas de estructuración del psiquismo como el significante del nombre-del-padre o la metáfora paterna.

Desearía destacar que son los autores uruguayos, y no Fink, quienes sostienen las características que Lacan emplea para referirse a la psicosis. También fue su estilo separar locura y psicosis, tal como lo atestigua Jean Calude Maleval en su libro *La forclusión del Nombre del padre* y en otros libros y artículos del autor citado en que se refiere a las llamadas «histerias disociativas» o «locuras histéricas» sin por eso pensar en la psicosis. En la

crítica al trabajo de Fink en relación con la contratransferencia, De León y Bernardi señalan lo que Fink menciona sobre tal dispositivo del análisis. Comparto sí, que Fink menciona a la contratransferencia como formando parte de las resistencias del analista que «la excluye como posibilidad de utilizarla como instrumento». Como ya fue dicho, creo que Fink toma una frase de Lacan que no es representativa de todo lo que Lacan mencionó y trabajó sobre la contratransferencia a lo largo de su obra. Estos autores se remiten a lo que Fink menciona, no tienen por qué indagar sobre el tema, más allá de su polémica sobre el artículo citado. También debo decir, que desde su irrupción en la década del cincuenta no hay una sola versión sobre el concepto de contratransferencia y tampoco hay una sola manera de su utilización en la práctica analítica. Me he encontrado con formas dispares de pensarlo y trabajarlo, aun cuando los autores dicen que hay abundante literatura sobre el tema, abundante sí, quizás, pero no con una única versión, me parece que es todo lo contrario. Entre quienes practican el uso de la contratransferencia están lejos de mantener coincidencias. Desde autores que toman la contratransferencia como el camino o la vía regia al inconsciente desdibujando así a la transferencia misma, a autores que creen que deben develar todo el sentir que le provoca su paciente, a autores que la usan más como un modo de conducción puntual de la cura a través de un análisis a veces a posteriori de sus propios sentimientos, emociones, fantasías, o pensamientos. En muchos casos hay también una exageración, a mi modo de ver, con el trabajo de dicho dispositivo. Como no creo que existan unanimidades de cómo cada analista trabaja o trata su implicancia transferencial con el analizando (p. 6). Al mencionar el uso de la escansión en la práctica lacaniana los autores uruguayos proponen que bien puede ser que esta práctica esté fundada en la contratransferencia del analista lacaniano. Podría ser, si tomamos el camino que Lacan menciona en su lectura de los casos de Margaret Little y Lucy Tower, pero no sería esa la idea que Fink sostiene. De León y Bernardi sostienen que Fink dice que «los afectos siempre son engañosos» (ellos no citan de donde extraen esa frase de Fink ni tampoco en el contexto en que es dicha). Me parece que el contexto de que los afectos engañan es discutible, el propio Lacan al referirse a la angustia dice que es de los afectos que no engañan, pero tampoco los afectos por sí mismos dicen la verdad. Lo que

Fink menciona es el énfasis que muchos analistas ponen en «perseguir los afectos», énfasis que también puede utilizarse para aquellos lacanianos que se dedican a «perseguir el significante» detrás de cada frase del analizando. Creo que, si el afecto no queda articulado al significante, o se convierte en sí mismo en un significante, lo que se produce son solo descargas. Refiriéndose al afecto, se desplazan a la función de corte o escansión y al uso de las sesiones de tiempo variable, allí ambos autores se refieren a que esos cortes impiden ver el papel emocional subyacente en el discurso del paciente (p. 7). Pensaría que, al revés, la escansión o el corte de la sesión traen aparejados intensas experiencias emotivas de ambos lados. En alguno de sus seminarios hay una pregunta que Lacan toma del Talmud que dice así: si dos personas entran juntos a una chimenea, ¿cuál de las dos sale tiznada y cuál sale limpia? (frase que da lugar al excelente trabajo de Gloria Leff, *Juntos en la Chimenea*). Como toda la sabiduría que proviene del Talmud es una pregunta retórica. La falla está en la pregunta misma. Es imposible que si dos personas entran en una chimenea alguna de ellas salga limpia. Lo más probable es que ambos salgan tiznados. Al referirse los autores a la heterogeneidad del Inconsciente sobre la posición de Fink, creo que si hay un aspecto radical en Lacan, que comparto, es jerarquizar un inconsciente separado de la conciencia y sin «comunicación dialéctica entre sistemas» (p.8). Detrás de la posición de Lacan y de Fink está la figura de un sujeto radicalmente dividido (§). Esto produce una concepción de sujeto totalmente diferente a las conocidas hasta ahora. Se produce, de esta manera, una determinación del inconsciente, constituido «en otra lengua», Lacan no dice que el inconsciente es el lenguaje y que el lenguaje es el inconsciente, lo que dice es que el inconsciente «está estructurado como un lenguaje». Ese sintagma, no quiere decir que el inconsciente sea el lenguaje. Es por esa radicalidad del inconsciente y del sujeto que se crea a partir de ello, que necesita crear un objeto diferente que esté acorde con ese sujeto dividido. Mal podría oponer un sujeto de tal magnitud a un objeto común como el objeto de la estética trascendental. En la práctica, esa formulación del sujeto y el objeto desajusta permanentemente la tentación de caer siempre en la transferencia imaginaria, en una dimensión especular, que apunta al despliegue innecesario del sentido, al exceso de sentido. Es así como aparecen los conceptos de intersubjetividad y de

relación dual, que no se usan solamente en forma descriptiva sino conceptual. Por eso una interpretación lleva a otra interpretación y a otra interpretación y de allí es difícil salir. Quizás, es una posibilidad, algunas posiciones contratransferenciales puedan dar cuenta de esto y cortarlo. Siguiendo con la interpretación, los autores uruguayos se refieren a la llamada por Fink, interpretación oracular. Es extraído de un artículo de Jacques Alain Miller de noviembre de 2002 llamado así, «La interpretación oracular». Miller en ese artículo, entre otras consideraciones cita una frase de Lacan, extraída del artículo «subversión del sujeto...»: «lo dicho primero, decreta, legisla, aforisa, es oráculo, confiere al otro real su oscura autoridad» ... y agrega Miller: «el oráculo se confronta con la realidad de la vida cotidiana, da cuerpo a la autoridad como tal de la palabra. Autoridad como tal significa autoridad oscura. La autoridad es oscura porque lo dicho, que sea dicho, es una razón última y es exactamente lo opuesto a la exigencia de las Luces: hay que dar razones». Tampoco sé si Lacan toma tan al pie de la letra esta forma de interpretación, no podría afirmarlo. No es solo una interpretación errática, cercana al chiste, es una forma de decir que no explica, que no da cuenta del sentido. Bien puede ser un chiste, sí, pero no es por el chiste, sino porque se quita a la razón toda su pesada «claridad». También los autores uruguayos bromean, y hacen bien, es el chiste, con los excesos de simplificación que tiene, por momentos, no siempre, el artículo de Fink. Pero, se puede deslizar a una banalización de la práctica lacaniana perdiendo así el objetivo de su discusión. Es cierto, y es un buen sentido del humor, que las fórmulas oraculares tienen resonancias litúrgicas. Hay todo un misticismo cristiano y judío en la teoría de Lacan, no lo duden. No comparto demasiado lo que se dice del objeto a, me parece un tanto reduccionista. El objeto a, sí es causa del deseo, está detrás del deseo, no adelante, como usualmente se toma al objeto del deseo, pronto para ser investido libidinalmente, odiado o amado, o despedazado. Pero a su vez, esta «invención de Lacan» le llevo sus últimos casi veinte años. Es porque Lacan trabaja este concepto de objeto que toma la falta como paradigmática en la práctica analítica. Se relaciona con la angustia porque para Lacan, la angustia emerge cuando hay algo que tapona la falta, dice «cuando falta la falta». Esa posición durante la práctica, para nada tiene que ver con que un analista lacaniano

no espere, no sostenga a su paciente deprimido, por ejemplo (se puede leer un breve testimonio de Maren Ulriksen sobre su análisis con un analista lacaniano que está en la Revista sobre la Contratransferencia). Me parece que Fink también apunta al exceso de repetición y de quejas en el paciente, muchas veces de un sufrimiento acaecido, que el propio analista lo percibe y hasta lo vive. También hay otras formas de quejas repetitivas que no tienen la misma posición en el sufrimiento real del paciente. Lacan toma en cuenta, muchas veces a los afectos, por ejemplo, el sostén que la angustia es de los afectos que no engañan, nadie puede «inventar» la angustia. Es por eso por lo que muchos «sufrimientos» están revestidos de cierta opacidad. Muchos pacientes reconocen luego de un tiempo de análisis, su malestar y sin sentido de la queja, de no poder con eso, de reconocerlo como un obstáculo como si no se deseara separarse de ese padecer constante. Quizás es lo que Fink trata de decir, que la falta surge, haga carne, cuerpo, en el ser hablante. Otro punto es que De León y Bernardi señalan cierto procedimiento en el cual, dicen, se permite avanzar en los casos clínicos en general y en la discusión con Fink en particular. Se trata de 1) observación clínica (dice que «esto lleva a avanzar de «abajo hacia arriba» tratando de realizar una «escucha directa» para luego arribar interpretativos más abstractos. También plantean utilizar la pluralidad de enfoques como fuente de hipótesis alternativas sobre el material clínico. Sobre estos procedimientos que aconsejan los autores, no veo en el trabajo de Fink alguna línea que los respalde salvo si la observación supone además una cierta literalidad en la escucha que llevara a una interpretación más elaborada. Creo que Fink no procede de esa forma, más bien me inclino a pensar que él se quedaría con una interpretación más literal del discurso del paciente. En relación con el punto de la «pluralidad de enfoques», tampoco veo la posibilidad que Fink haga acuerdo. Me parece que él parte de su práctica y su teoría que es básicamente lacaniana y de parte de sus seguidores. Fink toma otras teorías no lacanianas para confrontarlas con su práctica. Como muchas veces hacía Lacan, leer trabajos de analistas que publicaban en el *International Journal*, o criticarlos y confrontarlos o muchas veces en sintonía y coincidencia. Si «pluralidad de enfoques» se refiere a experiencias de los analistas en su participación en sociedades plurales que mantienen diferentes enfoques con la práctica del

psicoanálisis, lo que recibe, lo que escucha, sus experiencias como analizando o en sus prácticas supervisadas creo que al estar integradas a su subjetividad son cosas que enriquecen. Hay analistas llamados «lacanianos» en las sociedades de la IPA que probablemente no trabajen como trabajaba Lacan o trabaja Fink. Creo que tiene que ver con que no tuvieron experiencias analíticas o de control con analistas lacanianos. Esas experiencias están insertas en la subjetividad del analista y es probable que en muchos casos no pueda desprenderse de ellas (su modo de analizar, de escuchar, de interpretar, de posicionarse en la transferencia, etc.). Estoy de acuerdo con los autores que el intercambio de opiniones favorece mucho que el analista disponga de ciertas lecturas que lo ayuden en su práctica. Por ejemplo, podría ser muy interesante para los propios analistas lacanianos el aporte de los autores uruguayos que realizan al relacionar la escansión con la contratransferencia. Es un aporte delicado y fino que puede bien ser tenido en cuenta para pensar el dispositivo del corte en sesión. ¿Por qué en tal momento se produce un corte y en otro momento no? Es cierto que los analistas lacanianos fundamentan bien ese movimiento, pero no es nada menor tener en cuenta el propio inconsciente del analista durante ese momento. También me parece que en el análisis laciano no hay un trabajo tan fuerte con el pensamiento del analista, es más bien, por los argumentos de Fink y lo que muestra de su práctica, puntuaciones o interpretaciones que no son demasiado buscadas. Lacan dice: donde pienso no soy y donde soy no pienso.

CASO DE FINK ANALIZADO POR DE LEÓN Y BERNARDI

Al analizar brevemente el caso que presenta Fink, los autores uruguayos señalan que la posición del analista americano es negarse a satisfacer las demandas del paciente. Si bien comparto que hay toda una zona del caso pobremente expuesta, Fink también se refiere a su propio modo de investigar los elementos del pasado y la experiencia infantil del paciente a través de preguntas y otras formas de investigación sobre lo que le pasa a su paciente. La discusión que proponen De León y Bernardi como alternativa es interesante, y es probable que se pueda trabajar un material clínico desde esa perspectiva (p. 13), principalmente en lo referido a la

vulnerabilidad del paciente. A mi entender, en lo que Fink hace hincapié es que el paciente no puede constituirse en un sujeto deseante sin quedar amarrado al deseo de sus padres. Me parece que esta situación del paciente lo hace ser bastante vulnerable. Más que intermediado por ese gran Otro que existe para el paciente, como verdaderamente un «gran Otro», que es existente, que no está atravesado por la castración (salvo porque al «desear sobre su hijo» quedan en posición de que algo falta) y que está ubicado de manera radical en su vida, hace que el paciente no pueda desprenderse de ese «gran» productor de deseos que obturan su vida lo que le provoca angustia. Esa angustia, está determinada no por lo que le falta al paciente, porque según el relato de Fink, le dedica su vida a complacer el deseo de sus padres. Se angustia porque no puede salir de ese atrapamiento al que está adherido. Quizás muchos analistas no lacanianos podrían decir que el paciente «se fusiona» a su madre, por ejemplo, o que está en una relación dual. Son planteos que pueden coincidir con la idea de Lacan de alienación-separación. El paciente se angustia porque no puede ser él mismo el agente del objeto a, su objeto a que causa su propio deseo. Para eso, sí, comparto con Fink tiene que estar en la posición de castración (-φ) No comparto lo que afirman los autores de que «la teoría laciana está formulada a excesiva distancia de las observaciones clínicas». Hay muchas escuelas lacanianas que desarrollan y despliegan trabajos clínicos en abundancia mostrando su práctica. Quizás no sea el mismo sistema de trabajo clínico que plantean los autores uruguayos, pero se puede ubicar, Lacan mismo lo hacía constantemente en sus seminarios, y encontrar muchos casos trabajados y elaborados desde la perspectiva laciana. Habría que discutir a que se le denomina clínica, palabra proveniente del acervo médico y que se instala en el psicoanálisis por la vía de Freud. ♦



**CONVERSACIÓN
EN LA REVISTA**

Conversación en la revista con Carina Blixen



CLAUDIO DANZA¹, MAGDALENA FILGUEIRA², MARIANA MANTIÑÁN³,
CORINA NIN⁴, BEATRIZ SILVA⁵

La conversación con la revista se realizó con la profesora y crítica literaria Carina Blixen, investigadora de archivos y directora de la revista *Lo que los archivos cuentan*, editada por la Biblioteca Nacional, quien con particular amabilidad y disposición nos recibió en su oficina de la propia Biblioteca. Carina es cercana a la Asociación dada su participación en jornadas de Literatura y Psicoanálisis.

MAGDALENA FILGUEIRA (MF) —Queríamos conversar contigo porque la Asociación está en la fase final del proceso de fundación del Archivo Histórico Documental de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, y en confluencia con ello, estamos elaborando el próximo número de la Revista: *Arké*. ¿Cómo es tu concepción de los archivos?

CARINA BLIXEN (CB) —Les hablaré de los inicios de mi formación. Empecé a trabajar en la Biblioteca Nacional en 2010, al mismo tiempo en que empecé a realizar un Doctorado en Francia, en Lille, el que me

1 Analista en formación. Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis. claudanza@hotmail.com

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mfilgueira.mefe@gmail.com

3 Analista en formación. Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis. marumanti@gmail.com

4 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. corinanin@gmail.com

5 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. beasil42@gmail.com

permitió entrar en contacto con la concepción «crítica genética» en la construcción de archivos. He tratado de difundirla en el país, tiene un desarrollo muy importante en Francia, en Argentina y Brasil. Ha habido gente que ha trabajado con los manuscritos en esta Institución, en la Biblioteca Nacional, pero hay dos grandes temas, uno, es el archivo y lo que eso significa, y otro, es el trabajo con el archivo desde la crítica genética. En torno a los archivos hay varios problemas. Existen archivos institucionales, como el Archivo de la Biblioteca Nacional, que fue organizado en torno a archivos de grandes escritores, pero que es deudor de una idea de archivo, la literatura, y la Nación. Un conjunto de elementos justifica la existencia de este tipo de archivo, que están ligados al siglo XIX. Creo que siguen existiendo, pero la propia idea de Nación ha sido cuestionada, más aún ligada a la literatura, por lo que están sufriendo una cantidad de transformaciones, entonces si bien hay un remanente habría que pensar cómo está funcionando actualmente los archivos. Por un lado, encontramos esos archivos institucionales, y después están los archivos privados.

En la Argentina se está trabajando, sobre todo en la Universidad de La Plata. Graciela Goldchluk organizó para la última Revista *Lo que los archivos cuentan* un dossier con tres artículos sobre archivos hechos por familiares de Desaparecidos. No tengo claro si hay acá familiares que hayan organizado archivos sobre sus desaparecidos. En el caso de Ibero Gutiérrez, sus papeles fueron custodiados por su pareja, después también por su hermana, y en este momento están en la Biblioteca Nacional. El caso de Ibero era un poco singular porque era un gran creador, lo asesinaron cuando tenía veintidós años, pero había dejado enorme cantidad de producción. Fue asesinado en el año setenta y dos, fue un gran escritor, y es lógico también que su obra esté en la Biblioteca Nacional. Hubo otros que también habían empezado a escribir, y fueron desaparecidos siendo muy jóvenes. Los familiares guardaron papeles de ellos. Hay un caso en la Argentina en que el padre guardó todo durante la dictadura, contra su propia autocensura. Cuando termina la dictadura, se lo da a su hija. De esta manera, la noción de archivo queda ligada a la memoria como construcción de identidad, a un deseo de presencia y a la elaboración del dolor.

CORINA NIN (CN) —Esto se emparentaría con lo que has planteado del archivo de Delmira Agustini en el cual se guarda entre otras cosas la muñeca, el canario embalsamado, los gastos del entierro...

CB —Los archivos institucionales pueden también guardar objetos. El tema central es la heterogeneidad del archivo, nosotros estamos sobre todo preocupados por los papeles, por la escritura, el cotejo de los papeles, pero entonces ¿qué hacemos con el canario embalsado de Delmira? El archivo es la preservación de todo, por más que nosotros jerarquicemos la escritura. Además, uno no sabe qué juegos de relaciones se pueden establecer con los objetos. El asunto es, en principio, que los familiares los preservan, después el Estado tiene que tener una actitud dinámica y dar señales claras de querer comprar los archivos. El archivo de Delmira en parte se donó y en parte se compró, la mayor parte se donó. Había una tradición de donar los archivos personales a la Biblioteca Nacional, pero esa tradición se está perdiendo porque hay Universidades que los compran, en algunos casos pagan mucho por ellos, sobre todo en Estados Unidos y garantizan la preservación y la disposición a que se consulten. Este es un punto conflictivo, dado que el Estado uruguayo no puede seguir pensando que la gente tiene que donar, los familiares tienen derecho a donar o no. Hay un concepto de herencia que tiene que funcionar para aquellos que heredan un legado, que nosotros consideramos que está más allá de lo personal. Hay conflictos de intereses que no están resueltos. Ha sido poco activo el Estado uruguayo en los últimos años, pero eso tiene que ver con que la cultura no tiene una presencia muy importante, y dentro de la cultura, la archivística y la literatura, creo que menos. Los investigadores se mueven entre los archivos personales y los archivos institucionales, de acuerdo a lo que les interese.

Otro gran tema es la crítica genética que recién está desarrollándose en el Uruguay. La crítica genética tiene que ser interdisciplinaria porque no es solo una genética de escritores, puede haber una genética del arte en general, del cine, del teatro, puede haber crítica genética en relación al conocimiento científico. La idea de la crítica genética es mostrar un proceso de creación, en la cual la obra final no es el final «final», puede ser un producto no estable. Delmira Agustini publicó

tres libros que están en el Archivo, y fueron reescritos por ella. Cuando se vuelven a editar, ella había cambiado poemas enteros, los volvió a escribir sobre las ediciones anteriores. Ese producto final no es tan final. Al mismo tiempo, no es lo mismo un manuscrito que un libro editado, porque en el momento de editar, el escritor sabe que está llegando a un punto culminante. Entonces, el autor ahí toma una serie de decisiones que luego hay que tomar especialmente en cuenta. A partir de esas decisiones tomadas en el libro editado, se puede analizar los manuscritos.

CN — Hay una renuncia de parte del autor.

CB — Hay una renuncia. Lo que uno trata de hacer cuando estudia los manuscritos es ver todos los caminos posibles del autor y aquellos que dejó.

MF — Lo que fue dejando y lo significativo de lo que fue dejando.

CB — Sí, qué sentido tuvo, por qué se dejó, y cómo eso puede cargar lo otro que quedó. En Brasil está Philippe Willemart, es belga y hace muchos años que está viviendo en Brasil, y ahora se jubiló. Está especialmente interesado en la relación de la crítica genética y el psicoanálisis. Ha escrito muchísimo, estaba en la Universidad de San Pablo. Él ha sido increíblemente dispuesto y generoso. Cuando decidimos junto a Liscano, que era el director de la Biblioteca Nacional, editar la Revista que iba a tener otro título «palabra de archivo», Willemart me dijo «tenemos que saber qué es lo que cuentan los archivos», él me dijo «tiene que ser *lo que los archivos cuentan*».

Élida Lois, en la Argentina, es la gran maestra en la crítica genética, y en Brasil, es Willemart quien plantea al manuscrito como la huella más cercana al inconsciente, plantea la tachadura como lo no dicho de la escritura.

Los manuscritos de Delmira Agustini muestran el «enchastre» que ella hacía. Entonces, no es solo lo que las palabras dicen, sino todo lo que en el manuscrito se percibe, los márgenes, lo que saca, lo que se corre, los dibujos que integran esa escritura.

Otro gran tema que —en este momento— se plantea, es el de la digitalización de los manuscritos. Hacer ediciones genéticas digitalizadas es casi imposible, en algunos casos, es carísimo. Son enormes canti-

dades de imágenes las que hay que reproducir. En el caso de Delmira, tiene libros, cuadernos, hojas sueltas, son centenares de páginas. Entonces, la digitalización cuando ha sido posible ha sido una solución. En la Biblioteca, hicimos una plataforma para colgar manuscritos, que fue gracias a la vinculación con Francia. Logramos que se reunieran Fatiha Idmhand, que trabaja en París con manuscritos, Alejandro Bia un uruguayo que trabaja en la Universidad de Alicante, que tiene una gran experiencia, que trabajó con el Centro Virtual Cervantes, y Federico Bello, que trabaja aquí en la Biblioteca en informática. Logramos que se reunieran y hacer una plataforma de transcripción de manuscritos, que está alojada en la Biblioteca Nacional. Ahí hay cinco cuadernos de Delmira, y yo creo, que es una gran posibilidad. Ahora Elena Rodríguez, que es otra investigadora de la Biblioteca, subió a internet el archivo de María Eugenia Vaz Ferreira, —que no está en la Biblioteca, ya que es de la familia de Vaz Ferreira—, pero hicieron un convenio que permitió copiar todos los manuscritos, escanearlos y nosotros los colgamos. El documento original fue devuelto, pero por lo menos, está en la plataforma. Ahora está haciendo lo mismo con Rodó. Las plataformas, son muy importantes también, claro, porque es casi inevitable leer en pantalla. También está el tema que la lectura en pantalla pierde la unidad del libro. Eso de poder hojear, ir para atrás y para adelante. La digitalización impide eso y no es poco. Eso transforma la lectura. Las plataformas que hicimos, tratan de tener anotaciones e indicar qué versión se corresponde con tal otra, que se encuentra en tal lado, que viene antes o que viene después. La edición genética crítica es un trabajo arduo, creo que es una buena opción, es un buen camino.

MF —La perspectiva crítica sería una concepción de cómo llevar a cabo una fundación, luego de la revisión, de resignificación de un archivo. ¿Genética tendría que ver en cómo se generó?

CB —Sí, cómo se generó. La génesis. La genética ha tenido cierta evolución, tiene un arraigo muy embrionario, muy de ciencias naturales. De un proceso que es casi al margen de la consciencia. Esas son metáforas que se utilizaron en un determinado momento y después fueron sustituidas por otras, que hablan más de una elaboración consciente, una construc-

ción. Un conflicto que el manuscrito permite percibir. Porque tampoco hay una imagen de camino como una linealidad que se puede seguir, porque cada momento es una superposición de cosas que son las que permiten entender por qué no se eligió este camino sino que se eligió este otro. Willemart plantea que la mejor metáfora, la más certera, es la fractal. Quiere decir que no es tan fácil, que no es lineal, que sí hay huellas del inconsciente se pueden anotar, se pueden hacer suposiciones en torno a ellas, se pueden hacer cortes también. La crítica genética tiene que hacer lo que se llama el dossier genético. En principio, el dossier genético es todo el ante-texto. Todo el proceso de creación, que supone lo anterior de una obra, los manuscritos, o todos los objetos, todos ellos forman parte de ese proceso. Además, tiene que establecer una cronología, lo que a veces parece fácil, pero otras, es muy difícil. Delmira no ponía nunca una fecha. De todas maneras, hay ciertas cosas que se ven fácilmente, que van en un orden, y hay escritores que siempre ponen la fecha, pero hay otros que no. Hay que establecer una cronología, uno tiene que ver que viene antes, que viene después, y eso es algo absolutamente material. Si no se consigue eso material, se tiene que empezar a hacer hipótesis. Si las fechas no están, se tienen que hacer hipótesis, que tienen que ser las más convincentes posibles. Y ahí entran a jugar todo tipo de elementos, el conocimiento de la obra, el conocimiento del autor, y lo que uno pueda pensar acerca de la explicación de por qué esa es la secuencia, y todas las preguntas que uno pueda hacerse.

CN —Tú en un momento hablas del hacer significativo y del aleatorio. Ante una cantidad de papeles. ¿Quién pone el orden?, ¿es el autor?, ¿es el crítico?

CB —En principio, ahí también hay una pequeña guerra entre los investigadores y los bibliotecarios, los archiveros. Esta es una disciplina de intercambio, cuando un investigador accede a un archivo que no está ordenado, generalmente, trata de hacer un dossier genético. Y las cosas que están juntas, no las separa, porque, en principio, habría que ver por qué están juntas. El bibliotecario tiene criterios para hacerlo, que son las cartas, por un lado, los papeles por otro. Son criterios que son absolutamente válidos, que son los que han regido la constitución de los archivos, pero es conflictivo. Eso es un orden externo, que tiene sus

fundamentos, pero el investigador va a buscar otro orden. A veces se entrega un archivo y el archivero ordena y después se hace más difícil leer algunas cosas que si uno accede en un principio.

MF —Es el diálogo entre lo genético y lo crítico. Lo crítico sería tener que tomar opciones a la hora de construir el archivo.

CB —Forma parte de lo genético también. Hay que separarlos para entender, pero están absolutamente mezclados, por ello, en principio, me pareció bien que el título fuera *Lo que los archivos cuentan*. No podía tener un título de crítica genética. La genética es una modalidad de trabajo con los archivos, y que introduce novedades en el criterio de análisis literario, porque, en principio, aun en las ediciones críticas, los críticos literarios se preocupan por los libros, a veces también por las revistas, aquello a lo que llevó a la edición, porque se considera que tiene la limpidez de lo que llevó a la edición. Sobre esto ha habido una guerra también. Creo que, sin desconocer todas las posibilidades de la crítica literaria, y de todas las disciplinas que tienen que ver con ella, me parece ridículo pensar que los manuscritos no nos digan algo sobre la obra del escritor. El proceso de creación va a decir algo sobre la obra del escritor, así como la sociología, la lingüística, el psicoanálisis, todos podrían decir algo. Quizá con este último mantiene una relación más estrecha. El tema no es descubrir el inconsciente del autor, es entender el proceso de creación, obviamente los escritores están escribiendo con su inconsciente, pero ¿de qué manera?, es algo que en cada caso habrá que tratar de entender.

CN —Siempre es caso a caso.

CB —Siempre es caso a caso, momento a momento, dentro de la enormidad que puede ser el dossier genético de un autor, lo que hacemos es elegir un momento, sabiendo que se lo está eligiendo. Ahora, ¿por qué se elige un momento? Se requiere un conocimiento de la obra para marcar un determinado momento de los manuscritos, para elaborar un corte justificado.

CN —En la editorial de una de las revistas decís que «hay algo desmesurado e imprevisible en el arte de archivar...»

CB —Refiere a la heterogeneidad del archivo, ¿por qué archiva el que archiva? Muchos escritores tiraban sus papeles, algunos los guardaban,

no hay criterio sobre el asunto. Algunos pensaban, «bueno, borro todas las huellas, tiro esto, paso a otra cosa», y otros quedaban aferrados a sus papeles. Estuve en contacto con el archivo de Levrero, quedé muy sorprendida porque él tenía una vida de lo más precaria, pero aun así guardó todos sus papeles, una enorme cantidad de fotos, revistas, manuscritos. Lo desmesurado sería ¿por qué alguien que tiene una vida complicada y precaria, guarda y guarda, y carga con eso toda su vida?

CN —Te referías al arte de archivar...

CB —El que archiva, lo que recibe lo tiene que contener, lo tiene que organizar, y tiene que darle un lugar. Lo que recibe es imprevisible, y, además, no sé si desmesurado venía por ahí, el archivo está siempre abierto, por más que el escritor muera, siempre puede aparecer algo, una carta, un manuscrito, lo que fuera, lo que se ha escrito podría formar parte del archivo, el archivo es una entidad conceptualmente abierta. Inconmensurable.

Depende además de las épocas, se alimenta más en una época que en otra. En archivos institucionales como por ejemplo el de Delmira, en determinados momentos pueden surgir nuevas obras que lo van acrecentando, siguen estando abiertos, no tiene fin y está bien que así sea. Eso es lo que le da la vitalidad.

CN —La obra en movimiento, la obra no queda estática de esa manera.

CB —Delmira escribió en una revista francesa, textos en francés y los fui a buscar; eso es una cosa mínima, pero me cambió un poco la idea que yo tenía. A los dieciséis años, estaba escribiendo en francés, escribió dos artículos de crítica de los más desafiantes. Entonces se abre el archivo y se agregan. Cambia la configuración, da cuenta de que tempranamente tenía una idea clara de que quería ser escritora, de qué manera quería serlo, de qué manera quería ser recibida.

MF —Nuevas significaciones, nuevos *cuentos* de los archivos...

CB —Luis Bravo ha trabajado con el archivo de Ibero Gutiérrez, ha publicado muchos libros de los que él dejó, sigue habiendo libros preparados por él, inéditos; editarlos no lo cierra, muestra de qué manera puede estar abierto. No estaría muerto en la medida que se produce con su obra, se lee y además, merece ser leído porque tiene una gran actualidad.

- CN —La sociedad se lo estaría perdiendo si no se publicaran...
- CB —Hay que crear una consciencia de archivo, conciencia de la importancia, de la vitalidad, y sacar esa idea de que lo que contiene está arrumbado ahí, ¡no está arrumbado! Nos están *diciendo* una cantidad de cosas, nosotros tenemos que saber preguntar, preguntarle.
- MF —Necesitamos interpelarlos. La resignificación de los archivos anticipa, también rompe la temporalidad en tanto está abierta a nuevas re-significaciones.
- CB —Anclaje en el presente con los archivos y con la memoria. Capaz que eso es un cambio. No es el archivo de la Historia que de vez en cuando lo consulto. Por lo que hemos vivido como sociedad, todas las peleas por la memoria han generado una conciencia, lo que es importante.
- CN —Buena y necesaria discusión dentro de la sociedad, porque sino quedaría a un costado y más allá de todo lo terrible que implica pensar en la memoria, como concepto es muy interesante, que toda sociedad se cuestione y pregunte qué memoria quiere tener.
- MF —Los archivos cuentan, y los cuentos duelen, alegran, entristecen.
- CB —¿Qué quiere decir el tachado en los manuscritos de un autor? Creamos, generamos un código genético, de transcripción. Este código que nosotros creamos para Delmira, es un código un poco complicado de leer, es demasiado laborioso, porque en determinado momento, esto quiere decir que se agrega, pero no se tacha, en otros casos, se sustituye.
- Respecto a la tachadura, bueno, hay gente que dice que es lo no dicho. Aquello que pudo haber sido, efectivamente lo no dicho, porque es lo que no llega. Actúa como lo no dicho en relación al libro publicado.
- Está la pelea por el lenguaje que realiza el escritor, que tiene distintos componentes. Está toda la tradición del lenguaje y la tradición literaria que él está manejando, la búsqueda de la palabra mejor. ¿Y qué es lo que trabaja ahí? Trabaja su inconsciente, y evidentemente, si lo está aceptando o no, no lo sé, dependerá. También él trabaja la sintaxis, las palabras que dijeron otros escritores. Hay una cantidad de cosas que son hipótesis que se hacen de cada caso, que uno tiene que elaborar para tratar de entender por qué está hecho esto y si fue buscando otra cosa. A veces es bastante claro ver cuál es el proceso. Lo que se dibuja, además, es un estilo. Lo que se va dibujando en el

proceso de los manuscritos es esa serie de opciones que van cuajando en una manera de escribir, en una manera de ver, en una sensibilidad, que uno encuentra en un escritor, es eso, un estilo. Una manera de ser. Y los manuscritos lo van señalando.

MF —Capaz que dejan las marcas de las batallas.

CB —Sí, claro, dejan las marcas de las batallas. Me acuerdo de una muchacha que había trabajado con los manuscritos de Delmira que me decía, «Yo no puedo volverla a leer como la leía antes en los libros porque es muy pobre». Es como el mar, uno ve el manuscrito y está el mar en toda su complejidad y en esa cosa inmensa. Un poco de eso hay, una vez que uno se sumerge y empieza en esa pelea de tratar de entender por qué surge esto, por qué lo otro, cuáles son las cosas que entran en juego. Es vastísimo entender lo que lo llevó a hacer lo que hizo. Hay algo que a mí me cuesta mucho, pero que es un principio de la genética, que dice que no siempre el escritor elige bien. A mí me resulta un poco difícil pensarlo.

CLAUDIO DANZA (CD) —Depende para quién. ¿Qué significa elegir bien?

CB —Sí, es un tema complicado, pero la genética postula eso. A veces en algunos casos leyendo los textos es como evidente, y decís «¿Por qué MF —Es trabajo sobre el archivo, justamente, es lo vivo en un archivo, que lleva a que otro pueda resignificar la elección del propio autor, qué relación tiene con la muerte del propio autor.

CB —Está el juego de los mundos posibles, yo creo que ese es el tema. Eso es muy incentivante.

CN —Eso es lo que abre. El archivo no es cerrado...

CB —Todo lo que pudo ser, y a veces, uno tiene lástima de lo que desechó. Más que equivocarse un autor, a mí me parece que uno tiene lástima de lo que desechó. Ahora trabajando con Delmira también, en esos primeros años escribía mucho en prosa que no publicó. Uno puede entender por qué no, es bien experimental, es obvio que está probando. Escribía mucho en prosa y lo dejó, eso es un tema que hay que tratar de entender y ver, y es bueno saberlo. Es increíble todo lo que Delmira había escrito siendo muy joven.

MF —Esto del autor, la muerte del autor, ¿sería *volver a dar muerte* o no al autor?

CB —Sí, hay distintas teorías. Lo de la muerte del autor es del sesenta, de Barthes, y después de Foucault. En la crítica genética, desarrollada en los setenta, vuelve a aparecer al autor porque, en los manuscritos uno encuentra la letra, y ese es el trazo del autor. Después hay una discusión enorme y complicada de qué es el autor, porque una de las categorías que crea la genética es la del escritor, escriptor. Porque está el autor, que es el señor real, la persona, que tiene una vida, después está el que escribe, que no depende exactamente de la persona, evidentemente. Sí hay un lazo, pero la escritura, es también ese contacto con otra cosa, que está más allá de sí misma, y ahí el escritor entra en un proceso, que es muy interesante tratar de determinar, pero es un proceso que está más allá de sí, y el lenguaje que él utiliza, también está más allá de sí.

MF —Le hace hablar.

CB —Claro, lo que crea la genética es la imagen de ese que inscribe, que crea la letra, que en ese crear la letra, está peleando con esa serie de cosas que están más allá de sí mismo. La tarea es tratar de entender esa dinámica, que, en realidad, puede ser a veces una pelea. ¿Cómo se genera?, ¿hay un comienzo?, ¿cómo es ese comienzo? Generalmente, los escritores dicen «algo me molestaba, tenía una idea», hay algo que está ahí, evidentemente, que está bullendo, que son palabras que están en la cabeza, o son imágenes. Levrero decía, «yo tengo imágenes». Y eso es siempre muy inexplicable, ¿por qué a un sujeto le pasa eso y necesita expresarlo? En realidad, no hay una explicación, pero eso que le pasa, empieza a tomar forma utilizando un material para darle forma. La biografía nos puede explicar mucho, pero no hay una relación transparente, eso lo sabemos. También está el tema del yo, ¿quién soy yo?, ¿soy una unidad? Los manuscritos nos ponen con esa fragmentación, con esa multiplicidad, ¿cuál es el yo? Está por muchos lados, se elige una cosa, se elige otra, está en los márgenes, está en el centro. Es una dificultad con la que hay que lidiar. No se puede desconocer. Por eso decía, no es lineal. Hay una imagen que vamos siguiendo y alcanzando.

MF —No sabemos a dónde llegaremos.

CB —No hay archivo cerrado, vamos a empezar por ahí. No hay interpretación cerrada, por supuesto. Y no hay idea previa del sujeto y la escritura

tampoco. Son todos elementos que uno tiene que ir estableciendo y elaborando para poder avanzar un poquito.

MF —¿Y esto del *escriptor* y de la escritura?

CB —Eso es de Willemart, él trabaja con eso. Ha escrito muchos libros en que articula aspectos psicoanalíticos a la escritura y a la genética.

MF —Hay un psicoanalista, fundador de la Asociación Psicoanalítica, que era holandés de origen, Gilberto Koolhaas, que tiene un texto, *Inconsciente— Inscripción, Texto, Archivo*, que ha sido la piedra angular, dado que escribió sobre la confluencia entre lo que puede ser un archivo, un texto, el inconsciente y el psicoanálisis.

CB —Lo que dice Willemart, muy enfocado en la genética, no es que uno pueda llegar al inconsciente, es que el inconsciente trabaja en la estructura de lo escrito.

MF —Lo infiltra, lo trabaja.

CB —Lo ensucia, lo opaca pero, a la vez, lo abre. A veces es difícil de transmitirlo con la gente que trabaja en Historia, Literatura, si no tiene una formación de otro tipo. Más que hacia la ciencia discursiva, de repente, van hacia las ciencias más formales.

Planteado así no parece muy alentador, pero es muy divertido, aunque puede generar incertidumbre.

CN —Estamos en algo parecido, en las mismas aguas.

CD —Trabajamos parecido, con la incertidumbre, bienvenida sea.

CB —Hay que trabajar con esa incertidumbre, pero no todo el mundo tiene ganas. No es un requisito de la Literatura. Para mí sí, porque tengo una convicción muy fuerte respecto a esto, pero para otra gente no.

MF —Otro podrá decir que no. Tal vez, para el psicoanálisis también puede ser muy discutible, sin duda. Sería siguiendo las marcas de un relato, ver, escuchar qué cuentan, sesión a sesión, momento a momento, nunca cerrado.

CB —Willemart trabaja con un concepto, que yo no tengo muy claro. Trabaja el concepto de texto móvil. Él lo que quiere explicar es que no hay un primer texto, hay textos móviles algo que mueve al escritor a escribir. Dice que, aparece y desaparece de su escritura, y lo que él hace es perseguirlo. Para mí, es un poco difícil de captar, pero me resulta interesante. Esa idea de que el escritor trabaja a lo largo del tiempo, con ese deseo, que en una de esas aparece.

- MF —Pulpa viva de marca, huella.
- CB —Me doy cuenta de que a mí esa cosa me incita. No lo entiendo mucho pero me gusta.
- MF —Entonces, nos decías que la escritura es un concepto o lecho conceptual, la *escriptura*...
- CB —Sí, la inscripción y la idea del texto móvil. El texto móvil es, obviamente, parte de la escritura, pero que él percibe, creo que sobre todo, como una repetición y sus variantes, que él liga a un deseo que es el que alimenta la escritura. Es muy interesante, aunque yo no he trabajado de esa manera porque no termino de captarlo, ahí sí que me gustaría trabajar con otro. Mi visión es mucho más clásica, literaria, sí desde la genética, pero más atada a la letra. Eso de la huella es muy interesante, muy apasionante, pero también es muy complicado. Me parece que hay que seguir y ver cada caso concreto cómo funciona. Una cosa es la teoría y otra, es cuando uno la pone en práctica. A mí me gustaría usar eso para analizar algunos manuscritos de Delmira, me parece que puede ser muy útil, pero no lo he hecho. Realmente, se necesita tiempo para probar. En la revista no ha habido mucho de psicoanálisis porque no ha habido oportunidad.
- MF —En una de las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis, creo que la segunda que organizó la APU, unos compañeros, Diego Speyer y Mónica Vázquez, comentaron y trabajaron en torno a un lapsus que tuvieron pensando en la forma de la escritura, que fue, la *inscriptura*, la inscripción psíquica se vuelve escritura. Bueno, después de esto, de trabajar ese concepto que surge a modo de lapsus, nosotros le dimos la vuelta, dimos con la *escriptura*, en tanto escrito. La *inscriptura*, en general, en la sesión, puede ser palabra hablada, en la oralidad, pero la *escriptura* remite a la inscripción como escrito.
- CB —¿Hay una inscripción mental? Insisto, es una pregunta que les formulo.
- MF —Claro que sí.
- CB —Lo pregunto porque la genética ha tenido posiciones que han cambiado. Porque en principio, se decía que se consideraba solo lo material. Yo trabajé sobre los manuscritos de Carlos Liscano que los empezó a escribir en la cárcel, y él dice que estando encerrado en la que se llamaba «la isla», en un momento de aislamiento y soledad total, creó mental-

mente *La mansión del tirano*, que según relata la tenía toda en la mente. Es una novela complejísima y muy larga. En febrero del ochenta y uno la empezó a escribir. ¿Qué pasa con esa novela mental?, ¿qué es?

Una genetista belga me decía, «No, la inscripción mental no existe, no nos interesa, no es parte de la genética. Nosotros estudiamos los trazos escritos. Y a partir de ahí vemos».

Sí, obviamente, pero ¿qué pasa cuando el autor dice que la escribió en su mente? Ella me decía, «Bueno, no, nadie escribe mentalmente trescientas páginas». Bueno, eso también es verdad. Un poema sí... ¿Pero se puede tener una novela en la cabeza?

MF —Podemos decir que sueña con imágenes, en los bordes de la palabra...

CB —¿Hay una situación de delirio ahí, no?

MF —Sí, ¿por eso se parece al sueño, no? La alucinación del tiempo...

CB —Y en esa soledad absoluta, ¿cómo analizar eso? En principio, lo que hice fue remitirme a lo escrito. Y haciendo referencia a ese cuento, existe en tanto lo creó el escritor, y el resto es el mito de un origen que él inventó.

CN —Es un mito de origen. La huella también tiene algo de eso. Me pregunto ¿dónde está?, ¿quién la descubre?

CB —Lo creó aislado en la celda, «soy capaz de crear esto». Por supuesto que lo siente, lo vive, lo dice y lo sostiene.

CN —Todos creamos nuestras novelas en nuestro psiquismo. Todos creamos y vivimos en función de nuestras novelas, las que también se pueden desarmar.

CB —Psíquicas...

CN —Psíquicas, claro. Que se podrán desarmar.

CD —Con mucho trabajo, con mucho tiempo.

CB —Ahora, obviamente que a él le sirve para sostenerse. Escritas para sobrevivir.

MF —Es que ahí somos sujetos psíquicos, aunque no hayamos escrito una palabra en nuestras vidas.

CN —Pero hay escrituras en nuestra psiquis.

MARIANA MANTIÑÁN (MM) —Cuando ustedes van atrás de esta huella, ¿es posible pensar que van atrás de la huella del autor?, ¿o del escritor?, ¿o no se puede separar?

CB —Yo diría que no, que hay que separarlo. Porque sino, no avanzamos mucho. Hay que separarlo y establecer que están relacionados, obviamente. Pero la huella no nos lleva a la vida del escritor. Claro que nos lleva a su psiquis, pero eso es muy complicado.

MF —Es otro cuento de archivo.

CB —Creo que hay que mantenerlo separado.

MM—Me pareció entender que Willemart plantea algo similar, que la identidad del autor se pierde en la escritura.

CB —Sí, se puede pensar que se diluye en la escritura. Creo que viene de Derrida la idea de la impersonalidad de la escritura. Creo que es así, a medida que escribo dejo de ser porque eso pasa a ser algo que me trasciende y que se separa de mí. Entonces sí, es algo que el escritor va creando pero al mismo tiempo es distinto, está separado de él...

MF —Cobra otras vidas...

CB —Cobra otra vida, más si se publica y hay lectores. Ahora, siempre hay lazos, aunque no sean evidentes. Pero hay que mantenerlos. A veces es trabajo. Uno escucha que puede resultar pesado tener que decir que hay un autor por un lado, un escritor, y ahora un escriptor. Pero hay que considerar a los autores, sino no avanzamos. Ahora estoy en un momento de biografías, por un lado, me encantan las biografías, pero al mismo tiempo tengo una gran resistencia, porque muchas veces estoy escribiendo, y simultáneamente estoy mezclando la vida del escritor, pensando en su vida y lo que escribe. Pero creo que sería incapaz de escribir una biografía. Cuando uno se pregunta dónde está el sujeto y que este se manifiesta en formas tan distintas, entonces no me creo la biografía. A pesar de que la consumo y me encanta... ¿Por qué voy a leer la historia que puedo inventar yo, una historia que inventa otro? La considero una historia, es una ficción que alguien hace. Está escrito, está basado en muchos documentos, pero ¿cómo recreamos la vida de alguien?

CD —Sí, imposible...

MF —Tabucchi escribió su libro *Autobiografías ajenas*. Poéticas a posteriori, cuando el padre pierde la posibilidad de hablar por un cáncer de laringe, evoca un recuerdo de infancia, cuando él lo llamaba «pa» y su

padre le respondía en portugués, mediante un juego fonético, «pá» por contracción de rapaz, una sílaba puede contener un universo. «Una biografía en dos fonemas».

CN —Cuando no hay palabras...

MF —Aun siendo un escritor dice algo así como, «Yo voy a escribir una autobiografía que me va a ser ajena apenas la termine». El doble y el escritor, el escritor y su doble o el múltiple.

CB —También están todas las estrategias que crea el escritor. Porque el escritor, además, obviamente, es un sujeto social que se piensa, se proyecta y quiere dar una imagen de sí. Una afirmación de sí y de su escritura. Todo eso, por supuesto, que hay que conocerlo, pero uno tampoco se puede quedar con la imagen que quiere dar el escritor. Tenemos la obligación de analizarlo porque eso es lo interesante. ¿Analizar por qué quiere crear esta historia?

CD —¿Por qué y para quién tachó?

CB —Algunos escritores están muy sobreexpuestos porque siempre hay entrevistas, uno ve cómo van elaborando lo que se llamaba una pose. Que está bien, es lógico. El estilo, la posición.

CN —Por eso es interesante para nosotros esta idea de archivo, idea de movilidad y no fijeza, de movimiento, tu decís también interpretándolo y dándole sentido.

CB —Hay que sacar esa idea del archivo, lo que está guardado, lo que está arrumbado, lo que está ahí y no me molesta mucho. Hay que alimentarlo, porque eso no nos sirve.

MF —Eso es la muerte, más que la vida del archivo.

CN —Una palabra que tú planteas en una editorial que me pareció interesante también fue domiciliación.

CB —Sí, eso es una palabra de Graciela Goldchluk, esta mujer argentina que trabaja en La Plata, ella lo plantea a partir de que los archivos se hacen digitales. Porque los archivos tienen un lugar, tienen un domicilio, ese lugar tiene normas, los amparan pero además controlan el acceso. Se ponen a disposición, pero hay horarios, hay un control, obviamente, sobre el archivo. Lo que ella plantea es cómo la puesta en línea cambia la domiciliación del archivo, ya uno no tiene que ir a un lugar, aceptar determinadas normas, determinados límites para con-

sultar. El problema de lo digital es el exceso. Es otro problema, porque generalmente los archivos nos resultan escasos.

CD — Si se sube todo.

CB — ¿Qué hacemos con todo? Nosotros subimos cinco cuadernos de manuscritos de Delmira, ya es una cantidad de manuscritos. Puedo controlar las visitas a la plataforma, la gente que entra.

MM — ¿Controlar o saber?

CB — Saber. Todos los días dice, «Hoy entraron...». Muestra que entraron más de 300.000 personas del mundo. Es muy complicado el archivo digital. Hay algo un poco desproporcionado. Estamos poniendo a disposición una enorme cantidad de información. Me gustaría saber de qué manera lo usa esa gente, cuánto se queda, esa información no la tengo.

Las nuestras están colocadas en la página de entrada de la Biblioteca y uno puede acceder. Es una domiciliación, como dice Graciela, diferente. La tengo a disposición, estoy en mi casa, la uso cuando quiero, cuánto la uso y con qué criterio, no lo sé, como todo lo de internet.

MF — En eso se perdió, a eso también hay que renunciar.

CN — ¿Esta idea o concepto de domiciliación se refiere sólo a lo de internet o podríamos hablar de un archivo como domiciliación?

CB — El archivo está en un lugar. Eso es así. Está en una institución o está en una casa. Y existe en la medida en que está en un lugar, en un lugar que es reconocible. Tiene un domicilio, sino no es archivo. Tienen que tener un espacio. Y aun en las casas, en los archivos privados generalmente están en un lugar, ordenados como puede ordenar la gente. Pero bueno, eso ya constituye un archivo. Es imprescindible, la idea de domicilio y archivo.

CN — ¿Domicilio tampoco es solo un espacio, no? Domicilio también es un lugar que se reconoce y permite reconocer.

CB — Que se visita.

CN — Que se visita, que pertenece a una calle, que tiene un número, que pertenece a tal o a cuál persona, que tiene una historia. Me parece que así podría pensarse con mucho más densidad el concepto.

CB — El archivo privado es un domicilio privado, dejan entrar o no, de acuerdo a los criterios del dueño de casa. Ahí está bien la idea de domicilio. En las instituciones públicas es otro el criterio.

MF —En ese sentido nosotros tenemos un montón de documentos en una locación, en el domicilio de la APU, pero nosotros aún no tenemos archivo. Tenemos los documentos, están domiciliados, pero no organizados...

CB —Tienen que tener un orden para ser archivo.

MF —Quizás la primera «afectación» es tener los papeles guardados, para luego darle un orden, para poder ser consultados.

CB —Está todo el tema también del archivo de Levrero, que está en Humanidades, pero está como dato, aunque esté en Humanidades, para acceder hay que pedir autorización a la familia.

MF —Hay mixturas, formas según los años de la muerte del autor, el donante.

CB —Eso se establece políticamente, pero no hay nada previsto para que en determinado momento pase a ser público. Es la familia que lo entrega o no lo entrega.

Se vincula con la reproducción del archivo, si está instalado en una institución y si es de acceso abierto, la reproducción dependerá de los criterios de la institución.

MF —En esas consideraciones nos hallamos nosotros porque también dentro de nuestro archivo hay historiales clínicos que ponen en juego una posición ética. Escuché a Inés Larre Borges, en la presentación del libro de Daniel Gil sobre Paco Espínola, considerar qué sería publicable de una biografía, aunque se tenga como documento. A la hora de fundar un archivo nos encontramos con esta pregunta.

CB —En relación a las cartas funciona mucho, hay casos que se establece una fecha o hasta que muera el autor no se puede consultar. Además, nosotros somos en ese sentido una sociedad bastante pacata o pudorosa. Tenemos cierta dificultad para que se hagan públicas algunas cosas.

MF —A veces hay posibilidades intermedias que quizá sean las mejores.

CB —Claro, ahí en esos casos hay que dialogar con el que tiene el poder. Eso choca con el deseo de conocer que también es legítimo. La teoría de los escritores es totalmente antigua. El mismo Kafka le dice a Max Brod, «Quemá todo»; pero no lo quemó, sino que se lo dio a otro, que tampoco los quemó. Una traición al amigo, ese es un ejemplo tan clásico. Creo que Kafka no quería que se destruyeran.

MF —Ese es el mensaje que podemos descifrar.

CB —Bueno, Max Brod podía darse cuenta de lo que eso implicaba. Después los papeles de Kafka tuvieron un proceso rarísimo. Hace poco fueron robados de Israel y llevados a una biblioteca en Alemania, y ahora volvieron a Israel. Hubo todo un proceso judicial.

CN —Es interesante ver a dónde llegan y por qué llegan ahí...

CB —En ese caso pasó durante la Segunda Guerra Mundial. Saliendo de esa situación, los familiares en algunos casos entienden cuál fue el trabajo de aquello que heredaron, lo que significa, en otros casos, no.

La genética se planteó el tema de que ahora todos escribimos en la computadora y hacemos miles de correcciones. Puede quedar registro, pero ahí es imposible considerarlos por la cantidad. Ahora se guardan menos los papeles, con el correr del tiempo van a ir quedando cada vez menos, porque eso implicaría imprimir, después corregir, una modalidad que ya no es lo más habitual. La genética se plantea este tema, ¿qué pasa con los escritores nuevos?, ¿tenemos material? También se plantea el tema de las ediciones, de las escrituras sobre los libros, sobre los anticipos que salen en la prensa, el material va variando, pero el manuscrito va desapareciendo casi inevitablemente. ♦



DE UNO Y OTRO

Marcas EN gigantes

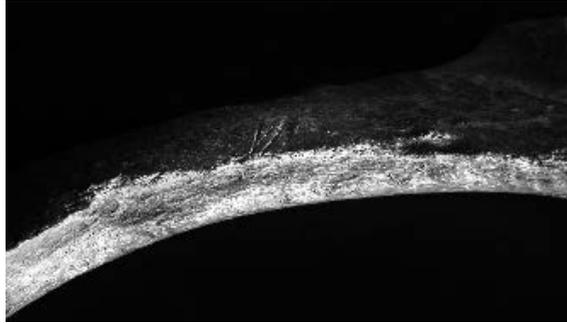


RICHARD A. FARIÑA¹

Recién comienza un verano prehistórico. La mano sostiene hábilmente una lasca que va apartando gruesos trozos de carne de un animal gigante. El éxito de la cacería llevará alimento al grupo. A pesar del máximo cuidado para no desafilarla, es inevitable que, al aprovechar todo el potencial alimento, el corte llegue hasta el hueso. ¿Me será lícito imaginar una imprecación en un idioma que nunca hablaré ante la cierta disminución de la vida útil de esa costosa herramienta? Tal vez no, el necesario fatalismo, la imprescindible concentración en el abundante trabajo que resta son más fuertes y ninguna voz quiebra el silencio. En cualquier caso, los efectos de ese corte acaso no terminan allí. Si lo quiere la fortuna, ese hueso se conservará durante milenios, llegando hasta hoy para dicha de las personas que cultivan la paleontología, el estudio del pasado profundo, y sienten el entusiasmo de intentar entender sus secretos.

Por ejemplo, así podría haber ocurrido en un hallazgo que se volvió extraordinario. La seca de otro verano pero de 1997 es muy severa. Los agricultores cercanos a la ciudad de Sauce extreman medidas para no perder las cosechas que le dan sustento. El arroyo del Vizcaíno ya no corre entre las chacras sino que se vuelve un collar de lagunas al este de la ruta 6. Una de las familias usa toda el agua de uno de esos reservorios naturales, sabiendo que en pocos días el manantial ayudará a recuperarlo. Cuando los

1 Paleontólogo. dogor@netgate.com.uy



peces se refugian en los pocos charcos que quedan, la naturaleza entrega un inmenso secreto: hay huesos apoyados en el fondo. Con la sabiduría anatómica que tiene la gente de campo, el diagnóstico es rápido e implacable: su gran tamaño delata que no son de un vacuno ahogado allí poco antes. Como un conjuro, surge la palabra que los describe: «fósiles» ...

Se entera pronto todo el pueblo. Hay que rescatar esos restos de antiguos mamíferos: perezosos, gliptodontes, tigres dientes de sable, mastodontes. Es la monumental megafauna sudamericana que vivió por allí hasta hace *apenas* cien siglos. Los huesos son muchísimos y hay que proceder antes de que vuelvan las lluvias y el arroyo selle de nuevo la tumba de los gigantes. Enterados del portento, los profesores del liceo movilizan a sus alumnos, arrancándolos del cálido letargo de sus vacaciones. Se intenta ubicar a los paleontólogos pero, con sus ocupantes posiblemente de licencia, sonará en vano el teléfono de una oficina en Tristán Narvaja 1674. No importa, la gente se organiza, colecta con esfuerzo y registra con cuidado. Surgen cientos de huesos, se exhiben en una casa de familia, producen nobles sentimientos de valorar ese patrimonio y también ambiciones turbias y mezquindades ciertas y codicias desatadas. Pero esa es otra historia. La que nos compete nos lleva por otros caminos.

Los lúcidos adolescentes filman en VHS para que sus valiosas acciones escapen al olvido, muestran una lupa de mano aumentando una señal presente en un hueso: una marca. Aunque por un tortuoso camino no desprovisto de conflictos contra la falta de escrúpulos, yo me integro a la investigación. Varias charlas y cursos de paleontología tratan de calmar

la sed de conocimiento de una comunidad sauceña movilizada. Pasa el tiempo, que es lo que sabe hacer. En una fría tarde de 2000, los huesos, ahora en el liceo, reciben la visita de Alfonso Arribas, un colega del Museo Geominero de Madrid. Su atento examen descubre de nuevo lo que ya habían visto los entusiastas liceales. Con la «ese» apical típica de la península ibérica, su asombrada voz dictamina ilevante: «¡Tío, *eshto tiene marcash!*». Aquel cazador del primer párrafo se manifiesta en nuestras imaginaciones y también en la urgencia de dar a conocer el descubrimiento, que intuimos importante.

Con las técnicas de la época, se publica un estudio preliminar aunque detallado en una revista española. Sabemos que se va a requerir mucha más información para acceder a las revistas científicas de mayor prestigio y distribución. Por ejemplo, es indispensable saber la antigüedad de los restos. Se envían muestras de los huesos para obtener su edad por medio del análisis del carbono 14. Llegan los resultados y queda claro que el hallazgo es estremecedor: la edad de unos 30.000 años es el doble de lo que se acepta mayoritariamente como la presencia humana más antigua de América. La excitación convive con la certeza de que no será fácil convencer a la comunidad académica de un cambio bastante grande en cómo se concibe la llegada de los seres humanos a este continente. Los protocolos científicos son siempre exigentes y, cuando las propuestas son tan espectacularmente novedosas, requieren de argumentos el doble, el triple de sólidos. O más.

Uno de los motivos de escepticismo es que la excavación no fue dirigida por nosotros mismos y, por ello, ignoramos mucho acerca del yacimiento hasta no poder volver a abrirlo. Esperaremos a que las lluvias no sean abundantes y a que la desidia y la mala fe no puedan detener la voluntad de trabajo. Otra vez es verano: en 2011, 14 años después de haberlos encontrado, se vuelve a secar la laguna tras contener con un dique las invasivas aguas, invitadas a desviarse por un canal secundario. En ese estío y el siguiente, se colectan más de 1.100 restos, varias decenas de los cuales presentan marcas que a ojo desnudo podrían corresponder a la acción de herramientas. Las lupas ayudan a fotografiarlas en detalle, en el afán de distinguir sus características de aquellas que dejan otras fuentes de modificación de la superficie ósea. En particular, hay que descartar que no sean producto del pisoteo de otros animales sobre los huesos todavía parcialmente insepultos.

En efecto, quince de esas marcas presentan el *efecto hombro*: a diferencia de lo que ocurre en el pisoteo, cuya fuerza moldeadora no es tan definida verticalmente, cuando una herramienta incide en el hueso, este se comporta de manera plástica. Se ve, a los costados de la incisión, un área levantada, como si fuese la estela que forma una embarcación en el agua. Además, esa misma razón las vuelve profundas y verticales. La naturaleza del filo de la piedra también dice presente en pequeñas oscilaciones llamadas microestrías y conos de Hertz. Esas evidencias y otras más superan el umbral del escepticismo: una prestigiosa revista, los *Proceedings of the Royal Society*, acepta nuestra contribución. Sin embargo, la ciencia es debate y ningún conocimiento se da por válido de manera absoluta. La publicación recibe críticas; algunas nos orientan por nuevos caminos, otras nos refuerzan en nuestras observaciones y conclusiones.

Mi amigo Gustavo Politis, arqueólogo argentino y escéptico, hace un comentario fundamental: según el concepto de equifinalidad, distintos agentes pueden producir los mismos efectos. De hecho, en estudios experimentales se demuestra que la proporción de las características diagnósticas en las marcas de pisoteo es baja pero no inexistente. Aun así, la probabilística juega a favor de nuestra interpretación. Si cada característica es improbable, que aparezcan todas ellas lo es mucho menos. Los cálculos dicen que una en mil ¡pero hay miles de marcas de pisoteo en los huesos colectados! Sin embargo, las leyes de los grandes vuelven a inclinar la balanza: si hay quince marcas estudiadas y todas tienen esas formas, la probabilidad de que ninguna de ellas haya sido hecha por una herramienta es baja. Muy baja. Algo así como 6×10^{-44} . Quizá esa notación en su frialdad científica no resulte suficientemente contundente, así que mejor expresarla así: 0,000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 000 06.

Por lo menos a mí se me antoja improbable...

Pero, como se dijo, nada es definitivo en la ciencia. Nuevas observaciones, más hallazgos, novedosos enfoques de los que no tenemos idea hoy aportarán a este juego sin final. Mientras tanto, hay que destacar el valor de las marcas en estos antiguos huesos gigantes como evidencia indirecta de que alguien como nosotros los raspó con una lasca un día del Pleistoceno. ♦

Del signo y el forense: fascinación, decepción y síntesis



HUGO RODRÍGUEZ¹

cuando viniste a mí,
cerré la puerta pero abrí

Charly García

Dentro de muchas posibles acepciones del término *signo* (del latín: *signus* = señal), me seducen los sinónimos *sino* (cosa que evoca en el entendimiento la idea de otra) o *hado* (encadenamiento fatal de sucesos).

El signo sería el dato susceptible de ser captado y revelado en su significado por alguien, que desnuda así, lo que había permanecido encriptado hasta ese encuentro de uno (el objeto, lo cierto) y otro (el sujeto, lo incierto). Predestinado a ser revelado, adquiere su sentido cuando el sujeto decodifica el mensaje.

Aplicado a mi disciplina, la Medicina Legal, el signo sería el dato objetivo presente en un cuerpo, esperando quien lo descubra e interprete para poder alcanzar su destino a través de un sentido. Es el forense quien le da voz y sentido al mensaje antes mudo y fútil.

El signo suele evanescerse más o menos rápidamente, justificando la repetida cita de Locard: «el tiempo que pasa es la verdad que huye». Sin embargo, algunos signos son muy resistentes al tiempo, como los que asientan en los huesos o en los dientes, o cuando se ponen en juego mecanismos de conservación cadavérica tan eficientes, que se pueden observar

1 Profesor titular de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Facultad de Medicina, Universidad de la República. hrodriguez@fmed.edu.uy

en colecciones museísticas. Otras veces, los signos precisan tiempo para tornarse perceptibles, revelables.

El forense, como sujeto capaz de captar el signo, es quien por formación teórica o experiencia adquirió el don de saber lo que hay que buscar y darle significado al hallazgo. «Se encuentra lo que se busca y se busca lo que se sabe», se enseña en las primeras clases de semiología médica y aplica cabalmente para la semiología tanatológica. La revelación del signo supone un progreso en el sentido dialéctico, en tanto genera nuevas contradicciones, otras incertidumbres, pero en un escalón superior.

El signo se realiza cuando se encuentra con el forense que lo buscó, lo descubrió y lo supo leer. Es este encuentro con el sujeto (forense) lo que lo habilita al objeto (signo) a cumplir su mandato, su función social, que puede ser la solución de un problema jurídico. La revelación del signo supone un progreso en el sentido dialéctico, en tanto genera nuevas contradicciones, otras incertidumbres y desafíos, pero en un escalón superior.

El esqueleto de Ramón Peré permaneció encerrado en la oscuridad de una urna funeraria durante 37 años. Cuando la exhumación mostró a los forenses el signo de una de herida de bala en la 12^a vértebra dorsal inferida por la espalda, resolvió un problema y, en el mismo acto, desató consecuencias judiciales, nuevos problemas.

La historia natural de la relación del signo con el forense reconoce también un proceso dialéctico de tesis, antítesis y síntesis.

Hay una etapa inicial de fascinación del forense con el signo (tesis). De hecho, esta fascinación (sea por el reto que supone su develamiento o por el reconocimiento que le cabe a los elegidos) debe ser lo que explica que alguien decida ser forense.

En mis primeras veces en la morgue judicial caminaba fascinado por las destartadas instalaciones siguiendo el paso pausado del profesor Guillermo Mesa, admirando su arte de dar caza al signo en el lugar preciso del cadáver justo. De repente, el forense detenía el pasaje de revista de los cuerpos del día desordenadamente allí dispuestos, para pedir que alguien abriera la mano derecha de cierto cadáver. Y en ese instante mágico

veíamos en esa precisa palma una quemadura profunda negruzca, que contrastaba con la palidez del resto del cuerpo. “La marca eléctrica de Jellinek”, decía entonces Mesa, quien sabía por los partes policiales que ese cadáver pertenecía a un joven electrocutado en un accidente laboral, que frecuentemente las lesiones de entrada de la corriente eléctrica están en las manos y que la gran mayoría de las personas son diestras.

Le sigue, tarde o temprano, una etapa de decepción (antítesis), cuando el signo se empieza a mostrar esquivo o ambiguo. O cuando en un mismo cuerpo encontramos signos de significados contradictorios mutuamente excluyentes. O cuando el signo se burla cruelmente de nuestra interpretación.

El forense que esto escribe, una mañana, frente a varios policías que creían en mi don de interpretar certeramente el signo, tras examinar un cadáver que atravesaba por una fase avanzada de la descomposición, que en nuestra jerga se conoce como fase enfisematosa, anunció que llevaba al menos dos días de fallecido. Fue cuando los policías se miraron entre ellos, hasta que uno se animó a decir: «mire doctor que el hombre estaba anoche en un cumpleaños y ahí le dio el infarto adelante de todos».

A ese duelo doloroso le sobreviene la etapa de madurez (síntesis), en la que el forense tiene la oportunidad del máximo aprendizaje, cuando acepta la dificultad casi utópica que supone la pretensión de revelar el signo. Y asume que las contradicciones no son errores del signo sino bolsones de ignorancia propios o de su ciencia. Y que debe dialogar con el signo y negociar la significación del mensaje en contextos de vasta complejidad, en los que no hay uno sino muchos signos en pugna. Es en esa etapa del camino que el forense llega a entender el verdadero reto, porque la auténtica utilidad social de su encuentro con el signo (la revelación) habita el lugar de la imprecisión, la imperfección, la falibilidad y la incompletud. Un lugar mucho más cerca de lo humano que de lo divino.

Entonces, me viene a la cabeza un recuerdo de Juan Carlos Macedo, tan buen médico general como poeta, una noche que puso fin a un debate abruptamente: «eso no lo puede resolver ni la metafísica, solo la poesía». ♦



¿Qué es el scriptor?

PHILIPPE WILLEMART¹

Veamos la historia del concepto de «scriptor». Su invención que yo sepa se remonta a 1983, cuando Almuth Grésillon, miembro del equipo dirigido por Louis Hay, que fundó la crítica genética en Francia, escribió en la revista lingüística *Langages* la introducción del número 69:

scriptor, más neutro que escritor o autor, el concepto no prejuzga la calidad literaria de documentos estudiados, no trae consigo ninguna connotación teleológica. Además, presenta la ventaja de inscribirse en varios pares de oposición que permiten discernir mejor la especificidad de los documentos manuscritos.

En primer lugar, el scriptor escribe como el locutor habla. En segundo lugar, el scriptor se opone al lector. Esta oposición a su vez es doble, pasando del estatuto del lector: puede ser el analista que lee en los apuntes de siempre o el scriptor, él mismo, en tanto es primer lector. [...] También es importante tomar en cuenta la oposición que trabaja el concepto de autor, las dos posiciones radicalmente diferentes que son la escritura y la lectura. El trascurrir constante de una posición a la otra en el recorrer de la génesis textual provoca una multiplicación de roles en el sujeto-autor [...] El autor es al mismo tiempo el “yo/je” que escribe, que se lee, que se autocomenta y se autocensura, que reescribe, etc.²

1 Profesor titular en Literatura francesa. Universidade de São Paulo. FFLCH CP 26097. Departamento de Letras Modernas. Sala 18. CEP 05513 970 São Paulo (Brasil). plmgwill@gmail.com

2 Grésillon Almuth, Lebrave Jean-Louis. Avant-propos. In: *Langages*, 17^e année, n°69, 1983. Manuscrits-Écriture. Production linguistique, sous la direction de Almuth Grésillon et Jean-Louis Lebrave. pp. 8-9. https://www.persee.fr/doc/lgge_0458-726x_1983_num_17_69_1138

El ITEM (Institutos de textos y manuscritos modernos), unidad de CNRS (Centro nacional de investigación científica) fue creada un año antes, en 1982, cuando Grésillon escribió ese texto fundador. Desde entonces, el concepto de scriptor fue retomado y largamente explorado por los investigadores en crítica genética.

En 1985, ese nuevo abordaje de los textos literarios fue lanzado oficialmente en Brasil con la creación de la Asociación de investigadores del manuscrito literario (APLM), transformada más tarde en la Asociación de investigadores en crítica genética (APCG), para incluir las investigaciones en arte, medios audiovisuales, etc.³

En 1995, me preguntaba si el scriptor tiene un inconsciente⁴:

Si hubiese un inconsciente cualquiera en el texto sería el del *scriptor*; y no el del narrador, a quien se le atribuía otrora⁵, esto es: llamamos narrador a aquel que concluye cada hesitación del *scriptor* lo fuerza a ir más lejos en su escritura ⁶.

¿Constatar la existencia de dos instancias, un no-sabido y un sabido, da el derecho de inferir un inconsciente?; ¿La ignorancia caracteriza suficiente y plenamente la instancia de lo inconsciente?; ¿Pensar así no es asimilar un poco rápidamente lo no-sabido al destacado freudiano y mantener una definición de inconsciente ignorando los tres registros REAL, SIMBÓLICO e IMAGINARIO inventados por Lacan?; ¿Si hay un REAL no simbolizado, un Imaginario por el cual pasan las pasiones de la ignorancia, del amor y del odio y un simbólico demasiado vasto que excede el ser del scriptor en el manuscrito de *La Educación Sentimental*, quién es ser-scriptor?

3 Siqueira, Yan Patrick Brandemburg, Considerações sobre a abordagem genética da literatura para um novo conceito de texto, São Paulo, Manuscritica 38, 2019, 21-33 Disponible en: <http://www.revistas.fflch.usp.br/manuscritica/issue/view/229/showToc>

4 Willemart, Philippe, A propos d'un passage de l'Éducation sentimentale ou de quel inconscient parlons-nous dans le manuscrit, Genesis 8 (Paris: éd. Jean Place, 1995) retomado em português em Bastidores da criação literária (São Paulo: ed. Iluminuras, 1999, 35-49).

5 Willemart, Universo da criação literária (São Paulo: EDUSP, 1993.25)

6 Ibid., p. 81.

Nosotros lo definiríamos como un ser entregado a la escritura, buceando en las circunstancias históricas de la narrativa, objeto al mismo tiempo de la intriga de los personajes y de la acción del escritor Flaubert, pero también sujeto del discurso, situado entre el deseo de escribir del escritor y su deseo de juntar lo que proviene de la tradición, de la historia literaria de las innovaciones pretendidas del escritor, de la intriga que se complica, etc... Movido sobre todo por la pulsión de unión y de amor y por el deseo de integrar los elementos más diversos, el *scriptor* puede tener una memoria y olvidar, escoger tal forma estilística o tal camino para sus personajes según criterios de amor o de odio y todavía sentirse tomado por las redes de la tradición, así como naufragar contra un Real que no consigue denominar.

Trabajado por un inconsciente del cual él es objeto y que debe tener en cuenta, el *scriptor* posee: «una reserva de espacios posibles que se desdoblán en la ocasión entre lo posible y lo imposible [...] en la cual la función-sujeto es potencial, móvil, insoluble, (y) es actualizada de vez en cuando»⁷.

Una vez admitido un inconsciente para el *scriptor*, toleramos lapsus y olvidos, sueños⁸ y devaneos, desplazamientos indebidos y condensaciones, fenómenos visibles en los márgenes y en el cuerpo de los folios del manuscrito, que Freud ya había observado en el discurso de sus analizandos, en el relato de sus sueños. Pero podemos también constatar la dificultad de avanzar y denominar lo Real presentido, la capacidad del *scriptor* de reunir en *Educación Sentimental*, en la misma noche, personajes tan diferentes como Sénecal y Cisy, u opiniones tan divergentes como la de Pellerin y del propio Sénecal, bien como constatamos el talento para construir un personaje tan contradictorio como Frédéric Moreau o para invertir el uso común del imperfecto y del perfecto como subrayaba Proust.

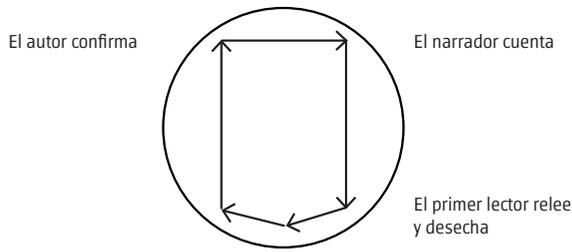
La tentativa de entender los procesos de escritura ya llevó a la mayoría de los críticos genéticos a separar al escritor que inicia el proceso, del autor que firma el texto y que entrega al editor. Aquí acentuamos dos etapas más para recorrer el trayecto del escritor al del autor: el *scriptor*

7 Daniel Sibony, *Le peuple <<psy>>* (Paris: Balland, 1992, 257).

8 Willemart, *ibid.*, p.37.

es el narrador, uno estando más próximo al escritor y a su inconsciente, el otro dependiendo del inconsciente de la comunidad o del REAL. La distinción no es nueva como recordamos en el inicio (A. Grésillon, *Langages*, 69, 1983), pero ella permite describir un poco mejor el trabajo del inconsciente en el texto.

En un ensayo de 2004, elaboré una máquina de escritura: en la cual operan cuatro instancias: escritor, scriptor, narrador y autor, cada una situada en el ángulo de un cuadrado inserto en un círculo, a la cual agregué una quinta instancia: el re-lector, cada una con un verbo⁹.



En este ensayo, distinguía las cinco instancias conectadas a un grano¹⁰ de goce que subyace a toda escritura. En el ensayo de 2014, detallaba cada instancia: estimulado por la pulsión de la mirada, el *escritor* observa y siente. Él se deja impresionar no solo por la memoria, sino por lo que percibe alrededor de él y en él, es la primera etapa del esquema freudiano de 1896¹¹; la percepción envuelve la mirada externa, y agrego, la mirada interna, es el inicio de partida de esta facultad de reflexión, en el sentido re-flejo, que se hace espejo del espacio que rodea al escritor y que lo contiene; él se dispone y se coloca al servicio de los impactos provocados por los acontecimientos dentro de él y fuera de él.

9 Willemart, *Os processos de criação na escritura, na arte e na psicanálise* (São Paulo: Perspectiva, 2009, 37).

10 El concepto de grano de goce (*grain de jouissance*) nació de un análisis de un texto de Proust publicado en 1993 en *Littérature* https://www.persee.fr/doc/litt_0047-4800_1993_num_89_1_2626, retomado e ilustrado en Proust, poeta y psicoanalista, Ateliê, 2000 (SP) y otros libros sobre Proust y la crítica literaria.

11 Freud, Sigmund, *L'Interprétation des rêves* (Paris, PUF, 1967, 460).

Embebido como una esponja por los acontecimientos, o sensible como una placa fotográfica, el escritor pasa en seguida a segunda instancia y a una segunda pulsión. En el segundo movimiento, movido por la pulsión de escribir¹², aquella que no para de no escribirse y que suscita la escritura, *el scriptor* transcribe lo que lo impresionó, como testimonia Henry Bauchau:

El ritmo apasionado en el que me encuentro arrojado durante un año, me enseña a reconocer, bajo las palabras de mis personajes, el sonido de mi voz, mis ritmos, las pulsiones de mi lengua y de mi cuerpo. Cuando no los oigo, sabré de aquí para adelante que no estoy en mi verdad y que debo parar y recomenzar.¹³

En el tercer movimiento, ajustando su deseo a las dimensiones del Otro, esto es, al Simbólico, del cual el escritor es parte, la lengua usada, la lengua portuguesa, las estructuras sociales, económicas, culturales, políticas, etc. conversando siempre con el texto móvil¹⁴, el *scriptor* se transforma en una oreja inmensa, oye atento a los terceros, y la tradición, ejerce la pulsión invocante, la de oír, transmite, cuenta o *narra* escribiendo.

En el cuarto movimiento, empujado por la duda, un deseo de ajustar el pensamiento o la frase y de decir más, por ejemplo ajustando mejor la construcción del personaje y aplazando la sorpresa reservada al lector¹⁵ o pasando de la explicación a lo anecdótico¹⁶, el re-lector deja operar el

12 Freud, Sigmund, *L'Interprétation des rêves* (Paris, PUF, 1967, 460).

13 Bauchau, Henry, *L'Écriture et la circonstance* (Louvain-la-Neuve, 1988, 12-13).

14 La movilidad está ligada al texto inestable que se hace y deshace, y el texto se refiere, al mismo tiempo, al grado de goce estable y la escritura aceptada por el autor, Esta definición me autoriza a suponer un grado de goce idéntico durante la escritura de la obra, que desaparece en la entrega del manuscrito al editor ya que no excita más al escritor (*La escritura en la era de la indeterminación*, Perspectiva, 2019, 27).

15 *Proust: À sombra das Raparigas em Flor* (Sao Paulo, Globo, 2006, p. 73. Sobre el gesto del héroe queriendo besar las manos del embajador Norpois, pero sabiendo la reacción de él más tarde.

16 Los largos pasajes explicativos que Proust dedicaba a la actualidad en Jean Santeuil desaparecen En busca del tiempo perdido, en favor de anécdotas [...] esa anecdotización parece tener como función, por lo menos como resultado de evacuar la Historia de romance [...] Gracias a la anécdota, un elemento juzgado secundario, Proust indiza su narrativa al discurso social de la época. S. Guez, *L'Anecdote proustienne*, *French Studies*, v.4, n.63, p 430- 442.

inmenso no dicho constituido por todas las posibilidades no escritas en la página, pero inscriptas en el lenguaje y su tachadura. En seguida, repitiendo la acción de escucha de la misma tradición, de los mismos terceros, él sustituye la frase o palabra, tal vez el capítulo o lo deshecha de nuevo: la pausa puede ser de segundos o de años para que entre en acción la quinta instancia.

En el quinto movimiento, la instancia del *autor* confirma la palabra, la frase o la página, (actitud masculina) y se torna así en portavoz de la comunidad en la cual vive y de todo lo que representa y es. Él decide y va hacia adelante.

En el último ensayo de este año, intento articular el círculo de la escritura con la teoría del espacio- tiempo de Einstein y llegar a imaginar un círculo de la escritura cuántica:

¿Cómo articular el círculo de la escritura a esta concepción de los espacios- tiempos superpuestos? Cada movimiento entero del círculo, esto es, el pasaje por las cinco instancias, será un espacio-tiempo que superpone el anterior. En una escala microscópica, billones de espacios- tiempos definirían una única página. Calcular su resultado es imposible porque deriva de la curva de probabilidades, por lo tanto, de la estadística. Nos aproximamos así al caos determinístico que no puede prever a donde lleva la experiencia, aquí, la escritura, juntando, por tanto, los espacios- tiempos- círculos, un conjunto se construye de a poco por el llenado de hojas y de los cuadernos y terminará en la última versión. Así definimos el círculo de la escritura cuántica..

El concepto de scriptor forma parte de un conjunto de instancias que acciona en cada movimiento de la escritura, del tachado o del agregado, la no substitución de lo tachado, etc., conjunto que colocado en el círculo de la escritura, muestra el juego entre las pulsiones, centralizado en la pulsión de oír o la pulsión invocante en la construcción de una obra literaria o artística. Lo que expandí en relación a la definición de Grésillon citada al inicio, es la dimensión psicoanalítica o subjetiva de los movimientos de la escritura integrando las pulsiones girando alrededor de la pulsión invocante, central en la construcción de cualquier obra. ♦



RESEÑAS

Momentos y documentos relevantes para un «Arké» del Centro de Intercambio Pola Hoffnung de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay



HEBERT TENENBAUM, MAGDALENA FILGUEIRA

Extraeremos para esta reseña en esta *Revista Uruguaya* dedicada a los archivos, la historia y la memoria de APU, puntos argumentativos, fechas destacables y algún documento significativo, dentro del proceso de consolidación y nominación del Centro.

Consolidación, porque fueron modificados los Estatutos a los fines de declarar el Centro como una Comisión de trabajo como otras de la Asociación, con su respectivo director.

Nominación, porque se resuelve en un marco de reconocimiento y afectividad nombrar al Centro Pola Hoffnung, en honor a la psicoanalista Paulina Volinski de Hoffnung.

A mediados del año 2016, nuestro colega, el psicoanalista Nelson De Souza, escribe una carta dirigida a los integrantes del Grupo de Egresados, sugiriendo se impulsará la denominación de «Pola» para el Centro; este Grupo trabajó intensamente la

historia fundacional del Centro y sus frutos a lo largo de los años 2017, 2018 y parte de 2019, abonando la propuesta a ser considerada, también nombró una Comisión para que elaborara la fundamentación a ser presentada en la Asamblea. La Asociación se aboca a trabajar en torno a la fundamentación a través de la Comisión *ad hoc* integrada por los psicoanalistas Graciela Balestra, Susana Balparda, Alberto Matteo y Griselda Rebella, quienes elevan una contundente propuesta a la Asamblea mencionada.

En la Asamblea General Extraordinaria de la Asociación, del viernes 21 de junio de 2019, el Centro de Intercambio de APU se constituyó formalmente en una Comisión de trabajo con su debida independencia y dirección propia, como las otras comisiones de la Asociación, a la vez que fue finalmente nombrado «Pola Hoffnung».

Programa de actividades del Centro de Intercambio para el presente año

- **Miembros de la investigación.**
Coor. Ricardo Bernardi.
Literatura y Psicoanálisis. Coor. B. de León de Bernieri, M.^a
Larrosa, J.C. Lago.
Curso para padres de adolescentes. Coor. Pat. Mercedes Garbarino.
 - **Amor caballeresco, amor erótico, amor moderno.** Coor. D. G.J.
 - **Introducción al tema de Psicoanálisis poético.** Coor. Lic. Carmen Meira de Striner.
 - **Psicosis.** Coor. Dr. Carlos Mendiluarca.
 - **Historia y análisis de los mitos e arquetipos religiosos.** Coor. Lic. Leopoldo Müller.
- En una próxima comunicación se detallarán los detalles de estas y otras actividades.

Para informes:
API: Maldonado 2077 - Tel. 40 74 43
Fax 48 04 35 CP 11200 Montevideo Uruguay

Se promueve el ingreso a corto plazo en grupos de Estudio e Investigación.

INVITACION

ASOCIACION PSICOANALITICA DEL URUGUAY

**ACTO INAUGURAL
CENTRO DE
INTERCAMBIO DE APU**

Fecha: Miércoles 17 de marzo 20.30 horas
Salón de Actos del Museo Nacional de Artes Visuales - Av. Julio Herrera y Reissig 30 - Parque Rodó.

Palabras de apertura

Dra. María C. Aceo de Pereda, Presidenta de APC
Pdo. Paulina Vidales de Homberg, Coor. de API

"Ira. Jornada sobre Creatividad"

Exposición a cargo del psicoanalista Dr. Héctor Leberich, coor. de la revista de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Prof. Angel Kukulova, Director del Museo Nacional de Artes Plásticas y Visuales, los profesores Juan B. y Víctor Barbaña de la Licenciatura de Historia de la Facultad de Humanidades, y los artistas plásticos Prof. Anacleto Dreyfus y Dr. Guillermo Barb.

Coordinador: Dr. Alberto Maza

Avenida 1400

PROGRAMA ACTUANDO

Para prepararnos a la hora de compartir con el resto de la sociedad psicoanalítica diremos:

Resúmenes: Pdo. Ana de Barbero, Prof. Luis E. Prego.
Dra. Jimmy Schlobovin, se referirá a la obra de sus autor de relevancia actual en relación con las líneas de trabajo del sujeto, *Forces of Doubt* y *Being a character*. Lic. Pdo. Susana García y Soc. María Rosal abordarán los aspectos éticos y la Dra. Vera hará los vínculos con el pensamiento de Donald Winnicott.

Miércoles 27 de marzo, 20.30 hs. en el local de APC (Maldonado 2077).
Entrada libre.

*17, 25 y 27 de abril - Nueve charlas - Conferencias y paneles.

¿Qué es Centro de Intercambio de API?

- El ámbito de vínculo activo con la comunidad donde:
 - intensificar la difusión y el intercambio de nuestros temas.
 - facilitar una amplia aplicación clínica de la teoría psicoanalítica, preferentemente en aquellos sectores de la población que no tengan acceso a la misma.
 - estimular la investigación, la reflexión y el intercambio con otros ámbitos de la cultura.

¿Quiénes podrán participar?

- Todos aquellos que estén interesados en el tema del hombre y sus problemas actuales.
- Público en general.
- Educadores, médicos, filósofos, antropólogos, artistas, padres, madres, historiadores, científicos, psicólogos, abogados, educadores, enfermeros, poetas, periodistas, contadores, comunicadores sociales, etc.

Propuesta elevada ante la Asamblea General Extraordinaria

Viernes 21 de junio de 2019

Apelamos al reconocimiento de Pola Hoffnung como principal creadora, gestora e impulsora de lo que constituye actualmente un área esencial, específica e identificatoria de nuestra Institución.

Es difícil medir hoy, la magnitud e importancia del cambio cualitativo, que supuso para la APU en aquel momento la creación del Centro, la consiguiente modificación de una posición de abroquelamiento y encierro, que entre otras consecuencias negativas favorecía una imagen de la Asociación como excesivamente desconectada del entorno, aislada y hasta elitista.

Históricamente el CDI, como todo cambio significativo institucional, demandó esfuerzos, discusiones, acuerdos, desavenencias y superación de temores a lo largo de varios años. A mediados de 1991, ejerciendo Pola la presidencia de APU, propició en la Comisión Directiva el nombramiento de una subcomisión *ad hoc*, constituida en principio por los coordinadores de los distintos laboratorios para que se abocara a trabajar en las políticas «de Extensión», como devino en llamarse al poco tiempo dicha subcomisión. Muchos compañeros se sumaron a estas actividades aportando sus ideas, enriqueciendo las reuniones, procurando captar las necesidades de proyección de la Asociación

al medio y viceversa, y pensando las posibilidades de satisfacerlas.

En mayo de 1992, en reunión general de la membresía, se reconsideró el término «extensión» y se resolvió denominar la Comisión como «de Difusión e Intercambio».

En setiembre de 1992, se convocó a Jornadas Institucionales sobre «la necesidad de la creación de un Centro de orientación asistencial, investigación y difusión», obteniéndose una gran convocatoria de donde surgió la necesidad de sistematizar las pautas para su posible concreción.

En octubre de 1992, finalmente, la Comisión Directiva aprobó los lineamientos generales para la creación del «Centro de Intercambio de APU (en formación)». (Se decidió esa denominación por entenderse que ponía el acento no solo en el aspecto «centrífugo» sino también en el «centrípeto» del posible intercambio con el medio.) En ese entonces la coordinación era compartida entre Pola Hoffnung y Alberto Matteo. Luego, en el siguiente período, quedaría a cargo de Pola.

El 17 de marzo de 1993 se realizó la actividad inaugural del CDI con un panel sobre el tema «Psicoanálisis y Creatividad» en el Museo Nacional de Artes Visuales. El futuro Archivo Histórico Documental, contará con una copia del volante que anunció el acto de celebración de su fundación.

A partir de entonces comenzó a articularse, crecer rápidamente y complejizarse lo que hoy forma un área vital para la su-

pervivencia del psicoanálisis y de nuestra Asociación.

En junio de 1996, una Asamblea re-frendó lo resuelto por la Comisión Directiva en 1992, sin precisar detalles ni de la constitución ni de la organización interna del nuevo sector.

El Centro ha cumplido con los objetivos planteados, siendo fundamentales la ampliación de vínculos con el medio social y cultural, el intercambio y diálogo con otras disciplinas y la transmisión de las ideas centrales del psicoanálisis, a la vez de canalizar las acciones derivadas de las preocupaciones que como integrantes de la sociedad nos asedian y nos comprometen como ciudadanos.

Como ejemplos de inserción de los psicoanalistas en la comunidad destacamos en primer lugar el armado e implementación del Área Clínica destinada a facilitar el tratamiento psicoanalítico a honorarios reducidos para pacientes de bajos recursos económicos; la organización de los Coloquios de Emergencia Social, y las Jornadas de Literatura y Psicoanálisis, experiencias repicadas en seis oportunidades cada una, entre los años 2006 y 2016; la apertura del área de Cursos Abiertos a partir de 2006; la promoción de Jornadas de Educación y de Educación Inicial; la par-

ticipación e inserción en la Universidad de la República, en especial en Facultad de Psicología y Facultad de Medicina, ámbitos tradicionalmente ligados al psicoanálisis. También el fomento del trabajo sostenido en hospitales, y la difusión hacia el Interior del país; las áreas de trabajo con grupos en instituciones diversas; la intervención en situaciones de catástrofe natural y/o social, etc. Asimismo, la permanente comunicación e intercambio con el ámbito cultural y la realización ininterrumpida de cine-debates y teatro-debates.

El llamar al Centro de Intercambio de APU, «Pola Hoffnung», se basa en la convicción de que de esa manera no solo la distinguimos merecidamente por su papel principal en la creación del Centro, sino que también supone un debido reconocimiento a todos los compañeros que acompañaron y colaboraron con su esfuerzo e inteligencia en la concreción del proyecto. Creemos que servirá además para rememorar el proceso fundacional del CDI y para transmitir y dar a conocer a las generaciones más jóvenes las peripecias de su gestación, con las controversias y los temores que todo cambio impone, rescatando del posible olvido inherente al paso del tiempo un momento crucial en la historia de nuestra Institución.

Reproducción de la Carta que Miguel Hoffnung, hijo de Pola, hiciera llegar por el reconocimiento efectuado a su madre

Estimados: he recibido con enorme emoción la comunicación de la decisión de la Asamblea de APU de nominar al Centro de Intercambio con el nombre de mi madre.

Me consta todo lo que ella trabajó para la concreción del mismo, en su convicción de que el psicoanálisis debía tener una proyección hacia la sociedad y a su vez nutrirse en un intercambio dinámico de otras disciplinas.

Por ello, tanto yo como mi familia estamos agradecidos por este reconocimiento.

Los saluda con mucho afecto,

Miguel Hoffnung



El Centro de Intercambio, bajo la dirección del psicoanalista Hebert Tenenbaum, organiza el VI Coloquio en octubre de 2019, realizando un nuevo llamado a concurso de escritura, en esta oportunidad llamado a la presentación de cuentos breves, *microrrelatos*.

El CDI, continuando la rica historia en organización de encuentros sobre la situación social, convocó, a reunirse nuevamente a pensar, esta vez en torno a: «Escenas de la vida colectiva. Instituciones y producción de subjetividad». Escenas que desde lo social nos interpelan, nos angustian, nos dejan perplejos a la vez que nos llaman a la reflexión.

El Centro ha desarrollado, desde su fundación, actividades con instituciones públicas y privadas que se dedican a diseñar y poner en práctica políticas que trabajan en torno a los fenómenos sociales de exclusión y marginación.

¿Qué hacemos en estos ámbitos quienes hemos asumido el oficio de psicoanalistas, especialistas en el espacio de la intimidad, en el sujeto del inconsciente? ¿Cuál es el aporte y el diálogo desde el psicoanálisis con las políticas y los programas públicos que trabajan con la exclusión?

Aunar estos escenarios, el íntimo de un sujeto sufriente, con el de las instituciones que desarrollan políticas sociales y públicas, es un primer escollo a discernir. Cuando nos ocupamos del sujeto singular en el marco de una política, no estamos individualizando los problemas sociales, sino que al hacerlo generamos efectos en el colectivo, en la institución en la que operamos, así como en nuestra institución psicoanalítica.

En el marco de este último Coloquio, se realizó una convocatoria a escribir, a acercar literatura y psicoanálisis, por eso el llamado a microrrelatos.

Los llamados microrrelatos buscan contar una historia a través de una pincelada, un diálogo, u otros modos donde las palabras se imaginan, vuelan, irrumpen... para que el lector siga con ellas rozando lo aún no dicho.

Fue el título del Coloquio y el tema que hizo de guía pero no de foco. Propusimos

que desde allí en intercambio se deslizara hacia la infancia, calle, encierro, adolescencia, cuidados, convivencia en los espacios públicos, siendo los temas desde los que convocamos a escribir.

El jurado estuvo integrado por el escritor Martín Lasalt y por los psicoanalistas Marta Labraga y Mario Deutsch, y fue luego de leer los treinta relatos presentados, que ubican en el primer lugar al relato «Duelo» de Robert Hirigoyen, correspondiéndole el segundo lugar, el cuento sin título a Lucía Restano. Hubo menciones especiales para «La niña sin risa» de Isabel Pigrau, sin título de Lucía Restano y para el relato «La Huida» de Marta Tarucco.



Duelo

Sus ojos no dejaban de observarme mientras respirábamos, los dos, el aire cargado de polvo y miedo.

No podíamos saber con certeza hacia qué lado caerían las vigas si yo me movía, pero la que estaba sostenida por el puntal a mi espalda, apuntaba al cuerpo inmóvil que por cómo me miraban sus ojos, sabían que podría seguir vivo si yo no hacía ningún movimiento.

Yo podía, como él, esperar un milagro o dejarme caer para atrás y tal vez salvarme, pero el puntal, como una trampa, dejaría que la viga cayera.

Si me salvaba, su hijo (su mujer no me importaba) me abrazaría buscando respuestas.

Si sus ojos no me miraran nadie podría saber que el primer derrumbe no pudo con él.

Si sus ojos no me miraran yo podría decirme que como no se movía, estaba muerto.

Pero sus ojos no dejaban de ver cómo dejaron de verme.

Robert Hirigoyen



Lo vi irse. Llevaba su hato bajo el brazo; los cartones atados a la espalda. Iba más encorvado que de costumbre y cojeaba con la pierna derecha. Arrastraba las maltrechas chinelas que dejaban entrever sus rugosos pies curtidos. Caminó unos veinte metros y se detuvo. Volteó, despacio, y miró el hueco en la pared, debajo del puente. Las cintas amarillas cortaban la entrada. Volvió sobre sus pasos, se besó la mano y la posó sobre el muro mohoso que durante años los había cobijado. Con evidente esfuerzo, se agachó, haciendo equilibrio con los cartones, pasó la mano por debajo de la cinta y juntó una piedra del suelo. Cuando sonó el silbato, se puso de pie despacio, miró hacia ellos, meneó la cabeza, frunció la boca, apretó la piedra contra su pecho y traqueteó hacia el sur. No sé en qué momento se lanzó a la calle. Caminaba derecho y, de pronto, estaba destrozado debajo de las ruedas del auto. Tal como dicen que, meses atrás, había quedado su María.

Lucía Restano



Niña sin risa

No puede hablar. Su boca se niega. Solo mira a la mujer del refugio que la acaricia. Teme perder lo poco que tiene. Se arranca un mechón de cabello. No siente dolor. Trata de borrar las peleas que la aplastan. Teme lo que vendrá. Cuando el silencio ocupa el espacio busca en su casa cueva el rincón más oscuro para esconderse de otra tormenta de gritos y golpes. Si tiene fuerza se interna en la tarde de verano cuando le compraron un helado rosado. Le gustó tanto que lo guardó y se hizo

agua. El vestido le aprieta. Le cuesta respirar. Siente la risa de los chicos al verla. Mira sus pies llagados. Mueve sus manos sucias, las hace pájaros ¡sus pájaros! Todo lo suyo está de la piel hacia adentro. Hacia afuera nada. ¡Linda la muñeca que le arrancaron de las manos! La mujer que la acaricia comienza a cantar. Un fugaz recuerdo se mueve en el interior de Emilia. Brotan lágrimas antiguas.

La niña de piedra se ablanda. Ahora, niña de arena. Luego, niña de agua. Quizás hasta sonría.

Isabel Pigrau



A LA MEMORIA



© ANDREA GELSI

Francisco Ameglio «Pancho». Evocación y despedida



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA¹

Dura y penosa tarea despedir a un amigo. Es costoso aceptar la ausencia cuando ella irrumpe prematuramente destrozando ilusiones y proyectos de vida. Y no dudo de que el primero de estos para Pancho, era el disfrute de la vida en familia. En esta zona fue un activo promotor del crecimiento en sus hijos y nietos en su sentido más pleno. Trabajo y disfrute compartidos siempre con Frédérique, su esposa y compañera, en un clima de afecto y complicidades con altas dosis de buena onda, pero también de concernimiento serio cuando se requería.

En lo profesional se lo veía también procurando el disfrute que genera el crecer y el aprender desde el trabajo hecho a conciencia, ya fuera en el cuidado de sus pacientes o en las tareas docentes, donde mientras enseñaba, también aprendía. La docencia, donde fuera, era para Pancho oportunidad de formación continua, de un «crecimiento compartido» desde cualquier posición, docente titular, adjunto o integrante de un grupo, etc. En las animadas discusiones en clases o seminarios era posible ver como el «no estar de acuerdo» era para él, más una instancia de apertura a la riqueza en contenidos desde una flexibilidad respetuosa del otro, que un cierre riesgoso de obturar en relación a «lo verdadero». Había en él un permitirse jugar con las ideas para hacerlas rendir en indagaciones tanto serias como al mismo tiempo ricas y placenteras.

Nuestra amistad surgió y creció en APU, se fue tejiendo entre actividades e intereses que descubríamos y compartíamos. Zonas teóricas o de

1 Miembro titular de Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

la clínica, autores que nos convocaban y nos llevaban a ir descubriendo a otros, en búsquedas e indagatorias donde humorísticamente nos decíamos «niños exploradores», *scouts acampantes* entre las hojas de los libros. No compartimos la misma generación, pero participamos con disfrute del estudio riguroso cuando integramos equipos docentes en seminarios o en los Cursos Abiertos de APU. Compartir esas instancias con él era rico intelectualmente y al mismo tiempo muy ameno. Pancho llegaba a las reuniones de estudio con su portafolio lleno de libros y apuntes, y una gran bolsa de bizcochos, las dos clases de alimentos, el intelectual y el otro se integraban en nuestra «merienda de los chicos».

Las expresiones del arte lo convocaban y emocionaban, era un entusiasta espectador, así como también protagonista. Le atraía mucho la música y el canto, tenía muy buena voz y se hizo tiempo para integrarse a coros.

La amistad se extendió a nuestras parejas y las charlas se instalaron en nuestros jardines y se poblaron de temas de hijos y nietos.

Pancho fue un abuelo dedicado, activo y divertido, un dinámico compinche de sus nietos en sus «transicionalidades» y andanzas por «espacios potenciales», que a veces terminaban enriqueciendo nuestros ejemplos clínicos.

En dos oportunidades compartimos la escritura, la primera sobre la interpretación en el análisis de niños, y la otra, sobre las patologías de la transicionalidad. Fue muy grato compartir la experiencia de la escritura con él, siempre tenía aportes interesantes, acotaciones sutiles y sagaces, y una habitual modestia al proponerlas. Y en relación a esto, un aspecto a destacar en Pancho era que, siendo un profesional con una formación excepcional, en la Sorbonne y en los centros parisinos donde hizo sus prácticas, jamás le escuché un alarde o un comentario jactancioso acerca sus cursos con profesores destacados y reconocidos. Recién el año pasado, contó algo anecdótico de su seminario con Lacan.

En 2012, se publica su libro *Psicopatología psicoanalítica en la clínica actual*. Esta obra obtuvo el Premio Primitivo Techera, que se otorga a las mejores producciones de docentes en el área de Psicología en la Universidad Católica del Uruguay. Esta obra trasunta un trabajo arduo, serio y esmerado en sus aspectos organizativos y de claridad en los temas, lo que lo hace valioso en la perspectiva didáctica. Al mismo tiempo, presenta la

psicopatología desde un saber organizado pero abierto, susceptible siempre de enriquecerse y transformarse.

Para finalizar quisiera que esta evocación de Pancho no sea un cierre sino una apertura al recuerdo afectuoso de un gran amigo y un ser humano bueno y valioso.

Tomo los versos de Manrique, a la muerte de su padre, allí señala: «Vivir se debe la vida de tal suerte, que vivo quede en la muerte el recuerdo de la vida».

Pienso que Pancho lo cumplió con creces. ♦

Los orígenes de la alegría y de la pasión para el funcionamiento de la psique humana



MARTINE BENCHIMOL¹

De un continente a otro, es para mí un emocionante honor matizado de gran tristeza evocar aquel origen de nuestra pasión común para este oficio y sobre todo para el psicoanálisis, compartida con este amigo tan cariñoso y atento, venido desde lejos, en aquel entonces, para mí, el país de los Tupamaros. Hoy me doy cuenta de la suerte que tuve al encontrarme con él para acompañarme en aquella iniciación.

Conocí a Pancho en la Universidad de Paris VII en 1968, año de memorable efervescencia estudiantil en Francia. Muy pronto, y sin comunicarnos, adoptamos ante aquel alegre tumulto político de la Facultad, una posición empática y regocijada, pero ligeramente a distancia como para dejarse siempre la libertad de considerar los fenómenos con un pequeño desfasaje. Aquel nivel de observación, fino y discreto, de los demás y del mundo es la huella fundamental que permanece para mí de su capacidad de estar totalmente presente mientras conservaba aquella reserva «crítica», que iba a constituir nuestra futura práctica.

Hoy en día no consigo recordar lo que nos acercó, para que ambos emprendiéramos durante cuatro años con igual fervor y alegría, el estudio del misterioso continente de la psique humana. Fue, sin duda alguna, la amistad, ese vínculo cómodo y fácil entre un hombre y una mujer, y el placer de reírse de todo con seriedad...

1 Psicoanalista. Miembro de Société de Psychanalyse Freudienne. enitram.b@wanadoo.fr

En aquella época era delgadito con el pelo largo —pero mucho menos que nuestros compañeros de entonces—, se echaba para atrás con un ademán repetitivo de la mano, siempre acompañada de un cigarrillo. Llevaba ya una cartera de cuero antiguo pero no eran bizcochos lo que sacaba de ella, según cuenta su amiga y colega Cristina, sino cigarrillos, una y otra vez... Febril y sin embargo, tranquilo, melancólico y alegre, así lo encontré de nuevo cuando hace dos años vine por primera vez a verlos con Frédérique en Montevideo, siempre en aquella dualidad que lo hacía tan entrañable.

Hace poco, después de su muerte, me hice esta pregunta: ¿me hubiera comprometido de la misma manera en nuestra disciplina si no hubiera compartido con él la intensidad de aquellos descubrimientos? Su insaciable curiosidad y entusiasmo, sin duda alguna me han generado y aumentado mi deseo. Había «absolutamente» que asistir a tal clase, sea de Fedida, de Laplanche, o de otro famoso pensador. Supimos encontrar profesores que se hicieron muy conocidos como Philippe Gutton y Jeammet, todavía jóvenes y ya tan interesantes. Hoy entiendo que debía de moverle una especie de pulsión epistemofílica del Extranjero que quiere asimilar todo del medio donde se encuentra inmerso. Y yo sacaba provecho de ello. Por supuesto, hablaba perfectamente francés, casi sin acento, entendiendo todas las sutilezas. Pero a pesar de aquella energía de investigador del terreno del pensamiento, nunca iba de triunfador. Muy modesto, sin duda demasiado, podía en cambio entusiasmarse para valorar el trabajo del otro. Me acuerdo de un episodio divertido que nos gustaba recordar cuando nos encontrábamos en París muchos años después, de un profesor un poco loco y brillante, que animaba un grupo sobre «la imagen del cuerpo». Pareciéndole ese grupo insuficientemente reactivo a sus geniales ocurrencias, había decidido suspender las clases, citándonos unas semanas más tarde para la defensa oral de un trabajo anteriormente entregado en forma de obra de arte sobre «la imagen del cuerpo». Estudiábamos frenéticamente en la biblioteca de la Rue d'Ulm, la cual era nuestra base cotidiana. Llegado el día, cada estudiante salía descompuesto de la defensa personal, cuando no deshecho en lágrimas. Pancho y yo salimos bien de la prueba, con buenísimas notas, y recuerdo que estaba más alegre y entusiasta por mí que por él, como si valorara más mi capacidad femenina por vencer la ferocidad de aquel terrible personaje, la imago terrible.

Por fin, quisiera añadir que Pancho es quien me hizo descubrir a Malda. A cada llegada de Montevideo, me llevaba un pequeño libro en español. Algunos días después de su muerte, me hizo ella una pequeña señal: por casualidad, encontré al fondo de un cajón, un pequeño imán en el que ella dice, mientras mantiene una curita entre los dedos: «Bueno, y ¿cómo hace uno para pegarse esto en el alma?». ♦

Semblanza de Francisco «Pancho» Ameglio



ELENA ERRANDONEA¹

Día triste el 6 de abril del presente año, en el que si bien podíamos suponer el desenlace ya en los días previos, nos dejaba Pancho definitivamente. El dolor a veces carece de verbo para lograr expresarse y solo son las lágrimas y un vacío lo que en un primer momento nos embarga y drenan un sentir que será preciso y precioso y que necesitará de un *tempo* para ir pudiendo ser apalabrado con recuerdos, anécdotas, vivencias, compartidas durante tantos años de cimentación de una amistad que se fue tejiendo con el correr de los años en APU y fuera de ella.

Creo haber conocido a Pancho en alguna actividad como psicólogo honorario en el Hospital Pedro Visca, en el cual yo trabajaba. En ese entonces era «el llegado de Francia», «el que estudió allá» con los conspicuos analistas que leíamos acá. ¿Sería un soberbio, un engreído?

Años después, compartimos los cuatro años de Seminarios en APU y fue ahí que empezamos a conocernos y quedó atrás la distancia y la soberbia imaginarias inicialmente supuesta. Porque Pancho tuvo muchos méritos, pero lo que más lo destacó como persona, fue su modestia, sencillez y franqueza en el trato con todos, con esa sonrisa abierta y generosa que tanto lo caracterizaba y que recuerdo día a día; con esa hospitalidad con que me abría las puertas de su casa junto a Frédérique para compartir

1 Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. elena.errandonea@gmail.com

un almuerzo familiar un sábado cualquiera, cuando aún sus hijos eran chicos, o un cafecito en la tarde hablando de cine, de arte, de cultura, que fuera también su gran pasión en sus distintas expresiones.

¡Cómo nos divertimos en la preparación, ensayos y representación que hicimos en APU con motivo de los 30 años de su fundación, en donde actuamos, él como El Hombre de los Lobos y yo como Dora!, con la sorpresa de algunos analistas de la primera generación que nos veían formales y recatados e impensables actores amateurs.

También compartimos algunos años en nuestros primeros tiempos como analistas, la coordinación de uno o dos grupos de estudio, alguno de cuyos integrantes hoy es miembro de la Asociación. Estudiábamos juntos entonces, apoyándonos en las incertidumbres de los primeros pasos (para mí) que nos generaba esa tarea de formación y transmisión a jóvenes psicólogos, de la disciplina que abrazamos.

Su desempeño como analista, aparte de lo realizado en la clínica, donde se destacó desde siempre su trabajo con niños, se centró principalmente en la docencia que ejerció durante muchos años en la Universidad Católica, donde fue formador de generaciones de futuros psicólogos, algunos de los cuales devinieron psicoanalistas. Nuevamente en su natural modestia, no comentaba nunca sus grandes méritos ahí obtenidos, como docente, tutor, autor de artículos y libros, alguno de los cuales mereció un premio en 2012. Luego, y hasta la actualidad, la Clínica Uno lo convocó para ejercer también allí la función docente.

Los años pasaron, los trastornos traicioneros empezaron tempranamente a socavar su físico, aunque nunca opacaban su sonrisa y amenidad; y pienso que en esta oportunidad estaba temeroso y sentí que prefirió tomar distancia para no preocupar a los amigos.

Se fue un Amigo. De los que se eligen, de los que permanecen, de los que están cerca cuando se los necesita. De los que ya no nos piensan... ¡¡¡Hasta siempre, Pancho!!! ♦

Semblanza de un amigo de otras tiendas



PABLO GELSI¹

Dice Ortega y Gasset que la muerte «es la soledad que queda de una compañía que hubo».

Pancho nos ha dejado solos de su presencia entre nosotros, pero también nos ha dejado y se nos ha quedado muy viva, la inolvidable presencia de su sonrisa afectuosa y la calidez de su cuidado.

Defendió su visión del mundo y de la Psicología y supo ser flexible con la visión de los demás.

Fue un Tú para muchos otros, durante muchos años y con una fidelidad que no se detenía.

Ha sido psicoanalista hasta la médula y humanista desde el fondo de su ser.

Agradezco enormemente el hecho de que nuestras vidas coincidieran, de haber podido compartir la vida con él.

Pudimos comprender, a través de nuestra práctica clínica y también por el mismo vivir, que las verdades coexisten y que se unen finalmente en una unidad sin litigio, en algo que es esencial en nuestra vida personal y como analistas, que es el cuidado por el otro.

1 Analista junguiano. pdgelsi@gmail.com

Su partida no empaña la alegría de haber compartido la intimidad que fue haber sido su colega y su amigo. Claro está, me queda la nostalgia profunda de su existir.

Porque recibía con la adecuada reserva mis puntos de vista, y a la vez, sorteaba con extremada gracia los escollos de nuestras diferencias.

Es así que en definitiva lo que quiero expresar es que el afecto y el respeto que nos teníamos fue más allá de pertenecer a tiendas distintas y por eso mi homenaje es al amigo y a todo lo que nos unió. ♦

NORMAS DE PUBLICACIÓN

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: revistauruguayapsi@gmail.com

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la American

Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su publicación. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE ACEPTARÁN LOS TRABAJOS
QUE NO REÚNAN
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información, consultar
www.apuruguay.org
o contactar a través de
revistauruguayapsi@gmail.com

TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL 9

SUBJECTS

Choreographies. Arkaic inscriptions.

Javier García Castiñeiras..... 13

The primitive: a beginning which never ends.

Marcelo Viñar..... 30

The archons of the archive.

Juan Carlos Capo..... 39

The libraries between books and archives.

Lisa Block de Behar..... 62

Resignification and transcendence of the archive for the psychoanalyst.

Marcela Bouteiller..... 85

Lacan and the analytical group: the uses and
ends of the enjoyment of exclusion.

Alberto. C. Cabral..... 98

Spectors of words.

Natalia Mirza..... 112

The intimate rhyme.

Marcelo Toyos..... 120

RESEARCH DOSSIER

The following four articles comprise texts generated by the research group called ‘Formation of clinical psychoanalysis in Uruguay’ (FCPU) Facultad de Psicología de la Universidad de la República coordinated by Prof. Agdo. Dr. Guillermo Milán. The Psychoanalytical Association of Uruguay has an agreement in force for on-going work with the group FCPU.

A case of de mutism.

Guillermo Milán, Fernando García Press.....139

Between “Persian magicians and poets”: the psychoanalytical library of Dr. Valentín Pérez Pastorini.

Gabriela Donya, Mariana Florio Cutinella165

Klein with Lacan: a study of the receipt of Lcanian ideas in Uruguay and its effects in clinical practice (1964-1982).

Gonzalo Grau..... 190

The inscription of Freudian ideas in the psychiatry field in Uruguay (1899-1940) and its relation to the problem of transference.

Marcelo Gambini 215

POLEMOS

On the value of the Lacanian approach to analytical practice.

Bruce Fink 239

Comments on Fink's article.
Ricardo Bernardi and Beatriz de León 269

Comments on Fink 's article.
Alberto Moreno 282

CONVERSATION IN THE MAGAZINE

With Carina Blixen.
Claudio Danza. Magdalena Filgueira. Mariana Mantiñán.
Corina Nin and Beatriz Silva 303

FROM ONE AND THE OTHER

Giant marks.
Richard A Fariña 325

About the sign and the expert: fascination, deception and synthesis.
Hugo Rodríguez 329

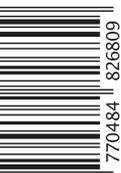
What is the 'scriptor'?
Phillipe Willemart 332

SUMMARY

Moments and relevant documents for an "Arké" from the
Exchange Centre "Pola Hoffnung" by the APU.
Hebert Tenembaun. Magdalena Filgueira 341

IN MEMORIAM

Francisco Ameglio ‘Pancho’. Evocation and farewell. <i>Cristina López de Caiafa</i>	351
The origins of happiness and passion for the functioning of the human psyche. <i>Martine Benchimol</i>	354
Resemblance of Francisco ‘Pancho’ Ameglio. <i>Elena Errandonea</i>	357
Resemblance of a friend from other stores. <i>Pablo Gelsi</i>	359



9 770484 826809

129

RUP | MONTEVIDEO, URUGUAY,
NOVIEMBRE DE 2019

TABLA DE CONTENIDOS

EDITORIAL

Arké

Magdalena Filgueira

TEMÁTICA

Coreo-grafías inconscientes

Javier García Castiñeiras

Lo primitivo: un comienzo
que nunca termina

Marcelo Viñar

Los arcontes del archivo

Juan Carlos Capo

Las bibliotecas entre
libros y archivos

Lisa Block de Behar

Resignificación y trascendencia
del archivo para el psicoanalista

Marcela Bouteiller

Lacan y el grupo analítico: usos
y destinos del goce de la exclusión

Alberto. C. Cabral

Espectros de palabra

Natalia Mirza

La rima íntima

Marcelo Toyos

DOSSIER DE INVESTIGACIÓN

Fernando García Press, María

Gabriela Donya, Mariana Florio

Cutinella, Gonzalo Grau,

Marcelo Gambini

POLEMOS

Sobre el valor del enfoque lacaniano
para la práctica analítica

Bruce Fink

Comentan: *Ricardo Bernardi,*

Beatriz de León, Alberto Moreno

CONVERSACIÓN EN LA REVISTA

Con *Carina Blixen: Claudio Danza,*

Magdalena Filgueira, Mariana

Mantiñán, Corina Nin, Beatriz Silva

DE UNO Y OTRO

Marcas en gigantes

Richard A. Fariña

Del signo y el forense...

Hugo Rodríguez

¿Qué es el scriptor?

Phillipe Willemart

RESEÑA

Centro de Intercambio

Pola Hoffnung / Coloquio

«Escenas de la vida colectiva»

/ Micro relatos ganadores

A LA MEMORIA

Francisco Ameglio «Pancho»

Cristina López de Caiafa,

Martine Benchimol, Elena

Errandonea, Pablo Gelsi